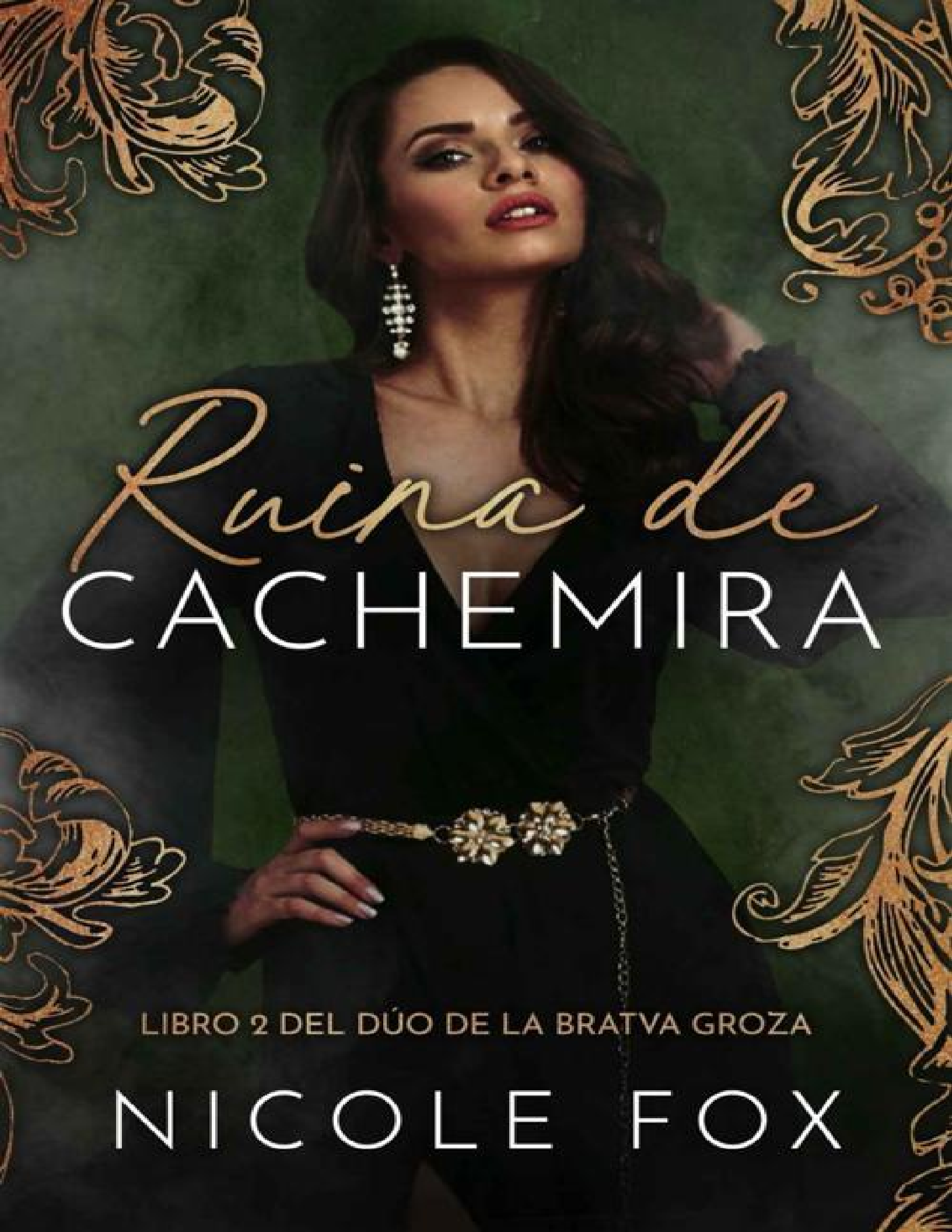

Ruina de
CACHEMIRA
LIBRO 2 DEL DÚO DE LA BRATVA GROZA
NICOLE FOX

RUINA DE CACHEMIRA

LA BRATVA GROZA

LIBRO 2

NICOLE FOX

levCopyright

Copyright © 2024 por Nicole Fox

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Nicole Fox
Ruina de Cachemira
Prólogo: Matvey

1. April
2. Matvey
3. April
4. Matvey
5. April
6. April
7. April
8. Matvey
9. Matvey
10. April
11. April
12. Matvey
13. Matvey
14. April
15. April
16. Matvey
17. Matvey
18. April
19. Matvey
20. April
21. April
22. April
23. Matvey
24. April
25. Matvey
26. Matvey
27. Matvey
28. Matvey
29. April
30. April
31. Matvey
32. April
33. Matvey
34. April
35. April
36. April
37. Matvey
38. Matvey
39. April

40. April
41. Matvey
42. April
43. April
44. Matvey
45. April
46. Matvey
47. Matvey
48. Matvey
49. April
50. April
51. April
52. Matvey
53. April
54. Matvey
55. Matvey
56. April
57. Matvey
58. April
59. Matvey
60. April
61. April
62. Matvey
63. Matvey

Epílogo: April

Copyright © 2024 por Nicole Fox

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo. Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NICOLE FOX

La Bratva Kuznetsov

Malicia Esmeralda

Vicios Esmeralda

La Bratva Egorov

Inocencia enredada

Decadencia enredada

La Bratva Novikov

Cenizas de Marfil

Juramento de marfil

La Bratva Zakrevsky

Réquiem de un pecado

Sonata de mentiras

Rapsodia de dolor

La Bratva Oryolov

Paraíso Cruel

Promesa Cruel

La Bratva Bugrov

Purgatorio de Medianoche

Santuario de Medianoche

La Bratva Stepanov

Pecadora de Satén

Princesa de Satén

La Bratva Pushkin

Cognac de Villano

Cognac de Seductora

La Bratva Orlov

Champaña con un toque de veneno

Champaña con un toque de ira

Herederos del imperio Bratva

Kostya

Maksim

Andrei

La Bratva Viktorov

Whiskey Venenoso

Whiskey Sufrimiento

La Bratva Uvarov

Cicatrices de Zafiro

Lágrimas de Zafiro

la Mafia Mazzeo

Arrullo del Mentiroso

Arrullo del Pecador

la Bratva Volkov

Promesa Rota

Esperanza Rota

la Bratva Vlasov

Arrogante Monstruo

Arrogante Equivocación

la Bratva Zhukova

Tirano Imperfecto

Reina Imperfecta

la Bratva Makarova

Altar Destruido

Cuna Destruida

Dúo Rasgado

Velo Rasgado

Encaje Rasgado

la Mafia Belluci

Ángel Depravado

Reina Depravada

Imperio Depravado

la Bratva Kovalyov

Jaula Dorada

Lágrimas doradas

la Bratva Solovev

Corona Destruída

Trono Destruído

la Bratva Vorobev

Demonio de Terciopelo

Ángel de Terciopelo

la Bratva Romanoff

Inmaculada Decepción

Inmaculada Corrupción

RUINA DE CACHEMIRA

LIBRO 2 DEL DUETO DE LA BRATVA GROZA

Mi bebé está aquí.

Su padre no.

Y, si hago las cosas a mi manera, nunca lo volveremos a ver.

Porque Matvey Groza me partió el corazón en pedacitos.

Fue más o menos así:

YO: “Te amo”.

ÉL: “Me voy a casar con otra”.

Estoy parafraseando, pero no mucho.

Porque algunos hechos son innegables.

Matvey me dejó embarazada. HECHO.

Ahora mismo estoy empezando el parto. HECHO.

Pero Matvey no está por ningún lado. HECHO.

Porque está ocupado casándose…

Con la otra mujer a la que dejó embarazada. HECHO.

Dijo que hay más en juego de lo que yo podía entender, pero ¿qué es tan difícil de entender sobre eso?

Juró que estaría allí para mí y no lo está.

Dijo que me amaba, pero no es así.

Así que tomaré a nuestra bebé y saldré corriendo.

Que él nos atrape, si puede.

RUINA DE CACHEMIRA es el Libro 2 del dueto de la Bratva Groza. La historia comienza en el Libro 1, ***CRUELDAD DE CACHEMIRA.***

PRÓLOGO: MATVEY

Camino por el bosque en un silencio sepulcral.

Yuri me cubre el flanco izquierdo, Grisha el derecho. Con un solo gesto mío, se dispersan y rodean el límite del bosque. La luna está alta, pero los árboles la devoran por completo, ocultándola de la vista. Detrás de las nubes, las estrellas son ciegas. No hay luz que guíe el camino.

Solo yo.

Envío a mis hombres a un amplio arco alrededor del perímetro. Luego, con mi arma desenfundada, avanzo solo.

Es mejor así. Es lo que más me conviene. Yo, yo mismo y el frío mordisco del acero en mis manos.

No necesito que me traicionen dos veces esta noche.

Me dirijo hacia el corazón del bosque. Lentamente, sin pisar una sola rama. Hay centinelas por todas partes por aquí… menos mal que son tan tontos como parecen.

Por fin, lo veo: una cabaña a lo lejos. Las ventanas están iluminadas, un tenue amarillo se filtra en el negro y el verde que la rodea.

Casi llegas. Solo unos segundos más y la encontrarás.

Solo unos segundos más y estará en tus manos de nuevo.

Escucho. Una conversación apagada llega hasta mí, pero no puedo distinguir ningún sonido. No importa. Todo esto terminará pronto.

Con mi espalda contra la pared de la cabaña, respiro profundamente. Cuento hacia atrás desde *tres, dos, uno...*

Luego, derribo la puerta de la cabaña y la veo. La madre de mi hija. La mujer que desapareció de mi vida el día de mi boda.

Y la bruja que me arrebató a mi hija.

—April.

Quiero exigirle explicaciones. Quiero ponerme de pie frente a ella y gritar de rabia. Quiero aullar, joder.

Pero, ahora mismo, toda la ira que he alimentado durante estas largas semanas separados se ha disipado. Ahora mismo, mientras miro a la mujer que arruinó mi vida, me veo obligado a tragarme mi furia.

Porque hay otro hombre en la habitación.

Y está apuntando con una pistola a la cabeza de April.

Fijo la vista en el cañón brillante. —Suéltala —gruño, mi propia arma levantada y lista para atacar.

El hombre en las sombras se ríe entre dientes. No puedo ver su rostro así, nada más allá de un mentón afilado. Solo el frío brillo del acero en una mano…

Y el bulto rosa acunado en la otra.

Medio dormida, la bebé arrulla débilmente. Observo su carita: la forma de su nariz, la curva de su boca diminuta, el color de su cabello ralo.

No hay duda de a quién pertenece: es de April, de la cabeza a los pies.

Lo que significa…

—¡Dame a mi hija! —rujo.

Pero, una vez más, el hombre simplemente se ríe. Hay algo en su risa que me pone los pelos de punta… algo jodidamente espeluznante.

Y jodidamente familiar, también.

No puede ser, me digo a mí mismo, obligando a mi agarre a no vacilar. *Es demasiado pronto para esto. Todavía no estamos listos.*

No puedo enfrentarme a él *ahora.*

Como si leyera mi mente, el hombre sale de las sombras. Lentamente, a su ritmo… como si estuviera dando un paseo por el puto parque.

Y luego, cuando aparece ante mis ojos, mi peor temor se confirma. Cuando sonríe con esa sonrisa horrible, con los dientes reluciendo como colmillos, sé que no hay nadie más que pueda ser.

Solo una persona.

—Tú.

APRIL

24 HORAS ANTES

—Conserje, ¿cómo puedo ayudarla?

Me pongo el cordón del teléfono alrededor del cuello como si fuera una soga y empiezo a doblar las toallas. Aunque “doblar” es una palabra fuerte. ¿Una palabra más fuerte aún? “Toallas”. Una alfombra de cocina sucia sería una violación menor del código sanitario que cualquier cosa que pase por provisiones de limpieza por aquí. Una ronda más en la excusa de lavadora cría gérmenes de la Sra. Tanner, y acabarán desarrollando una conciencia.

Ay, bueno. Al menos eso significa que alguien tendría una en este lugar. No creo que mis jefes actuales hayan tenido ese problema… ciertamente, no la Sra. Tanner.

O un alma, para el caso. Tendrías más suerte buscando fantasmas.

Aunque te aconsejaría no agitar una luz negra. Algunas cosas es mejor no verlas.

—¿Chinches, dices? —le pregunto a la persona que llama mientras apilo la ropa limpia. De nuevo, una palabra fuerte—. Ah, esos no son *bichos*, señora, no en realidad. En todo caso, diría que son los *detalles* de cama. ¿Ha oído hablar de un hotel para gatos? Es un poco así.

La Srta. Habitación 104 grita en mi cerebro. Es un chillido ensordecedor, una mezcla entre un alma en pena y un módem de acceso telefónico. Nada que no haya oído antes. La Sra. Tanner no es muy partidaria de lo que llamaríamos “servicio al cliente”.

—¿Una reseña de una estrella? —intento jadear lo mejor que puedo, pero lo único que puedo hacer es bostezar—. Qué terrible. Lamento mucho que su experiencia no haya estado a la altura. Le diré algo: puedo recomendarle un buen lugar para comer. Le juro que los wontons son para *morirse*.

Llevo las sábanas limpias (más o menos) al tercer piso y comienzo mi última ronda de limpieza. Si es que se puede llamar así. Con lo rápida que la Sra. Tanner espera que sea, es un milagro que logre lavar algo.

Probablemente porque no esperan que realmente lo hagas, noto con un escalofrío.

Paso la aspiradora por las alfombras (si es que se las puede llamar así), deshago las camas (de nuevo, si es que se las puede llamar así), reparo un par de agujeros misteriosos en las sábanas (de nuevo…), y así sucesivamente. Mientras tanto, la cliente no deja de gritarme.

En realidad, es un martes cualquiera.

—Ah, quiere… ¿quiere que *yo* me muera? —digo de golpe mientras vacío el cubo de la basura. Siempre trato de no mirar, pero es como ver un accidente de tren: no quieres verlo, pero también sí quieres, más o menos—. Eso no es muy amable, señora. Si no le gusta la comida china, podría haberlo dicho.

Luego, miro debajo de las almohadas en busca de drogas.

No para mí, por supuesto. Es solo que el cártel local parece particularmente aficionado a esconder cosas dentro de las fundas de almohada, especialmente si son caras. Y están en contra de la ley. Supongo que un motel en medio de la nada es un espacio de almacenamiento ideal.

Pero no quiero ese tipo de problemas aquí.

Ya no quiero tener nada que ver con las pandillas. Y puede que este sea un trabajo de mierda a corto plazo, pero no quiero que nada lo ponga en peligro.

Al menos por ahora, lo necesito.

Necesito una jefa de mierda como la Sra. Tanner, dispuesta a hacer la vista gorda a cambio de ponerme a trabajar duro. Mientras no monte un escándalo ni levante la nariz ante los… ejem… *detalles* de cama que se arrastran por todas partes, me dejará conservar mi habitación relativamente limpia, mi anonimato y mi libertad ganada con tanto esfuerzo al no mencionarme a las autoridades.

O a la recién nacida en mi habitación.

Ese es el quid de la cuestión, en realidad. Esa es la razón por la que no quiero volver a involucrarme en nada peligroso… con *nadie* peligroso.

Porque ya no se trata solo de mí.

Después de terminar mis rondas, me arrastro de vuelta a mi habitación. “Agotada” ni siquiera comienza a describir cómo me siento. Pero, en cuanto veo el bulto junto a la ventana, todo se desvanece.

Como si sintiera mi presencia, la bebé se mueve. Emite un gemido y levanta las manos en el aire.

Cruzo la habitación y me dirijo a la cuna. —Chito —susurro, tomándola en mis brazos—. Mamá te tiene, Pollito.

Sonrío para mis adentros. A veces es difícil recordar que ya no es su nombre. No lo ha sido durante casi cuatro semanas.

Sin embargo, sigue siendo un buen apodo.

Ella gorgotea contra mi pecho, exigiendo la cena.

—En serio —sacudo la cabeza mientras la complazco—, a veces, eres igual que tu padre.

Mientras Pollito se agarra, dejo que mi mente divague. Intento con todas mis fuerzas no pensar en él. Todos los días, desde el momento en que sale el sol hasta su último destello sobre los árboles, me sumerjo en mi trabajo y trato de olvidarlo.

Pero a veces… a veces, me permito recordar.

—Matvey… —respiro en el silencio, demasiado bajo para que alguien lo escuche.

Me pregunto si le gustaría. Si la miraría con la misma mirada fría que me miró la última vez que nos vimos, o si se dejaría descongelar. Si sería cálido con ella como una vez lo fue conmigo.

Me pregunto si sonreiría.

Es inútil, me regaño. *Ya has tomado tu decisión.*

No me arrepiento de lo que hice. Era el único movimiento que me quedaba. Lo único que permitiría que mi hija creciera libre de las ataduras contra las que he luchado toda mi vida.

Tenía que romper el ciclo. Tenía que *liberarme*.

Incluso si eso significaba liberarme de él.

—¿En serio? ¿Ya estás durmiendo de nuevo? —suelto una risa.

En mis brazos, Pollito arrulla cansinamente. Es una verdadera dormilona, una bebé de ensueño, honestamente. Tan cómoda como cuando estaba en mi vientre, aunque no tengo idea de dónde lo ha sacado. Ciertamente, no de mí.

Ciertamente, tampoco de su papá.

Justo cuando estoy alejando de nuevo el pensamiento de Matvey, alguien toca a la puerta. Una serie de golpes, de hecho, dados con extrema precisión.

—¡Pasa!

La puerta se abre. El olor celestial de comida para llevar entra flotando, haciendo que mi estómago gruña. —¿Podemos cambiar el golpe? No puedo enfatizar lo inseguro que es esto.

—¡Oye! —protesto—. ¿Qué tienes contra *Shave and a Haircut*? Es un clásico.

—Y es exactamente por eso que cualquiera lo adivinará primero. No es un golpe secreto si el drogadicto de la calle de abajo puede hacerlo.

—Eres atrevido al asumir que los drogadictos se *quedan* calle abajo —murmuro.

—Tú elegiste este castillo, princesa, no yo.

—Es justo —agarro con las manos las bolsas de comida para llevar—. Ahora, dame. Mamá tiene hambre.

Yuri me las entrega sin decir palabra.

Yuri. Si alguien me hubiera dicho hace dos semanas que esto sucedería, le habría preguntado dónde guardaban las cosas buenas. O no, con el embarazo y todo eso, pero aun así.

En cambio, aquí estamos.

—No ha dejado de buscar, ¿sabes? —murmura Yuri con la boca llena de pollo kung pao—.

Envió a otro grupo hoy, no muy lejos de aquí.

—¿Pero no aquí? —me aventuro.

—Pero no aquí.

Por supuesto que no. Todo este tiempo, Yuri me ha estado cubriendo, supervisando la búsqueda, alejando a la gente del motel.

De lo contrario, no habría podido pasar cuatro semanas sin que Matvey se diera cuenta.

—¿Cómo está? —pregunto, incapaz de mantener la boca cerrada.

—¿Cómo crees? —espeta Yuri, pero sin ningún mordisco real. En todo caso, parece triste—. Está destrozado por dentro, April. No ha pegado ojo desde que sucedió. Desde… —deja la frase flotando en el aire, sin terminar.

—Desde que me ayudaste a huir —termino por él.

Me arrepiento de esas palabras de inmediato. El rostro de Yuri se tensa, se oscurece. Sus ojos se llenan de dolor, con mil sentimientos contradictorios a la vez.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunto finalmente—. ¿Ayudarme a huir?

Lo recuerdo como si fuera ayer: el hospital, el parto, el dolor. La sangre en las sábanas y el teléfono en mi mano.

—*Yuri. Soy yo. Necesito tu ayuda.*

Le lleva un tiempo hablar. Cuando finalmente lo hace, su voz también está tensa. —Matvey no era… —vacila—. No era su mejor versión en ese entonces. Solo puedo imaginar lo que eso significó para ti.

Me dijo que me encerraría en una jaula y que nunca dejaría que otro hombre se me acercara, casi espeto, pero me las arreglo para contenerme. Incluso si Matvey dijo esas cosas, no puedo imaginar que las dijera en serio. O que las dijera en serio de la manera en que yo las tomé. Y si lo hizo…

De cualquier manera, Yuri no necesita escucharlo.

—Se casó con Petra —digo en cambio—. Tiene un heredero legítimo en camino. No me necesitaba. No nos necesitaba a *nosotras*.

—Tal vez sí —murmura Yuri, con expresión ilegible—. Tal vez te necesitaba más que nunca. Tal vez todavía lo haga.

No respondo a eso.

De todos modos, es inútil: tomé mi decisión. Me *fui*. No hay vuelta atrás.

No con alguien como Matvey Groza.

—¿Quieres sostenerla? —pregunto en cambio.

Es uno de los mejores momentos del día… dejar a mi bebé en los brazos de Yuri. Observar cómo

su rostro se pone blanco y rojo al mismo tiempo, como si no tuviera idea de dónde debe poner sus manos.

Pero ha estado aprendiendo. —Realmente le gustas —digo.

Yuri hace una mueca. —Le gusta todo el mundo. Solo quiere algo cálido en lo que acurrucarse.

Veo que su rostro brusco se transforma en una sonrisa y me derrito. *Se parece mucho a Matvey*.

—Vas a ser un gran papá algún día, ¿lo sabes?

Yuri se atraganta con el siguiente bocado.

No puedo evitarlo… me río. Me río con todas mis fuerzas. Las cosas pueden ser difíciles ahora. Incluso pueden ser terribles. Estoy en el punto más bajo en el que he estado jamás, sin nadie con quien hablar excepto el tío espiritualmente adolescente de mi hija, y sin embargo…

Y, sin embargo, de alguna manera, creo que todo estará bien.

No, *sé* que estará bien.

Porque me aseguraré de que así sea.

MATVEY

—Qué amable de tu parte unirte a nosotros, hermano.

Al oír mi voz, el resto de los *vory* se giran al unísono hacia la puerta de la sala de conferencias. El sarcasmo gotea denso de mi tono, pero Yuri lo toma sin decir palabra. Baja la mirada, hace una rápida reverencia de disculpa y se apresura a ocupar su lugar a mi lado, sin dejar de lado ni una sola vez su aura de perro golpeado.

Al menos tiene la decencia de lucir arrepentido.

No puedo decir que me guste su nuevo hábito… desaparecer en el aire en cualquier momento. Llegar tarde a las reuniones, tarde a las citaciones, cuando ambos sabemos perfectamente la diferencia que puede hacer una fracción de segundo en una crisis.

Cuando eres de la Bratva, no tienes el lujo de llegar tarde.

O de no estar allí en absoluto.

—¿Alguien quiere poner al día a mi segundo?

Se intercambian algunas miradas incómodas. Gora se aclara la garganta, mientras Ipatiy se mueve en su silla, abriendo y cerrando la boca como el pez dorado más gordo del mundo, ninguno de los dos seguro de si es su turno para hablar.

Finalmente, Iván se levanta. —Las actualizaciones son pocas —su voz clara resuena en la sala de conferencias—. Hemos descartado el último de los estados vecinos. Hasta ahora, la búsqueda ha sido infructuosa.

Rápido, conciso, al grano.

Y, sobre todo, despiadado.

Un mes. Ha pasado un mes entero desde que mi hija, mi *hija*, fue secuestrada por su madre. Sin una señal, sin una palabra. Solo una carta de mierda de despedida.

Sigo repitiendo el contenido en mi cabeza: las acusaciones de April, sus razones, sus traumas.

Excusas, todas.

Eso es lo que me sigo diciendo, al menos. Si April realmente se sintiera así, habría dicho algo.

Debió haber dicho algo.

Pero, ¿qué si lo intentó?

Silencio esa molesta voz en el fondo de mi cabeza. *Intentarlo* no es suficiente. No es una excusa lo suficientemente buena para alejarme de mi hija.

La dejaste de la nada, insiste esa voz obstinada. *Le dijiste que la amabas, luego te casaste con otra mujer. Dejaste que pensara que Petra estaba embarazada de* tu *hijo.*

No confiaste en ella con la verdad. Entonces, ¿qué pensaste que iba a pasar?

—Amplíen la búsqueda —ordeno—. Vayan hasta la Costa Oeste si es necesario. Quiero que las encuentren, y las quiero encontrar ahora.

Stanislav se aclara la garganta. —*Moy pakhan*… si me lo permites, todavía queda el asunto del acuerdo de D.C. por arreglar…

—¿Tartamudeé, joder? —gruño—. Dije *ahora*. Todo lo demás puede esperar y lo hará, maldita sea.

—Pero…

—Esta reunión ha terminado —así, salgo furioso de la sala de conferencias.

Yuri y Grisha corren tras de mí. —Motya…

—No me digas "Motya". ¿Dónde diablos has estado?

Yuri se tambalea hacia atrás como si hubiera recibido una bofetada. Grisha se mueve discretamente para cerrar la puerta de mi oficina mientras mi hermano balbucea un débil—: Yo…

Con el rabillo del ojo, veo a Grisha sacudir la cabeza con incredulidad. —Esto no pinta bien para ti, Yurochka. ¿Te das cuenta de eso, espero?

—Cállate —gruñe Yuri.

—Escabulléndote aquí y allá, siempre llegando tarde a todo. Si no lo supiera mejor, pensaría que tienes algo que ocultar.

Golpeo mi palma sobre mi escritorio. —Dejen de parlotear, los dos.

No me gusta el tono de Grisha, ni sus acusaciones. La verdad es que hace tiempo que estoy harto de él.

Pero Yuri no me pone fácil defenderlo. —Te explicarás, hermano —le digo—. Porque si no puedes…

—Estuve en Jersey.

Los ojos de Grisha se abren de par en par. Sospecho que los míos también.

Asimilo las implicaciones de sus palabras. Luego,, sin apartar la mirada del rostro de mi hermano, digo—: Grisha, déjanos.

—¿Disculpa?

—Déjanos —repito—. Ahora.

Un momento de vacilación. —Sí, *pakhan*.

La puerta se abre y se cierra. Justo así, estamos solos.

—La has estado buscando.

Él no lo niega.

—*Blyat'*, hermano —suspiro.

Deja que el maldito Yuri se exceda y actúe como un ladrón al respecto. Me froto las sienes. De repente, el cansancio me vence. —Siéntate conmigo.

Yuri toma la silla frente a mí. Apoyo los codos en el escritorio, con la cabeza apoyada en las manos. Es en momentos como estos cuando la falta de sueño finalmente llama a la puerta. —Te he estado presionando demasiado.

—¡No! —Yuri niega rápidamente—. No lo has hecho, Matvey. Es comprensible que estés… —se muerde el labio, buscando las palabras adecuadas.

—¿Lunático? —me aventuro.

—Apurado —dice diplomáticamente—. Por resolver esto lo antes posible.

—¿Y? ¿Las encontraste en Jersey?

Yuri se queda callado. Esa es toda la respuesta que necesitaba.

—Me lo imaginé —murmuro—. Es tu tercera redada. Si las ibas a encontrar allí, a esta altura, ya las habrías encontrado.

Si es posible, el rostro de Yuri se oscurece aún más. Busco la vitrina que tengo detrás de la espalda. Tomo una botella de bourbon y dos vasos, luego sirvo.

—Bebe —ordeno.

Luego, bebo el mío de un trago.

El alcohol me quema la garganta. No es suficiente para tranquilizarme, pero al menos adormece los sentidos. Silencia el ruido de mi mente que siempre da vueltas.

Entonces recuerdo la última vez que bebí esta bebida con ella.

Puro, ¿no?

—Tengo otro trabajo para ti —le digo a Yuri.

Él me mira desde su vaso, todavía intacto. —Lo que sea.

—Necesito que sigas a Grisha.

Sus ojos se agrandan. —¿Grisha? ¿Por qué?

—Solo estoy siguiendo una corazonada.

—No crees que él esté involucrado, ¿verdad? —cuando no respondo, Yuri palidece—. Matvey, eso no…

—Piensa —susurro—. No hay forma de que ella haya desaparecido sola. No cuando acababa de dar a luz, y con una bebé a cuestas.

—Pero Grisha es leal.

—¿Lo es? —me levanto y empiezo a caminar de un lado a otro—. Él era el único que sabía dónde estaba. Había estado discutiendo conmigo toda la semana sobre mis decisiones, sobre cómo la trataba… —aprieto los dientes. Incluso ahora, no puedo obligarme a decir su nombre en voz alta—. No estaba contento conmigo. Y tal vez estaba demasiado contento con ella.

—Matvey, esto es una locura —protesta Yuri—. Grisha nunca mostró ningún interés en…

—¡¿Entonces cómo?! —rujo—. Él tenía los medios y la oportunidad. Tenía muchos motivos también, incluso si no le gustaba de esa manera.

¿O sí? Solo pensarlo es suficiente para hacer que me hierva la sangre: mi tercero al mando, poniendo sus miras en *mi* mujer. La madre de *mi* hija.

¿Cuánto tiempo tuvieron juntos? ¿Cuánto tiempo les dejé? Con la excusa de estar de guardia, o de ser invitado a tomar el té, o…

—Motya, esto es una locura. —Yuri se levanta de un salto, tomándome de los hombros—. Puede que sea un gilipollas, pero nunca te traicionaría de esa manera. Nunca lo he visto ni siquiera mirar con lujuria a las camareras de Hedoneros, y mucho menos pensar que robaría a Ap…

—¡No digas su maldito nombre!

Yuri retrocede, levantando las manos en señal de rendición. —Vale —concede—. Pero tienes que saber que esto es una locura. Estás persiguiendo sombras.

—Es mejor que no perseguir nada en absoluto.

No sé qué ve mi hermano en mi cara entonces. Sea lo que sea, debe ser suficiente para hacerlo reconsiderar. —Vale, vale —dice—, lo seguiré. Lo haré. Pero Matvey, no encontraré nada. Ella… —una pausa—. Tal vez solo necesite tiempo. Tal vez regrese por sí sola.

—"Tal vez" no es suficiente.

Me obligo a calmarme. Cuento hacia atrás desde diez, o lo que sea que haga la gente normal. No es como si yo lo supiera.

Finalmente, exhalo y me doy vuelta.

—Hazlo, hermano —coloco ambas manos sobre sus hombros—. Sigue a ese *mudak* y llámame en el segundo en que se salga un pie de la línea. Ahora mismo, eres el único en quien puedo confiar.

Yuri traga saliva con fuerza. —Sí, Motya.

—Encuéntralas. Tráemelas a casa.

Hay un destello de vacilación. —Haré lo mejor que pueda —promete.

Finalmente, me permito una sonrisa. La sombra de una, pero eso ya es un pequeño milagro. —Sé que lo harás.

Luego, vuelvo a salir a buscar un poco más.

APRIL

En esta nueva vida mía, duermo como un tronco. Porque ser madre primeriza es agotador y porque, francamente, la Sra. Tanner me hace trabajar como un galgo. A menos que Pollito empiece a llorar o el edificio esté en llamas, ni siquiera me estremezco.

Por eso, cuando me despierto y encuentro un silencio absoluto, sé que algo anda mal.

No contengo la respiración. En cambio, pretendo que sigo profundamente dormida, controlando el movimiento de mi pecho. Por dentro, estoy enloqueciendo, pero me obligo a tragarme lo que siento. *No te pongas histérica ahora, Flowers. Si empiezas a gritar a todo pulmón, hay una probabilidad no nula de que te* vuelen *la cabeza.*

Entonces, lo oigo: un crujido en las tablas del suelo.

Nunca fui una gran fanática de las armas de fuego. Llámame delicada, pero simplemente no me gusta la idea de algo hecho específicamente para matar.

Pero, cuando Yuri me ofreció su pistola de repuesto, la acepté.

Ahora, me alegro de haberlo hecho. Espero a que el crujido revele la posición del intruso, mientras obligo a mi respiración a no acelerarse.

Entonces, actúo.

Saco el arma de debajo de mi almohada y apunto. —Sal de aquí o disparo.

Está demasiado oscuro para ver mucho, pero por el único rayo de luz de luna en la habitación, veo que el intruso levanta las manos. Pero el gesto es demasiado lento para tener miedo. De alguna manera, parece una burla.

—Solo quiero hablar —dice una voz masculina, para nada preocupada.

Me da escalofríos ese tono… es imperturbable. Tan completamente fuera de lugar. —Entonces habla y luego vete.

Cuando el intruso habla a continuación, prácticamente puedo oír la sonrisa en su voz. —Hace mucho que quiero conocerte, Srta. Flowers —dice—. Debo felicitarte por tu escapada. Debe haber sido todo menos fácil librarte del infame Matvey Groza.

—No sé de qué estás hablando.

—¿No? Veamos si puedo refrescarte la memoria: *pakhan* de Bratva, un tío peligroso en todos los sentidos… y, por supuesto, el querido papi de tu bebé.

En el momento en que menciona a mi hija, me quedo paralizada. Echo un vistazo rápido a la cuna, que todavía está bien colocada en mi lado de la habitación. Pero no estará segura por mucho más tiempo con este hombre de pie entre nosotras y la puerta.

¿Quién es él? No puedo evitar preguntarme. *¿Por qué nos conoce? ¿Por qué conoce a* Matvey*?*

Y lo más importante… *¿Qué quiere?*

—Ay, las malas pasadas que nos puede jugar el corazón. El encanto del chico malo, ¿verdad? —bromea—. Absolutamente irresistible. No me extraña que una buena chica como tú haya caído en la trampa.

—Espero que no hayas venido hasta aquí solo para decirme lo mucho que necesito terapia. Créeme, soy consciente.

Una risa sonora. —¡Y también es graciosa! Razón de más para que ese amargado no te merezca. Estás desperdiciada con él, querida.

—Y déjame adivinar: ¿debería elegirte a ti en su lugar?

—Me halagas —objeta el intruso—. Pero me temo que soy lo suficientemente mayor para ser tu padre.

Otro escalofrío, esta vez más fuerte. Quienquiera que sea este hombre, no es ni la mitad de inofensivo de lo que pretende ser. Todas las bromas, la fachada… es solo otra de sus armas.

Igual que la pistola en su mano.

Está tan oscuro que casi no la noté. Si las nubes no se hubieran movido y dejado que la luna resaltara el destello del acero oculto en su mano, tal vez nunca lo hubiera notado. No hasta que fuese demasiado tarde.

Pero él sigue fingiendo no tenerla, así que yo sigo fingiendo no verla. —Entonces, me temo que no veo el sentido de nuestra conversación.

—Al contrario, Srta. Flowers: creo que podemos ayudarnos mutuamente.

Gana tiempo. Pase lo que pase, solo gana tiempo. —¿Cómo? —pregunto, mientras uso mi mano libre para alcanzar mi teléfono debajo de las sábanas.

—Veamos —tararea—. En primer lugar, necesitas protección. Después de todo, tienes un asunto pendiente con el hombre más peligroso de Nueva York.

—No tengo nada pendiente con él.

—Entonces él tiene algo pendiente contigo —repite el hombre—. Uno con forma de bebé, diría yo. Seguramente has oído hablar de los equipos de búsqueda.

Por supuesto que he oído hablar de los equipos de búsqueda. Durante todo este tiempo, Matvey no ha hecho nada más que buscar a su hija. A nosotras.

—¿Qué crees que va a pasar cuando te encuentre? —pregunta, bajando la voz hasta convertirse en un siseo. Por primera vez desde que empezó esta conversación, no hay ni un rastro de humor en sus palabras—. ¿Qué crees que le va a hacer a la mujer que lo venció en su propio juego? ¿A la heredera ilegítima que nunca quiso…? ¿Te estás riendo, Srta. Flowers?

No puedo evitarlo: lo estoy. Es un sonido repentino y explosivo que me toma por sorpresa. Porque, sin duda, este hombre no puede estar insinuando lo que creo que está insinuando.

¿Matvey, queriendo hacernos *daño*?

Prefiero aceptar que el océano se seque.

Puede que sea un gilipollas. Puede que me haya prometido el mundo y me haya tirado como a una muñeca rota justo después. Puede que no sea apto para criar a mi hija, para construir el hogar que se merece.

Pero sé que nunca nos haría daño. *Jamás*.

Al menos, no a propósito.

—No necesito tu protección.

Es entonces cuando cometo mi peor error: me olvido.

Me olvido del teléfono debajo de las sábanas. Me olvido del arma en las manos del extraño. Sobre todo, me olvido de controlar mis emociones.

Me olvido y amartillo.

—Sal de aquí —escupo.

Es un paso en falso. Debí haberlo mantenido hablando y haber ganado tiempo suficiente para enviarle un mensaje de texto a Yuri. Pero ahora es demasiado tarde.

Las sombras a mi alrededor crecen, se multiplican: hombres, una docena de ellos. ¿De dónde salieron? *¿Cuándo?*

Entonces me doy cuenta: me equivoqué desde el principio.

No era yo quien lo distraía.

Era él quien me distraía *a mí*.

—Qué pena —suspira el hombre—. Tenía la esperanza de que hicieras esto por tu propia voluntad. Ay, bueno —hace un solo gesto en la oscuridad y, de repente, las figuras se acercan.

Entonces, recurro a mi última carta: la súplica.

—¡Basta! —digo bruscamente—. Por favor. No queremos problemas.

—Entonces no debiste haberte involucrado con Matvey Groza.

Los hombres se lanzan sobre mí. Veo cómo se desarrolla todo como en cámara lenta: mil sombras cayendo sobre mí como una sola.

Decido apretar el gatillo, pero, una vez más, es demasiado tarde.

Mi dedo tiembla, pero antes de que pueda apretarlo del todo, el arma se me escapa de las manos.

Cuando el dorso de la mano de alguien desciende hasta la base de mi cuello, un último pensamiento cruza mi mente.

Mi bebé.

Me acerco a ella.

Pero la oscuridad me atrapa primero.

MATVEY

Me despierto sobresaltado cuando alguien me sacude el brazo. —Matvey —me dice la voz de mi hermano—, despierta. Ha pasado algo.

Me levanto y miro el reloj: 2:33 A.M.

—Es la mitad de la maldita noche —gruño. Me duele la cabeza por la resaca; no ha pasado ni una hora desde que logré dormirme—. Será mejor que esto sea bueno.

—Se trata de April.

Me quedo paralizado. —¿La encontraste?

Entonces, finalmente me fijo en el aspecto de Yuri: su cabello despeinado, sus manos temblorosas. Sus ojos, muy abiertos por el pánico.

—Hermano, ¿qué sucede?

Estoy aterrorizado. Por primera vez desde ese día en el hospital, recuerdo el sabor del miedo.

Yuri traga saliva. —Tengo que decirte algo.

Entonces, habla.

~

—Yuri, soy yo. Necesito tu ayuda.

Recibí su llamada en la boda. Petra estaba entreteniendo a los invitados y te perdí de vista entre la multitud. Pensé que me estaba llamando porque no podía comunicarse contigo, así que empecé a buscarte.

Pero luego me pidió que fuera solo.

Me dio el nombre de un hospital. Ese es el tipo de cosas que nadie quiere escuchar en una llamada telefónica. Así que llegué tan pronto como pude.

Fue entonces cuando las vi.

April, en su cama de hospital, sosteniendo un bulto en sus brazos. Estaba tan feliz por ella… por

los dos. Me acerqué para ver a la bebé; quería saber si se parecía a ti.

Entonces, April dijo—: Necesito que me ayudes a esconderme.

Al principio no lo entendía. No podía *entender. ¿Por qué April querría escaparse? ¿Por qué querría ocultarte a tu hija?*

Entonces me lo contó.

Me contó lo que había pasado entre ustedes dos. Que le dijiste que te casarías con Petra y te negaste a dar explicaciones. Que estaba embarazada de tu heredero legítimo.

Puedes imaginar cómo me sentí entonces.

Fui tan egoísta, Matvey. Te pedí que guardaras ese secreto; que te casaras con Petra para que ella pudiera estar a salvo. Para que mi hijo *pudiera estar a salvo.*

No estaba pensando en April cuando lo hice.

Pero ahora, ella me estaba mirando, rogándome que comprendiera. Rogándome que la ayudara.

Así que lo hice.

Le llevé los papeles de alta. La acompañé hasta el auto. La sostuve todo el camino, observándola apretar los dientes por el dolor.

Luego la llevé al ático. La ayudé a preparar una bolsa de viaje. Conseguí las cosas bebé, todas las cosas que necesitaría en la fuga. Vi a April escribir esa carta.

No sé en qué estaba pensando, Motya. Solo que la culpa me estaba destrozando. La culpa de arruinar su vida. La culpa de arruinar la tuya.

Cuando me las llevé, no pensé que sería para siempre.

Pensé que April solo necesitaba un poco de tiempo. Un poco de espacio. Para pensar, para sanar. Pero los días se convirtieron en semanas.

Te vi desmoronarte. Te vi destrozar la ciudad buscándolas, luego el estado, luego el país. Te vi dejar de dormir. Te vi empezar a beber.

Pero no podía decirte dónde estaba. Le había hecho una promesa. Después de obligarte a cumplir la tuya, ¿cómo podría romper la mía?

Todavía pensaba que algún día volvería.

La escondí en un motel. Cada vez que ordenabas barrer la zona, me aseguraba de que fuera yo quien lo hiciera. Le llevaba comida, ropa, medicinas. Le di un arma para que se mantuviera a salvo.

Intenté darle dinero, pero no lo aceptó. —Ya has hecho demasiado —me decía. Yo quería gritar.

No espero que me perdones. No espero que me digas que hice lo correcto. Diablos, no espero que vuelvas a hablarme después de esto.

Pero, ¿puedes al menos entender por qué lo hice?

NO DEJO que Yuri diga ni una palabra más.

Lo estampo contra una pared, con fuerza. —Traidor —le escupo en la cara.

—Lo siento —es todo lo que dice Yuri.

Aprieto mis manos alrededor de su garganta, temblando de rabia. —¿Lo sientes? —gruño—. Me quitaste a mi hija, ¿y ahora *lo sientes*, joder?

—No sabía qué más hacer —croa, con la voz temblorosa—. Fue mi culpa. ¿Qué se suponía que debía hacer?

—¡Se suponía que debías *venir a mí*! —rujo—. ¡Se suponía que debías *decírmelo*!

La garganta de Yuri sube y baja. Puedo sentir el movimiento alrededor de mis manos, puedo sentir el pulso rápido como un conejo de su sangre contra la mía. *Traidor, traidor, traidor*. —No la viste en esa habitación, Matvey.

—¡Claro que no la vi!

—Tenía que irse. Ella necesitaba escapar…

—¡Cállate! —grito, apretando cada vez más fuerte mi agarre—. ¡No puedes hablar de ella! No puedes…

—¡Estaba asustada! —grita—. ¡Tenía miedo *de ti*!

Eso me detiene en seco. *Asustada*. ¿Así la hacía sentir? ¿Asustada de hablar conmigo, de verme? ¿Asustada de dejarme criar a su bebé?

Tu bebé, gruñe la voz posesiva dentro de mí. *Esa también era* tu *bebé.*

—Puedes odiarme después —se atraganta Yuri con lo último de su voz—. Ahora está en peligro. Se la llevaron. Se llevaron a las dos.

Mi sangre se congela.

April está en peligro. Mi hija está en peligro.

En cuanto lo entiendo, dejo caer a Yuri al suelo. No importa cuánto quiera golpearle la cara hasta dejarlo hecho papilla. Cuánto quiera vengarme del hermano que me traicionó. Que traicionó a su propia sangre.

Ahora mismo, solo importa una cosa. —¿Dónde? —pregunto.

—Te llevaré —jadea Yuri, aferrándose a la huella roja de mis manos.

—Ni una maldita posibilidad.

—Está en el medio de la nada —protesta—. No tengo que conducir, pero déjame guiarte hasta allí.

—Dije…

—Por favor —suplica Yuri—. Solo… confía en mí.

Una parte de mí quiere seguir discutiendo. Me muero por sacarle las respuestas a puñetazos a este hombre al que una vez llamé mi hermano. Este hombre que ahora se atreve a hablarme sobre confianza.

Pero el tiempo corre y ya hemos desperdiciado demasiado.

—Que así sea —respondo con frialdad.

—Gracias…

—Pero es la última vez que lo hago.

Dicho esto, agarro mi teléfono y marco. —Grisha. Encuéntrame en mi loft. Es una emergencia.

Luego, fijo mi mirada fría en Yuri. —¿Entonces? —exijo, con la voz llena de rencor—. Guíame, *hermano*.

APRIL

Cuando vuelvo a abrir los ojos, no reconozco lo que me rodea.

Ya no estoy en mi destartalada habitación de motel, eso es seguro. No con estas paredes de madera tallada a mano, las antigüedades decorativas esparcidas con buen gusto sobre muebles caros… la Sra. Tanner lo habría empeñado todo en un santiamén.

Y luego está el aire rústico del lugar, más boscoso y mucho menos *"Puedo hacer realidad todos tus sueños por diez dólares la hora, si no te molesta el olor"*.

Entonces, me doy cuenta: *esto es una cabaña.*

Y luego: *no estoy muerta.*

Me muevo en el sofá, un dolor agudo apuñalando la parte posterior de mi cabeza. —Ay —murmuro.

—Disculpas. Mis hombres pueden ser un poco rudos.

Me incorporo de inmediato. *Esa voz*. Después de lo que pasó en el motel, la reconocería en cualquier lugar. —Tú.

—Yo —asiente el hombre con una sonrisa.

—¿Dónde está mi bebé? —la busco con la mirada, pero no la veo por ningún lado. Me invade el pánico—. ¡¿Qué le has hecho a mi bebé?! —empiezo a gritar.

El hombre levanta una mano. —Le aseguro, Srta. Flowers, que su bebé está perfectamente bien.

—¡Quiero verla! —me levanto del sofá. Los efectos persistentes del golpe en la cabeza me hacen tambalear, pero no me importa. Podría estar gateando con las manos y los pies, y no me importaría un carajo—. ¡Déjame ver a mi bebé!

Mi bebé. Eso es todo lo que me importa.

Con un suspiro, el hombre se da vuelta. Recoge algo de detrás de él. No podía verlo antes, pero ahora sí: es una cuna. Una de madera, como las que solían hacer hace décadas.

Y dentro…

—Dámela —gruño—. Dámela ahora mismo.

El hombre hace un gesto de desaprobación. Coge a mi bebé y la sostiene en sus brazos. Ella va de buena gana, con delicadeza. Y ¿cómo no iba a hacerlo? No tiene ni un mes; todo lo que ha conocido es la amabilidad. Y, si hay algo que los lobos con piel de oveja tienen a su favor, es sentirse tibios al tacto. —Me temo que no puedo hacer eso, Srta. Flowers. Después de todo, todavía tenemos que hablar.

—Entonces, habla.

A pesar de la urgencia en mi voz, o quizás debido a ella, el hombre se toma su tiempo. Pasa los dedos por la línea de la nariz de la bebé y luego juega con sus pequeñas manos. Pollito está tranquila en su abrazo, sus arrullos soñolientos se desvanecen rápidamente. —Tengo que confesar, April: estoy casi celoso. El mío nunca fue tan fácil de calmar.

—Para ti, sigue siendo la Srta. Flowers.

Hace un gesto sinuoso con su mano libre, como para corregir sus palabras. —Entonces, Srta. Flowers. Sin embargo, eres una mujer muy afortunada.

—Es una niña muy inteligente.

Tararea lentamente. —Como su madre, tal vez.

Inteligente o no, no soy tan estúpida como para no ver la amenaza flagrante. *Haz lo que te digo y tal vez te deje vivir*. —Todavía no hablas —señalo.

—Mis disculpas. Déjame empezar de nuevo —se aclara la garganta—. Mi nombre es Carmine.

Noto que lo pronuncia como *Car-mee-neh*. No es un nombre común, ni por mucho; no estoy segura ni de cómo se escribiría.

Pero luego, como si leyera mis pensamientos, agrega—: Ah, pero sé que es un poco difícil de decir para ustedes los estadounidenses. Siéntate libre de llamarme “Carmín”, como el color. Siempre me gustó el rojo, después de todo.

Me importa un carajo lo que te guste, hijo de puta.

—Encantada —digo inexpresivamente.

Por primera vez desde que nos conocimos, me dejo llevar por su apariencia: alto, de complexión razonable, con cabello entrecano y un elegante traje negro. Sus ojos son de color café oscuro, las pupilas casi invisibles, y sus manos están llenas de anillos de oro y piedras preciosas de lo más llamativos. Prácticamente huele a dinero.

Y a peligro, añade una parte de mí.

Es muy extraño. Este hombre no podría ser más diferente a Matvey: la forma en que habla, la forma en que actúa… todo grita *baboso*.

Y, sin embargo, algo también me resulta familiar.

Pero, antes de que pueda identificar qué, Carmine habla de nuevo.

—No puedes correr más rápido que Matvey para siempre, ¿sabes? Tarde o temprano, te alcanzará. Y entonces, ¿quién sabe qué pasará? —dice con naturalidad—. Me duele el corazón

de pensar en ello.

—Tal vez sea un infarto —sugiero.

Se ríe cálidamente. —Qué irascible. Entiendo lo que Matvey vio en ti.

—No sabes nada sobre Matvey —le espeto.

Entonces, me lanza una mirada, algo brevemente frío. Como el pinchazo helado de una gota de lluvia inesperada. —Ay, pero *sí* lo sé.

El momento pasa. Cuando me habla de nuevo, vuelve a estar jovial, como si nada hubiera pasado. Pero sé que no me lo he imaginado… el escalofrío que me recorre la columna es prueba de ello.

—De todos modos —continúa—, no puedes pensar demasiado bien de él. Quiero decir, estás huyendo, ¿no? Seguramente no te mueres por volver a verlo. Debes saber lo que les hace a sus enemigos.

Nunca dudé de que Matvey nunca me haría daño. Desde que lo conocí, lo conocí de verdad, lo entendí: por afilados que sean sus colmillos, nunca los volvería contra mí.

Pero las palabras de Carmine están calando más hondo de lo que me gustaría. Sin siquiera darme cuenta, ya he empezado a sentirlo: miedo.

Basta, me regaño. *No es Matvey a quien le tienes miedo.*

Entonces, me doy cuenta: lo está haciendo de nuevo. Jugando con mi mente, haciéndome dar vueltas. Así es como me atrapó la última vez.

No puedo permitir que vuelva a suceder.

—¿Y qué me sugieres? —pregunto.

—Que unamos nuestras fuerzas para destruirlo.

Casi me dejo llevar de nuevo. Casi le lanzo todas las palabras que se me agolpan en la cabeza.

¿Yo? ¿Destruir a Matvey?

Preferiría destruirme a mí misma.

Pero no se lo digo. Esta vez, tengo que ser inteligente.

—Continúa —digo.

—Tiene tu oído —continúa Carmine—. Ahora mismo, solo está enojado contigo porque cree que te fuiste voluntariamente. ¿Y si le contamos una historia?

Mientras habla, empiezo a mirar alrededor de la habitación en busca de algo con lo que luchar. Un arma, un palillo, cualquier cosa. Cuanto más veo este lugar, más se parece exactamente a la cabaña que usan los asesinos en serie para convertir a los excursionistas perdidos en hamburguesas. Un poco menos que tranquilizador.

—¿Qué clase de historia? —pregunto, fingiendo considerar su oferta.

—Una hermosa historia —Carmine sonríe—. Una historia de amor y pérdida. No saliste de ese hospital por tu cuenta, ya ves, te llevaron. Una vez que te dé la bienvenida, todo lo que tendrás que hacer es mantenerme informado: qué hace, a quién ve, a dónde va.

—Ajá. ¿Y quién es el villano de esta historia?

—Yo mismo, por supuesto.

La habitación está realmente llena de baratijas. Tazas de té antiguas, máscaras tribales, animales de cristal: todo lo que encontrarías en la casa de una pareja de ancianos, justo al lado de las postales de Normandía.

Pero nada con lo que pudieras apuñalar a un hombre.

Es extraño: antes de hoy, nunca consideré seriamente matar a nadie. El mero pensamiento me habría revuelto el estómago.

Pero con mi bebé en sus brazos, es todo lo que puedo sentir: el deseo de *mutilar*, joder. Lo destriparía como a un pescado para evitar que dañe siquiera un pelo de la cabeza de mi hija.

—Nunca se lo creería —digo, empezando a caminar de un lado a otro de la habitación para tener mejor acceso a otras armas potenciales—. No hice esto sola, ¿sabes? Si mi socio decidiera hablar…

Un elefante esculpido, una estatuilla de un moai, un pequeño pez de cristal…

—¿Qué, ese repartidor rubio tuyo? —Carmine se ríe—. No quiere hablar. Y, aunque lo hiciera, hay formas de mantener a la gente callada.

Mierda. ¿Acabo de lanzar una denuncia por accidente contra Yuri? —Pareces terriblemente confiado.

—Digamos que Yuri tampoco es un extraño para mí.

Eso me hace reflexionar. Alguien que conoce tanto a Matvey como a Yuri; alguien a quien nunca he oído mencionar por su nombre, pero que parece conocerlos íntimamente. Lo suficiente como para actuar con condescendencia con ellos.

Un jarrón letón con escamas de pescado, un pisapapeles de Bastet, un cabezón de reina…

—No quiero que le hagan daño. Ha sido amable conmigo.

—No tengo ningún problema con el pequeño —me asegura Carmine—. Solo con el gran jefe.

Ahí está.

Una pluma estilográfica, antigua. Y muy afilada. —¿Solo con él? ¿No lastimarás a nadie más? ¿Ni siquiera a la esposa?

—¿Quieres que lastime a la esposa?

El solo pensamiento me da escalofríos en la espalda. Puede que ahora mismo desprecie a Petra con todo mi corazón, pero el homicidio todavía me parece demasiado. —No. Está embarazada.

—Entonces, esperemos que sea una niña.

Me estremezco tanto que casi dejo caer el bolígrafo. Esa voz alegre, lanzando amenazas tan espeluznantes, es casi demasiado.

No solo quiere matar a Matvey, quiere acabar con él. Quiere cortar su linaje por cualquier medio necesario.

Por una vez, estoy agradecida por los viejos blancos y sus extrañas fijaciones en los herederos varones. Puede que sea la única razón por la que mi hija todavía respira, después de todo. ¡Vamos todos, tres hurras por la misoginia!

Guardo el bolígrafo detrás de mi espalda y pretendo considerar la oferta un poco más. —¿Qué obtengo yo a cambio?

—Seguridad, por un lado —comienza a enumerar Carmine—. La Bratva Groza se irá de tu espalda para siempre. También me aseguraré de que recibas una compensación adecuada.

—¿Compensación cómo?

—Como necesites —se encoge de hombros—. Dinero. Apartamentos. Nuevas identidades para establecerse lejos de aquí. ¿Has visto las tasas de matrícula escolar últimamente? Déjame decirte que criar a un niño nunca ha sido más caro. Especialmente en esta economía.

—No tienes que decirme eso —murmuro. No es la primera vez que miro el abismo enorme de mi futuro como madre soltera y me estremezco ante los horrores que me esperan allí.

Carmine parece complacido. —¿Y entonces? ¿Puedo contar con tu apoyo?

El bolígrafo pesa en mi mano. Pero no puedo dar marcha atrás ahora. No con mi bebé todavía en las garras malvadas de la Sonrisa Espeluznante allá. —¿Nos damos las manos?

Es hora, April.

—Claro, ¿por qué no?

Hagas lo que hagas, no *falles.*

Empiezo a caminar. Carmine se queda dónde está, claramente acostumbrado a que la gente se le acerque. Dios, espero que no pretenda que bese sus millones de anillos. Moriría de vieja.

Carmine me ofrece su mano… no para besarla, gracias a las estrellas… y yo le ofrezco la mía. La libre, la que no está a punto de cometer el pecado más grave de todos.

Pero ¿hay algún pecado que no cometeríamos por nuestros hijos?

En cuanto su mano está en la mía, ataco. Sostengo el bolígrafo como una daga y desciendo, apuntando al punto sensible entre el cuello y el hombro.

Pero Carmine ni siquiera se inmuta. Con un movimiento de su muñeca, retuerce la mía y se libra de mi apretón de manos.

Luego, aleja el bolígrafo de un golpe.

Veo mi última esperanza volar por el aire, cayendo al suelo al otro lado de la habitación. En cuanto toca las tablas del suelo, se parte por la mitad.

—Qué lástima —suspira Carmine—. Me gustaba mucho esa.

Intento agarrar a mi bebé, pero su agarre es de acero.

Entonces ella comienza a llorar, un gemido fuerte y penetrante. Honestamente, me siento tentada a hacer lo mismo.

Estoy jodida. Completamente jodida.

—Debiste haber aceptado mi trato, Srta. Flowers —dice Carmine, mientras busca algo detrás de él—. Podríamos haber sido socios.

Luego, me apunta con una pistola a la cabeza.

Sé sin lugar a dudas que estoy a punto de morir.

—¿Últimas palabras? —pregunta.

—Sí —digo de golpe—. Por favor, no lastimes a mi bebé.

Algo pasa por los ojos de Carmine. Algo que casi podría ser lástima. —No lo haré. Es demasiado importante.

Dejo escapar un suspiro de alivio. Cualesquiera sean las razones que pueda tener, cualesquiera sean los planes… no le hará daño. No le hará daño a mi hija.

—Lo siento —susurro, las lágrimas resbalan por mis mejillas—. Lo siento mucho, M…

Entonces la puerta se abre de golpe.

Carmine se da vuelta.

Yo también.

Y los ojos de Matvey se encuentran con los míos.

APRIL

—Tú.

La voz de Matvey es gélida. Le lanza esa palabra a Carmine como un dardo venenoso, pero todo el tiempo mantiene sus ojos *en mí*.

Y esos no son fríos en absoluto.

Están ardiendo.

Dios, lo extrañé. Eso es todo lo que puedo pensar. Estoy de pie entre dos hombres peligrosos, en el fuego cruzado de dos armas mortales, y todo lo que puedo pensar son dos palabras.

Lo.

Extrañé.

Entonces, Carmine rompe el hechizo. —Yo —concuerda maliciosamente, su falsa sonrisa finalmente se despega para revelar la serpiente debajo—. Qué bueno verte de nuevo, hi…

—Quita tu sucia pistola de mi mujer —Matvey lo interrumpe—, y tus sucias manos de mi hija.

Me doy cuenta de que nunca lo había visto así. Para mí, Matvey siempre fue "el hombre" …ya sea apasionado, frío o indiferente, siempre estaba "fuera de horario". Es la primera vez que veo este lado de él: la otra mitad de la ecuación despiadada, sedienta de sangre y de corazón de piedra.

El *pakhan*.

Pero Carmine no se siente intimidado en lo más mínimo. —Me temo que no puedo hacer eso, *Matik*.

Es como si alguien hubiera activado un interruptor. Al oír ese nombre, la cara de Matvey se pone blanca y luego roja de rabia. —No te atrevas a llamarme así.

—¿O qué?

—O te meteré una bala en el maldito cráneo.

Carmine chasquea la lengua. Luego, sin previo aviso, comienza a mecer a nuestra hija en el hueco de su brazo. —Qué lindo, ¿no? Los bebés. Son milagros. Y qué frágiles también.

—Si la tocas, joder…

—Normalmente les gusto, ¿sabes? —increpa las palabras de Matvey—. Así que sus padres siempre me preguntan: "¿Quieres sostenerlos?", y me los ponen en brazos. Y yo siempre tengo miedo. No dejo de pensar: *"Ay, Dios… ¿Y si los dejo caer?"*

De repente, la sonrisa falsa de Carmine pierde toda su calidez. Su amenaza es tan clara que es todo lo que puedo hacer para no gritar.

Pero me obligo a recomponerme. —Es ansiedad, según tengo entendido —bromeo.

Parece gratamente sorprendido por mi comentario. Como si estuviera encantado de saber que puede seguir jugando. —¡Quizá lo es! Soy así de ansioso. Entonces, ¿por qué no sueltas el arma, Matik, antes de que me flaquee el agarre?

Veo a Matvey apretar los dientes con frustración, con el arma todavía en alto.

—Matvey —intento que mi voz no tiemble—. Por favor.

Un destello de vacilación pasa por sus ojos.

—Vamos, Matik —insiste Carmine—. No quieres asustar a tu mujer otra vez, ¿verdad?

—No se asusta tan fácilmente.

—Ajá. Entonces, ¿por qué huyó?

Jaque mate.

Por un largo momento, estoy segura de que Matvey bajará su arma; y aunque le he estado rogando que lo haga, de repente, no estoy tan segura de que deba hacerlo. Carmine dijo que no lastimaría a la bebé, pero eso fue antes de que Matvey irrumpiera. ¿Y si ya no la necesita?

—Porque fui un idiota.

Sus palabras me sacan de mis pensamientos.

Una vez más, el arma de Matvey apunta a Carmine, pero sus ojos están puestos solo en mí. —Fui un idiota —repite—. Le mentí. Podría haberle dicho la verdad desde el principio, pero no lo hice. Seguí mintiendo y mintiendo hasta que ella no pudo soportarlo más. Fui lo más bajo de lo más bajo. Y por eso, lo siento.

No puedo creer lo que oigo. Todo lo que siempre quise que Matvey me dijera, lo está diciendo aquí y ahora, con solo una pieza faltante.

No la amo a ella. Te amo a ti.

—Entonces, ¿la perdonas? —pregunta Carmine, incrédulo.

—No.

Esa sola palabra me hiela hasta los huesos.

—Lo que hizo fue imperdonable —continúa Matvey, el fuego en sus ojos se endurece hasta convertirse en hielo—. Ella también me mintió. Si Yuri no hubiera confesado para salvarle el

trasero, habría seguido mintiendo. Ella también fue lo más bajo de lo más bajo.

Finalmente dejo de oír las palabras de Matvey. Porque, aunque mi autodesprecio no querría nada más que apuñalarme con ellas, es hora de que empiece a *escuchar*.

Matvey nunca ha sido un hombre de muchas palabras, pero ya se ha repetido dos veces.

Lo más bajo de lo bajo.

Abajo.

—¿Lo tienes, April? —insiste, con algo desesperado en sus ojos—. ¿*Puedes* entenderlo?

Levanto la cabeza. —Sí.

Entonces, sucede.

Me dejo caer al suelo. En el momento en que lo hago, el arma de Matvey dispara.

Carmine aúlla, dejando caer a la bebé.

Pero estoy lista para atraparla. Porque Matvey también me contó esta parte.

¿Lo tienes? ¿Puedes *entenderlo?*

—Te tengo —le susurro a mi hija—. Te tengo, bebita.

Luego, me agacho debajo del escritorio.

Examino a mi bebé de la cabeza a los pies: está perfecta, ilesa. Llorando, pero entera. —Gracias a Dios —sollozo.

Detrás de nosotras, las balas vuelan en todas direcciones. Siento que una se aloja en el panel frontal del escritorio, justo donde habría estado mi nalga izquierda. Gracias a Dios por la caoba.

Cubro los oídos de Pollito. —Está bien, bebé. Papi estará bien.

Lo digo tanto por su bien como por el mío. Cualesquiera sean nuestras diferencias, cualesquiera sean nuestros problemas…

Por favor, Matvey, no te lastimes.

Sé que el universo me escucha. Lo sé, porque al segundo siguiente, la voz de Matvey se eleva en un aullido de dolor.

—¡MATVEY!

Salgo corriendo de detrás del escritorio.

Matvey está tendido en el suelo, con la espalda contra la pared, con la mano cubriéndose el hombro. La sangre brota rápidamente, manchando su camisa y oscureciendo su chaqueta.

Carmine está parado junto a la puerta, con un brazo igualmente ensangrentado. —Parece que estamos empatados.

—No lo estamos. Mis hombres tienen la zona rodeada. Yuri y Grisha ya están en camino.

—¿¡Yuri!? —se ríe Carmine—. Después de todo lo que ha hecho, ¿todavía confías en él?

—Sigue siendo mi hermano —dice Matvey entre dientes—. Sigue siendo mi sangre. Y yo nunca traicionaría a mi sangre.

—…Ya veo —comenta Carmine—. “Nunca” es una palabra atrevida, Matik.

—*Nunca* —gruñe desafiante.

Luego, levanta su arma y vuelve a disparar.

Pero Carmine ya está en la puerta, cubriéndose fácilmente contra la pared exterior de la cabaña. La bala se aloja entre las tablas. Matvey se traga otro grito de dolor.

Dejo a la bebé y corro a revisar la herida. —Quédate quieto —ordeno. Casi no escucho las palabras de despedida de Carmine.

—Espero con ansias volver a jugar contigo… —grita desde la puerta—, *hijo*.

Luego, huye hacia la noche.

APRIL

Mi mano se detiene en el aire. —¿“Hijo”?

Matvey no dice nada. No necesita decir nada. Una mirada a su rostro me dice todo lo que necesito saber.

Carmine es el padre de Matvey.

—¡Matvey! —Yuri entra furioso, seguido por un Grisha jadeante—. ¿Estás herido? —luego ve la sangre. Su rostro palidece—. Motya…

Hace ademán de acercarse, pero Matvey lo detiene con una mirada fulminante. —Todavía está cerca —gruñe—. Vayan, los dos.

—¡Pero Matvey…!

—¡Dije que *vayas*!

—Está bien —añado, compadeciéndome de Yuri—. Es solo una herida superficial. Lo curaré.

—No harás tal cosa.

—Sí, lo haré.

—Dije…

—¿Cuántos dedos estoy levantando?

La mirada de Matvey se enfoca y se desenfoca. Ha perdido tanta sangre que ni siquiera sabe *qué* dedo levanto. Y eso debería ser fácil. —Vale —se queja finalmente—. Haz lo que debas.

Solo entonces Yuri finalmente comienza a salir.

Sin embargo, en la puerta, Matvey lo detiene. —Yura… es él.

Yuri no dice nada. Simplemente se detiene, un instante y medio, antes de obedecer las órdenes de su *pakhan* y huir hacia la noche tras Carmine.

No… tras *su padre*.

Entonces, la cabaña queda en silencio.

La mirada de Matvey vaga por la habitación. La mía no es más firme. Después de todo lo que pasó, no tenemos nada que decirnos.

Otra vez.

—No deberías ser tan duro con él —lo que sea para romper este miserable silencio.

—Seré tan duro con mi hermano como quiera —gruñe en respuesta.

—Es mi culpa que haya hecho lo que hizo. Lo puse en una posición imposible.

—Créeme… lo sé.

Es la forma en que escupe esas palabras, llenas de veneno y desprecio, lo que finalmente me hace estallar. —¿Dijiste en serio siquiera una palabra de lo que dijiste? ¿O era todo un lenguaje codificado?

Matvey se queda callado. *Fui un idiota. Lo siento.*

No, *yo* fui la idiota. Por volver a creerle.

—Quítate la chaqueta y la camisa —suspiro.

Matvey me lanza una mirada fría. —No necesito tu ayuda.

—Sí, la necesitas. Así que o te las quitas o te desangras hasta morir —entonces, como podría elegir esto último, añado—: No quiero que sostengas a tu hija con sangre por todas partes.

Con esas palabras, finalmente parece recordar la razón por la que está aquí. Porque, en este punto, sí que no es por mí. —¿Dónde está?

La agarro por el otro lado. Con la herida de bala, Matvey solo puede esperar a que la coloque en sus brazos. No lo hago esperar mucho.

En cuanto está desnudo hasta la cintura, se la entrego. Mi hija. *Su* hija.

En el momento en que lo hago, me siento débil.

Porque todos mis errores me golpean como un tren de carga.

Sus ojos se iluminan. Cada músculo de su rostro se suaviza, sus labios se abren en una expresión de puro asombro. Es como si se diera cuenta por primera vez: *Tengo una hija. Esta es mi hija.*

Y yo soy quien se la arrebató.

¿En qué estaba pensando?

Si hubiera sido por mí, la habría mantenido alejada de él para siempre. La habría mantenido a salvo conmigo, donde sabía que sería feliz. Eso es lo que me he estado diciendo una y otra vez: ella sería feliz *conmigo*.

Pero, ¿cómo podía saberlo realmente? ¿Cómo puedo seguir pensando eso, cuando su padre la mira como si fuera la cosa más hermosa que vio en su vida?

—Hola, pequeña —susurra.

Durante un largo rato, no dice nada más. Solo mira fijamente a los ojos de su hija.

Me trago la culpa y aprovecho la oportunidad para levantarme y buscar lo que necesito. Tomo una botella de whisky del bar. Si hay algo bueno en las cabañas de asesinatos en el bosque, es que siempre hay un bar. Luego, tomo mi kit de costura.

Cuando Matvey me ve regresar con los suministros, frunce el ceño. —¿De dónde siquiera sacaste eso?

—Gracias a Carmine. Él consideró apropiado secuestrar mi bolso también. —vierto una cantidad generosa de whisky en la aguja y el hilo, luego se lo entrego a Matvey—. Toma. Esteriliza la…

Pero ya está a mitad de la botella.

—…herida. No importa.

Sin decir palabra, tomo otra.

Mientras le doy un baño de alcohol al hombro a Matvey, él mantiene a la bebé abrigada y segura en su otro brazo. Ni una sola gota la toca, de alcohol o de cualquier otra cosa. En unos momentos, ya se ha quedado dormida.

Es perfecto con ella, pienso con otra punzada de culpa. *Son perfectos juntos.*

—Puedes soltarla, ¿sabes? —le digo—. Duerme como un tronco.

—No la voy a dejar.

—Esto va a doler.

—Dije que no la voy a dejar.

La culpa me apuñala más fuerte.

Tomo mis pinzas y obligo a mis manos a no temblar. O a mi voz. —Vale. Hazlo a tu manera.

No le ofrezco algo para morder. Él no lo pide. —Comprueba si hay una herida de salida —ladra.

—Ya lo hice. Está ahí.

Con eso, volvemos a quedarnos en silencio.

Después de terminar de sacar los escombros, dejo que mis manos sigan los planos familiares de la espalda de Matvey… los músculos tensos, los huesos robustos. He tocado ese lugar tantas veces: abrazando, acariciando, aferrándome con todas mis fuerzas mientras me destrozaba a su alrededor. No necesitaba una excusa entonces.

Ciertamente, no una de vida o muerte.

—Quédate quieto.

—*Estoy* quieto.

—Estás moviéndote. La cicatriz va a salir toda irregular.

—¿Qué importa eso? —espeta.

Dudo, con la aguja en el aire. —Tienes una piel hermosa —decido. La verdad, por una vez—. Sería una pena que se estropee.

Que se estropee por mi culpa.

Él no dice nada en respuesta.

Pero finalmente vuelve a soltar a nuestra hija. Observo sus dedos apretando la tela de sus pantalones, con los dientes apretados por el dolor y el mareo. Yo tampoco digo nada, pero, mientras mis dedos se deslizan alrededor de la herida, siento que el pulso de Matvey se acelera.

—¿Estás bien? —pregunto.

Me pregunto si él también lo siente… lo que *yo* estoy sintiendo. La química entre nosotros, que vuelve a la vida con un solo toque. O tal vez en realidad es solo dolor y estoy imaginando cosas de nuevo. Como imaginé todo entre nosotros.

Pero Matvey se niega a darme una respuesta directa. —Estoy bien.

—Estás respirando más fuerte.

—Dije que estoy bien.

Más silencio. *Silencio, silencio, silencio*. ¿Eso es todo lo que queda de nosotros? ¿Es todo lo que puedo tener? ¿Es todo lo que merezco?

—¿April? —pregunta Matvey de repente—. ¿Estás… llorando?

Solo entonces me doy cuenta de que tiene razón.

Y entonces ya no puedo más. No puedo contenerlo más. —Odio esto —digo finalmente—. Nos odio. En lo que nos hemos convertido.

—April… —Matvey intenta girar la cabeza, pero yo la giro de nuevo.

—Quédate quieto —susurro.

Pasa un momento en silencio. Luego—: Háblame.

—¿Que te *hable*? —espeto—. ¡Todo lo que he hecho es intentar hablar contigo! Pero no, no me dices ni una sola cosa. Te encierras en tu silencio y me dejas sola con mi mente. ¿Tienes idea de lo que se siente? ¿Estar a merced de tus peores pensamientos, dudar de cada pequeña cosa? ¿Preguntarte qué hiciste para que sucediera?

—No hiciste nada —interrumpe Matvey—. Casarme con Petra fue mi elección. No tuvo nada que ver contigo.

—Entonces, ¿por qué no me lo dijiste? —grito—. ¿Por qué no me dijiste nada?

Apenas logro deshacerme de la sutura. Lloro tanto que no puedo ver bien. Es como si las compuertas finalmente se hubieran abierto de nuevo y todo lo feo estuviera listo para salir corriendo.

—Me estoy volviendo loca, Matvey —susurro con lo último que me queda de voz—. Ya no sé qué es real y me está volviendo loca. *Tú* me estás volviendo loca.

No espero que responda. Me he dado por vencida… a intentar averiguar qué pasa por la cabeza de Matvey.

Entonces, cuando finalmente perdí toda esperanza, Matvey habla. —Lo decía en serio.

—¿Qué?

—Lo que dije antes lo decía en serio: lo siento. No te dije la verdad.

Me toma un momento darme cuenta de que no lo he imaginado. —¿Sobre qué parte? —respiro —. ¿La parte en la que dijiste que no querías a nadie más? ¿Que no había nada entre tú y Petra? ¿O que me amabas?

Podría seguir, pero esta vez soy yo quien se queda callada.

Porque, de repente, percibo un pequeño temblor en el cuerpo de Matvey. No, no es un temblor: es un mareo. *Ha perdido demasiada sangre*, me doy cuenta. *Se desmayará.*

Salto en frente de él, sujetándolo. —¡Matvey!

—El… el… b-bebé…

Frunzo el ceño. —Está aquí. Está bien.

—No, el bebé. El bebé de Petra —con el último atisbo de concentración, me mira directamente —. Te mentí.

—Ahora no es el momento…

—No es mío.

Parpadeo. —¿Qué?

—El bebé de Petra. Nunca… fue mío.

Eso es lo último que me dice.

Luego, se desmaya.

MATVEY

Me despierto con un dolor de cabeza tremendo y un hombro palpitante.

Me lleva un momento recordar que esto no es solo otra resaca. Que no volví a vaciar el bar, aunque sí que huelo así. Pero no, no fue la bebida lo que me afectó esta vez. Fue…

Me levanto de un salto y una voz me dice—: Tranquilo. Te vas a arrancar los puntos.

April.

Después de toda esta búsqueda, no parece real. Me pregunto si es un sueño febril; Dios sabe que he tenido suficientes en las últimas semanas. Parpadeo en la penumbra, buscando a April a mi lado, aterrorizado por no encontrar nada.

Pero entonces, siento su mano alrededor de la mía. —¿Cuánto tiempo estuve inconsciente? —digo con voz ronca.

—Unas cinco horas.

Cinco horas. Ese es el sueño más largo que he tenido en un mes. —¿La bebé?

—Dormida profundamente.

Señala un cajón abierto detrás de ella. No puedo ver mucho desde aquí, solo que parece que todas las mantas que he tenido han sido puestas dentro de ella como relleno.

Cuna improvisada. Inteligente. Me quito ese pensamiento de la cabeza. No debería alabar a esta mujer, ni siquiera en mi mente. Por nada del mundo.

Se llevó a mi hija. Se llevó mi sangre. Y también la puso en peligro.

Carmine. Sabía que haría un movimiento, pero no esperaba otro tan pronto. No después de que el acuerdo de D.C. explotara misteriosamente.

Porque, claramente, él también tuvo algo que ver en eso.

Y no solo eso. Los secuestradores, los asesinos… desde el principio, todo fue él. Tenía mis sospechas, pero anoche fue la prueba.

Todo este tiempo, mi padre estaba detrás de todo.

Me apoyo en la cabecera de la cama. Mientras mis ojos se acostumbran a la oscuridad, me doy cuenta de que debe estar amaneciendo. Un rayo de luz tenue que se filtra a través de las persianas, pero es débil. Frágil.

Como se ve April ahora.

Observo su rostro hundido, las bolsas bajo sus ojos. Un mes huyendo no es bueno para nadie, pero no puedo imaginar que sea menos que desgarrador para una madre primeriza. Cuando dejó esa cama de hospital, sus puntos ni siquiera estaban secos.

Y ¿de quién fue la culpa?

Quiero decir "de ella" pero algo me detiene.

"Me estoy volviendo loca aquí, Matvey. Ya no sé qué es real".

—Toma —April interrumpe mis pensamientos—. Bebe.

Un vaso frío toca mis labios. Quiero rechazar sus mimos, pero estoy sediento. Esa es la única razón por la que lo acepto, me digo a mí mismo. La única razón por la que dejo que April me cuide.

Silencio mis pensamientos, abro la boca y bebo.

Se siente como el primer sorbo de agua que he tomado en mucho tiempo. No paro hasta que he bebido hasta la última gota. —Grisha te dejó algunos analgésicos —añade después—. ¿Los quieres?

Sí. Mi hombro me está matando. —La medicación adormece mis sentidos —murmuro.

—Ah, cierto. Voy a tomar eso como un no.

Hay un dejo de decepción en su tono. Me molesta… ¿qué diablos hice *ahora*? —Dije que estoy bien.

—En realidad, no, no lo hiciste. Solo me dijiste una estupidez de frase de macho alfa y te las arreglaste para no decir lo que realmente sientes. Por otra parte, no debería sorprenderme.

—¿Qué quieres que haga, April? —gruño—. ¿Quieres que diga que me duele? Vale: me duele como una maldita perra. ¿Feliz ahora?

—¡Sí! —gruñe de vuelta—. ¡Porque al menos sé qué estás pensando!

—¿Qué se supone que debía estar pensando? "Ay, Dios, ¿¡estoy tan feliz de que mi padre haya venido desde Washington D.C. para meterme una bala!?".

—¿Cómo voy a saberlo? ¡No me dices nada! Y, cuando lo haces, mientes.

—Yo nunca… —empiezo.

—¡No! —me interrumpe April, poniéndose de pie furiosa—. *No* me digas que nunca me mentiste, Matvey Groza, porque te juro por Dios que cambiaré tus analgésicos por ositos de goma y verteré alcohol puro directamente sobre tus puntos.

—Yo nunca…

—¿Nunca me dijiste que amabas a Petra? —escupe—. ¿Nunca me dijiste que su bebé era tuyo? Noticia de último momento, Matvey: no tenías por qué. Llegaste a casa, me dijiste que te casabas con ella, y sabías muy bien que no tenías que decir nada más.

—Yo…

—Lo sabías. Lo sabías, joder. Al menos respétame lo suficiente para admitirlo.

Quiero rechazar las palabras de April con todo mi corazón. Quiero gritar lo suficientemente fuerte como para despertar a todo el edificio. *Eso no es verdad.*

Pero no puedo.

Porque lo es.

Dejé que ella uniera los puntos mientras sabía exactamente qué imagen estaba dibujando en su cabeza. Le dejé pensar que la boda fue por mi propia voluntad para no tener que explicar por qué no lo fue. Le dejé pensar que el bebé era mío para no tener que explicar que no lo era… para no tener que decirle *de quién* era.

Puede que no le haya mentido en la cara. Pero bien podría haberlo hecho.

“No me dices ni una sola cosa. Te encierras en tu silencio y me dejas sola con mi mente. ¿Tienes idea de lo que se siente?”.

No la tengo. El silencio es lo único contra lo que nunca tuve que luchar. El silencio significa que no vuelan balas; significa que no se avecinan tormentas. Significa que, al menos mientras dure, nadie saldrá herido.

Nunca fue mi enemigo.

Pero eso no significa que no sea el de April.

—Dime que estoy equivocada —dice con voz áspera—. Dime eso, o dime finalmente la verdad.

Así que lo hago.

Se lo cuento todo.

Le cuento que volví a mi apartamento esa mañana, que encontré a Petra allí, que casi le disparé a la mujer nada más al verla.

Entonces, le cuento lo que me dijo. *Estoy embarazada.*

Al principio no es fácil decirlo abiertamente. Cada palabra que digo se me queda atascada en la garganta al salir, como si supiera que es un secreto, como si supiera que no debo compartirlo.

Me pregunto qué habría pasado si hubiera hecho esto antes. Cuánto dolor podríamos haber evitado. Cuánto sangrado podría haber quedado sin derramar.

—Era la única manera —añado en un susurro ronco—. La única manera de mantenerlos a los tres a salvo. Tenía que reclamar al bebé como mío. No hay forma de saber qué habría hecho Vlad

de otra manera. Y Yuri… no quería que nadie lo supiera. En caso de que Vlad se enterara.

April escucha sin decir una palabra. Escucha hasta el final.

Es desconcertante… ¿por qué no dice nada? La ironía no se me escapa: El silencio finalmente duele.

Pero, finalmente, April habla. —¿Te pidió que no me lo dijeras?

Dudo. —Me pidió que no se lo dijera a nadie.

—Claro. Pero no te pidió que no me lo dijeras *a mí*.

Estoy empezando a irritarme de nuevo. ¿Qué pasa con el sofisma aquí? Dijo que *nadie*… ¿cuál es la maldita diferencia?

—Traté de decírtelo —insisto—. El día antes de la boda…

—Una semana después —objeta—. ¿Por qué no me lo dijiste desde el principio?

Quiero decir, *"Porque mi hermano me lo pidió"*, pero ni siquiera puedo pronunciar las palabras. Después de todas estas mentiras, no puedo obligarme a decir otra.

Porque, en verdad, nunca se trató de Yuri.

Podría haberle pedido que mantuviera a April informada… diablos, podría haberlo exigido. Tenía todas las cartas en la mano; no tenía motivos para ceder.

Pero entonces, esa voz dijo…

¿Puedes confiar en ella?

Estoy tratando de encontrar una mejor manera de decirlo. Una manera que no me haga sonar como un completo gilipollas.

Pero April ha tenido su cuota de silencios, así que es justo que se haya vuelto buena en leerlos. —Claro —murmura, robándome las palabras de la boca—. No soy de tu sangre. Lo entiendo.

—Nunca elegí a Petra sobre ti —señalo—. Nunca la amé, April. Yo…

Dilo. Solo dilo, maldita sea.

—¿Me amabas *a mí*? —completa April, pero hay algo extraño en su tono. Algo oscuro y amargo —. No, Matvey. Esa es solo otra mentira.

Es como una daga en el corazón. Aprieto las sábanas y me levanto, ignorando la agonía punzante en mi hombro. —¿Cómo lo sabrías? —rujo—. ¿Cómo sabrías lo que siento?

—Porque, si amas a alguien, ¡confías en él! —me grita en la cara—. Y si no puedes confiar en alguien…

En ese momento noto las lágrimas en sus ojos.

—Entonces no los amas —dice con voz áspera—. En realidad, no.

Siento que mi rabia aumenta. Cada vez que estoy cerca de esta mujer, en serio, es como si ya no pudiera controlarme. Todo se va por la ventana. —Pero tenía razón, ¿no? —digo—. No se podía confiar en ti. Dime, April: ¿pensaste en la "confianza" cuando *secuestraste a mi maldita hija*?

Se tambalea hacia atrás como si le hubieran dado una bofetada. —Yo…

En ese momento un ruido nos saca a los dos de ese estado.

No, no es un ruido: *llanto.*

—Ay, no —April corre hacia el cajón—. No, no, no, shh. Chito, cariño. Mami te tiene —toma el bulto de mantas y comienza a mecerlo en sus brazos—. Lo siento. Lo siento mucho, May.

Se me corta la respiración en los pulmones. Durante un largo segundo, olvido cómo es. Un latido, luego otro. —"¿…May?" —repito.

April se vuelve hacia mí, con los ojos muy abiertos de repente. —Sí. Yo… Lo siento, no te pregunté qué nombres te gustaban. Solo que siempre pensé que si alguna vez tuviera una niña…

Me tiende el bulto. Sus manos tiemblan.

Con el máximo cuidado, las tomo. —Está bien —sacudo la cabeza—. Es un buen nombre. Realmente… le queda bien.

May. El nombre de mi hija es May.

Soy padre.

Y hablando de padres…

—Carmine probablemente estaba detrás de todo —le digo a April, con el rostro sombrío—. El secuestro, el robo. Hasta que me ocupe de él, ambas están nuevamente bajo mi protección.

No salgo de su habitación para discutir. Por suerte, ella no lo hace. Puede que sea una mentirosa y una tramposa, pero, por lo que he visto…

Por lo que he visto, es una mamá increíble.

—Vale —dice—. Hasta que se ocupen de Carmine.

—Hasta que se ocupen de Carmine —concuerdo.

Es un pacto. No nos damos la mano, pero no es necesario.

Nuestra bebé lo sella para ambos.

MATVEY

Pasan los minutos, luego las horas.

Para cuando Yuri regresa, el sol debe haber recorrido todo el horizonte, porque la habitación se ha vuelto a oscurecer.

No es que haya estado llevando la cuenta. Estaba demasiado ocupado mirando otra cosa.

—¿Matvey?

Me pongo un dedo en los labios. —Silencio. Está dormida.

Con un movimiento de cabeza, Yuri camina alrededor del sofá actualmente ocupado. —Debe haber sido una noche infernal para April también.

—No me refería a ella.

Mi hermano se tambalea ante mi tono áspero. Veo su mirada detenida en April con el rabillo del ojo, una mano saliendo rápidamente para arreglar la manta en la que se acurrucó. —Mala mía.

Me obligo a no quitársela de un mordisco en la muñeca.

En silencio, Yuri se acerca sigilosamente. Ahí es cuando la ve: envuelta en mantas, pequeñas manos curvadas en pequeños puños. A salvo en mis brazos por fin. *Mi hija.*

—Ah. *Ella*. Sí, es una verdadera dormilona.

—Ajá. Supongo que tú lo sabrías mejor que yo.

El dolor se refleja en el rostro de mi hermano. —Mot…

—No lo hagas —le advierto—. No más excusas.

Asiente con tristeza. —Lo siento.

—No, no lo sientes.

—¿Qué?

—Me escuchaste —me fuerzo a hablar en un tono bajo, parejo—. No lo sientes. Si tuvieras la opción, lo harías todo de nuevo.

—No lo sabes —dice con voz áspera.

—Sí, lo sé…

—…Motya…

—…Porque yo también haría lo mismo.

Por un segundo, Yuri parece aturdido. Como si hubiera estado esperando ser atacado por un lobo salvaje, solo para que le lamieran la mano. —Harías… ¿qué?

—Proteger mi sangre.

Puedo notar que mi hermano no tiene idea de a dónde quiero llegar con esto. La verdad sea dicha, hasta hace unas horas, mi propia mente era un misterio para mí. Este último mes… fue el infierno en la tierra. No tuve tiempo para la claridad. No tuve tiempo para sentarme y simplemente pensar.

Pero, con mi hija en mis brazos, finalmente todo está tomando sentido.

—No confiaste en mí.

—No, eso no es… —Yuri comienza.

Pero lo interrumpo. —No confiaste en mí —repito— porque viste que no era yo mismo. Contigo o con nadie. Y, por eso, perdiste la fe en mí.

A mi lado, Yuri sacude la cabeza una vez. —Me estabas ayudando. Por supuesto que confié en ti.

—No, no lo hiciste. Cuando confías en alguien, le dices la verdad.

Veo a mi hermano parpadear, completamente perdido. —¿Te sientes bien? ¿Tomaste algo?

—Al contrario, mi hombro me ha estado matando todo el día. Estoy casi demasiado lúcido.

—El dolor no te hace lúcido, —objeta Yuri—. Solo te hace doler.

—Tal vez, —concedo—. O tal vez ayude a poner las cosas en perspectiva.

En mis brazos, May se mueve. Arrulla débilmente, pero no abre los ojos. Ni siquiera he tenido la oportunidad de comprobar su color todavía… está tan dormida. No es de extrañar que haya tardado diez meses en salir. La Dra. Allan tenía razón: es una bebé muy cómoda.

—No la he soltado ni una vez, ¿sabes? —confieso—. Desde que la recuperé. Solo no he podido dejar de sostenerla. Ni por un maldito minuto. ¿Sabes por qué es eso?

—¿Por qué? —pregunta Yuri.

—Porque sigo pensando que desaparecerá.

Veo que las palabras se clavan profundamente en el corazón de mi hermano. Sin embargo, no me siento culpable: el dolor puede ser bueno. El dolor puede ayudar.

El dolor puede mostrarnos lo que realmente importa.

—Me encuentro pensando: “Tal vez vaya a buscar un vaso de agua”. Luego voy a soltarla, pero no puedo. Porque, ¿qué pasa si se ha ido para cuando regrese?

—Sabes por qué lo hizo April —responde Yuri con firmeza—. Por qué *yo* lo hice. No volverá a suceder otra vez, Matvey.

—“Otra vez”. Palabras graciosas. No debió haber sucedido en primer lugar, Yuri.

—Lo sé, y si pudiera volver atrás…

—Ya hablamos de eso —interrumpo—. Lo harías todo otra vez, tal como yo.

—¿Eso es lo que quisiste decir? —me pregunta Yuri, incrédulo—. ¿Tú le… mentirías a April otra vez?

—Lo haría.

Incluso mientras digo las palabras, algo dentro de mí aúlla. Algo desesperado por reparar lo que se ha roto. *Deja de mentir. Deja de mentirte a ti mismo, a ella, a…*

Pero no hay manera de arreglar esto. No después de lo que hizo April.

Porque, si no las hubiera encontrado, nunca habría vuelto a ver a mi hija.

Yuri sacude la cabeza, frenético. —No lo dices en serio.

—Todo este tiempo, seguí pensando: “Si tan solo le hubiera dicho la verdad”. Pero, ¿quieres saber la verdadera verdad? Te elegí *a ti*, hermano. Y tenía razón. En el segundo en que la traicioné, me quitó a mi hija. ¿Quién sabe qué habría hecho si le hubiera contado sobre *tu* bebé?

—¡Nada! —insiste Yuri—. Ella no habría hecho nada. Me equivoqué al pedir…

—Diablos, quizá ella misma hubiera acudido a Vlad.

—Sabes que eso no es…

—¿¡Por qué sigues defendiéndola!? —grito.

Controlo la voz justo a tiempo para no despertar a mi hija. Me importa una mierda el sueño reparador de April, pero veo a Yuri yendo a verla y suspirar aliviado. *Ambas siguen dormidas.*

Esa mirada me indigna más que cualquier otra cosa. Esa mirada, y ese tirón de las mantas, y todas esas noches que deben haber pasado conspirando a mis espaldas…

Si no tuviera una recién nacida literal en mis brazos ahora mismo, ya lo habría atacado.

Pero solo hay una manera de saber la verdad. Solo una manera de averiguar si alguna vez puedo volver a confiar en mi hermano. Si en primer lugar pude alguna vez confiar en mi hermano.

—Supongo que es la historia más vieja del mundo —murmuro—. Me casé con tu chica, así que ahora, ¿vas a joder con la mía?

—Matvey, ¿de qué diablos estás hablando? —casi grita.

—¿O fueron todas esas cenas para llevar en el motel? Tal vez compartieron un dumpling una

vez, y luego algo más…

—¡*Amo a* Petra*!* —esta vez, es él quien casi grita—. Amo a Petra —repite Yuri, sin aliento—. Y no podía soportar la idea de perder a la que amaba. Así que me volví loco y terminé costándote a ti la que amabas. Peor aún, terminé costándote a April. Pero ella era inocente, Matvey. No tenía nada que ver conmigo, ni contigo. Es por eso que he estado intentando ayudarla. Y lo siento, de verdad lo siento, pero si sigues sugiriendo que alguna vez engañaría a Petra, tendré que pedirte que sueltes a tu bebé y jodidamente salgas afuera conmigo, porque no te dejaré insultar…

—A tu sobrina.

Yuri parpadea. —¿Qué?

—No es solo mi bebé. También es tu sobrina.

Con eso, finalmente se la doy.

Yuri parece más confundido a cada minuto. —Con "soltarla" no me refería a que me la dieras…

—Lo sé. Te referías a "soltarla para que pueda golpearte".

—¿Entonces…?

—Entonces no necesitas golpearme. Te creo —luego, añado con una sonrisa—: Aunque me gustaría verte intentarlo, hermano.

Al principio, Yuri duda. —¿Estás seguro?

Pongo los ojos en blanco. —Deja de fingir que no la has estado sosteniendo en cada oportunidad que has tenido. Además, necesitas práctica.

—No es eso lo que quiero decir. ¿De verdad… me crees?

—Yura, Yura, Yura —suspiro—. Si realmente pensara que te has estado acostando con mi mujer, ¿crees que todavía estarías parado sobre dos piernas?

Su rostro palidece por completo. Pero eso finalmente parece convencerlo, porque se inclina para tomar el bulto de mis brazos. —¿Confías en mí con ella? —pregunta con incredulidad.

Lo veo levantarla lentamente. Con cuidado. —Todos estos años que has estado a mi lado… no creas que no me di cuenta. Sé que puedo ser un poco gilipollas…

—Puedes dejar el "un poco" —murmura Yuri.

—…pero sé que siempre has estado de mi lado —continúo, fingiendo no escucharlo. *Mocoso descarado*—. Puede que la hayas cagado esta vez, pero sé que, a tu manera equivocada, también lo hacías por mí.

—Yo…

—Te involucraste demasiado. No entendías qué demonios estabas haciendo. Y ¿cómo podías? Todavía no eres padre.

—Matvey…

—Pero lo serás. Y yo estaré a tu lado para eso también.

Los ojos de Yuri están húmedos. Jesucristo, ¿podría ser más llorón? —Entonces, ¿me perdonas? —grazna.

—Esta vez, sí —respondo—. Pero no habrá una segunda vez, Yuri. Si alguna vez me mientes de nuevo…

Parece que se está atragantando con algo. Palabras, tal vez… o remordimientos. —Matvey, hay algo que necesito…

—No necesitas decir nada —lo interrumpo—. Estás perdonado.

—Pero yo…

—Después de todo, somos sangre.

Se detiene. —Es… ¿por eso me estás perdonando? —tartamudea—. ¿Y por eso no perdonas a…? —sabiamente, no dice su nombre.

—Así es —gruño—. Tú eres mi familia. Ella no.

Si alguna vez necesito una prueba de mi credo, April es la criatura viviente que respira. El lobo con piel de oveja que se coló entre mis defensas.

No dejaré que me dé otro mordisco en el corazón. Nunca jamás.

—De todos modos, ella es familia para mi hija. Haz arreglos para que las dos sean trasladadas de nuevo al ático. Las quiero allí lo antes posible.

—Claro —murmura Yuri—. Claro, me… ocuparé de eso.

Frunzo el ceño. —¿Te sientes bien, hermano? No te dispararon ahí afuera en el bosque, ¿verdad?

—No, no, solo… estoy un poco abrumado, supongo. Necesito asimilar todo esto. —luego, me devuelve a mi hija.

Sacudo la cabeza y sonrío. Mi primera sonrisa real en mucho, mucho tiempo. —Ve. Duplica la guardia alrededor del ático. Recuérdales a todos que sigues siendo mi número dos.

Con un asentimiento, se pone de pie para cumplir mis órdenes.

—Ah, ¿y hermano?

Se vuelve hacia mí. —¿Sí…?

—No me vuelvas a traicionar.

Observo cómo sus labios se aprietan hasta formar una línea tensa y asustada. —Sí, *moy pakhan*.

Y sale por la puerta.

APRIL

Solo me he sentido en casa en tres lugares en mi vida.

Uno: la casa de piedra rojiza que compartía con mi abuela. Es donde crecí, donde finalmente me sentí aceptada por primera vez. Allí, podía irme a dormir con los dos ojos cerrados. Ni siquiera tenía que preguntarme si me despertaría el sonido de mi madre gritando, o mi padre arrojando muebles contra las paredes. De otro mundo, ¿verdad? Qué lujo. Qué privilegio.

Dos: mi escondite con June. Durante toda mi vida adulta, ha sido mi espacio seguro: solo ella, yo y un plato compartido de macarrones con queso en un viejo y destartalado sofá. No conozco a mucha gente que lo llame "el cielo", pero para mí lo era.

Tres: el ático de Matvey.

Sin embargo, allí no fue tan inmediato. Durante mucho tiempo, me sentí como en una prisión. Y luego, hacia el final, se convirtió de nuevo en una jaula. Una dorada, sí, pero encuéntrame un solo prisionero al que le importe el color de los barrotes de su celda. A mí no, eso seguro.

Pero, por un tiempo, en los días intermedios, no lo sentí así.

Me sentí como *en casa*.

El ático está exactamente como lo recuerdo: los sofás lujosos, la decoración elegante, las impresionantes ventanas de piso a techo. El único cambio significativo es la mesa del comedor.

Paso mi mano por la superficie de esta nueva. Es… más fría. Acero y vidrio en lugar de madera calentada por el sol. Las esquinas son afiladas, como si pudiera cortarme el dedo con ellas solo por tocarlas demasiado fuerte.

Tendremos que hacerlas a prueba de bebés cuando May sea mayor, me encuentro pensando.

Y luego: *Espera. ¿Seguiremos aquí cuando ella sea mayor?*

¿Yo *seguiré aquí?*

Tiro de los frenos de emergencia en mi tren de pensamientos. Es demasiado pronto para preocuparme por eso. Para pensar en algo tan vago como el futuro.

Especialmente, cuando todavía estoy tratando de darle sentido al presente.

—¿Dónde quieres esto? —resuella Yuri desde el montón de maletas en la puerta.

En cualquier lugar menos aquí. —Está bien —respondo desde el medio de la sala de estar—. Puedes dejarlas ahí. ¿Quieres un poco de agua?

Se siente extraño actuar como la señora de la casa. Como si este lugar fuera mío en cualquier sentido que importe.

Pero tal vez no sea el ático lo que es diferente. Tal vez yo simplemente no soy la misma persona que se fue.

Tomo el silbido de Yuri como una afirmación y le llevo algunos líquidos. —Te resulta familiar, ¿no? Toda esta escena —bromeo.

Yuri bebe el agua de un trago y sonríe. —Más o menos. La última vez eran juguetes.

—Ajá. Esta vez son solo suministros aburridos.

—No hay nada aburrido en un cochecito lleno de paquetes de pañales.

Tarareo en acuerdo. Si algo he aprendido en estas últimas semanas de huida es que los recién nacidos necesitan muchas cosas interesantes. Tan interesantes, de hecho, que pueden costar un brazo y una pierna y una donación de plasma. —La última vez, también tuviste que llevar todo adentro tú solo.

Yuri se encoge de hombros. —La última vez fue una disculpa de Matvey.

—¿Y esta vez?

Su rostro se oscurece. —Esta vez también es una disculpa —murmura.

Una disculpa para *Matvey*, leo entre líneas.

La culpa me atraviesa el corazón. Debería estar acostumbrándome a la sensación, ¿no? Es lo peor que le ha pasado a todos. En cambio, el dolor sigue empeorando.

—Por si sirve de algo, yo también lo siento —digo tímidamente—. Te puse en una posición imposible. No pensé en ti, ni en lo que esto te haría, ni en tu relación con Matvey. Si alguien merece una disculpa, eres tú.

Acaricio a mi bebé para que me dé valor mientras hablo. Pollito es un peso reconfortante en mis brazos… no, *May*, me recuerdo. Tendré que acostumbrarme a eso. No puedo seguir llamándola como comida para siempre, ¿verdad?

Pero me trae tantos recuerdos…

A mi lado, Yuri sacude la cabeza. —Yo te puse *a ti* en una posición imposible. No sé si… si Matvey te lo dijo ya, pero yo…

Veo que su rostro se tuerce en una expresión de dolor. La parte mezquina de mí dice que debería dejarlo estar incómodo un poco más. Sin querer o no, él fue el catalizador de mi pelea con Matvey… la chispa que encendió el fuego de nuestro amor. Después, no quedó nada más que cenizas.

Pero el resto de mí se rebela contra el pensamiento: Yuri me *ayudó*. Más que eso, él fue el único que lo hizo. El que tenía más que perder.

Y no puedo verlo torturarse ni un segundo más. —Lo sé —le aseguro—. Está bien. No te culpo en absoluto.

—¡Pero no está bien! Yo…

—Protegiste a tu familia —interrumpo—. Hiciste lo que tenías que hacer. Y yo también.

Algo parpadea en su rostro entonces. Algo como diversión. —Suenas igual que Matvey.

Actúo sorprendida. —¿Sí? Imagínatelo.

Hay otras palabras luchando por salir, pero las encierro lejos. Palabras que Matvey me dijo, y palabras que no dijo.

A *mí*, claro.

Un consejo para todos los *pakhans* que están ahí afuera: si van a discutir con su hermano, háganlo lejos del objeto de la disputa.

Y tal vez no griten tan fuerte.

"¿Le mentirías a April otra vez?".

"Lo haría".

Anoche, esas palabras me destrozaron. Por un segundo, pensé que nunca me levantaría. El arrepentimiento que creí ver en sus ojos, la tristeza… ¿Cuánto tiempo le tomó a Matvey racionalizar su salida? ¿Un día? ¿Una hora? ¿O incluso menos que eso?

Pero me levanté. Al final. Me sacudí el polvo del corazón roto, recogí a mi bebé y volví a mi querida y vieja jaula.

Si hay algo que ser madre me enseñó, es a sangrar en silencio.

—Quién iba a decir que sería tan difícil, ¿ah? —reflexiono en voz alta—. ¿Ser padres?

Yuri hace un ruido de ahogo en su garganta. —Yo no… sabría sobre eso.

Sí, lo sabes. Ya estás en proceso de ser papá. —Pero hay mucho tiempo para averiguarlo, ¿no?

—Supongo —murmura, incómodo como solo puede sentirse un padre primerizo. Puede que sea el hermano de Matvey, pero podría jurar que me veo a mí misma en sus ojos: ese gran letrero de neón que muestra las palabras *Estoy Enloqueciendo* con cada parpadeo—. Van a pasar al menos seis meses más, y Petra… —Yuri se detiene, luciendo culpable—. Lo siento. Probablemente no debería mencionarla. No después de…

—¿La boda? —enumero de memoria—. ¿El robo forzado? ¿El susto del hospital?

—No olvides el secuestro a punta de pistola —dice alguien.

Nuestras cabezas se dirigen hacia la puerta al unísono. —Petya —murmura Yuri—. No deberías…

—¿…estar aquí? —completa Petra desde la puerta—. Ella tampoco. Te dije que ese motel era una idea de mierda. La próxima vez, déjame a mí el escondite.

Petra. No la he visto desde ese día en el Mallard. El día en que todo cambió entre nosotras… y entre Matvey y yo.

Luego, todo cambió de nuevo, y pensé que era culpa suya.

Es extraño… durante más de un mes, he maldecido a esta mujer en mis pesadillas, maldije la forma en que me tomó por tonta. La forma en que pensé que me había dejado *yo misma* tomar por tonta.

Pero nada de eso fue real.

—April… —de repente, no está segura ahora que me habla directamente—. ¿Podemos hablar?

Hace un mes, habría usado unas cuantas palabras escogidas para responder a esa pregunta. En su mayoría, sugerencias creativas sobre dónde una hipotética perra traicionera podría poner… o posiblemente empujar… su deseo de hablar conmigo.

Ahora, me encuentro asintiendo una vez.

Petra se vuelve hacia Yuri. —¿Nos das un momento?

—Por supuesto —dice—. Iré a ver cómo está el equipo de guardia.

Observo en silencio cómo la mano de Petra roza el aire por encima del hombro de Yuri en un gesto casi de roce. La forma en que su voz se suaviza a cambio. La forma en que sus ojos se encuentran y no lo hacen, como si temieran que alguien pudiera ver demasiado.

Si no estuviera sosteniendo una bebé en este momento, me daría una bofetada en la cara. ¿Cómo diablos pude haberlo pasado por alto? ¿Cómo alguien pudo haberlo pasado por alto?

Cuando Yuri finalmente sale, la tensión se vuelve insoportable. Es tan espesa que podría cortarla en sashimi.

Entonces, Petra comienza a hablar.

APRIL

Hace unos meses, empecé a vomitar por las mañanas.

En ese momento no le di mucha importancia. Sinceramente, pensé que era solo estrés. Con todo lo que estaba pasando, ¿cómo no iba a estar estresada?

Dejé de desayunar. No solucionó nada.

Luego empecé a ganar peso.

No era nada escandaloso, solo un par de kilos aquí y allá, pero era extraño. Vomitaba la mitad de mis líquidos todas las mañanas. ¿Cómo podía estar engordando? Por otra parte, tal vez estaba compensando. Tal vez estaba comiendo demasiado por estrés durante el resto del día.

Me apreté el cinturón. No solucionó nada.

Cuando empecé a no tener el período, pensé que seguramente debía ser estrés. Porque, ¿qué otra cosa podría ser? Toda mi vida, los médicos me dijeron que era poco probable que me quedara embarazada. En ese entonces, pensé que era una bendición. ¿Qué niño podría quererme como madre? ¿Qué niño podría querer la vida que yo tenía para ofrecer?

Aun así, pedí una cita con el ginecólogo.

Esta vez, algo salió bien.

Fue el día después del robo, muy temprano. Todavía estaba conmocionada por lo que te había hecho, me sentía mal por las náuseas matinales y por la vergüenza. La vergüenza de hacerte daño a ti*… mi primera amiga.*

Eso eras para mí, April: no solo una amiga, sino la primera*. Lena y Julia son mis caballos, pero tú… eras la reina del otro lado del tablero. Tenías todas las razones para querer comerme entera.*

En cambio, me hiciste amiga. Sabías que era una asesina y no te importó. Sabías que quería que te fueras y no te importó una mierda.

¿Cómo no iba a pensar en ti como una amiga a cambio?

Yuri se ofreció a llevarme a la cita. Le dije que no. Podía cuidar de mí misma. Probablemente no era nada.

Pero luego no fue nada.

Yuri… Yo tampoco quise que eso sucediera. Que nosotros *sucediéramos. Con la alianza y los planes de boda y todo lo demás que nuestras Bratvas tenían en marcha, lo último que necesitaba era una complicación.*

Pero el amor nunca es sencillo.

Así es: me enamoré. Siéntete libre de reír, pero lo hice. Me enamoré del hermano de mi prometido. Qué cliché, ¿verdad? Despierta, Jane Austen, porque tengo una nueva novela para ti.

Pero podría haber soportado estar enamorada. Podría haberlo enterrado en la misma tumba poco profunda que compartían mis enemigos en Rusia. Podría haberlo matado en la nieve.

Pero entonces él hizo lo peor que pudo haber hecho.

Él también se enamoró.

En realidad, él me amó primero. *Me di cuenta de inmediato. Era respetuoso, distante… pero yo le gustaba. Eso es lo que pensé en ese momento: gustar. No amar. Otra primera vez que no vi venir.*

Pero nunca estuvo destinado a llegar tan lejos. A arruinar todas nuestras esperanzas y sueños.

Dicen que un niño es una bendición, sin importar las circunstancias. Quienes hayan dicho eso, nunca conocieron a Vlad.

Sabía que mi padre me mataría por esto. Que me enterraría a mí *en la tumba poco profunda de sus enemigos.*

Que enterraría a Yuri.

Que enterraría a nuestro hijo.

Entonces, hice lo único que se me ocurrió: recurrí a Matvey. Le pedí que nos protegiera. Que nos protegiera de todos.

Lo siento, April. Si es lo último que puedo decirte, quiero que sea esto: lo siento. Lo siento tanto, tanto.

Nunca quise hacerte daño. Nunca quise hacerle daño a tu bebé. No sé en qué estaba pensando el día del robo… tal vez no estaba pensando en absoluto. ¿Y después? Simplemente no quería que muriéramos.

No espero tu perdón. No espero volver a ser tu amiga. Si quieres darme un buen golpe, hasta sostendré al bebé por ti.

Pero, ¿puedes al menos entender por qué lo hice?

~

COMETÍ el error de no escuchar una vez. Cuando Matvey intentó decírmelo. Aunque fuera demasiado poco y demasiado tarde, podría haber salvado algo de nosotros. De la familia que podríamos haber sido.

Así que esta vez, escucho. Esta vez, dejo que Petra diga cada palabra.

Luego, le doy a mi bebé para que la sostenga.

—Ah, ¿de verdad vas a…? Vale, espera, déjame quitarme los…. April, ¿qué diablos estás haciendo?

La envuelvo con mis brazos. Es como intentar abrazar a una medusa: lo único que hace es retorcerse. —Cállate —le digo—. Solo cállate y acéptalo.

Durante unos segundos, Petra se queda congelada en estado de shock. —Así no se golpea a alguien —señala.

—No puedo golpearte, Petra.

Un resoplido indignado. —¿Qué, porque estoy embarazada?

—Porque me rompería la mano con ese cráneo tan grueso tuyo. Ahora, cállate y déjame abrazarte.

—¿…Por qué? —susurra al final.

Y esa es la pregunta del año: *¿Por qué?*

Podría decir que es porque el perdón es una virtud. Porque Dominic me envió a la parroquia todas las semanas y algo de eso se me quedó. O porque soy una persona muy buena.

Pero la verdad es que es porque estoy cansada.

No puedo guardar otro rencor. Simplemente no puedo. Es agotador estar enojada con la gente que amas. Te quita todo. Matvey ya está haciendo un trabajo estelar al vaciarme; no necesito vaciarme más.

Y tal vez solo quiero recuperar a mi amiga.

—Eso es para yo saber y tú preguntártelo para siempre —respondo con un sollozo.

—¿Así que estás eligiendo la tortura? Diablos, puede que aún podamos hacerte Bratva —responde Petra con un sollozo.

Dios, míranos: lágrimas, mocos y hormonas. Qué mujeres tan sexys.

—La verdad es que realmente necesito un maniquí.

—Puedo hacer eso. Solo ten cuidado, he subido media talla.

—Ay, media talla. Vaya, pobrecita.

May nos separa protestando por la falta de aire.

—Lo siento —me río, haciéndole cosquillas en la mejilla a mi bebé—. No te gusta que te

aplasten, ¿verdad?

Solo entonces Petra parece darse cuenta al fin de lo que está sosteniendo. —Dios, ella es…

—¿Hermosa? ¿Perfecta? ¿Igual que su madre?

—Una bomba fétida —hace una mueca.

Huelo y me doy cuenta de que tiene razón. Ah, bueno. —Te acostumbras.

Los ojos de Petra se abren de terror. Es lo más satisfactorio que he visto en todo el día. —Seguro que no.

—Supongo que lo sabremos muy pronto, Futura Mamá.

Nos interrumpe un guardia en pánico que grita—: ¡Oigan, ustedes! No pueden…

—¡April!

Tres voces convergen en la entrada. Tres voces que reconocería en cualquier lugar.

Mi familia.

June está sobre mí en segundos, seguida de Corey y Rob. Apenas veo a Petra escapando rápidamente… Dios, ella realmente odia las multitudes, ¿no?

Y las demostraciones de afecto. Juro que le dan más miedo los abrazos que las armas de fuego.

—¿Qué están haciendo ustedes tres aquí? —espeto.

—¡Estábamos preocupados! —grita June.

—¡Desapareciste durante un mes! —regaña Corey.

—¡Escuché que te fuiste con puntos de sutura!

—¡Escuché que te dispararon!

—¿¡Dónde han oído todo eso!? —grito.

De la puerta, surge otra figura familiar. —Disculpe, Srta. Flowers —Grisha hace una reverencia —. Me tomé la libertad de informar a tus amigos y traerlos aquí. Espero que no te importe.

—Seguro que no lo hará —gruñe Corey.

—Tiene muchas explicaciones que dar —añade June con severidad—. Cayendo de la faz de la Tierra como… ¡Dios mío, ¿¡ese es tu bebé!?

—¡Déjame ver! ¡Déjame ver!

—*Miau.*

Le digo en silencio *Gracias* a Grisha por encima del hombro de June. Luego—: Espera… ¿quién maulló?

Rob levanta las manos en señal de protesta. —No fui yo.

Entonces, veo el transportín en el suelo. —¿Ese es… el Sr. Botones?

June sonríe. —Pensé que te vendría bien. ¿Aún no se permiten mascotas aquí?

—¿Y amigos? —pregunta Corey con ojos de cachorro.

Recuerdo las reglas draconianas de Matvey. *Nada de visitas, nada de invitados, nada de nada.*

Entonces, decido que me importa un carajo.

—Las reglas han cambiado —les digo—. Pasen. Quiero que todos conozcan a alguien —les tiendo el bulto en mis brazos—. Esta… es May.

Cuando los ojos del trío se humedecen… especialmente los de June… y mi gato finalmente regresa a mí, olfateando con sospecha la bomba fétida en mis brazos, todo lo que puedo pensar es una cosa.

Después de todo, todavía tengo una familia.

MATVEY

Odio los *"Te lo dije"*.

No, más que eso: los desprecio. No hay una sola cadena de palabras más molesta que esa, en inglés o en cualquier otro idioma.

El hecho de que Grisha no las esté diciendo no ayuda en nada.

Porque seguro que las está pensando. Yo lo sé, él lo sabe; diablos, hasta el maldito vendedor de perritos calientes que está en la acera detrás de mí lo sabe. Si lo tuviera tatuado en la cara, no cambiaría nada… así de obvio está siendo mi tercero al mando.

Y lo peor es que… tiene razón.

Dudé de él. Hice que lo siguiera el mismo hombre que me estaba tomando el pelo todo el tiempo. Y, cuando intentó decírmelo, cuando intentó señalarme los comportamientos sospechosos de Yuri, o peor aún, mis propios fallos, ¿qué hice?

Le arranqué la puta cabeza. Lo empujé fuera del círculo íntimo, lo acusé de ser desleal, incluso lo amenacé en medio de la calle. Hice todo menos echarlo.

Y estaba muy equivocado.

Me saluda junto al auto, con expresión impasible. —*Moy pakhan*.

Pero todo lo que oigo es, *Te lo dije.*

—Grisha —le respondo con rigidez.

Pero todo lo que quiero decir es, *Cállate. Lo sé.*

Nos subimos al auto. Grisha se incorpora al tráfico de la hora pico de la ciudad de Nueva York. —Vi a April en el ático —menciona despreocupadamente—. Parecía contenta de tener a sus amigos de vuelta.

Te lo dije. —Hm.

—También vi a Yuri allí. Sin embargo, se fue con Petra poco después.

Te lo dije. —Ya veo.

—También hablé con los *vory*. Parece que esta no será una reunión amistosa.

Te lo dije. —Grisha.

—¿Sí? —pregunta inocentemente.

Maldita sea. Y dicen que las esposas son pasivo-agresivas. Quienes hayan dicho eso, nunca han tenido a Grisha Aldonin conduciendo su auto.

—…Gracias —digo entre dientes—. Por tu lealtad continua.

Las cejas de Grisha se arquean escépticamente en el espejo retrovisor. —No soñaría con ser otra cosa que leal.

Te lo dije. —Y lo aprecio. Lo que has hecho hasta ahora… y lo que seguirás haciendo.

—Suenas confiado en que lo haré.

—Sí, bueno, todavía no me has dado motivos para decepcionarme.

—"Todavía".

Pongo los ojos en blanco. —¿Podemos dejar de actuar de una vez?

—¿Actuar cómo?

—Dios, joder… está bien, vale: estaba equivocado. ¿Feliz?

Por un momento, Grisha no dice nada. Luego—: Sabes, tienes la misma habilidad asombrosa que tenía tu abuelo.

—¿Y eso sería…?

—Decir "lo siento" sin en realidad pronunciar las palabras.

Resoplo. —¿Tu padre te dijo eso?

—Lo hizo. Varias veces —por primera vez desde que comenzó el viaje, vislumbro el rastro de la antigua sonrisa de Grisha en el espejo—. Debe ser un talento familiar.

El padre de Grisha. Así fue como lo encontré hace todos esos años. No lo estaba buscando a él… estaba buscando a Yakov Aldonin. El segundo de mi abuelo.

Pero él ya estaba muerto.

Sin embargo, su hijo estaba interesado en lo que tenía para decir. Fue el primero en unirse a mi causa después de Yuri. El primero en *creer*.

Había crecido viendo a su padre patear traseros. Más que eso, viéndolo proteger a su *pakhan* y siendo protegido a cambio. Eso es lo que la gente buscaba en una Bratva en ese entonces: un vínculo. Una manada.

Una hermandad.

A falta de padres o mayores, Grisha se tomó en serio su papel en esa manada. Era el de menor

rango, pero el mayor en edad. No tengo ni idea de si siempre fue del tipo madre gallina, pero con nosotros… Digamos que, después de que lo encontramos, ya no tuvimos que criarnos solos.

Si fuera un mejor hombre, reconocería lo malo que he sido con él. Como su *pakhan* y como su amigo.

Pero no soy un mejor hombre. Todo lo bueno que tenía se ha convertido en cenizas junto con mi corazón. Si alguna vez tuve algo para dar, fue para *ella*.

Ahora, estoy vacío.

Por suerte, Grisha parece contento con su suerte. Tiene que estarlo, en realidad. ¿De qué otra manera me habría soportado todos estos años?

—Espero que esto signifique que me escucharás de vez en cuando —bromea.

Me río a carcajadas. —Ahora, ¿dónde está la diversión en eso?

~

"*No será una reunión amistosa*" es la subestimación del año. Tan pronto como entro en la oficina donde se llevará a cabo la reunión, puedo sentir que la temperatura baja. Es como meter un dedo del pie en el Ártico.

Entonces, comienza.

Hubo un tiempo en que mis *vory* me tenían miedo. No solo me respetaban, sino que me temían. Ese es el requisito previo de cada *pakhan*: si no puedes hacer que tus hombres teman por sus vidas al menor desliz, simplemente no estás hecho para el trabajo.

Pero ahora mis hombres ya no se andan con rodeos. Peor que eso, me empujan hacia atrás.

Cuando la mitad de la mesa de Solovyov se suma, me doy cuenta de quién está detrás de todo.

—Tengo que estar de acuerdo con los demás —Vlad tose y escupe por toda la mesa—. Entre la adquisición fallida, la pérdida de la pista de tu propia recién nacida y ahora este lío con los italianos… digamos que ha habido más de un revés, hijo.

—Sin mencionar que el negocio ha estado sufriendo —Ivan retuerce el cuchillo—. Nuestros socios y clientes principales te han visto rechazar todas las solicitudes de reunión durante las últimas cuatro semanas. Si antes se sentían abandonados, ahora se sienten completamente despreciados.

—¿Despreciados? —se ríe Grisha—. Perdóname, Iván. No sabía que nuestro *pakhan* debía tratar a sus socios como esposas.

Ivan contraataca—: Si las tratara como a su esposa, fingiría que nunca existieron.

Golpeo las palmas de las manos sobre la mesa y me levanto. —Basta.

No quería que Yuri estuviera aquí hoy… eso es culpa mía. Lo necesitaba en otro lugar. Pero es una voz menos para hablar a mi favor en un día de mierda sin defensores. Si hay algo que odio

más que los *"te lo dije"*, es la política.

Sin embargo, Petra podría haber ayudado. Después de todo lo que ha hecho para joderme la vida, ni siquiera tendría que pedírselo: se pondría de mi lado en un instante. Si se le permitiera estar aquí, convencería a los Solovyov con una sola mirada.

Pero con su embarazo tan publicitado, era el peor momento del mundo para presionar por su ascenso a *vor*, así que ella tampoco está en esta sala. No, si quiero hacer algo aquí hoy, tendré que confiar en la única persona que nunca me ha decepcionado.

Yo mismo.

Después de mi arrebato, miro a cada *vor* a los ojos. Aparte de Iván, ninguno se atreve a sostener mi mirada, ni siquiera Vlad. Eso es lo que pasa con las manadas: toma a sus miembros uno a la vez, y no serán más que lobos solitarios, listos para rodar sobre sus espaldas y quejarse lastimosamente al primer indicio de los dientes de un alfa.

Así que muestro mis colmillos. —Mientras ustedes se pelean por cenas perdidas y pequeños contratiempos, yo he estado buscando a nuestro enemigo. El que arruinó nuestro trato en D.C., intentó secuestrar a mi hija *tres veces* y fracasó… y que ahora amenaza la existencia misma de nuestra organización.

Luego, saco una foto y la arrojo al centro de la mesa.

Los *vory* se inclinan como gallinas sobre granos esparcidos. —¿Quién es este hombre? —pregunta Stanislav.

—Carmine Bonaccorsi —gruño.

La mesa se queda en silencio.

—¿La familia Bonaccorsi? —Vlad frunce el ceño—. O sea, ¿la mafia italiana en Washington? ¿Qué tienen que ver con nosotros?

—Todo.

Es Iván quien me roba la palabra de la boca. Pero la escupe con desdén, como si acabara de ver un insecto arrastrarse sobre sus papeles. —¿En esto nos hemos convertido entonces, Matvey? ¿En una vendetta personal que no puedes dejar ir?

—No.

—Entonces…

—Esto es lo que siempre hemos sido.

Los *vory* se quedan en silencio al unísono. Los labios de Iván se presionan en una línea blanca y apretada. Es mi turno de hablar. Su turno de escuchar, joder.

—Tú más que nadie deberías saberlo, Iván. Estuviste allí desde el principio. Desde la primera Bratva Groza, ¿me equivoco?

—Serví a tu abuelo con orgullo —gruñe Iván—. Era un gran hombre con una gran visión.

—Sí. Y está muerto.

Veo que Iván se enfada ante mis palabras. *Bien*. Que pierda la calma, por una vez. —¿Cómo te atreves…?

—No, la pregunta es cómo te atreves *tú*. Todos ustedes —empiezo a caminar alrededor de la mesa, dando vueltas. Ahora mismo, quiero que mis hombres se sientan como presas. Que recuerden lo que es estar en el fondo de la cadena alimentaria—. Permíteme dejar algo perfectamente claro: *yo* levanté a la Bratva Groza de las cenizas. *Yo* le di nueva vida. *Yo* le di un nuevo propósito.

—¿Y ese propósito es la venganza? —cuestiona Iván.

—El propósito es la supervivencia —replico—. ¿A menos que hayas olvidado cómo era en Rusia…? —lanzo una mirada amplia alrededor de la mesa—. Sé que no todos ustedes estaban allí en ese entonces. Solo por eso, los perdonaré esta vez… siempre y cuando nunca más lo olviden.

—Pero *pakhan* —intenta corregir Ipatiy débilmente—, *estamos* sobreviviendo. Más que eso, estamos prosperando. ¿Sí que no vale la pena seguir con viejos rencores ahora?

—¿"Viejos"? —suelto una carcajada—. ¿Olvidaron que encontré a mi hija hace dos días? ¿Que esos *mudaki* intentaron asesinarla dos veces mientras aún estaba en el útero?

—¿Y eso qué tiene que ver…? —empieza Gora, pero lo interrumpo.

—¡Todo! —rujo—. Un ataque contra mi sangre es un ataque contra mí. Y un ataque contra mí es un ataque contra *ustedes*. Porque, a menos que también te hayas olvidado de esto, sigo siendo su *pakhan*.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunta Ipatiy, con sudor de pánico salpicando su frente.

—Vamos a la guerra.

Esta vez, el silencio es diferente. Mitad terror, mitad asombro.

—Vamos a la guerra —repito, lo suficientemente fuerte como para animar a las tropas—, y ganamos, joder. A menos que algunos de ustedes prefieran correr.

Nadie dice una palabra más. Nadie se atreve.

—Bien. Hemos terminado.

Mientras los *vory* salen uno tras otro, tanto Iván como Vlad me miran con algo afilado en sus ojos.

—Los tienes bajo control de nuevo —murmura Grisha una vez que están fuera.

—Por ahora —suspiro—. Lo juro, esto es un maldito motín en ciernes.

—Están poniendo a prueba la jerarquía —se encoge de hombros—. Como lobos. Comprobando si su alfa todavía está a la altura de la tarea.

—¿Cómo lo hacen? —me recuesto en mi silla, jodidamente exhausto—. ¿Los lobos?

—Normalmente, se matan entre ellos.

—Esperemos que no llegue a eso.

Dejo que el silencio caiga, pero ambos estábamos pensando la misma respuesta a mi pregunta no formulada.

La “esperanza” no es suficiente.

MATVEY

Una cosa más sobre ser *pakhan*: tienes que estar preparado para todo.

Es una simple cuestión de supervivencia. El más rápido en prepararse, adaptarse, predecir, ese es el que sale vencedor. Es cierto en el reino animal, y es cierto para nosotros también.

Después de todo, ¿qué es un hombre sino simplemente otro tipo de bestia?

No estaba preparado para enfrentarme a Carmine, y casi me cuesta todo. No estaba preparado para la emboscada de hoy, y casi pierdo el control de mi Bratva.

Pero hay algo más para lo que no estoy preparado, y es volver a ver a April.

No, no solo *verla*, sino cenar con ella. Como solíamos hacer cuando todavía significábamos algo el uno para el otro.

Todavía puedes, susurra la voz de mi miserable debilidad. *Todavía lo haces.*

Le arranco la garganta y la silencio.

Sé que eso no durará para siempre. Esa parte fea de mí tiene tendencia a volver a la vida cuando menos la quiero, pero lleva tiempo. Tiempo que puedo usar para poner mi cabeza en orden.

Tiempo que puedo usar para olvidarla.

No tienes que olvidarla, sigue silbando esa voz odiosa. *Puedes arreglar las cosas. Puedes intentarlo de nuevo. Puedes disculparte…*

En el ascensor que sube al ático, mato mi debilidad una y otra vez. Porque, si hay algo que nunca haré, es disculparme con la mujer que me arrebató a mi hija. April me traicionó. Peor que eso, traicionó a su propia sangre. Eso es imperdonable.

¿Qué hay de tus *mentiras?* Esa voz todavía me incita. *¿Qué hay de* tu *traición?* ¿Esos *son perdonables?*

Entonces entro y encuentro algo más para lo que no estaba preparado.

—*Miau.*

Un maldito gato.

—Veo que ya conoces al Sr. Botones —reconoce April con frialdad.

—El Sr. Botones —digo con cara seria, mirando a la criatura naranja ofensiva que me mira con malos ojos desde mi alfombra.

—Así es. June lo trajo de vuelta para mí.

Recuerdo vagamente que este tema surgió cuando April se mudó aquí por primera vez. En aquel entonces, la ignoré con una tontería sobre la política de mascotas del hotel. Tenía la impresión de que sacaría al bebé en cuestión de días, que arreglaríamos una vida en otro lugar y eso sería todo.

No pensé que realmente iba a tener que *lidiar* con el cabrón.

—Ya veo. Qué… higiénico.

Como si fuera una señal, la amenaza peluda salta a la cuna. Lo miro con disgusto mientras se enrosca alrededor del cuerpo dormido de mi hija y envuelve su cola alrededor de su pie. Como si estuviera preparando una puta cuerda de trampa o algo así.

April me ignora con un gesto. —Ay, por favor. Está al día con todas sus vacunas. Además, es un excelente monitor de bebés.

—¿El gato geriátrico con el parche en el ojo trabaja en seguridad? —frunzo el ceño.

—¡Oye! Lo lleva muy bien.

Por un breve segundo, parece como en los viejos tiempos: las bromas, los chistes, la química. Volver a casa y encontrar nuevas travesuras todos los días.

Y entonces, recuerdo: *se llevó a mi hija. Se escapó. Me traicionó.*

Parece que April también recuerda en el mismo momento que yo. Se aclara la garganta, con el rostro ensombrecido. —¿Querías algo?

Aprieto la mandíbula. —De hecho, sí.

Luego, abro la puerta y dejo entrar el carrito de comida.

Vemos en un silencio tenso cómo un camarero nervioso pone la mesa. Debe ser el minuto más incómodo de su carrera, pero, francamente, no me importa. Pago bien a mis empleados… lo mínimo que pueden hacer es hacer su maldito trabajo.

Lo hace. —Disfruten de su cena, señor, señora.

April asiente en señal de reconocimiento.

Luego, volvemos a estar solos.

Bueno, no exactamente solos. May sigue durmiendo en su cuna, con el gato acurrucado a su alrededor como un dragón con su tesoro. Solo que no es *su* tesoro.

Es mío.

—Entonces, ¿aún estás decidido a esto? —pregunta April finalmente—. ¿Cena familiar?

—Sí.

—¿Por qué?

Ocupo mi lugar en la mesa. —Siéntate.

—Matvey…

—Dije que te *sentaras*.

Después de un momento, ella obedece.

Cenamos en silencio. La veo empujar la comida en su plato, pero no tengo una buena excusa para obligarla a comer. Después de todo, ya no lleva a mi hija.

Todavía podría hacerlo, susurra esa voz molesta. *Podría llevar a todos tus hijos si solo…*

—¿Te vas a quedar aquí? —April rompe el silencio—. ¿En el ático?

Como si alguna vez te fuera a perder de vista otra vez. —Alguien tiene que asegurarse de que nuestra hija no desaparezca en el aire.

—Pensé que para eso estaban los guardias.

—Los guardias están ahí para protegerla de Carmine.

—¿Y tú estás aquí para protegerla de mí? —me responde con amargura.

—Tus palabras, no las mías —veo el dolor en su rostro. Intento fingir que no me afecta.

No logro hacerlo.

Después de nuestra tortura de comida, levanto a la bebé de la cuna, esquivando un golpe del engendro del infierno del gato de April. En contraste, May es dócil como una muñeca, solo arrulla en protesta por un segundo antes de que la coloque contra mi pecho, intercambiando calor por calor.

Cuando voy a ponerla de nuevo en su lugar, me duele el hombro.

Me dirijo a la habitación de invitados. —¿Ya te vas a dormir? —me pregunta April.

¿Ves? No puede deshacerse de ti lo suficientemente rápido.

—Sí. Buenas noches.

—Espera.

Cuando me doy vuelta, el rostro de April es una máscara de preocupación. Por un segundo, me quedo atónito. —¿Qué?

—Déjame revisar tus puntos primero —pide—. No has dejado que nadie más te vea, ¿verdad?

Algo espeso se instala en mi garganta. Algo peligrosamente cercano a un nudo. —Estoy bien.

—Por favor —insiste—. Solo una mirada. Prometo que seré rápida.

—¿Para que puedas darme un sedante y salir corriendo?

—Para poder asegurarme de que nuestra hija todavía tenga un padre por la mañana, en realidad.

Sus palabras me toman por sorpresa. Sus ojos brillan con ese fuego familiar. —Vale —me dejo caer de nuevo en el sofá.

April reúne sus suministros y se sienta a mi lado. Esta vez, tiene un botiquín de primeros auxilios adecuado. —¿No tienes whisky? —pregunto.

—Tu bar está cerrado con llave.

Frunzo el ceño. —¿Desde cuándo?

—Desde que Grisha lo cerró con llave —responde. —¿No le ordenaste que lo hiciera?

Pongo los ojos en blanco por dentro. *Puto Grisha*. —Debo haberlo olvidado —murmuro.

April empieza a tirar de mi cuello, pero luego parece pensarlo mejor. Sus dedos rozan mi piel mientras se retiran, cálidos como brasas. —Quítate la camisa —susurra con voz ahogada.

La sensación persiste. Trago saliva y desabrocho mi camisa con movimientos descuidados. No me importa si duele… quiero terminar rápido.

No, *necesito* hacerlo.

Una vez que esa parte está hecha, la mano de April regresa, las puntas de los dedos rozan mi piel. —Quédate quieto —murmura, con la voz más baja que antes.

—Solo termina con esto.

Hace un pequeño gesto con la cabeza. —Vale.

Sus caricias son suaves, mesuradas. Sigue la herida con cuidado, limpiando la suciedad, alejando la podredumbre. No puedo creer que le esté permitiendo hacer esto otra vez, acercarse a las partes más vulnerables de mí.

Pero un *pakhan* no puede darse el lujo de ser vulnerable. Tampoco puede darse el lujo de volver a caer en los brazos expectantes de la sirena que casi hace que lo maten.

—Entonces, Carmine… —vacila—. ¿Es tu papá?

—No es nada mío. Solo comparto sus genes, eso es todo.

—Es irónico —observa—. Todo lo que haces es hablar de “sangre esto, sangre aquello”, ¿y ahora son solo genes?

—La familia no se traiciona entre sí —interrumpo—. Nunca.

April recibe el golpe. Lo acepta con gracia, como siempre lo acepta todo: mis estados de ánimo, mis órdenes, mis deseos.

Todo menos tus mentiras, susurra esa horrible voz.

Me sacudo la idea. Sea lo que sea lo que tenga para decir, no quiero oírlo. —¿Y a ti qué te

importa? —exijo.

Ella suelta un suspiro pensativo. —¿Aparte del hecho de que es bueno saberlo? Es… —busca las palabras—. No sé… ¿raro? Nunca pensé que fueras mitad italiano.

—Soy ruso —gruño de vuelta—. Lo que sea Carmine no tiene nada que ver conmigo.

—Vale.

Frunzo el ceño. —¿"Vale"?

—Bueno, siempre me gustaron las tarjetas de regalo.

Por una fracción de segundo, casi pierdo el control de mi rostro y sonrío.

Recupérate. Recuerda quién es ella. —Ajá.

—¿Cómo terminaste con un jefe de la mafia italiana como papá… perdón, como prestamista genético, de todos modos?

—¿Aparte del hecho de que mi madre tenía un gusto terrible en hombres?

—Sí, aparte de eso.

Me tomo un momento para pensar. No sobre qué decir, sino sobre si realmente quiero decirlo. April no merece mis confesiones, no después de cómo trató a mi última.

Pero esto no se trata solo de mí. Esto concierne tanto a las raíces de May como a las mías.

Y ella también es su hija.

—Su padre no era particularmente bueno jugando al juego de la mafia. Se metió en una guerra territorial con una familia rival y perdió. En lugar de quedarse y luchar, Carmine se unió al ejército y huyó.

—¿Huyó a Rusia?

—En realidad, a Bosnia. Primero lo destinaron allí. Duró un par de meses y luego… —aprieto los dientes—. Luego, el cabrón desertó. Otra vez.

—Parece un verdadero corazón de león —dice arrastrando las palabras.

Dímelo a mí. —Pasó las siguientes semanas huyendo. Aterrizó en la frontera rusa. Mi madre lo encontró hambriento en la nieve y lo acogió. En menos de un año, nací yo.

—Eso… —April duda—. Eso no suena como el comienzo de una tragedia. Suena…

—¿Romántico? —me burlo—. Sí, eso es lo que mi madre también pensaba. Pero él no era del tipo que se establece. O que se mantiene en el buen camino.

—Bueno, tú tampoco.

—No —concedo—. Yo tampoco.

Pasa un largo momento en silencio. Casi logré olvidarme de las manos de April sobre mí, pero

ahora me golpea el doble de fuerte: su calidez, su aroma, todo.

—Vale. Ya es suficiente —gruño.

—Casi termino. Solo estoy remendando.

Cada toque, cada respiración, es una tortura, pura y simple. Puedo sentir sus dedos trabajando sobre mi piel, sus jadeos trabajosos rompiéndose contra mi cuello. Sus rodillas separadas a ambos lados de mi espalda.

Sería tan fácil cambiar nuestras posiciones. Acurrucarme entre esos muslos cálidos hasta que todo lo que pueda sentir sea *ella*. Hasta que no pueda respirar. Hasta que esté donde pertenezco.

Sin previo aviso, me pongo de pie. —Dije que ya es *suficiente*.

April logra apisonar la última esquina de la gasa justo antes de que esté fuera de su alcance. —¿Matvey? —me llama—. Espera… ¿dije algo malo?

—Solo necesito dormir.

—Matvey, ¿te lastimé?

Más de lo que jamás sabrás.

APRIL

Dicen que las cosas buenas vienen de tres en tres. Bueno, al parecer, no son las únicas. Las cosas malas también llegan en desagradables tríos.

—Piernas un poco más abiertas, por favor.

Lo malo número uno: regresar aquí.

Lo malo número dos: la "cena" de ayer.

Lo malo número tres…

—¿Así?

—Más abiertas, April.

Dios mío, por favor, déjame renacer como instructora de yoga. —No creo que se abran más, Dra. Allan.

—Vale, no te preocupes. Solo quería ver cómo iba la curación.

No tengo idea de si esta es la idea de Matvey de un castigo o mi propio karma volviendo a mí con ambos dedos medios hacia arriba, pero se siente como una retribución. O suya, o del universo. Tal vez las dos.

Echo un vistazo en dirección a Matvey y lo encuentro decididamente vuelto hacia el otro lado. *Gracias a Dios*. Al menos no está viendo esta audición para adultos del Cirque du Soleil. —¿Y…?

—Y tienes mucha suerte. Todo parece estar en orden.

—Ah, bien…

—…a pesar de todos tus intentos de autodestruirte.

Hago lo que espero que sea una mueca suplicante y adorable. Últimamente, mis ojos de cachorrito me han fallado. —Estaba bien, ¡lo juro! Solo quería ir a casa, y…

—¿Y no volver a llamar en un mes? —me regaña—. April, casi fui a la policía. La única razón por la que no lo hice fue porque tu esposo me convenció de que no lo hiciera.

—Lo siento, Dra. Allan, de verdad… espera, ¿mi qué?

—Lo cual no es excusa para su propia imprudencia, Sr. Groza —insiste la doctora, alzando la voz para hacerse oír desde el otro lado de la habitación—. ¡Debió haber traído a su esposa para que al menos le hicieran un chequeo! ¿Quién se levanta de la cama del hospital con puntos de sutura frescos? ¡¿Y diez minutos después de dar a luz?!

—Primero, quiero reiterarle cuánto lo siento —digo—. De verdad. Segundo… no soy la esposa de nadie, muchas gracias.

—Pequeñas misericordias —murmura Matvey, derramando sarcasmo por todas partes. Posiblemente, también sobre la bebé que lleva en brazos.

—Bueno, eh… —La doctora se inclina hacia atrás incómoda, mirando de una "esposa" al otro en rápida sucesión—. Dejando de lado el estado civil, tuvo mucha suerte. Claro, la cicatriz se ve un poco torcida…

—Eso sería culpa mía —interrumpo—. Se me salieron un par de puntos, así que tuve que ponérmelos yo misma.

—…Como dije —suspira la Dra. Allan, fingiendo que no dije ni una palabra, presumiblemente preguntándose si es demasiado tarde para cambiarse a una carrera menos estresante, como tal vez el paracaidismo—, a pesar de tus mejores esfuerzos, no se rompió nada. Te daría unos días más para estar segura, pero estás prácticamente de vuelta a la condición previa al parto. Puedes volver a hacer todo lo que hacías antes.

—¿Como levantar pesas y apuntarme a clases de yoga a las que nunca iré?

—Sí.

—Eso es genial, gracias…

—Y actividad sexual también.

Me pongo pálida. —Por "sexual", te refieres a…

—La misma cosa que te llevó a esto —la Dra. Allan sonríe—. Y con suerte volver a *esto*, si ese es tu deseo. ¿No me dijiste en nuestra primera cita que querías una familia grande?

De repente, entiendo lo que sienten los ciervos al ver los faros de un auto. Mi cabeza se gira automáticamente hacia Matvey, cuya cabeza parece girar automáticamente hacia mí y… espera, ¿está cabreado?

¿Está cabreado porque puedo volver a *usar mi cuerpo*?

Por alguna razón, eso me cabrea *a mí*. Es una puta mierda. ¿Y qué si tengo luz verde para tener sexo? ¿Seguro que él no espera volver a caer en mis, ejem, "buenas gracias"?

—No se preocupe, doctora —digo con mi mayor sonrisa—. Eso no será ningún problema por el momento.

—Si usted lo dice —se encoge de hombros—. Entonces, le dejaré una nueva receta para anticonceptivos.

—Ah, no, no quería decir…

Pero ya está escribiendo.

Al otro lado de la habitación, Matvey está haciendo su mejor imitación de una estatua. O tal vez sean los tres monos: *no lo veo, no lo oigo, me importa un carajo.*

Derrotada, acepto el papel de la receta. —Gracias, doctora.

—Siempre es muy bienvenida.

Después de que la Dra. Allan se va, apenas me bajo el vestido cuando Matvey ya está poniendo a nuestra bebé en mis brazos. En algunos aspectos, realmente somos como cualquier otra pareja.

Excepto que ahí terminan los comportamientos tradicionales para nosotros.

—Grisha, vigílala —llama desde el pasillo—. Asegúrate de que no se vaya.

Pongo los ojos en blanco. —Vaya, ¿ahora qué? Justo planeaba ir a los bares.

—¿Sin mí? —me llama una voz femenina desde el pasillo—. Y yo que pensé que éramos amigas otra vez.

—Petra —la voz de Matvey es gélida—. No sabía que tenías asuntos aquí.

—Ah, ya sabes cómo es —sonríe dulcemente—. Se cancelaron las clases de Pilates para Mamis. Pensé en deshacerme de las muñecas y tener algo de experiencia práctica con la cosa real. Si te parece bien, April.

¿Qué dice de mí el hecho de que realmente me sienta aliviada de verla? —Claro. De todos modos, creo que May necesita un cambio.

La sonrisa de Petra se tambalea, pero solo por un momento. —Perfecto.

Matvey frunce el ceño ante nuestra nueva amabilidad. ¿Qué, de verdad pensó que culparía a la otra mujer?

—No te vayas —le repite a Grisha.

—Sí, *pakhan*.

Luego, sale a grandes zancadas.

Por un momento, nos miramos los tres. —¿Te… quedarás para la clase improvisada para mamis? —pregunto.

Para su crédito, Grisha solo palidece un poco. —Me temo que tengo compromisos previos —rechaza cortésmente—. Pero ustedes dos diviértanse. Si necesitan algo, estaré justo afuera de la puerta.

Luego, se esfuma también.

Justo así, estamos solas. —Gracias por la ayuda —exhalo.

—Claro. ¿Cómo va el encierro?

—Sabes, siento que estoy aprendiendo cómo era ser madre soltera en un convento de la Edad Media.

—¿Eso convierte a Grisha en monja?

Resoplo. —No le preguntemos.

Dios, es la interacción más normal que he tenido en mucho tiempo. De nuevo, ¿qué dice eso de mí?

—Para que conste… —Petra se aclara la garganta—. No te voy a ayudar a cambiar eso.

Me encuentro riendo entre dientes. —Vas a tener que aprender en algún momento, Mami en Espera.

—Tendré niñeras para eso.

Sacudo la cabeza con tristeza. —En realidad te estás volviendo loca por eso, ¿no? ¿La maternidad?

Dejo a May en su cuna y empiezo a moverme por la cocina para preparar té. Petra se apoya en el respaldo del sofá, inspeccionando sus uñas con un aire cuidadosamente casual. —No sé de qué estás hablando.

—Sí, lo sabes. Todo eso de estar despierta por la noche, la sospecha furtiva de que deberías haberte dado el lujo de ir a terapia mientras aún tenías la oportunidad.

—La terapia es para las animadoras.

—…mirando al techo y preguntándote qué tan difícil será…

Encoge los hombros. —No puede ser demasiado difícil si *tú* lo estás haciendo.

—Ay —finjo apuñalarme—. Realmente me lastimaste, *Petya*.

Ajá. Sabía que ese apodo sería el as bajo mi manga. Su rostro ardiendo como un semáforo es toda la confirmación que necesitaba. —Cállate.

—¿Por qué? Es tan dulce.

—Es solo Yuri siendo informal.

—Ah, ¿así es como llamamos a los apodos cariñosos ahora?

Antes de que me dé cuenta, el agua está hirviendo. Sirvo dos tazas y coloco algunas galletas en el medio de la mesa. —Vamos. No finjas que no te estás muriendo de hambre.

—Te odio —murmura Petra con la boca llena—. Solo tratas de engordarme.

—¿Y hacer que subas otra media talla? Dios no lo quiera.

—Ahora dices eso, pero me gustaría verte sin tu maniquí de emergencia… ¡WAH!

Mi cabeza se gira rápidamente hacia el sonido. Al principio creo que Petra se ha quemado con el té, pero luego sigo su línea de visión hasta su regazo y…

—¡Ah, ya conociste a Botones!

—¿Qué es esta cosa? —Petra entra en pánico—. ¿Por qué me está olfateando? *Bozhe moy*, ¿¡eso es un parche en el ojo!?

Trato de ocultar mi risa, pero no lo logro. —Ay, Dios mío, tu cara.

—¿*Mi* cara? —se resiste—. ¿Y la de *él*?

—Es una mezcla de persa —me encojo de hombros—. Así es como se ven.

—Parece que su madre tuvo una aventura con un pug y una cortadora de maleza, en ese orden.

No puedo evitarlo: me río. Peor aún… me caigo sobre la mesa y, honestamente, *pierdo el control*.

Petra me mira con su cara de perra característica. —Ja, ja, muy gracioso. Qué risa.

—¡No puedo…!

—Tu gato es un pirata lleno de escorbuto, pero, de alguna forma, *yo* soy la ridícula.

—¡Ayuda…! ¡*Ayuda*…! —pasan unos cuantos minutos antes de que pueda recomponerme—. Lo siento —resoplo por fin, secando las lágrimas de mis ojos—. Creo que lo necesitaba.

El rostro de Petra se suaviza. Su mano cuidada alcanza la mía por encima de la mesa, la otra rasca distraídamente detrás de la oreja medio mordida de Botones. —April… ¿cómo estás, de verdad?

Mi primer impulso es negarlo: *Todo está bien. Estoy bien. Solo que no he estado durmiendo muy bien.*

Pero solo pensarlo es agotador. Estoy tan cansada. Cansada de mentir, de esconderme, de esta red de engaños que terminamos tejiendo alrededor del otro.

Por una vez, solo quiero la verdad.

—No tengo idea —respondo honestamente—. Anoche, por fin dormí en una cama de verdad.

—Eso debe haber sido agradable.

—Lo fue. No había ningún detalle de cama.

—Perdón, ¿qué?

Ignoro la confusión de Petra y sigo adelante. —Cenamos en silencio. Otra vez.

—April…

—No me habla. Diablos, apenas me mira. Éramos tan felices antes, y ahora… —de repente, me doy cuenta de lo que estoy diciendo. Miro hacia arriba y encuentro los ojos de Petra en los míos, su expresión abatida—. Lo siento, yo…

—No tienes que disculparte —niega con la cabeza—. Para nada, April.

—No es tu culpa —digo bruscamente—. No quería que pareciera…

—Aunque lo es, un poco.

—No, hablo en serio. Yo… yo solía culparte —murmuro—. Te culpaba a ti *y* a él. Pero ahora sé la verdad.

—¿Qué verdad es esa? —pregunta, sacando a la luz mis sentimientos. Mis *verdaderos* sentimientos.

—Sé que me mintió —digo con voz áspera—. Que *eligió* hacerlo.

—Tal vez no quiso hacerlo.

Pero yo niego con la cabeza. —Petra, dime honestamente: ¿cuándo fue la última vez que Matvey hizo algo que no eligió hacer?

Eso la deja perpleja por un momento. —No quería casarse —responde finalmente—. Puedo decírtelo con certeza.

—Cierto. Pero aun así fue su elección.

Durante un largo momento, nos quedamos en silencio. Es un tipo de silencio diferente, el que no duele, pero solo porque no queda nada que herir. Porque todo ya está a la vista, toda la sangre y las tripas.

Entonces, oigo mi propia voz rompiéndolo.

Sin embargo, es demasiado silenciosa: apenas un murmullo. Petra frunce el ceño y se inclina. —Disculpa, ¿qué fue eso?

—Dijo que lo haría todo de nuevo —digo con voz ronca y temblorosa—. Mentirme. Alejarme.

—No pudo haber dicho eso. No. No hay forma. April, es su mayor arrepentimiento.

—Lo escuché con mis propios oídos. Me odia, Petra.

—Él no…

—Y tiene razón, ¿no? —finalmente me rompo—. Le quité a su hija. Lo hice. Sabía lo importante que era para él, y aun así…

Mis palabras se cortan a la mitad. Antes de darme cuenta, siento algo cálido a mi alrededor, que antes no estaba allí.

Brazos que me sostienen.

—Cállate, *koshka*.

—Pero…

—Solo cállate. Te duele. Deja de torturarte aún más.

Botones me acaricia la pierna, como si estuviera de acuerdo. Nunca me he sentido más como una impostora… como una ladrona que roba el amor que no merece. —Yo…

—¿Cuándo fue la última vez que lloraste, April?

Intento responder… y luego me doy cuenta de que no lo sé. He llorado en peleas. He temido por mi vida y casi lloro allí. Pero no recuerdo cuándo fue la última vez que hice *esto*.

Así que dejo que suceda: lloro. Lloro sobre la inmaculada camisa blanca de Petra y más. Caigo en el precipicio del colapso por el que he estado caminando de puntillas todo este tiempo, estas cuatro semanas de nada.

Lloro hasta que no me queda nada para dar.

Y luego, solo para estar segura, lloro un poquito más.

APRIL

Después de un almuerzo de helado y pizza, finalmente logro convencer a Petra de que es seguro dejarme sola. Es difícil de convencer, pero si hay algo en lo que soy buena, es en crear cosas que la gente compre.

No ha salido ni cinco minutos cuando alguien más llama a mi puerta.

Esta vez, sé exactamente quién es.

—¡Charlie! —mi hermano me abraza sin decir palabra—. Jesús, ¿has crecido más? —me río—. Es como Jack y los malditas frijoles mágicos aquí y eres ambos personajes.

—Un par de centímetros —se pavonea. Luego, comienza a mirar a su alrededor con entusiasmo —. ¿Dónde está? ¿Está despierta?

Directo al grano. —Tienes suerte. La atrapaste en un raro momento de conciencia.

—Eso suena como si estuviera en coma, hermana.

—Créeme, estaría más despierta si lo estuviera —voy a recoger mi bulto de alegría—. ¿Puedo, Sr. Botones?

Mi gato parpadea lentamente en señal de aprobación. —*Solo no la retengas demasiado tiempo* —parece decir—. *Mi señorita ya tiene la agenda llena.*

En cuanto la pongo en brazos de Charlie, empieza a sonreír radiante. Me preocupa que esté a segundos de sostener a su sobrina recién nacida como Simba para poder mostrársela al mundo. *¡Mira, ahora soy tío!*

—¿Cómo se llama? —pregunta con estrellas en los ojos.

Reprimo una risa. —May.

—May —repite, asombrado—. Es gracioso. Le queda bien.

—¿Verdad? Soy genial de esa forma.

—Entonces, ¿vas a seguir con la tradición? ¿La próxima es June y así sucesivamente?

Hago un gesto. —Creo que a nuestra June le gusta ser la única de su especie.

—Tal vez Julius para julio, si es un niño —reflexiona—. August también funciona. ¡Ah, o Augustus! ¿Sabías que de ahí vienen los nombres de esos dos meses? ¿Julio César y César Augusto?

Allá va mi hermanito aficionado a la historia. —Lo tendré en cuenta para el próximo emperador romano que nazca.

Emite un zumbido pensativo. —Tal vez Matvey quiera elegir uno ruso. Él… April, ¿estás bien?

Me obligo a descongelarme. Las palabras de Charlie me atraparon como un balde de hielo… no las vi venir en absoluto. —Por supuesto —miento—. Es solo que… tal vez es demasiado pronto para pensar en otros niños. No estoy segura de que Matvey los quiera siquiera.

Desde luego, no de mí.

Es la misma línea de pensamiento que provocó la visita de la Dra. Allan: otros niños. Una gran familia. Matvey ya no me quiere; lo ha dejado muy claro. Pero también dijo…

No puedes tener a otra persona. Ni ahora, ni nunca.

Entonces, ¿dónde me deja eso?

—Ah —dice Charlie, con la expresión un poco decaída—. Claro. Bueno, esta probablemente ya sea demasiado. ¿No es así, Pequeña M?

No puedo reprimir un resoplido. Déjaselo a Charlie para devolverme la sonrisa después de una tangente tan sombría. —¿Ya le estás dando el nombre de la calle?

—Claro que sí. Es así de genial.

En ese momento, otro golpe a la puerta. —¿Interrumpo? —dice una voz grave y familiar.

Sonrío radiante al ver a mi jefe en el pasillo. Algo que muy pocos empleados pueden decir, estoy segura. —¡Elías!

El tercer abrazo del día casi me hace bidimensional. —¡Ahí está mi empleada del mes!

—Pensé que era tu única empleada.

Elias me despide con un gesto de la mano. —Detalles, detalles. Ayyy, ¿esa es la pequeña maniquí?

Niego con la cabeza y me río. —Es perfecta. Apenas se mueve.

Le toca la nariz a May mientras todavía está envuelta en los brazos de su tío. —No digas eso muy alto. Otras mamás podrían ponerse celosas.

—Me aseguraré de que llore de vez en cuando en el supermercado para equilibrar las cosas.

—Mira —le dice Charlie—, también tiene pecas.

Elías entrecierra los ojos juguetonamente. —¿Es eso cierto?

Los miro desde la puerta, la ternura llena mi corazón. Elías y Charlie ya se conocen, por supuesto, porque mi hermano pequeño se relajó en la tienda más de una vez. Básicamente, cada

vez que nuestra mamá se volvía loca, o cuando su papá…

No pienses en eso. Eso es cosa del pasado para ti. Ya no pueden hacerte daño.

Charlie transfiere al bebé a los brazos de Elías, interrumpiendo mi hilo de pensamiento. El anciano le sonríe y le permite agarrar su nudoso dedo con los suyos diminutos. Ella parece muy curiosa por este nuevo rostro en particular, probablemente porque nunca antes había visto una barba tan larga. Él la deja jugar con ella, luego se gira hacia mí con una sonrisa. —Ella es perfecta, sabes.

—Lo es un poco, ¿no? —murmuro.

—Siempre hiciste las cosas más hermosas —dice Elías, sorprendiéndome—. Pero esta vez realmente te has superado a ti misma, April. Hiciste un milagro.

Puedo sentir un nudo formándose en mi garganta, lágrimas acumulándose en las esquinas de mis ojos. Parpadeo para alejarlas rápidamente; no volveré a ser un desastre de sollozos por segunda vez hoy.

—Gracias —digo sinceramente.

Elías asiente, con los ojos brillando con sus propias lágrimas. Dios, míranos: un montón de llorones. Los ojos de May son literalmente los únicos secos en la habitación. —Tío Charlie, ¿puedo dejarla contigo? Tengo algo para tu hermana.

Charlie está muy feliz de tener de vuelta a su sobrina bebé. Comienza a jugar al escondite con ella en el sofá mientras Elias me hace señas para que me acerque a su maleta. —Como pediste —dice mientras la abre con un gesto elegante.

Reviso el contenido: telas, notas, instrucciones. Mientras mis manos recorren los materiales, siento que algo encaja en su lugar, como si finalmente volviera a estar en mi elemento. —¿Esto es todo lo pendiente de este mes?

—De esta semana, en realidad.

Me pongo pálida. —Elías, ¿al menos contrataste a un trabajador temporal?

—Tonterías —dice con voz entrecortada—. Los jóvenes de hoy en día no tienen pasión.

—Por si lo has olvidado, yo también soy “los jóvenes de hoy”.

—Tú eres la excepción, querida, no la regla. Maia era igual.

Al oír mencionar a mi abuela, dejo de hurgar en la maleta. —¿Sí? —digo con voz áspera.

—Una mujer única —confirma Elías—. Y trabajaba demasiado, pero eso nunca se lo podías decir.

Me encuentro riendo. —Definitivamente recuerdo esa parte. Siempre estaba encorvada sobre un vestido u otro.

—Dale a tu hija unos años… dirá lo mismo de ti.

Mi sonrisa se desvanece un poco. Por alguna razón, es triste pensar en lo que May pensará de mí.

Ya le estoy fallando tanto, entre mi concentración en el trabajo y mi drama con su papá…

El papá del que intentaste arrebatarla, susurra una voz desagradable dentro de mí. *No lo olvides.*

Algo debe notarse en mi rostro, porque siento la cálida mano de Elías en mi hombro. —Lo siento —digo rápidamente—. Solo me quedé un poco distraída.

—Ajá —tararea, poco convencido—. Sabes, todo esto me recuerda una historia.

—¿Una historia?

—Sobre tu abuela.

Nos sentamos a la mesa, solo los dos. Charlie todavía está en el sofá, haciéndole muecas a la bebé mientras el Sr. Botones los rodea con sospecha.

—Fue el día que te trajo a casa —continúa Elías—. El día que *realmente* te trajo a casa. Para que te quedaras.

—¿Estabas allí? —frunzo el ceño.

—No te acordarías. Ya estabas dormida. Maia me pidió que fuera a su casa. Pensé que había pasado algo. Llegué lo más rápido que pude. Cuando lo hice, me ofreció una taza de té.

—Es ella, claro.

—Claro que sí —se ríe conmigo—. Te habías desmayado en el sofá después de llorar hasta quedarte dormida. Tenías una manta a cuadros encima; te empequeñecía. Esa noche, Maia confesó que no quería devolverte.

—¿Qué? Pensé que mis padres estaban de acuerdo en que era…

—Lo estaban —se corrige rápidamente—. Al día *siguiente*, cuando ella les preguntó. Pero todavía no lo había hecho. Sabía que quería quedarse contigo, pero estaba… asustada.

¿Asustada? Eso no suena como mi abuela. Maia era inteligente, segura, divertida… y más fuerte que cualquier persona que yo hubiera conocido. No temía a nada.

—¿De qué? —pregunto.

—De fallarte.

Al otro lado de la habitación, Charlie se ríe a carcajadas. Sea lo que sea que esté haciendo, May también se ríe.

—¿Fallarme? —Parpadeo—. Elías, ella me *salvó*.

—Pero ella aún no lo sabía —responde—. No sabía que podía hacerlo. Tienes que recordar que Maia nunca fue madre en realidad. Primero fue madrastra, y ya sabes cómo fue eso.

Asiento con tristeza. —Mi papá la odiaba.

—Ajá.

De repente, la proverbial bombilla se enciende en mi cabeza. —Espera… ¿eso era lo que temía?

¿Que yo también la odiara?

No puedo creerlo. Maia fue lo primero bueno que me pasó: era mi familia. No de sangre, sino por elección. ¿Y ella pensó…?

Como si leyera mis pensamientos, Elías me da una sonrisa tranquilizadora. —Es difícil entender lo que sentía en ese entonces. Quería ser tu abuela con todas sus fuerzas, pero no tenía idea de si realmente podría lograrlo.

—Porque nunca lo había hecho antes —agrego.

—Ajá. Así como tú nunca lo has hecho antes.

Me siento… indulgente al dejarme llevar por esta línea de pensamiento. Al dejarme consolar por la idea de Maia. Puede que estuviera asustada, pero nunca…

¿Nunca te alejó de un padre que pensó que era malo para ti? ¿Nunca hizo lo mejor que pudo, por más imperfecta que fuera?

Sacudo la cabeza. Por más tentadoras que sean estas ideas, no puedo dejar que me afecten. No puedo librarme de la responsabilidad.

Después de todo, lo que hice fue imperdonable.

Aun así, aprecio las intenciones de Elías. Sobre todo, aprecio que me haya contado algo nuevo sobre mi abuela. Me hace sentir más cerca de ella. Como si tal vez mi historia con ella aún no hubiera terminado, incluso si ya no puedo llegar a ella.

—Gracias —le digo—. Necesitaba eso.



JUGAMOS un poco más con la bebé, luego Elías se ofrece a llevar a Charlie a casa.

—Volveré a visitarte pronto —promete mi hermano. Ya no estoy tan segura de si es para mí o para May. Puede que haya bajado un puesto en la lista de sus favoritos.

—Te estaremos esperando, tío Chuck —les doy un abrazo de despedida y los acompaño hasta la puerta.

—Ah, casi lo olvido —dice Elías, chasqueando los dedos—. ¿Ya te registraste para ese concurso? Creo que la fecha límite se acerca.

El concurso. Con todo lo que ha estado sucediendo, se me olvidó por completo. El concurso de moda, el que tenía como premio principal una beca completa en el Instituto Mallard. —En realidad, no… no estoy segura de que lo logre.

—Puedo quitarte algo de trabajo de encima —ofrece—. De hecho, te lo habría quitado todo de encima, pero…

Sacudo la cabeza. —Está bien. Yo insistí. Además, es bueno mantenerse ocupado. Ayuda a distraerme de otras cosas.

De Matvey, específicamente.

—Deberías hacerlo —se suma Charlie—. Ganarías, Apes. Sé que lo harías.

Le alboroto el cabello a Charlie. —Crees que colgué la luna en el cielo.

—Creo que deberías hacer lo que te haga feliz.

Maldita sea, conductos lacrimales. Hoy están trabajando horas extra. —Lo pensaré —les prometo a ambos.

Mientras los despido con un gesto en el pasillo, esas palabras siguen dando vueltas en mi mente: *Lo que te haga feliz.*

Si tan solo mereciera serlo.

MATVEY

Me lleva todo el viaje a casa poder calmarme.

No puedo evitarlo. En el momento en que la doctora pronunció esas palabras, vi rojo. *De vuelta a la condición previa al parto. Actividad sexual.*

Ni por asomo voy a permitir que eso suceda.

Es una espiral oscura y viciosa de pensamientos, y cada vez se vuelve más oscura a medida que cierro de golpe la puerta del loft y busco algo más fuerte que el café. Al menos *este* bar sigue siendo mío para usar, muchas gracias.

—Increíble —murmuro para mí mismo—. Jodidamente increíble.

Intento volver a concentrarme en el trabajo, pero no puedo parar. No dejo de recordar nuestra pelea antes de que ella se fuera, ese maldito día en el que hice todo lo posible por alejarla. Por deshacerme de ella, que no le debía nada, que yo…

¿Y si quiero que alguien más se mude a vivir conmigo, tú tampoco te interpondrás en mi camino?

Esa era la única concesión que no podía hacer: otro hombre. Otro hombre que le ponga las manos encima.

April Flowers es *mía*.

Pero tú no la querías, susurra esa vocecita sádica en mi cabeza. *La rechazaste en su cara, luego amenazaste con obligarla a morir sola. ¿Y aún preguntas por qué se fue?*

—Cállate —gruño en el silencio.

Pero no hace nada. La voz sigue parloteando. *No tuviste las pelotas para comprometerte. La dejaste fuera y luego la encerraste. ¿Qué más esperabas? ¿Que te* obedeciera*?*

—Cállate.

¿Que se quedara *contigo? ¿Que te* amara*?*

—¡HE DICHO QUE TE CALLES LA BOCA!

Tiro el vaso al otro lado de la habitación. Los fragmentos salen volando por todas partes: el sofá,

la mesa, la cama. El licor se desliza desde la pared hasta la alfombra, esparciéndose como sangre.

—¿…Motya?

Solo cuando escucho *esa* voz vuelvo a la realidad. —Yuri.

Mi hermano corre a mi lado. —¿Con quién estabas hablando? —pregunta con los ojos llenos de preocupación.

Lo odio. Odio que me miren de esa manera. —Con nadie.

—¿"Con nadie"? Matvey, estabas gritando. Te escuché desde la calle. Si se trata de uno de los *vory*…

—No se trata de los malditos *vory*.

No tengo idea de lo que Yuri ve en mis ojos. Estos días, apenas me reconozco en el espejo. Pero, sea lo que sea, es suficiente para que retroceda con las manos en alto. —Está bien, vale —dice —. Solo vine para… Puedo volver más tarde.

—No. Dímelo ahora.

Traga saliva, como si dudara en hablar. Como si temiera que este loco que ha tomado el lugar de su hermano le retuerza el cuello nuevamente por pronunciar una palabra incorrecta. —Se trata del asunto de Washington —dice con voz áspera.

Aguzo el oído. —Habla.

—Creo que he encontrado algo —balbucea Yuri—. Entre los papeles —busca los archivos en su bolso, pero los busca a tientas y esparce hojas por todas partes.

¡Dios mío! Si no lo supiera, diría que estoy viendo a un chico atrapado con todo el brazo metido en el tarro de galletas, no a mi hermano endurecido por la Bratva. ¿De verdad doy tanto miedo ahora? —Deja eso. Solo dímelo.

Yuri asiente con la cabeza, tembloroso. —¿Sabes que pensamos que era Carmine? Dado, ya sabes…

El secuestro y la aparición oportuna en nuestro territorio. —Continúa.

—Bueno, la cuestión es… —se retuerce las manos y los papeles con ellas—. No lo es. O más bien… no es *solo* él. No puede ser.

Arrebato los archivos de sus manos y los extiendo sobre la mesa. —Muéstramelo.

—Mira aquí, aquí… ¿y aquí? —señala unos cuantos datos subrayados—. Estos son los registros de inicio de sesión de los *vory* en el momento de la adquisición. Como sabes, técnicamente son nominales, pero…

—Pero los flojos hijos de puta solo usan cualquier computadora que ya esté encendida cuando la necesitan —completo—. Grisha ya me lo dijo. ¿Y bien?

—Bueno, el momento es sospechoso. ¿Ves cómo coinciden las marcas de tiempo aquí? —señala otra pila de papeles.

No, no son papeles: son *correos electrónicos*. —¿De dónde sacaste esto?

—De la base de datos de la empresa que terminó adquiriendo el edificio. Mira cómo ocurrieron los intercambios justo después de los inicios de sesión. Es demasiado perfecto, Matvey.

Lo es. O estoy viendo la coincidencia más extraña del mundo, o…

—Tenemos un infiltrado —me doy cuenta—. Todo este tiempo, hemos tenido un infiltrado en nuestras filas.

Yuri asiente con la cabeza sombríamente. —Es probable que alguien le haya estado dando información a Carmine. Alguien del círculo íntimo.

Vuelvo a examinar los papeles. Hay notas en los márgenes, pensamientos dispersos aquí y allá, como si Yuri realmente se hubiera tomado su tiempo con eso. Su letra parece más apresurada de lo habitual, menos redondeada, aunque de alguna manera sigue siendo familiar.

Debe haber pasado muchas noches hasta tarde en esto. Es un trabajo realmente bueno.

Casi se lo digo. Pero luego recuerdo que todavía está en terreno inestable. Los elogios son lo último que se merece.

—¿Quién más lo sabe?

—Solo nosotros.

Esto es un verdadero dolor de cabeza. Acabo de prometerle a los *vory* una guerra, y ahora tengo que detenerlo todo. Demorar en el peor momento posible.

Pero no puedo arriesgarme a perder con Carmine. Y con una variable desconocida en medio de nosotros, nadie sabe cuán expuestos estaremos. Es el tipo de hombre que puede convertir una miga de pan en una montaña de munición… ¿quién sabe qué puede hacer con un *espía*?

—Bien —le digo a Yuri—. Que esto quede entre nosotros.

—Creo que es lo mejor…

—Excepto por Grisha. Quiero que esté al tanto.

La expresión de Yuri se cae. —¿Grisha? ¿Por qué?

—Porque ha demostrado ser confiable —espeto, irritado por el interrogatorio—. Y leal. Algo cada vez más difícil de encontrar en estos días.

Esas palabras lo hacen estremecer. —Pero… —busca a tientas una razón para objetar—. Pero no es de sangre —dice finalmente.

No importa, casi respondo. Luego, vuelvo a mis cabales. —Quiero que lo involucres —repito—. No me hagas decirlo otra vez.

Yuri traga saliva. —Sí, *pakhan*.

Un infiltrado. Nunca pensé que alguien tendría las agallas para intentarlo, dado lo que les hago a mis enemigos. Pero ahí está: un espía… no, un *traidor*. Otra traición esperando entre bastidores.

Únete al maldito club.

MATVEY

—Al menos podrías intentar sonreír —me susurra Petra a través de sus perfectas hileras de dientes, blanqueados solo para la ocasión.

Las cámaras hacen flash. —No estoy de humor, Petra.

—¿En serio? —me responde con un arrullo, con los ojos todavía fijos en la multitud de periodistas—. Y yo que pensé que lo hacíamos por diversión.

Fuerzo las comisuras de mis labios a contraerse. —¿Sí? Y sin embargo, ambos sabemos que te encanta esto.

—¿Posar para un grupo de tíos sudorosos con tirantes?

—Ser el centro de atención.

Qué mala suerte la mía: me entero de que hay un infiltrado en mi organización y, en lugar de tener la libertad de ocuparme de él, ¿qué tengo?

Una maldita sesión de fotos. Con Petra.

Cuando los buitres con Nikons se han saciado, nos dirigimos al lugar. Hoteles Júpiter está inaugurando su nueva ubicación, lo que, por supuesto, significa tiempo para los medios. Odio esta parte de mi trabajo más que cualquier otra, pero al menos se limita a las grandes inauguraciones.

Además, es mi trabajo *de día*. Y, como alguien me señaló hace poco con tanta amabilidad, no he sido muy bueno para mantener mi tapadera.

—Este es *tu* hotel, Matvey —me susurra Petra mientras sigue sonriendo y saludando a la multitud como la maldita Reina de Inglaterra—. Nadie me está prestando atención.

—Todo el mundo te está prestando atención —le devuelvo la sonrisa, o al menos lo intento—. Eres la nueva Sra. Groza. La gente se estará preguntando qué hiciste para finalmente encerrarme.

—¿Aparte de quedar embarazada de tu hermano? —pregunta, con las palabras lo suficientemente bajas para que yo las oiga—. Me gustaría pensar que fue mi encantadora personalidad.

—Esa es buena. Casi me hace reír de verdad.

—Ríete todo lo que quieras —le guiña el ojo a un fotógrafo particularmente interesado. Sin duda, mañana aparecerá en la Página Seis—. Ambos sabemos que no estás ganando ningún concurso en ese departamento.

—Culpable de los cargos.

—Sobre todo por cómo estás tratando a tu *verdadera* Sra. Groza.

Me quedo congelado a mitad de un saludo. —No sabes de lo que estás hablando.

—¿No? —sonríe mientras tomamos el ascensor hacia la terraza—. Entonces, supongo que acabo de pasar cuarenta minutos secando los ojos de la señora de la limpieza. Mi error.

Esas palabras me envían una punzada al pecho, pero me obligo a ignorarla. Mi hombro aún no está curado; es de esperar que sienta algo de dolor, especialmente con todos los saludos. —Sean cual sean las mentiras que te esté vendiendo…

—No me está vendiendo nada, Matvey. Está hecha un desastre.

Finalmente encuentro mi sonrisa. No es una sonrisa agradable. —Cierto, cierto. Recuérdame de nuevo de quién fue la culpa.

Tuya, responde la molesta voz dentro de mi cabeza. *Toda jodidamente tuya.*

Petra resopla. —Eres imposible. Ella cometió un error, Matvey. No mató a nadie.

—Como si eso significara algo para ti o para mí.

—Significa algo para ella. Ahora mismo, la estás tratando como a una criminal de guerra.

—Lo que hizo fue un crimen.

—Ahora, ¿quién está soltando palabras que no significan nada para nosotros?

Finalmente, el maldito viaje termina. Salimos a la terraza, donde Petra se apresura a volver a poner su sonrisa ganadora. Con suerte, la parálisis facial le impedirá hablar.

Es una esperanza de corta duración. —Si vas a culpar a alguien, échame la culpa a mí. Yo soy la que te obligó a casarte a la fuerza.

—Eres muy atrevida al suponer que no te culpo —respondo.

—Pero conmigo sí hablas. No tienes ningún problema en trabajar conmigo, incluso en bromear conmigo. A April no le dices ni una sola palabra.

—“Ningún problema” son palabras fuertes.

—Pero sigo respirando, ¿no?

Las cámaras disparan al unísono. Intento evitar entrecerrar los ojos, pero es casi imposible; el aluvión de luces es despiadado. Juro que, si los obturadores de las cámaras fueran más fuertes, pensaría que me están disparando. —Creo que ambos sabemos que esa no fue mi primera opción.

—¡Petra! ¡Muestra tu anillo!

Mi novia ruborizada hace lo que le piden. Les da otro guiño encantador a los fotógrafos, dándoles a los periódicos la oportunidad de pelearse por ellos hasta que salga el sol. —Pero sí *fue* tu elección. Mantenerme con vida y luego casarte conmigo.

—Una elección de la que ya me estás haciendo arrepentir.

—Ay, por favor. Como si no te hubieras arrepentido desde el segundo en que tuviste que darle la noticia a April.

Mi sonrisa duramente ganada vacila. —Cuidado —gruño—. No tengo reparos en golpear a una dama.

Petra se ríe como si acabara de susurrarle algo gracioso al oído. —Sí, lo tienes. Además, llevo tu *sangre*, ¿recuerdas?

Como si pudiera olvidarlo. —Si yo fuera tú, mantendría a mi sobrino allí el mayor tiempo posible. En cuanto salga, podría perder la paciencia.

—¿Quién dice que es varón?

—Él, ella, ellos, eso… sea cual sea el caso, es lo único que te mantiene a salvo en este momento. No lo olvides.

La sonrisa de Petra finalmente se apaga. —Ves, Matvey, este es tu problema: no puedes pasar dos segundos sin empujar a alguien. Tan pronto como se acercan demasiado, se te erizan los pelos de punta.

Esta vez, es mi turno de soltar una carcajada. —¿Tú? ¿Cerca de mí?

—Estoy cerca de tu hermano, lo cual es bastante cerca. Sabes que no me iré a ninguna parte —luego, solo por un segundo, sus ojos se vuelven agudos—. Y tampoco lo hará April.

Las palabras de Petra tienen la misma mala costumbre que sus cuchillos arrojadizos: aterrizan donde ella quiere. Por más que lo intento, no puedo quitármelos de encima.

—Esto no tiene nada que ver con April —gruño en voz baja.

—Al contrario… tiene *todo* que ver con April.

Una vez abajo, los periodistas nos recogen. Damos nuestras entrevistas. Posamos un poco más. No nos dirigimos ni una palabra más.

Y, durante todo el evento, las palabras de Petra se me clavan como mil cuchillos.

APRIL

La idea del concurso sigue rondando en mi cabeza. Personalmente, le echo la culpa al arte de la persuasión de Elías. Ese hombre podría venderle gafas de sol a un oso polar.

—¿Qué tal este? —pregunto, sosteniendo en alto un boceto de diseño.

La cara de Charlie se arruga. —Parece un poco la Campana de la Libertad.

Me dejo caer del sofá, derrotada. —Olvídalo. No lo voy a hacer.

—Sí, lo vas a hacer —se deja caer al suelo junto a mí—. Tú puedes, Apes. Siempre has sido genial en esto.

—¿Quejarme en el suelo?

—Coser —corrige—. Arreglar, crear. ¿Recuerdas cuando era un niño?

—Insinuando que ya no eres un niño.

—Bueno, primero que todo, tengo quince años. Segundo, no cambies de tema. ¿Recuerdas esos suéteres que tenía? ¿Con las mangas largas?

—¿Los que se estaban cayendo a pedazos constantemente?

—Bingo —Charlie asiente—. Si no fuera por ti, habría tenido que ir a la escuela luciendo como un queso suizo. Tú fuiste quien los remendó. Diablos, la única que siquiera se dio cuenta.

—No fue nada —protesto en un murmullo miserable.

—Lo hiciste *en una sola noche*, Apes. Te preocupaba que Mamá se enojara si se enteraba y no te dejara terminar los otros.

—Para ser justos, sí se enojó cuando se enteró.

—Seis meses después, y solo porque te vio haciéndolo de nuevo. De lo contrario, nunca lo habría visto.

Tengo que reprimir un escalofrío al recordarlo. Puede que ahora sea una adulta, pero los gritos de Eleanor se quedarán conmigo hasta el día en que muera. —¿Cuál es el punto?

—Lo que quiero decir es que eres buena en esto. Mejor que eso… eres *genial* —le toca la nariz a

May mientras lo dice. Porque, por supuesto, solo hay un lugar donde ella puede estar cuando el tío Charlie está cerca: acurrucada dentro de su bolsa de canguro gigante. ¿Dónde venden sudaderas así? ¿Y *por qué*?—. Eres una costurera increíble.

—Ahora, solo estás tratando de extorsionarme para que te compre una pizza.

—Si estuviera tratando de hacer eso, también agregaría que eres una madre increíble. Entonces… eres una madre increíble.

Pongo cara de disgusto. Los cumplidos ya son como un remedio para el resfriado para mí, los aceptas porque tienes que hacerlo, pero que me llamen buena madre de todas las cosas…

Simplemente no se siente bien.

Ni la parte de costurera, si estos bocetos sirven de referencia.

—Si me doy por vencida con la pizza, ¿pararás?

—Nop —responde, haciendo estallar la *p*. Entonces, empieza a revisar el desorden de papeles en el suelo—. ¿Ves este? ¿Y este otro?

Entorno los ojos para mirar los bocetos que escogió. —No sé. Solo parecen… viejos.

—¿Clásico, tal vez?

—No, como muy viejos. Viejos como el armario de la bisabuela.

—No creo que las bisabuelas tuvieran escotes en V, Apes.

Y si *esa* no es la clase de imagen que nadie quiere tener en su cerebro… —Sabes a qué me refiero —suspiro—. Están… agotados. Nada que no hayamos visto ya.

—Pues inténtalo de nuevo —me anima—. Se te ocurrirá algo.

Algo más para el almuerzo del triturador, tal vez.

Dios, ¿por qué me pongo tan irritable por esto? Cuando empecé a hacer bocetos, me dije a mí misma que era solo una forma de pasar el tiempo; que en realidad no iba a participar en el concurso. Después de todo, tengo una recién nacida a quien cuidar. Tengo responsabilidades.

Y ciertamente no tengo el talento necesario. ¿Para qué molestarme, entonces?

Reúno mis bocetos, deseando que el ático tuviera una chimenea. Por desgracia, van a parar a la trituradora. —Hagamos otra cosa, ¿vale? ¿Qué tal esa película que querías ver?

—No es una película —dice Charlie poniendo los ojos en blanco, su marca registrada. *En serio, adolescentes*—. Es un documental sobre arte.

—¿Desde cuándo te interesan los documentales de arte?

Se encoge de hombros. —Solo estoy explorando mis opciones.

Sacudo la cabeza con una sonrisa. A veces, olvido que no todos saben qué quieren hacer en la vida cuando cumplen siete años. Esto, al menos, siempre ha sido fácil para mí: nunca había nada más que ropa en mi cabeza. Nada más que arreglar cosas rotas o convertir retazos de tela en algo

hermoso.

Pero Charlie está en esa edad en la que empiezas a dudar. A *explorar*, como él dijo. El año pasado, eran los videojuegos; hace seis meses, el patinaje profesional. Dentro de una semana, será algo completamente distinto.

Lo envidio. Olvidas lo abierto que puede parecer el mundo a veces. Lo vasto. Lo hermoso.

—Vale. Ponlo.

Mientras nos acomodamos en el sofá, saco a May de su bolsa. Botones aprovecha la transición para trotar cerca, siempre alerta. —¿Y tú, Pollito? ¿Quieres ver una película con tu tío?

May hace un ruido arrullador.

—Lo tomaré como un sí.

Cuando comienza la película… perdón, *documental de arte*… miro de reojo la cara embelesada de mi bebé. Pero no parece importarle en absoluto la televisión: en cambio, nos mira a *nosotros*. A mí, a Charlie, a su apuesto defensor, el Sr. Botones. Como si fuéramos la única película que vale la pena.

Le hago una mueca y la veo estallar en risas.

¿Pasará por esta fase algún día? ¿Vendrá a desayunar con ropa gótica a los quince años y pondrá los ojos en blanco ante cualquiera que la cuestione? ¿Querrá ir a conciertos de death metal un fin de semana y a museos arqueológicos el siguiente?

¿Su padre la dejará ir?

Me obligo a detenerme ahí. Hoy es un buen día. No tiene sentido arruinarlo con pensamientos complicados.

Por una vez, solo quiero perderme en el momento.

El documental parece ser todo sobre Bernini. Casi me duermo una o dos veces, pero mi gato me despierta de una bofetada. O sea, verdaderas *bofetadas*. No tengo idea de dónde sacó ese hábito, pero sospecho que June puede tener algo que ver con eso. Así es como me despierta cuando empiezo a dormitar en el apogeo de una comedia romántica.

Como solía *despertarte él*, susurra la voz dentro de mi cabeza, aguda como un dardo.

Cierto. Esa ya no es mi vida. Ni las mañanas que pasé peleando con el calentador de agua, ni las tardes que pasé acurrucada en el sofá con bocadillos de origen dudoso y un gato mandón en nuestros regazos. Las discusiones, las bromas, las peleas de comida.

Las *risas*.

Tanto para permanecer en el momento.

Vuelvo en mí una vez más, decidida a disfrutar del documental. O al menos a no quedarme dormida. Es entonces cuando algo me llama la atención en la pantalla: una estatua de dos figuras entrelazadas, un hombre y una mujer, con los brazos de ella estirados hacia el cielo, como si intentara escapar. Entrecierro los ojos ante la extraña forma de sus dedos, tratando de descubrir

qué les pasa. Porque casi parecen…

—Laurel —responde Charlie a mi pregunta no formulada—. Son hojas de laurel. Se está convirtiendo en un árbol.

—¿Por qué? —frunzo el ceño.

—Es un mito griego —explica—. *Apolo y Dafne.*

—Ah, ¿así que no se trata solo de arte, historia, videojuegos y patinaje? ¿Ahora también eres aficionado a la mitología? —bromeo.

—Muérdeme —replica, pero se está riendo—. Tuve una fase de Percy Jackson en cuarto grado. Molesté a Mamá para que me diera una tarjeta de la biblioteca cada dos días hasta que cedió.

—¿En serio? ¿Cómo me perdí de eso?

En cuanto las palabras salen de mi boca, me doy cuenta: *cuarto grado*. Charlie debe haber tenido alrededor de nueve años, lo que significa que yo estaba cumpliendo dieciocho en ese momento. Fue cuando…

Cuando dejaste a tus padres y nunca miraste atrás.

Dios, ¿qué me pasa hoy en el cerebro? ¿Por qué sigo derribándome a propósito? ¿Y por qué me pregunto si May también me dejará?

Sabes que lo hará. Verá lo infeliz que eres y encontrará otro lugar donde estar. Otro hogar. Otra familia.

—Mira —Charlie me saca de mi estado de ánimo—. Están a punto de explicarlo.

Hago a un lado mi desagradable monólogo interno y cambio mi atención a la pantalla.

—…ya no puede escapar de la persecución de Apolo, Dafne reza a su padre para que la salve. La escultura de Bernini captura el momento de su metamorfosis: sus dedos se alargan en ramas; sus dedos de los pies se arraigan en el suelo; su cuerpo se envuelve en una gruesa capa de corteza. Hay desesperación en su última batalla, pero también una sensación combinada y conflictiva de anhelo. Mientras que es Apolo quien anhela atraparla en sus brazos, Dafne es quien anhela ser liberada. Irónicamente, es solo perdiendo su libertad por completo que finalmente logra salvarse, volviéndose verdaderamente libre. La artesanía de Bernini en esta pieza…

Sin pensar, coloco a May en los brazos de Charlie y tomo mi cuaderno de bocetos. —¿Apes…? —pregunta.

No respondo.

No sé cuánto tiempo permanezco así, trazando mi lápiz sobre el papel como una mujer poseída. Todo lo que sé es que el mundo desaparece. Por un momento dichoso, no hay un solo pensamiento en mi cabeza que no sea *"Dibuja. Haz algo bueno"*.

Cuando finalmente salgo a tomar aire, hay un proyecto de vestido terminado frente a mí.

Charlie pausa el documental, luego se inclina para mirar boquiabierto. —Hermana, esto es…

Encaje bordado para el corsé. Tul para la falda. Encaje Chantilly para los detalles. —¿Crees que esto podría funcionar? —pregunto, repentinamente insegura.

Pero Charlie me sonríe. —¿Estás bromeando? Esto es la put…

—¡Sin groserías! —me levanto de un salto para taparle los oídos a May.

—Apes, tiene un mes. No tiene idea de lo que significa.

—No lo sabes. Podría ser un prodigio.

—Y si no envías esto, pondré a Kanye West ahora mismo. Buena suerte tapándole los oídos entonces.

Ahora, *eso* es una amenaza. —¡Vale, vale! —me rindo—. Lo… consideraré. Quizá.

—"*Brindemos por el gilipo*…".

—¡Vale, lo haré! ¿Feliz?

—Muy feliz —Charlie sonríe.

Por primera vez en mucho tiempo, siento que esa picazón familiar regresa a mis manos: la picazón de *trabajar*. De hacer algo de la nada. —Entonces… ¿te importaría quedarte un poco más para cuidarla? —pregunto.

Mi hermano sonríe radiante. —Agrega esa pizza de la que estabas hablando y tienes un trato.

—Solo si compramos de piña.

Mientras empiezo a moverme por la habitación, ese frenesí de cosquilleo ya se está apoderando de mí, mis pensamientos finalmente se calman. Por primera vez hoy, siento que puedo respirar. Como si no tuviera que preocuparme por el mañana.

Que es, por supuesto, cuando suena el timbre.

—Grisha? —frunzo el ceño mientras respondo—. ¿Pasa algo?

—Para nada, en absoluto —me tranquiliza—. Me acaban de dar esto para ti.

Me lo ofrece con formalidad, como un mayordomo. Y eso está bien, porque estamos hablando de Grisha, ¿no? Excepto que en sus manos hay un plato ovalado y dorado. Y encima de eso…

—Un sobre sellado —murmuro.

—Muy anticuado —comenta Grisha, no sin un poco de admiración.

—¿Dice de quién es? —Es una pregunta estúpida. En el fondo, ya lo sé.

Tomo el sobre y arranco el sello de cera. Charlie se acerca, sintiendo que algo anda mal. —¿April? ¿Es eso…?

Estás invitada a tomar el té de la tarde en la Mansión Flowers,
13 West 10th Street. El horario y los detalles en el reverso.

—De mi papá —confirmo—. Y eso no es todo.

—¿Qué más? —Charlie frunce el ceño, de repente con el rostro preocupado.

—Es… —intento encontrar las palabras, pero no me salen. Todo lo que tengo son preguntas.

¿Por qué esto? ¿Por qué ahora?

Y lo más importante…

¿Cómo lo sabe?

—Está dirigido a mí —trago saliva con fuerza—, y…

¿Cómo sabe de ella*?*

—…y a May.

MATVEY

Cuando llega la hora de la cena, todavía no he logrado quitarme de la cabeza las palabras de Petra.

Es una muerte por mil cortes: sigo repitiendo esa conversación en mi cabeza, sintiendo el dolor de cada golpe una y otra vez. Lo peor de todo es que estoy empezando a preguntarme si tiene razón.

Pero conmigo sí hablas. No tienes ningún problema en trabajar conmigo, incluso en bromear conmigo. A April no le dices ni una sola palabra.

No me importa qué delirios tenga Petra sobre estar "cerca" de mí ahora; si está viendo unicornios, eso es algo que ella debe resolver, no yo. Pero hay un hecho aquí que ni siquiera yo puedo seguir negando, sin importar cuánto lo intente.

La ira que siento.

Con Petra, estoy molesto. Estoy cabreado porque sigue interponiéndose en mi camino, ya sea por terquedad o por estupidez. Cada vez que abre su maldita boca, me irrito muchísimo.

Pero ya no estoy furioso.

Y no es porque la haya perdonado. El perdón es para aquellos que te importan. La verdad es que a mí Petra no me importa una mierda.

Pero con April es diferente.

Porque…

Sabes por qué. Todo este tiempo has sabido cómo te sientes realmente.

No. Tengo que dejar de pensar así. Dejar que las palabras de una lunática me afecten no me hará sentir más cuerdo. Además, ¿qué carajo importaría si fueran ciertas?

April secuestró a mi hija. Me descartó. Tiró todo lo que teníamos como si no fuera nada.

Solo porque tú lo tiraste primero.

—¿Matvey? —la voz de April me saca de mis pensamientos—. ¿Estás bien?

"Mm" es todo lo que tengo para decir.

Sigo comiendo en silencio. Me concentro en mi plato. Hago todo lo que está en mi poder para distraerme de la pesadilla de mi existencia, incluso cuando está sentada frente a mí.

Pero, claramente, April tiene otros planes. —Sabes, me llegó algo por correo hoy —comienza de nuevo.

—Mm.

—Una invitación.

No sé de qué otra manera demostrar que me importa una mierda. Que no quiero *oírlo,* joder. Su voz, sus pensamientos… quiero que todo esté lo más lejos posible de mí.

—Mm.

—Yo… —juguetea con su servilleta, atrayendo mi mirada hacia su pecho. Hacia su blusa, una talla demasiado pequeña que no deja nada a la imaginación—. Solo me preguntaba si… quiero decir, si querrías…

—No.

April se estremece. —¿No? Ni siquiera has oído…

—No quiero oírlo —espeto—. No quiero oír ni una sola palabra tuya. No me importa lo que tengas que decir, a menos que sea sobre la bebé que me robaste. ¿Entendido?

Es como si se produjera una metamorfosis: April pasa de ser tímida y mansa a la imagen de la furia. Una liebre convertida en mamá osa. —¿"Entendido"? —repite con desdén mientras se pone de pie—. ¿Estás bromeando? ¿La bebé que te *robé*? ¿Qué tal si te bajas de ese pedestal tuyo, luego vuelves a la tierra y me hablas como un ser humano?

—Como si eso no fuera exactamente lo que pasó —digo entre dientes, tirando mi silla al suelo mientras me levanto para encontrarme con ella.

—No —responde rugiendo—, ¡no lo es! Te diré lo que pasó: *te casaste con otra persona*. Me dejaste pensar que habías dejado embarazada a otra mujer, luego comenzaste a tratarme como basura. *Eso* es lo que pasó.

Con cada palabra que escupe, cada dardo venenoso dirigido a mi garganta, se acerca más. Da zancadas alrededor de la mesa y me mira con furia, la furia hecha carne, el fuego en sus ojos brilla más que una estrella. Una supernova lista para quemar planetas hasta los cimientos.

Yo también doy un paso adelante, la misma rabia corriendo por mis venas. —¿Y crees que eso justifica lo que hiciste? —gruño, empujándola hacia atrás contra la ventana del piso al techo—. Tomar a mi *hija*…

—¡Se la quité a un monstruo! —grita, lo suficientemente fuerte para que todo el ático la oiga—. ¡Se la quité a un hombre al que ya no le importaba, que tenía un *mejor hijo* en camino!

—¡Nunca hubo otro hijo! —rujo.

—¡Y yo no SABÍA ESO!

Está tan cerca que puedo sentir su respiración en la mía, entrecortada y jadeante. Sus gritos me

parten los oídos por la mitad, pero no tengo la paciencia para calmarme; en cambio, solo levanto la voz más fuerte. —¡¿Y QUÉ?!

—¡Entonces hice lo que era mejor para ella! ¡Hice lo que era mejor para ambas!

—¡¿Y eso era alejarse de mí?!

—¡SÍ!

Ambos estamos jadeando ahora, gritando en el espacio del otro. Nuestras manos están apretadas en puños a nuestros costados, los nudillos de April tan blancos que casi desaparecen. Desde la ventana, las luces de la noche la enmarcan como una visión: una diosa vengativa que viene a arrastrarme al infierno.

—Me dijiste que no querías a nadie más. Me dijiste que me querías a mí. Dijiste… —sigue enumerando mis pecados, uno tras otro, la voz se quiebra en los bordes como el vidrio, manchada y rota y…

Hermosa. Hermosa por sobre todas las cosas.

—¿Qué más? —digo con voz áspera.

—Me dijiste que querías vivir conmigo —croa.

—¿Qué más?

—Que ibas a buscar tus cosas y mudarte conmigo.

—¿Qué *más*?

—Me dijiste que me *amabas*…

La beso.

Es la gota que colma el vaso: tomo la cara de April entre mis manos y reclamo sus labios con los míos, tragándome el resto de sus palabras. Tragándome *todo*.

Si pudiera, me la comería entera.

Puedo sentir a April forcejear contra mí, sus manos enroscándose en la tela de mi camisa antes de finalmente ceder. Pero, cuando me devuelve el beso, no es una rendición, es una declaración de guerra.

—Te odio —jadea en mi boca.

Rasgo su blusa por las costuras. —Dilo otra vez.

—Te odio.

—*Otra vez.*

—Te odio —sisea mientras muerdo su cuello, mitad placer, mitad dolor. Mientras la levanto y presiono su espalda desnuda contra el frío cristal, arrancando el resto de su ropa de su cuerpo—. Te odio, te odio, te… *¡ahh!*

Hundo mis dedos en ella, haciéndola gritar.

Apenas es sexo: es demasiado brutal para llamarse así. Es una pelea con un nombre diferente. No se parece en nada a lo que hemos hecho antes y, al mismo tiempo, es exactamente lo que he estado ansiando todo este tiempo.

Porque la verdad es que nunca podría haberme alejado.

No de ella.

—Te odio —gruño en respuesta, con los nudillos profundamente dentro de ella—. Te *odio*, April Flowers.

Muerdo sus senos llenos sin pensar en lo sensibles que deben estar, lo doloridos que deben estar después de amamantar día tras día. April gime, tomada por sorpresa. —¡Ahh, de-deja eso, podrían…!

La dulzura llena mi boca, pero no me detengo. —Mía —gruño, tragándome todo lo que me da. Todo lo que le pertenece a ella y, por lo tanto, me pertenece a mí—. *Mía*.

—Matvey —jadea, hundiendo las uñas en mi espalda para agarrarse—. *Matvey*…

Sigo abriéndola sin piedad, sin una pizca de moderación. La follo como un animal, con tres dedos a la vez, porque ¿quién se cree que es? Esta mujer que me apuñaló por la espalda, que me traicionó de la peor manera posible, una manera que solo he probado una vez en las manos de mi propia sangre… *¿Quién diablos se cree que es?*

¿Y por qué no puedo dejar de desearla?

—*Blyat'* —gruño en su cuello, mi polla presionando con fuerza entre sus muslos—. Joder, April.

—Di mi nombre —balbucea mientras se retuerce—. Dilo, di mi... *¡ahh...!*

No le doy lo que quiere. No vuelvo a llamarla por su nombre. Ni cuando la follo sin sentido contra la ventana, a la vista de toda la ciudad a nuestros pies, ni cuando se corre una y otra vez bajo mis embestidas. Incluso cuando aprieta mi polla con fuerza orgasmo tras orgasmo, me niego a nombrarla.

Pero por dentro, es todo lo que digo.

April. La mujer que será mi muerte.

La mujer que ya lo es.

APRIL

Después de eso, es un derrumbe.

No podemos quitarnos las manos de encima. Literalmente no podemos. En el momento en que estamos en la misma habitación, esa chispa que tanto nos hemos esforzado por negar se enciende más caliente y brillante que nunca. Es agotador. Es aterrador.

Y es sexy como el infierno.

—Te odio —jadeo en el oído de Matvey mientras me levanta sobre la mesa.

—No tanto como yo te odio a ti —gruñe Matvey en respuesta, limpiando la mesa de un solo golpe con el brazo, esparciendo trozos de comida y platos por todas partes en el suelo.

No hace falta decir que estas actividades no se limitan exactamente al comedor. No hay un solo lugar en el ático que no hayamos… *ejem*… rebautizado. Hasta ahora, hemos hecho un uso indebido del sofá, la alfombra, la ducha, las cuatro paredes y la lavadora. Sí, mientras estaba encendida.

Lo único que no hemos tocado es la cama. *Nuestra* cama. La cama donde intercambiamos tantas promesas.

No es algo de lo que hayamos hablado. Últimamente, si hay algo que *no* estamos haciendo, es hablar. Diablos, ni siquiera he logrado volver a mencionar la invitación de Dominic. Los puntos álgidos de nuestra conversación hasta ahora han sido intercambios de insultos mordaces, a menudo sin ropa. Pero ¿es realmente tan malo que dejemos que nuestros cuerpos hablen por nosotros?

¡Sí!, grita el último vestigio de mi autoconciencia. *¡Tienes que enfriar los ánimos, no calentarlos!*

Ojalá fuera así de simple.

Una noche, no llevo cinco minutos completos acostando a May cuando siento sus manos sobre mí. Manos ásperas, tratándome como a una muñeca de trapo. —Date la vuelta —gruñe, tan cerca de mi oído que puedo sentir las vibraciones contra mi piel.

Hago lo que me dice. —¿Así? —suspiro.

No me responde, pero pronto siento que una de sus manos se desliza por debajo de mi vestido y

la otra me aprieta el cuello. —No te muevas —gruñe y luego me quita las bragas de un tirón.

Intento quedarme quieta, de verdad que lo intento, pero el escozor de la banda elástica que se cierra alrededor de mis caderas me hace gritar en voz alta y su agarre en mi cuello solo se hace más fuerte a cambio. Un castigo por desobedecer.

Luego, me inclina.

Me abre de par en par, sin un segundo de preparación. —Matvey —digo con voz ahogada, con la visión llena de placer mientras me folla sin sentido sobre el mostrador—. Matvey, voy a…

Pero no le importa lo que voy a hacer. No le importa si me corro, no le importa si no me corro, no le importa cuánto tiempo me lleve desmoronarme. No le importa si me *duele*.

Pero duele tan bien que a mí tampoco me importa.

La cuestión es la siguiente: cuando estaba embarazada, nunca tuvimos la oportunidad de ser tan descuidados. De poner a prueba los límites de mi cuerpo y dejar de lado la precaución. Pero ahora no hay ningún niño dentro de mí, ninguna carga preciosa de la que ser consciente, y Matvey me *odia*. Lo suficiente como para doblegarme y quebrarme.

Lo que no esperaba es lo bien que me sentiría que me rompieran.

—Eres un sádico —jadeo cuando me tira de rodillas; cuando me agarra el cabello y *tira*, llenándome la boca demasiado para hablar.

—Eres una bruja —gruñe de vuelta, todo un animal. Se golpea hasta el fondo de mi garganta y le pido a Dios que no me haga temblar los muslos como lo hace—. Una zorra mentirosa y tramposa.

Otras veces, la posición es al revés: se abalanza sobre mí como un depredador y me aprieta las muñecas, obligándome a quedarme allí. Obligándome a *tomarlo*. Hunde su lengua ardiente dentro de mí y, de repente, comprendo lo que es ser una presa. Ser devorada poco a poco, hasta que no queden más que huesos.

Pierdo la cuenta de los orgasmos. Francamente, ni siquiera intento llevar la cuenta. Sabía que sería imposible cuando empezamos.

Porque Matvey puede odiarme, pero aún ama mi cuerpo.

Es una especie de adoración furiosa, como maldecir en un altar. Me folla el coño sin piedad y actúa como si *yo* fuera la que lo está arruinando. Pero no tengo poderes de otro mundo. Todo lo que tengo es una racha de malas decisiones, y ni siquiera estoy segura de que la estemos rompiendo aquí.

Pero al menos esta mala decisión no es solo mía.

—¡Ay! ¡*Suka*, eso duele!

Salgo de mis pensamientos. —¡Lo siento! —rápidamente, retiro mi alfiler—. Lo siento, solo estaba…

—¿Perdida en pensamientos? —Petra resopla, con los brazos cruzados como el maniquí más

enojado del mundo—. Sí, me di cuenta.

Me estremezco. ¿Cuántos de estos pensamientos se han mostrado en mi cara? —Mi culpa.

—Deja de disculparte. Si quieres compensarme, cuéntamelo.

—¡No es nada! —miento. *Cuando hay dudas, siempre niégalo*—. Es que no he estado durmiendo bien, eso es todo.

—Ajá. ¿Y mi esposo te ha ayudado con eso?

Directa al grano. —Sabes, me siento como una rompehogares cuando lo dices así.

Entonces, veo la sonrisa de Petra y me doy cuenta: no he negado sus acusaciones.

Maldita sea, April. ¡Tenías un solo trabajo! —¡Quiero decir…!

—Ahórratelo, Flowers. Todos sabemos lo que quisiste decir. ¿Verdad, Gato Pirata?

Como si fuera una señal, el Sr. Botones se asoma desde la cuna de May para poner cara de juicio. Para ser justos, esa es solo su cara la mayor parte del tiempo, pero aun así.

—Traidor —murmuro.

—¿Y entonces? —exige Petra—. ¿Se han besado y hecho las paces?

¿Besado? Casi en todas partes, menos en la mejilla. ¿Pero el resto? —No sé nada sobre la parte de "hacer las paces" —confieso.

Ella frunce el ceño. —¿Qué significa eso? ¿Solo están teniendo sexo de odio por todos lados? —debo sonrojarme hasta la punta de las orejas, porque la cara de Petra se horroriza al instante—. ¡Asco, asco, asco! ¡*No* quería saber eso!

—¡Entonces, no preguntes! —me sonrojo más—. ¡Y quédate quieta, o tendré que empezar de nuevo!

Esa amenaza parece tener el efecto deseado. —Vale. Pero todavía no lo entiendo. Cuando le dije que te tratara mejor, no me refería a que volvieran a ser amigos sexuales. ¿O ahora es enemigos sexuales?

—Espera un segundo… ¿le dijiste *qué*?

—Para ser justos, solo señalé que estaba siendo más gilipollas contigo que conmigo. No tengo idea de por qué decidió hacerlo sobre sexo.

—Tal vez no lo hizo —intento—. Tal vez simplemente… sucedió.

—Tal vez. Pero aún podría haber agregado una disculpa.

Me obligo a no pronunciar las palabras que me acosan la cabeza: *Tiene razón en no hacerlo. No lo merezco*. —Es complicado —suspiro en cambio.

—"Complicado" —resopla Petra—. No me identifico.

—Disculpa, Sra. "Me Quedé Embarazada Accidentalmente del Hermano de Mi Prometido".

¿Con qué no te identificas?

—Eso es complicado en términos situacionales —objeta—. Todo lo demás es bastante sencillo, en realidad.

—¿Es aquí donde me confiesas que tú y Yuri son en secreto una pareja súper convencional?

Dios, es tan extraño pensar en ellos de esa manera. Las imágenes por sí solas me hacen desear poder limpiarme el cerebro con sales de baño.

—No —dice Petra con orgullo. Ya es más de lo que quería saber, pero eso es culpa mía. A esta altura, debería saber que no debo hacer preguntas a las que no quiero respuestas. —Es solo que… me trae el desayuno a la cama.

Casi la pincho con otro alfiler. —Disculpa, ¿qué?

De repente, es el turno de Petra de sonrojarse. —Solo digo que… él me cuida. Le gusta estar a mi lado. Él… me *ama* —dice esa última parte como si fuera algo incomprensible—. Y porque me ama, actúa como si así fuera.

—Restriégamelo un poco más, ¿sí?

—No estaba tratando de "restregártelo" —dice entre comillas—. Solo estaba explicando lo que quería decir.

—Es curioso, pero todavía me falta esa parte.

Pone los ojos en blanco, como si fuera una niña pequeña. —Si Matvey te odia, ¿por qué sigue contigo? Y, si te ama, ¿por qué no te ha perdonado?

Durante mucho tiempo, me quedo mirando la tela en mis manos. Para ser honesta, he estado tratando de entender exactamente esa misma pregunta.

Pero, de nuevo, yo hago lo mismo, ¿no? Lo *odio*. Odio su estúpida cara y su estúpida Bratva y su estúpida charla de "sangre, sangre, sangre".

Y luego sus manos están sobre mí, y simplemente no puedo *pensar*.

Como dije: es complicado.

—¿Podemos hablar de algo más simple? ¿Como el significado del universo?

—Claro. ¿Qué tal el concepto detrás de este vestido? —sugiere Petra, frunciendo el ceño con fuerza ante mi creación en proceso—. ¿Por qué estoy cubierta de hojas? ¿Es esta una situación de Adán y Eva?

—Apolo y Dafne —corrijo—. Charlie me dio la idea.

—¿Tu hermano adolescente Charlie?

—Aparentemente, le gusta mucho la mitología. Imagínate.

Petra tararea, sorprendida. —Supongo que realmente no puedes juzgar un libro por su portada. Yo lo habría catalogado como un chico patinador.

—*Es* un chico patinador. Y un fan de Bernini.

—La dualidad del hombre —los ojos de Petra se desvían hacia su tirante, ahora salpicado de hojas de papel para marcar como lugar. Idealmente, esas se convertirán en bordado. Tan pronto como pueda tomarme un descanso de este dobladillo, claro—. Recuerdo este mito —reflexiona —. Apolo intentó violar a Dafne, ¿verdad? Ella no quería romper sus votos, así que se convirtió en un árbol.

—Lleva el 'no es no' a un nivel completamente nuevo, ¿no?

—Quiero decir, sí —admite—, pero no se trata solo de eso. En realidad, no. Es una historia sobre el sacrificio.

Ahora, estoy perpleja. —¿Sacrificio?

Petra asiente. —Cuando Apolo empieza a perseguirla, Dafne se ve obligada a tomar una decisión: puede someterse o resistirse. Pero ambas opciones tienen un precio.

—Su integridad o su libertad.

—Claro, pero luego está la ironía: para liberarse de Apolo, tiene que renunciar a su libertad por completo.

—Y, si se somete a su voluntad, entonces no es verdaderamente libre —comprendo—. ¿Entonces estás diciendo que ese es el gran tema aquí? ¿Qué significa realmente ser libre?

—En parte.

Frunzo el ceño. —Sigo sin entenderlo. ¿Dónde está el sacrificio?

Por un momento, Petra duda, como si eligiera sus palabras. —La elección de Dafne no es solo entre la libertad y el cautiverio —dice finalmente—. Es entre quedarse en un mundo que podría lastimarla o separarse de él. Vivir con cicatrices o huir.

—Antes de que nada pueda tocarte —murmuro—. Ella pagó el precio máximo por una vida sin dolor.

—Exactamente. Hasta que apenas era una vida más. Así que esa es la pregunta: ¿qué es realmente importante para ti? ¿Cuánto estás dispuesto a sacrificar, y por qué?

Le doy un poco más de vueltas al mito en mi cabeza. La explicación de Petra ha abierto nuevas interpretaciones. Matices de gris que no había considerado antes. —Entonces, ¿no se trata del abuso? ¿No en realidad?

—O sea, también está eso, pero vamos. Esto fue en la antigua Grecia. ¿Alguna vez has leído lo que hizo Zeus?

—De repente, no estoy segura de querer saberlo.

Mientras vuelvo al trabajo, las palabras de Petra siguen dando vueltas en mi mente. Sobre la historia de Dafne… y sobre el sacrificio. Sobre el precio que estás dispuesto a pagar.

Entonces, pienso en Matvey. En nuestras noches de fuego y azufre, y luego nuestros días de hielo y nieve. Y no puedo evitar preguntarme…

¿Qué precio estoy dispuesta a pagar?

APRIL

La mansión Flowers no es tan grande como la recuerdo.

Es *más grande*.

Salgo del auto con May en mis brazos, Grisha me sostiene la puerta. Mis ojos vagan por el enorme patio, tratando de asimilarlo todo. Incluso después de todos estos años, este lugar todavía me hace sentir incómoda. Una extraña en una tierra extraña.

Nunca me sentí como en casa aquí. Diablos, nunca pensé que volvería aquí, donde nada guarda un solo buen recuerdo. Donde hay un trauma esperando detrás de cada puerta.

Pero luego llegó la invitación y no pude decir que no. Si hay incluso una pequeña posibilidad de que mi padre quiera arreglar las cosas conmigo, que quiera ser parte de la vida de May… Entonces, tengo que darle esa oportunidad.

Sin embargo, no lo hace divertido.

—Aquí vamos —murmuro.

—¿Necesitarás ayuda? —pregunta Grisha.

Niego con la cabeza y sonrío. —Gracias, pero creo que estaré bien.

—Un lugar grande para que lo visites sola —observa—. Podrías perderte.

Sola. Es extraño oírlo de boca de otra persona: lo sola que estoy. —Cierto. Tuvimos algunos jardineros que nunca volvieron. Dicen que es el seto sur… que se los traga enteros.

—Eso suena aterrador. ¿Llamo a Matvey, entonces?

Matvey. Solo pensar en él hace que se me congele el corazón. Intenté decirle tantas veces… que esto iba a pasar, que no estaba lista, que no quería hacerlo sola.

Pero nunca me escuchó.

—Está bien —le aseguro a Grisha—. Estaremos bien.

Acepta con una pequeña reverencia. —Estaré justo afuera.

Luego, con mi bebé envuelta contra mi pecho, respiro hondo y paso por las puertas.

—Es maravilloso volver a verla, Srta. April. ¿Puedo tomar su abrigo?

En la mansión Flowers, no se puede dar dos pasos sin encontrarse con algún tipo de personal. Cuando era niña, solo había una cocinera y una criada, pero después de que mi abuela falleciera, las filas se completaron considerablemente: un mayordomo, un lacayo, una dedicada lavandera, un ejército de niñeras. Es como si la Inglaterra de la Regencia se hubiera estrellado contra el Upper East Side a través de una grieta en el espacio y tiempo. En cualquier momento, estoy medio esperando encontrarme con el duque de Hastings.

—Gracias, Jonathan.

Mi abrigo es secuestrado en el armario de invitados. Me aferro a mi bolso: pañales aparte, todavía tiene mis bocetos. Si Dominic se olvida de que estoy aquí, como suele hacer, al menos tendré algo que hacer mientras Grisha trae el carruaje tirado por caballos.

—Alguien estará contigo en breve —dice Jonathan.

—Ajá —sé mejor que la mayoría lo que significa “en breve” por aquí. El simple hecho de ir desde el comedor hasta el baño más cercano es una caminata lo suficientemente larga como para provocar una ruptura de vejiga.

Con eso en mente, me siento.

Noto que May mira a su alrededor con ojitos curiosos. Todo debe parecerle tan brillante: los pisos inmaculados, la lámpara colgante, los botones dorados en los uniformes del personal. Si la casa de Matvey grita “dinero”, esta mansión lo lleva a un nivel superior, transmitiendo una sola palabra: opulencia.

Otra razón por la que mi padre y mi abuela no estaban de acuerdo.

Cuando vivía con Maia, nunca derrochábamos en esos lujos. No porque ella no tuviera dinero, sino porque no necesitábamos nada más de lo que teníamos. Nuestra pequeña casa de piedra rojiza nos hacía felices, y nos hacíamos felices mutuamente. Eso era suficiente. Lo que Maia había ahorrado, lo guardaba a buen recaudo para el futuro… el suyo y el mío.

Pero ahora, Maia ya no está, y mi futuro es un pasamanos dorado en una escalera.

—Shhh —murmuro para calmar el repentino alboroto de May. A veces, creo que está demasiado en sintonía con las emociones de las personas que la rodean—. Está bien. Tal vez se haya olvidado de nosotras. Tal vez podamos irnos a casa pronto.

Las palabras no han salido de mi boca hace más de cinco segundos cuando una voz retumbante dice mi nombre desde lo alto de las escaleras. —April.

Mi cabeza se levanta de golpe. *Él está aquí.*

Y no está solo. —April, querida. ¡Cuánto tiempo ha pasado!

Nora.

Tomados del brazo, la pareja desciende la escalera curva. Son la imagen de la elegancia y la gracia, sus pasos pequeños y medidos. Mientras bajan, la mano cuidada de Nora sigue delicadamente la línea del pasamanos, su deliciosa piel de ébano sobresale contra el oro.

—Hola —chillo—. Dominic. Nora.

—Te ves bien —ofrece Dominic con indiferencia. Él extiende su mano para un apretón de manos, como si estuviera saludando a un socio de negocios en lugar de a una hija. No, a un *asociado* de negocios… uno que es nuevo en la escena y también varios pasos por debajo de él.

Le doy un apretón de manos tibio. —Tú también.

La sonrisa de Nora se curva en una medialuna. —¡Y esta debe ser la bebé May!

Ella se estira para tomarla de mis brazos sin siquiera preguntar. May da un grito, acurrucándose más cerca de mí. Afortunadamente, la manta evita que las manos agarradoras de Nora la tiren hacia afuera, demasiado segura para ceder incluso un centímetro. Treinta segundos después de este desastre y ya me alegro de haber tomado esta precaución.

—Lo siento. Se vuelve tímida con los extraños.

Nora se recupera rápidamente. Deja caer sus manos y me dedica una sonrisa empalagosa. Curiosamente, no llega a sus ojos. —Quizás más tarde.

¿Qué tal quizás nunca? —Entonces, ¿querías verme?

—¡Cierto! —ella junta sus manos—. Qué groseros somos. Cariño, ¿por qué no la acompañas al salón?

Con un gruñido evasivo, Dominic comienza a caminar. El brazo de Nora se engancha en el mío, sus uñas afiladas se clavan en medialunas en mi piel mientras me guía amablemente. Sabes, como si no hubiera vivido aquí la mayor parte de mi vida.

Después de lo que parece una caminata innecesariamente larga hasta la horca, llegamos al salón. Sí, un verdadero salón. Busco a Elizabeth Bennet, pero parece que no le llegó esta invitación en particular. Qué suerte tiene. —Mira, no puedo quedarme mucho tiempo, así que…

—¡Pero si acabas de llegar! —jadea Nora—. ¡Y las chicas estaban ansiosas por verte! ¿No es así, chicas?

De repente, lo oigo: risitas.

Se me hiela la sangre. Es como esa escena de *El Resplandor*, pero peor, porque al menos el protagonista no tenía trauma infantil con gemelas. ¿Y estas gemelas? Apuesto a que no hay un fantasma ahí afuera al que no puedan asustar para que regrese a la tumba.

—Hola, Kate, Diana.

Más risitas. —Hola, April —cantan al unísono. Juro por Dios que es como si lo hubieran practicado.

—¿Es tu bebé? —pregunta Kate.

—Es más pálida que tú —comenta Diana.

—Su cabello es más claro.

—Y más corto. Sin coletas.

—¿Por qué *tú* ya no llevas coletas, April?

—Sí, nos gustaban.

—Nos gustaban mucho.

"Gustar" es una subestimación. No creo que haya pasado un solo día aquí sin que una gemela se colgara de una de las coletas, tirándolas como si su vida dependiera de ello. Es una de las razones por las que ya no llevo el cabello así: ningún peinado merece que te arranquen el cuero cabelludo.

Reprimo un escalofrío y me obligo a sonreír. —Sí, lo sé.

—Chicas, denle un respiro a nuestra hermana. ¿No ven que está cansada?

Si antes se me heló la sangre, el sonido de esa voz convierte mis venas en hielo puro.

Una nueva cara aparece desde el pasillo. Lamentablemente, no es nueva para mí.

—Hola, Anne. Has… crecido.

Me lanza una sonrisa ganadora, una copia exacta de la de su madre. —Tú también —dice, y sus ojos se deslizan elocuentemente hacia mis caderas.

Perra. De la camada de tres de Nora, solo una es un verdadero engendro del diablo. Claro, Kate y Diana pueden disfrutar arrancando alas de mariposas, pero siempre hay alguien detrás de ellas que las incita, reflexionando en voz alta—: Me pregunto cómo se verán sin…

Bueno, ese alguien es Anne.

—Aww —susurra, bajando la cabeza para mirar a May. Me da escalofríos *y* se me pone la piel de gallina. Además de eso, hay un brillo en sus ojos, que realmente no me gusta—. ¿Vieron eso, Kay, Dee? ¡Es como una muñequita! —chilla—. ¿Por qué no la despertamos y vemos si es real?

Es como una reina chasqueando los dedos: en un momento, las gemelas mantienen la distancia y al siguiente están sobre mí… sobre *nosotras*. Intentando arrancarme a mi bebé de los brazos como si fuera un juguete.

—¡Basta! —grito, protegiéndola con ambas manos—. Van a…

—*¡WAHH!* —como si fuera una señal, May empieza a gritar como loca. Siempre es una niña muy callada, así que me sorprende oírla así: angustiada hasta las lágrimas.

—Ups —Anne sonríe, tocándola en la mejilla—. Supongo que *es* real.

Esa sonrisa. He estado fuera tanto tiempo que casi olvidé cómo era… la crueldad innata de Anne.

O quizá no sea innata. Quizá sea exactamente el tipo de virtud que su madre quiso que aprendiera.

—Por favor, solo… no la toques. No le gusta.

—Ay, Dios.

—¿Hemos hecho algo mal?

—Lo siento *tanto*, April.

—Ve —Anne interrumpe las disculpas de las gemelas… si es que se las puede llamar así—. Te lo compensaré. ¿Qué tal si tomo tu bolso?

—En realidad, está bien… *¡ah!*

En cuanto Anne agarra la correa, tira con todas sus fuerzas. Mi bolso se abre y se derraman bolígrafos y artículos para bebés por todo el suelo.

Y bocetos. Muchos, muchos bocetos.

—¡Devuélvanme esos! —grito a las gemelas, que ahora corren por la habitación tirando las páginas de mi cuaderno de bocetos al aire—. ¡Los necesito para el trabajo!

—¿Estás bien, April? Suenas tensa —canturrea Anne—. No es gran cosa, ¿verdad? Son solo dibujos.

—Ciertamente —comenta Nora con una sonrisa satisfecha—. Me atrevo a decir que quizás estés exagerando un poco.

¿Exagerando? Apenas estoy reaccionando. De hecho, estoy usando todo mi autocontrol para *no* reaccionar. —Es producto de mi trabajo —miento—. No puedo compartirlo.

Pero no es una mentira completa. Esos son mis bocetos para el concurso. Técnicamente, es el producto de *mi* trabajo… no he firmado ningún acuerdo de confidencialidad… pero aun así me incomoda verlo en manos de mis medias hermanas. Ver cualquier cosa de valor en sus manos, especialmente si es de valor para mí.

Otra razón por la que me alegro de tener esta manta. Si hubieran podido, sería mi bebé ahora mismo, pasando de un par de brazos a otro. Ni siquiera puedo pensar en ello.

Reúno todos los papeles que puedo y los meto apresuradamente en mi bolso. —Si no hay nada más…

—¡Tonterías! —chasquea Nora—. Te quedarás a tomar el té, ¿no?

Miro en dirección a Dominic. —¿Lo haré?

Dominic mira entre ella y yo. Como siempre, es una elección fácil: *lo que quiera la señora*. —Por supuesto. Clarissa, si eres tan amable.

Una criada aparece de la nada, hace una reverencia y luego sale apresuradamente de la habitación. Guardo mi bolso en un rincón y paso los siguientes cinco minutos calmando a mi bebé que llora, respirando profundamente, lo cual es tan importante para mí como para ella. Sigo haciéndolo hasta que llega el carrito del té.

Esta va a ser una tarde muy larga.

APRIL

—¿Sigues trabajando en esa tiendita pintoresca?

—¿Te hicieron una cesárea?

—¡Ayyy! ¿Puedo ver la cicatriz?

—¿Dónde está el padre?

El aluvión de preguntas hace temblar las tazas de té en sus platos. Es como esa escena de *Jurassic Park*, pero peor, porque al menos para la gente de la película, hay solo *un* reptil de dientes afilados con el que tienen que lidiar.

¿Yo? Tengo dos a cada lado.

—Sí, sigo trabajando con *el Sr. Turner* —le respondo a Nora con una sonrisa tensa antes de volverme hacia las gemelas—. No, no me hicieron una cesárea, así que no hay cicatrices a la vista.

—Qué lástima —dice Kate.

—Ojalá hubiera podido estar allí —suspira Diana.

—¿Y el padre? —insiste Anne, con su habitual sonrisa burlona—. ¿Quién es? ¿Por qué no está aquí?

Mi sonrisa se hace más tensa. —Es un hombre de negocios. Está ocupado.

Es una verdad a medias, pero es todo lo que puedo ofrecer. No puedo simplemente decir, *traté de decirle y él siguió encontrando mejores usos para mi boca*, ¿o sí?

—Un hombre de negocios —repite Nora, interesada—. ¿Qué tipo de negocio?

El tipo que alimenta cementerios. —Es dueño de una cadena de hoteles. De hecho, también es el director ejecutivo.

—El director ejecutivo —susurra Diana.

—Suena caro —se ríe Kate.

—Es como un cuento de hadas —suspira Anne, soñadora—. ¿No es así, Madre?

—Sí, es bastante… difícil de creer.

Tengo que repetir esa frase en mi cabeza tres veces. Porque, o me estoy quedando sorda, o Nora acaba de decir eso. —¿Como si lo hubiera inventado?

—¡Querida, querida! —Nora se ríe nerviosamente—. No tienes por qué estar tan a la defensiva, April. Solo estábamos… preguntando, eso es todo.

—Habla por ti —Anne se echa el cabello hacia atrás—. Yo lo llamé romántico.

Ese arranque de actitud parece pillar a Nora desprevenida. —Ya veo.

Es tan bueno de ver que casi siento un arranque de afecto por mi hermana, una bestia del infierno que está distanciada de mí. —Gracias, Anne.

—Entonces, ¿dónde está el anillo?

Me quedo congelada. —¿Dónde está el… qué?

—Tu anillo de bodas —Anne arrastra las palabras—. ¿O al menos uno de compromiso? ¿Dónde está? Creo que un director ejecutivo tiene dinero para eso.

—¿El anillo? Yo… —de repente, las palabras no salen. Busco a tientas sin una buena razón, cuatro pares de ojos hambrientos sobre los míos. Bueno, cinco, pero la mirada de Dominic está fija en su taza de té, como si yo ni siquiera estuviera allí—. Yo…

—Está bien —dice Anne, con aire conspirador. Se acerca al sofá y me toma la mano—. Solo no son ese tipo de pareja, ¿verdad?

Hay algo en la forma en que lo dice que me hunde el corazón. —¿Qué tipo de pareja sería esa? —pregunto, con un sudor frío corriendo por mi espalda. Porque, de repente, lo único en lo que puedo pensar es en *ese tipo de parejas*: las que no se cuidan o las que no se preocupan; las que no tienen dinero o las que cambian de manos todas las noches, siempre en la misma dirección.

Y luego, la que más me aterroriza: *las que no se aman.*

Anne parece sorprendida por mi pregunta, pero, después de un momento, se encoge de hombros. —Solo, o sea, no tradicional. Eso es todo lo que quería decir.

—Claro —repito—. Definitivamente, no somos eso.

—¿Tiene nombre? —pregunta Kate—. ¿Tu amorcito?

—Sí, ¿lo tiene? —repite Diane.

—Sí, lo tiene —sonrío con cortesía—. Disculpen.

Dejo la taza sin haber bebido ni un sorbo y me levanto del mullido sofá. —¿A dónde vas? —pregunta Nora, escandalizada.

—A alimentar a mi hija —respondo—. ¿A menos que prefieras que lo haga aquí?

Mi amenaza parece tener el efecto deseado. —No es necesario —murmura, arrugando la cara como un conejito asqueado. Uno pensaría que ya estaría acostumbrada, ya que lo ha hecho tres

veces, pero quién sabe, tal vez tenía niñeras para eso también—. Usa la habitación lateral.

No entro en la habitación lateral. En cambio, me desvío completamente hacia la izquierda, buscando el único lugar que aliviará esta sensación de asfixia en mi pecho: el balcón.

Cuando miro la vista que me resulta tan familiar, siento que por fin puedo respirar. Sin embargo, incluso este pequeño refugio no guarda un solo recuerdo agradable.

Hola, oscuridad, mi vieja amiga.

Me apoyo en la barandilla, con May acurrucada a salvo en mis brazos. —¿Puedes creerlo, Pollito? —murmuro—. Primero, tu padre no existe; luego, es un canalla. Solo elige uno y ya.

Mi bebé arrulla en un vago acuerdo. No le gusta percibir el mundo en circunstancias normales, así que solo puedo imaginar lo que le hace esto. Probablemente la esté alejando de las reuniones sociales para siempre. No puedo culparla.

—Lo siento —presiono mis labios contra su maravillosa frente—. Tenía que intentarlo. Pensé…

¿Pensaste qué?, se burla una parte de mí. *¿Que te recibirían de nuevo con los brazos abiertos? ¿Que finalmente te tratarían como a uno de los suyos? ¿Que tratarían a tu* hija *como a uno de los suyos?*

¿Que habían cambiado*?*

Sí. Por ridículo que suene… sí, es lo que pensé. Solo por un segundo, pero lo hice. Esperaba que tal vez, ahora que las chicas eran grandes, hubieran desarrollado algunos rasgos de personalidad además de la burla y el rencor. Que tal vez finalmente podrían verme como soy, no como la persona que su madre bruja les enseñó que era.

Una forastera. Un fracaso. Un juguete.

Y si no ellas, entonces al menos…

Como si fuera una señal, se escucha una voz familiar en el balcón. —¿April? ¿Todavía estás… *alimentando*?

El nivel de incomodidad en esa palabra es suficiente para hacerme reír, aunque no dura mucho. —Estoy decente, si eso es lo que estás preguntando.

Con un gesto incómodo, Dominic sale para unirse a mí.

Por un instante, hay silencio. Mira de un rincón del balcón al otro, como si buscara algo que decir y luego se da cuenta de que tiene que encontrarlo en otro lugar. Tal vez en algún lugar más cercano al corazón que la parrilla de carbón. —Hace frío aquí, ¿no?

—Está bien, Papá. No tienes que esforzarte.

—Mm.

No era así todo el tiempo. Entre nosotros, quiero decir. Cuando era pequeña, recuerdo que él me cuidaba: recuerdo los viajes en auto, los almuerzos preparados, la revisión de las tareas. Incluso recuerdo los juegos… nada escandalosamente gracioso, pero a mí me hacía gracia. Era *divertido*.

Porque era mi papá.

Pero luego estaban las peleas con Mamá. Los insultos a gritos que no se detenían ante nada, ni siquiera los llantos desesperados de una hija. Recuerdo su ira cuando le echaba en cara todos y cada uno de los defectos de Eleanor: el mal carácter, la bebida, la hija accidental.

Si no podías criar a una hija, nunca debiste haberla tenido.

Entonces, llegó Nora y ya ni siquiera oí los gritos. Solo el silencio.

A veces, eso dolía más.

Recuerdo estar parada en el pasillo una noche en la que no me sentía bien. Quería preguntarle a mi papá si podía dormir en su cama. Solía dejarme hacerlo cuando era más pequeña. Sabía que tenía un bebé nuevo, pero tal vez…

Y entonces, oí a Nora a través de la puerta. Su voz suave y dulce como la miel, derramando veneno como si fuera vino.

Ahora tienes una nueva familia. Tienes que olvidarte de la anterior.

Esperé a que mi papá dijera algo. Que le dijera que no importaba si tenía una segunda familia, que su primera hija podía seguir siendo parte de ella. Que las familias no se cambian por otras mejores: *crecen*. Juntas.

Pero no dijo nada.

Nunca más volví a llamar a su puerta.

—¿Por qué me llamaste aquí? —pregunto finalmente—. ¿Fue solo para revivir los buenos viejos tiempos? Porque déjame decirte que no fueron tan buenos para mí.

Dominic vacila. No es inusual verlo incómodo, pero esto es… extraño. Un choque con esa imagen aristocrática de "hombre de la casa" que ha pasado tanto tiempo cultivando.

Tal vez por eso no le gusta tenerme cerca: lo traigo de vuelta. A su verdadero yo, la persona que era antes. El que pensaba que se podía cambiar a una persona poniéndole un anillo en el dedo, incluso si esa persona era un desastre, embarazada y alcohólica. —Hay algo que quiero hablar contigo.

Ahora, *eso* me hace sonar las orejas. —¿Qué? ¿He recibido otra herencia que quieres robar? ¿O de repente te ha surgido una conciencia?

Pone su cara en su expresión severa y desaprobatoria característica, pero no dice nada.

—Espera, no te estás muriendo, ¿verdad? —pregunto, lista para sentirme horrible.

Pero por suerte, sacude la cabeza. —Nada de eso. Quiero ofrecerte algo.

Luego, saca algo de su bolsillo. Me toma un segundo darme cuenta de lo que es, pero una vez que lo hago… —¿Tu chequera?

—Ajá.

—Vaya —digo con seriedad—. Tal vez sí te ha surgido una conciencia.

La verdad es que simplemente no puedo creer lo que estoy viendo. Si estoy leyendo la situación correctamente… y no creo que haya muchas otras formas de leerla… mi padre está a punto de ofrecerme dinero. Mi padre distanciado, distante y *adinerado*.

Y no voy a mentir: me vendría bien. Después de todo, no puedo confiar en la bondad del corazón de Matvey para siempre. Elías me paga bien, pero esto es la ciudad de Nueva York: incluso respirar en el barrio equivocado puede costarte un ojo de la cara.

Con algo de dinero propio, podría cuidar de mí misma. Podría cuidar de May. Podría…

Al fin lograr tus sueños, dice una vocecita esperanzada en el fondo de mi mente.

Y ni siquiera yo puedo… aunque sea solo un gesto…

Tal vez él todavía se preocupa por mí.

Veo a mi papá escribir una suma. Luego, me entrega el cheque. Lo leo y casi me desmayo: *cien mil dólares.*

Cuento los ceros por si estoy leyendo mal. Luego, lo vuelvo a leer. Finalmente, una vez que estoy segura de que no estoy alucinando ni contando mal, pregunto, medio en broma y medio aterrorizada—: ¿Cuál es el truco?

No digas nada, suplico mientras mi pregunta flota en el aire. *No digas nada y déjame tener esto. Mejor aún, di que lo sientes. Di que es un regalo para tu nieta. Di que quieres ser parte de su vida; que quieres volver a ser parte de* mi *vida.*

Di que sigues siendo mi padre.

Pero eso no es lo que dice.

Ni siquiera se le acerca.

—Sabes que no eres apta para esto, April. Para ser madre.

Siento que me chupan el aire. Como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago con un puño de acero. —¿No soy apta para ser madre? —tiemblo, llena de indignación—. ¿*Yo* no soy apta?

Aunque lo acabo de escuchar con mis propios oídos, una parte de mí todavía espera estar equivocada. Que lo haya inventado todo en mi cabeza, todo en los últimos cinco minutos, dinero incluido.

Pero no es así. Esta es la fría y dura verdad de Dominic Flowers: todo lo que da, lo da con condiciones.

—Sabes que tengo razón. Eres demasiado parecida a… —hace una mueca—. A *ella*.

—Di su nombre —le espeto—. Eleanor. Tu ex esposa. Dilo, Dominic. Deja de fingir que no fuimos reales.

May comienza a agitarse en mis brazos, molesta de nuevo. Pero no puedo hacer nada porque

estoy molesta. Y el corazón de mi hija ya es más grande que el de mi padre.

—¿Ves? —la señala como si estuviera esperando exactamente eso. Una excusa para confirmar su teoría—. Solo estás demostrando mi punto. Eres demasiado inmadura.

—Entonces, ¿qué es esto? —susurro, dejando el cheque en la barandilla—. ¿Un soborno? ¿Un precio por mi hija? ¿Te escuchas ahora mismo?

—Solo queremos lo mejor para ella —responde—. No puedes darle lo que nosotros podemos, April. Lo sabes.

—Porque me lo robaste.

—Otra vez con esa historia…

—Sí, Papá, ¡otra vez con esa historia! Me robaste para que tu nueva esposa pudiera pavonearse con Cartier e YSL, ¡y no te atrevas a negarlo!

—Nora la criará bien —insiste—. Le enseñará disciplina, respeto. Cosas de las que claramente careces.

—Ah, ¿así que Nora te convenció de esto?

—No dije eso.

—Pero lo hiciste, Papá. Lo acabas de hacer.

Puedo ver la lenta transformación en el rostro de Dominic… una Dafne al revés. Su expresión inexpresiva se vuelve acalorada, vuelve a la carne y las venas abultadas. El Dominic que recuerdo. —¿Y qué? ¿Y qué si esto es idea de Nora? ¿Ah? Ella no te debe nada. Ni siquiera eres su familia y está dispuesta a darte esto… ¿y ahora no lo quieres?

—¿No me debe nada? Me debe *medio millón de dólares.*

—¿Entonces esto es avaricia? ¡Vale! —toma su puta chequera de nuevo y anota otra suma, esta vez mucho mayor—. Ahora, ¿entrarás en razón?

Luego, la pone en mis manos.

En contra de mi mejor juicio, la leo. Sé que no hay precio que pueda convencerme de esto, pero mis ojos aún gravitan hacia la cifra.

Medio millón.

Justo así, en mis manos, lista para cambiar mi vida.

Por supuesto que pueden ofrecer eso ahora: lo que Nora no tiró por el desagüe de los bolsos de Coco Chanel, Dominic lo invirtió. Sin duda, esa suma ya se ha triplicado, y habrá más en el futuro.

Pero sigue sin tener sentido. Ya sea que ahora sea calderilla para ellos o no, sigue siendo dinero. Dinero que están dispuestos a darme, ¿y para qué? ¿Otra niña callejera para que deambule por sus inmaculados pasillos?

—Ella ni siquiera me quería aquí —digo—. Ella no me quería, así que ¿por qué…?

Todo va encajando poco a poco, luego de repente. Como un rompecabezas sombrío y horroroso, cada pieza sucia finalmente encaja en su lugar: las bromas crueles, el acoso, las gemelas que me arrancan a mi bebé de los brazos. La actitud agresiva de Anne cuando le contestaba a su madre, del tipo que normalmente reservaba para *mí*.

¿Por qué ya no llevas coletas?

—Se están rebelando —me doy cuenta—. Ahora son adolescentes. Ya no tienen salida, así que se están volviendo contra vosotros. Y no podéis soportarlo.

—¡Cómo te atreves…!

—Pero es verdad, ¿no?

Dominic se pone rígido. Su mirada comienza a vagar por todas partes, menos hacia mis ojos.

Esa es toda la prueba que necesito.

—Quieres otro juguete —cada palabra que digo suena menos real que la anterior—. Convertiste a tus hijas en monstruos y ahora no puedes controlarlas.

—Cuidado —sisea—. O de lo contrario, la oferta está cancelada.

—¿Sabes qué puedes hacer con tu oferta? —escupo—. ¿Con tu sucio soborno robado?

Entonces, hago algo que nunca pensé que haría.

Lo rompo.

Rompo medio millón de dólares.

Dominic me mira como si finalmente me hubiera vuelto loca. Loca como mi madre, el error que nunca podría olvidar. Mi sola existencia se aseguró de eso. —¿Has perdido la puta cabeza?

—De hecho, creo que finalmente la he encontrado de nuevo.

—Escucha…

—No, escucha tú —interrumpo—. Escuchen *todos*.

Salen de la nada como gusanos: Kate, Diana, Anne… y detrás de ellas, Nora. Escuchando a escondidas, todas ellas. Como sabía que estarían.

El rostro de Nora se tuerce. —April, deja ya de hacer este berrinche. Tu hija…

—Mi hija no está en venta.

—¡Baja la voz! —gruñe Dominic—. Los vecinos…

—No me importa si me escuchan hasta la jodida Isla Staten.

—¿Isla Staten? —Nora parpadea—. ¿Qué tiene que ver eso…?

—Nunca le dije que estaba embarazada —explico con frialdad—. Nunca le dije a nadie que él

conociera… excepto a una persona. Así que dime, Nora: ¿cómo crees *tú* que él lo supo?

Ver cómo la máscara perfecta de Nora se desmorona es lo primero bueno que me ha pasado desde que puse un pie aquí. —Dijiste que no hablabas con ella —le balbucea a Dominic, perdiendo toda la gracia—. ¡Tú…!

—Ay, créeme —resoplo—. Si conozco a Eleanor, están haciendo mucho más que hablar.

—¿Papá? —exige Diana.

—¿Es verdad? —pregunta Kate.

Solo Anne permanece en silencio. Incluso cuando se desata el infierno en el respetable balcón de Flowers, Anne no dice ni una sola palabra.

Hasta que sí.

—No cambia nada, ¿sabes?

Parpadeo. —¿Qué?

—Dije que no cambia nada —repite. Por una vez, su sonrisa desaparece—. Sigues siendo un fracaso. También fracasarás como madre.

El silencio cae a nuestro alrededor. Es como si el mundo se hubiera detenido por mi: solo yo, mi hermana y la sangre congelada en mis venas.

Fracaso.

—Apuesto a que ni siquiera se necesitaría mucho para obtener la custodia —reflexiona—. Cualquier juez vería que somos la mejor opción. Así que simplemente acepta el dinero, ¿eh, cariño?

—Así es —Dominic recupera la compostura con un sollozo altivo—. Lamento que hayas pensado que esto era una negociación, April. No lo es. O aceptas lo que te ofrecemos, o simplemente la tomaremos.

—Ya veo.

—Me alegra que lo entien…

—Entonces, inténtalo.

Dominic parpadea. —¿Qué fue eso?

—Dije que lo *intentes* —repito—. Intenta llevarte a mi hija y verás qué diablos pasa.

Todo este tiempo, he tenido un pensamiento martilleando en el fondo de mi cabeza… un único y apremiante arrepentimiento. *Si tan solo Matvey estuviera aquí.*

Pero ahora, estoy harta de eso. Estoy cansada de esperar a que alguien me salve. A que alguien se preocupe por mí.

Si Matvey no está aquí para apretar el gatillo, lo haré por los dos.

—“Ver qué pasa” —repite Nora—. No pasará nada, April. No tienes recursos, ni familia…

—Tengo novio —exhalo suavemente.

—Cierto —sonríe Anne—. El “director ejecutivo”.

—Sí. Y el jefe de la Bratva Groza.

La cara de Dominic se cae. La de Nora también. Las gemelas parecen confundidas, pero Anne…

Ella ha oído hablar de ellos. Sabe de lo que estoy hablando.

—Estás mintiendo —susurra.

—Entonces, adelante, ponme a prueba. Mejor aún, ponlo a prueba *a él*. Como dije: verás qué pasa —rodeo la manada de engendros del diablo de Flowers con pasos medidos, luego me detengo tranquilamente frente a mi padre. Mi *sangre*, como diría Matvey—. Pero, si alguna vez intentas tomar a mi hija de nuevo, no te honraré con una advertencia.

—¿Nos estás amenazando? —balbucea Dominic—. ¿Tu propia familia?

—No son mi familia —respondo—. Ninguno de ustedes. Así que manténganse alejados de mi hija.

Me abro paso a codazos entre el pequeño grupo de cuatro personas y choco directamente contra Nora. —Estás cometiendo un gran error —me advierte.

No le dedico ni una sola mirada. —Disfruta de los monstruos que creaste.

Luego, salgo.

MATVEY

Vuelvo a casa y oigo un ruido inesperado: llanto.

No debería ser tan inesperado. Con una bebé en casa, el silencio debería ser más raro, pero May es otra cosa, y no lo digo solo porque sea mía.

En todo el tiempo que la conozco, nunca la he visto llorar sin motivo. Si está cansada, duerme; si tiene hambre, manda al gato a buscarnos; si está sucia, hace un ruido de descontento que solo he oído en los perros pug geriátricos. La única vez que se echó a llorar de la nada fue en mi apartamento, cuando estaba discutiendo a gritos con su madre.

Su madre. Esa es otra historia.

He vuelto a caer en viejos y malos hábitos: en cuanto la veo, no puedo mantener mis manos quietas. La maldita zorra ha vuelto a hundir sus garras en mí, destrozando mi autocontrol en tiras sangrientas. Es jodidamente pavloviano… en cuanto subo al ascensor, mi polla empieza a palpitar como si estuviera a punto de explotar.

Pero esta noche, algo es diferente. Esta noche, ninguna garra me recibe en la puerta.

—April.

No hay respuesta.

Cruzo la sala de estar vacía y sigo el ruido. ¿Podría estar enferma la bebé? Mis instintos protectores se encienden de repente, ya tengo el teléfono en la mano para sacar a la doctora de su consultorio y atravesar esa puerta en los próximos cinco minutos.

Pero, cuando llego al dormitorio, me doy cuenta de mi error: no era May la que lloraba, después de todo. Está a salvo en su cuna, profundamente dormida, su pequeño pecho sube y baja y sus pequeñas manos apretadas alrededor de su manta. Tampoco hay señales del molesto gato de seguridad.

Pero en la cama, debajo de una montaña temblorosa de mantas y almohadas, algo sigue llorando.
—¿April…?

La cabeza de April emerge del nido. Parece sorprendida de verme, como si ni siquiera me hubiera oído entrar. A juzgar por la oscuridad de la habitación, debe haber estado así durante un tiempo, lo suficiente como para no notar la puesta de sol.

—Vete —dice sollozando.

—¿Cómo dices?

—Me has oído. Vete.

—La última vez que lo comprobé, esta seguía siendo mi casa. No la tuya.

Ella murmura algo ininteligible a cambio.

—Si quieres que te escuche, tendrás que salir al menos a tomar aire.

—¡Dije que, por supuesto, no es mía! —espeta—. Nada es mío, ¿verdad? Ni mi futuro, ni mi vida, ni siquiera mi bebé. Siempre hay alguien más en la fila.

—Tu bebé… ¿de qué diablos estás hablando?

—Olvídalo. No lo entenderías.

—¿Y qué se supone que debo entender exactamente?

—Dije que lo olvides —murmura—. Quédate o vete; no me importa. Solo no me molestes.

Luego, se esconde de nuevo en su fortaleza. Veo a su maldito gato asomándose entre sus brazos, su mirada tuerta más gruñona que nunca. *Vete*, parece repetir.

Podría. Debería. Sea lo que sea que esté pasando aquí, claramente no tiene nada que ver conmigo. Esta mujer me quitó a mi hija y me tiró como si no fuera nada… ¿Por qué deberían importarme sus sentimientos?

¿Por qué debería importarme *ella*?

Pero sí te importa.

—Levántate.

—No.

—He dicho que te levantes.

—¿Por qué? ¿Para que puedas sentarme en una silla frente a ti y jugar a la casita con un montón de comida que no tocaré?

—*April…*

—¿Para que también puedas decirme lo horrible madre que soy?

—¡PARA ASEGURARME DE QUE ESTÁS BIEN, MALDITA SEA!

El arrebato la sorprende. Somos dos.

—Levántate —repito por tercera vez, con la voz cansada y vacía—. Sal de la cama ahora mismo y déjame mirarte.

—¿…Por qué? —murmura.

—Porque lo digo yo.

—Pero…

—Ahora, April.

Lentamente, algo emerge de las sábanas. Como una mariposa rota de un capullo, April se para frente a mí: piernas inestables, maquillaje corrido, ojos hinchados de mil tonos de rojo. —¿Ya estás feliz?

"*Feliz*" está a un universo de distancia: estoy fuera de mí de furia. —Dime quién te hizo esto.

Ella pone los ojos en blanco. —¿Qué importa?

—Me importa a mí.

—Sí, claro.

Cruzo la distancia entre nosotros de una zancada larga. —Dime quién es responsable de esto, o juro por Dios que lo descubriré yo mismo. Y entonces, no tendrás voz ni voto en lo que les pase.

Al menos, la amenaza es efectiva. Sin decir palabra, April agarra algo de la mesilla de noche y me lo pone en las manos. —Toma.

Luego, se deja caer de nuevo en la cama.

Frunciendo el ceño, desdoblo el trozo de papel arrugado. Está casi demasiado oscuro para ver, y la cursiva pretenciosa en la que está escrito no lo hace más fácil, pero, al final, logro descifrar las palabras.

Estás invitado a tomar el té de la tarde en la Mansión Flowers,
13 West 10th Street. El horario y los detalles en el reverso.

—Esto… —miro la carta en mis manos. *La Mansión Flowers*. Debe ser…

—Dominic la envió —explica April—. Hace una semana aproximadamente. Quería ver a la bebé.

Una semana. Lleva una semana guardándose esto, sin decirme ni una sola palabra al respecto. Otra puta mentira para la pila. —¡¿Y la *llevaste*?!

La ira vuelve a burbujear en mi garganta, lista para ser gritada: ¿cómo se atreve a llevar a mi hija a cualquier parte sin mi permiso otra vez? ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué?

Pero entonces, la veo.

Nunca había visto algo así: April Flowers, agotada de toda vida. Sus ojos color avellana encuentran los míos, exhausta, y dice con voz ronca—: Él era mi padre. ¿Qué opción tenía?

Él era *mi padre*. "Era"… tiempo pasado. O algo le pasó al viejo bastardo, o él mismo hizo algo.

Algo que hizo que incluso April lo cortara para siempre.

Y, de repente, es como si tuviera un cuchillo alojado entre mis costillas, cortando más y más profundo con cada respiración. Es todo en lo que puedo pensar: April y la bebé, indefensas en una guarida de lobos, sin una sola alma que las proteja. Sin *mí*.

—¿Fuiste sola?

—Grisha me llevó.

—Eso no es lo que pregunté.

—Entonces usa tus palabras, Matvey, porque estoy demasiado cansada para juegos.

—¿Quieres mis palabras? —espeto—. Usaré mis palabras entonces: ¿en qué diablos estabas pensando?

—¡Estaba pensando que iba a ver a mi padre! —grita de vuelta—. ¡Que quería conocer a su nieta, no que intentaría comprármela!

Me quedo congelado. —¿"Comprarla"?

—Me ofreció medio millón de dólares —explica April en un tono monótono y apagado—. A cambio de la custodia total, si puedes creerlo.

No soy ajeno a la sed de sangre. Toda mi vida es una búsqueda de venganza, cuanto más sangrienta, mejor. Pero ahora mismo, si tuviera a Carmine y Dominic parados en lados opuestos de la habitación y solo una bala, no estoy seguro de a quién dispararía. Todo lo que sé es a dónde apuntaría: directo a la puta entrepierna.

Pero hay otra pregunta más urgente en mi cabeza. Una que no tiene nada que ver con hipótesis y todo que ver con la mujer que tengo frente a mí.

—¿Qué respondiste?

Los ojos de April se abren de par en par. —¿Qué?

—No me hagas repetirme. ¿Qué diablos respondiste?

Es como si hubieran activado un interruptor. En un segundo, April es una sombra de lo que era, apenas capaz de sostenerse sobre sus propias piernas. Y al siguiente…

Al siguiente, es la furia encarnada.

—¿Qué respondí? —se resiste—. ¿Qué diablos respondí? ¿De verdad me estás preguntando eso?

Aprieto la mandíbula. —Estás evadiendo la pregunta.

—Estoy… —abre y cierra la boca como un pez dorado, pero no dura mucho. En el momento en que se orienta, salta de la cama, empujándome contra la pared—. ¡¿Estoy evadiendo la pregunta?!

—Si no respondes, entonces…

—¡NO, gilipollas! —grita—. ¡No, no le vendí mi bebé a un psicópata! Pero gracias por el voto de confianza.

—Ah, ¿quieres un voto de confianza ahora? ¿Cómo puedo confiar en ti? Por favor. Después de todo lo que has hecho…

El chasquido de su bofetada resuena en la habitación. Siento un hormigueo que se extiende por mi mejilla. No es nada más que eso; mi cara ni siquiera se ha vuelto.

Pero la cara de April está roja. Y ahora, su mano también está roja.

—Todo lo que he hecho ha sido para protegerla —sisea—. Cada paso, cada decisión, cada error. Todo lo que he sacrificado, lo he sacrificado por ella. ¿Y me estás preguntando si la *vendería*? ¡¿Si me desharía de ella por un puto *cheque*?!

—¡¿Entonces por qué no me lo dijiste?! —gruño de vuelta—. ¡Podríamos haber ido juntos! Podríamos haber…

—¡Joder, lo intenté, puto gilipollas!

De repente, mis palabras me fallan. Es como si el mundo entero se hubiera movido sobre su eje, enviándome de culo contra el cemento.

Porque de repente, recuerdo.

Hoy me llegó algo por correo. Una invitación.

Ella sí me lo dijo. Lo intentó.

Lo intentó, y yo no la escuché.

Es humillante, por decir lo menos, recibir una bofetada en la cara con tus peores errores. Darte cuenta de repente de que has estado haciendo todo mal, sin una sola oportunidad de negarlo. —Apr…

—No lo hagas —se atraganta—. No te atrevas a disculparte ahora. No después de lo que me dijiste.

—April.

—Dije que no…

—Lo siento.

Esa molesta voz en mi cabeza, la que encerré en el rincón más feo de mi mente, ruge ahora. Escapa de su jaula, como un animal hambriento.

Porque eso es lo que he sido: una bestia. Nada más que una puta bestia miserable.

—Lo siento —repito, acercándola a mí.

Al principio, se resiste. Todo su cuerpo tiembla mientras lucha contra mí con lo último que le queda de fuerza. Entonces, finalmente, la siento desplomarse contra mi pecho, como una marioneta con los hilos cortados.

—Te odio —susurra.

—Me lo merezco.

—No estuviste ahí para mí. Nunca estás ahí para mí.

—Lo sé.

—Nunca me escuchas. Nunca.

Es tan doloroso que casi quiero reírme. Porque así es, ¿no? Nunca nos escuchamos. Es un círculo vicioso y podrido, y todavía lo estamos alimentando ahora.

Pasé tanto tiempo odiando a April por lo que me hizo. No solo por llevarse a la bebé o irse, sino por no darme una oportunidad en primer lugar. Por no dejarme explicar.

Cuando lo intenté, ella me devolvió mis palabras. Pero la semana pasada, cuando intentó decirme algo importante… ¿qué hice? ¿Qué hice, si no exactamente lo mismo?

—Lo siento —le digo de nuevo, aunque es duro. Aunque una parte de mí todavía me duele como el infierno al pensar en ese mes de pesadilla sin mi hija. Esa herida nunca ha dejado de doler, pero el corte de April está más fresco. Y está sangrando ahora mismo, frente a mis ojos.

Puedo detenerlo. Tengo el poder.

—Tuve que mencionarte —llora más fuerte contra mí—. No estabas allí, así que tuve que fingir que estabas… Tuve que decirles que…

Cuanto más escucho, más se abre paso un pensamiento en mi mente: *quiero matar a Dominic Flowers*. Quiero arrasar su casita perfecta y destripar a sus cerditos perfectos hasta que no sean más que trozos de carne podrida. Quiero arrancarles disculpas con un par de alicates oxidados y luego dejarlos allí para que sufran. Dejarlos como la dejaron a ella.

Pero, por una vez, estoy lo suficientemente lúcido para darme cuenta de una cosa: *Eso no ayudará a nadie. Eso no romperá el ciclo.*

—Hiciste lo correcto —murmuro en cambio, mis labios presionando la parte superior de su cabeza.

Resopla. —Ni siquiera sabes lo que dije.

—No me importa. La protegiste —*protegiste a ambas*.

—Me dijo que no soy apta para ser madre —se echa a llorar—. Y Nora y Anne también, todas piensan lo mismo.

—No les escuches —espeto—. No tienen idea de cómo se debe ser un buen padre.

—Pero tú piensas lo mismo —solloza—. Me lo has dicho. Lo haces.

La abrazo más fuerte. —No, April, no lo hago.

—Mentiroso.

—De verdad que no lo hago.

—Mentiroso, mentiroso, *mentiroso*…

Lentamente, levanto su cabeza y empiezo a besar sus lágrimas para secarlas. No se parece en

nada a la pasión de los últimos días.

Esta vez, es más suave.

Esta vez, es más gentil.

Esta vez, es real.

APRIL

Lo siento.

Todavía no lo puedo creer.

Se disculpó. Matvey Groza realmente se disculpó. El hombre que me ha estado criticando durante semanas por mis pecados, mis deficiencias, mis errores… se *disculpó*.

Y luego se *quedó*.

Durmió en mi cama, como en los viejos tiempos. Me abrazó hasta que dejé de temblar y finalmente me quedé dormida. Mientras me dormía, podía sentir sus fuertes manos acariciando mi cabello, tan familiar que quise empezar a llorar de nuevo.

Porque no sé cuándo lo perderé.

Por la mañana, me mira como si estuviera indeciso. Como si estuviera contemplando cancelar todos sus planes solo para vigilarme por unas horas más.

—Puedo quedarme —ofrece.

Pero solo sacudo la cabeza. —Tengo que trabajar. Mejor ve a trabajar tú también.

No lucha contra eso. Parece que quiere, pero no lo hace. Por una vez, me obsequian con una imagen que nunca pensé que tendría: Matvey Groza, que parece completamente inseguro de qué hacer a continuación.

Al final, se limita a asentir. —Te veré en la cena.

—Sí. Te veré en la cena.

Durante toda la mañana, me siento como un fantasma. Como si alguien me hubiera metido una cuchara para helado en las entrañas y hubiera limpiado el lugar. Puedo sentir este espacio vacío dentro de mí, que crece y crece con cada hora que pasa. No es una sensación nueva, pero nunca ha durado más de la noche anterior.

Lo que es peor, me impide hacer cosas. Esa siempre ha sido mi carta del triunfo: sumergirme en el trabajo. Pero hoy sigo cometiendo errores. Me salto una puntada en el dobladillo de la falda de la Sra. Kurt, uso el color equivocado para la manga de la Srta. Fairfax, incluso corto las perneras del pantalón del Sr. Boyd media pulgada más cortas.

Y luego, está May.

Esa niña dulce y tranquila que he llegado a conocer y amar no está por ningún lado hoy. Desde el momento en que Matvey cierra la puerta detrás de su espalda, se pone a llorar y a chillar como nunca la había visto antes. Intento cambiarla, pero está limpia. Intento alimentarla, pero no se prende. Intento jugar con ella, cantarle, mecerla y abrazarla en un intento desesperado por arrullarla para que se vuelva a dormir.

Pero nada funciona.

—¿Qué pasa, May? —intento mantener mi voz suave—. ¿Qué quieres? ¿Qué puede hacer Mami por ti?

Sorprendentemente, no responde.

Me lleva toda la mañana calmarla. Cuando finalmente la dejo, estoy exhausta. ¿Es así como les pasa a todos los demás? ¿A las personas con bebés con cólicos, bebés quisquillosos, bebés difíciles?

Quizá ella no sea el problema, susurra una voz en el fondo de mi cabeza, que suena muy parecida a Anne. *Quizá seas tú.*

…Sí. Tal vez.

~

AL FINAL, llamo a la caballería.

—¿Quién es una niñita linda? —arrulla June, haciendo el tipo de caras que le darían pesadillas a cualquier niño. Excepto a mi hija, aparentemente—. ¿Quién es la niñita más linda del mundo entero?

May chilla de alegría. Como si nadie la hubiera hecho jugar antes, ciertamente no su madre exhausta con una tienda llena de bolsas de Gucci bajo sus ojos. —Ella no está siendo linda hoy. Está siendo una amenaza.

—¿Quién es una linda amenaza? —corrige June, provocando otro chillido de mi bebé.

"Linda traidora*" más bien.*

Suspiro y vuelvo al trabajo. —Gracias por venir corriendo. No sé qué le pasaba. Ella no paraba de gritar.

—Bienvenida a la maternidad, querida.

—Qué tonta soy. Pensé que ya llevaba dos meses haciendo eso.

—Eso fue la paternidad de luna de miel —declara—. Esto es paternidad *de verdad*, donde los bebés gritan sin motivo y siempre tienen pañales sucios. Acostúmbrate, Mami.

Mami. No sé por qué la palabra me resuena en los oídos, pero lo hace, como pequeñas uñas en una pizarra. —Ajá.

June cambia al juego del escondite. El Sr. Botones mueve la cola con desinterés. Vuelvo a trabajar en el vestido de Dafne. Si quiero tener algo para presentar al concurso que no sea un montón de telas cosidas al azar, tengo que acelerar el proceso.

Es más fácil decirlo que hacerlo. No solo la pieza es ridículamente elaborada… *gracias, yo del pasado*… sino que también mi concentración está por todas partes. Estoy tan dispersa que tengo que rehacer la misma hoja cuatro veces. Y eso es solo hasta ahora.

—Lo siento. Probablemente tú también estabas ocupada…

—¿De dónde viene eso? —June se ríe—. Por supuesto que estoy ocupada. Eso no significa que no pueda hacer tiempo para mis dos chicas favoritas en el mundo.

—Miau.

—*Y* mi chico favorito.

Sacudo la cabeza ante la intervención del Sr. Botones. —Rufián. Se ha estado escondiendo debajo del sofá todo el día. Le encanta jugar a ser niñera hasta que hay que hacer el trabajo de verdad.

—¿En serio? Pensé que sería muy bueno sentándose.

—Sí, sentándose *por ahí* —me pincho con un alfiler. *Mierda*. No puedo manchar de sangre este encaje de marfil—. Curitas, curitas, ¿dónde puse las curitas…?

Hago que la cocina se convierta en un caos buscando el botiquín de primeros auxilios. Cuando finalmente encuentro lo que busco, me pongo uno sin siquiera desinfectar el lugar. No puedo perder el tiempo; necesito terminar con esto, necesito…

Una mano baja sobre mi muñeca. —¿Estás bien?

Mi cabeza vuelve de golpe a June. —Yo… Por supuesto. ¿Por qué no lo estaría?

No responde a mi pregunta. En cambio, después de un momento de pausa, me hace otra. —¿Cómo van las cosas entre tú y Matvey?

—¿Cómo… qué?

June se muerde el labio, repentinamente inquieta. —Es que… no pareces feliz. Solías serlo, pero… Supongo que solo estoy preguntando si te ha estado tratando bien.

¿Puedo responder por las últimas doce horas? —Es… complicado.

Asiente con fuerza. —Ya veo.

—No es nada malo, solo…

—Vuelve al apartamento.

Parpadeo. —¿Disculpa?

—Vuelve —repite June, yendo hacia mí en el suelo. Toma mis manos y arregla la curita, tan natural que casi no me doy cuenta—. Puedo manejar a una bebé que llora. Diablos, puedo

manejar a un ejército de ellos. Pero no puedo verte así, Apes. No puedo.

Vuelve. Es tan tentador. Solo por un segundo, me permito pensar en ello: volver a entrar en mi antiguo apartamento, recuperar mi antigua vida. Sin ninguno de los lujos ni los silencios. Podría convencer a Matvey de la custodia compartida, dejar que pusiera guardias en la puerta para la protección, lo que sea que satisficiera su necesidad de control. Podría…

¿Y cuando Carmine venga por tu mejor amiga? ¿Habrá valido la pena?

Nunca podría. No puedo poner en peligro la vida de June. Y no importa lo mala madre que sea… tampoco puedo poner en peligro a mi bebé. No otra vez.

Así que abrazo a mi mejor amiga y sacudo la cabeza. —Gracias. Pero no es nada tan grave. Solo estoy cansada del trabajo.

—Mentirosa —murmura June en mi cuello—. Vale. Hazlo a tu manera. Pero mantendré la puerta abierta.

—Por favor, no lo hagas. El asqueroso del tercer piso podría tomarlo como una invitación a cenar.

Nos reímos de eso. Dios, es bueno estar de vuelta así: yo, June, nuestro gato. La pequeña Pollito, por más alborotada que pueda estar de humor. —Solo prométeme que llamarás si las cosas se ponen mal, ¿vale?

Asiento. —Lo prometo.

Es otra mentira, pero es la más amable que tengo.

MATVEY

Algo anda mal con April.

Después de esa noche, se vuelve cada vez más obvio. La mirada perdida, las respuestas monosilábicas, la forma lenta en que se arrastra de la cama al sofá y del sofá a la cama… Todas son pinceladas inocentes por sí mismas, pero la imagen que pintan está lejos de ser tranquilizante.

Si fuera solo eso, podría ignorarlo. Podría atribuirlo al agotamiento. Diablos, incluso al odio absoluto hacia mí. Después de todo lo que le hice, no esperaría nada menos.

Pero luego está la bebé.

Hasta hace unos días, May era su única fuente de alegría. Incluso cuando me comportaba peor, podía ver cómo cambiaba el rostro de April en el momento en que la levantaba: su ceño fruncido se suavizaba; su nerviosismo desaparecía; su sonrisa volvía multiplicada por diez. Era lo único que me hacía sentir que no la había roto, incluso cuando creía que ya no me importaba… lo feliz que era con su hija.

Ahora, es como si sostener a su propia bebé lo empeorara. Esa mirada vacía llena sus ojos, como si ni siquiera pudiera *ver* a nuestra hija en sus brazos. Como si estuviera viendo algo más, en algún lugar muy lejos de nosotros.

Como si ni siquiera estuviera allí.

—¿Matvey?

La voz de Grisha me saca de mis pensamientos. —¿Qué?

—Solo estaba diciendo que preparé esos documentos que me pediste —cuando mi rostro no muestra ningún reconocimiento, Grisha frunce el ceño al ver mi reflejo en el espejo retrovisor—. Ya sabes, ¿los registros? ¿Sobre el asunto de D.C.?

Cierto. Esos. —Bien. Los revisaré en mi oficina.

Intento sonar normal. Como si no me estuvieran acosando presagios que no entiendo. Pero no parece que esté haciendo un trabajo muy convincente.

—¿Está todo bien? —pregunta mi entrometido conductor—. ¿Con April y la bebé?

—Por supuesto —miento. Es mi primer instinto, incluso ahora: negar, negar, negar—. ¿Por qué no lo estaría?

Observo a Grisha dudar en el espejo. No es propio de él. Sea lo que sea, desearía que lo dijera directamente en lugar de buscar las palabras más diplomáticas del diccionario. —El otro día estaba bastante… angustiada. Solo espero que lo que haya pasado en casa de su padre ya no la pese más.

En casa de su padre. Cuando yo no estaba allí para protegerla. Otro de mis fallos, el último de una larga lista.

—Vigila el lugar —le ordeno.

—Muy bien. ¿Cuántos ojos tenías en mente?

—Con un par de hombres bastará.

—Entendido. ¿Queremos que vean a estos hombres?

Lo dice con naturalidad, como si estuviera haciendo un comentario sobre el tiempo, pero sé lo que realmente me está preguntando. A un miembro de la Bratva no se lo ve a menos que el *pakhan* así lo quiera.

Así que la verdadera pregunta es: *¿Queremos que la familia Flowers sepa que los están vigilando?*

Puedo imaginarlo en mi cabeza… Dominic asomándose por las ventanas, siendo perseguido por una forma negra que se cierne justo más allá del muro de su jardín prístino. *Perseguido*. Nora, separando las cortinas con su manicura de quinientos dólares, diciéndoles a sus niñas que no salgan de la casa. Y luego, los matones de toda la vida de April, temblando durante la noche, durmiendo acurrucados en el suelo como la camada de mocosos malcriados que son.

Sería merecido. Sería justo, y una venganza, y un maldito placer presenciarlo.

Pero no ayudaría a nadie. No ayudaría a April. Al contrario, solo le haría la vida más difícil. Y, no importa cuánto quiera vengarla… no puedo ser yo quien siga haciéndole eso.

Incluso si me cuesta mi reputación.

—No. Solo vigilancia.

Puede que me equivoque, pero creo que capto algo en la boca de Grisha. Algo que casi se parece a una sonrisa. —Como desee, señor.



DESPUÉS DE CINCO horas estudiando las mismas cincuenta páginas de registros, empiezo a contemplar la superficie de mi escritorio. Específicamente, con qué fuerza podría golpearme la frente contra él sin romper nada.

—Qué puto desastre —murmuro.

Frente a mí, Yuri suspira. —Sí.

—Esto es una maldita farsa. ¿Qué sentido tiene tener un sistema de registro, si nadie se molesta en usarlo?

—Para ser justos, tus *vory* no son exactamente la camada más fresca de hombres Bratva del mercado —señala Grisha—. El más joven es Ipatiy, e incluso él está cerca de cumplir cincuenta.

—Eso no es excusa para desobedecer órdenes —espeto—. Si pueden navegar pornografía en el hardware de la empresa, pueden aprender a usar el software de la empresa.

—Hay un chiste ahí en alguna parte —dice Yuri con ironía.

—Debería castigarlos a todos —suspiro—. Grisha, ¿cuánto me costaría eso?

—¿Ejecutar a todos tus *vory*? —se encoge de hombros—. Ay, no tanto. Solo todas las empresas que dirigen. ¿Diez mil millones, o algo así?

Lo supuse. —¿Algún progreso con las cintas de vigilancia?

Grisha se desploma en su silla. Una demostración poco habitual, pero, de nuevo, ninguno de nosotros está en su mejor momento en este momento. Danos una pelea callejera cualquier día, pero ¿burocracia? Preferiría cortarme la cabeza como si fuera una maldita calabaza. —Desafortunadamente, fue hace demasiado tiempo. Las imágenes de esa semana se han borrado automáticamente.

—Perfecto —pongo los ojos en blanco—. Entonces, no tenemos nada.

—Yo no diría *nada* —contraataca Grisha—. Tenemos los nombres de las cuentas que se usaron. Vale la pena considerar que el infiltrado podría, de hecho, haber actuado desde su propia computadora.

—¿En serio? ¿Crees que serían tan tontos? —resopla Yuri—. Vaya infiltrado sería.

—¿Te estás enfadando por el infiltrado, Yurochka? —pregunta Grisha—. Ni siquiera hemos establecido que sea un infiltrado inteligente todavía. Solo que, quienquiera que sea, actualmente está un paso por delante de nosotros.

—¿Esa es tu idea de una buena noticia? —frunzo el ceño—. Son unos idiotas, pero nosotros somos aún más idiotas, ¿por eso están ganando?

—Vaso medio lleno, Matvey.

—¿Por qué sigues sin decir “él”? —interrumpe Yuri—. Los *vory* son todos hombres.

Es un buen punto, pero Grisha empieza a chasquear la lengua de inmediato. —Ah, pero los *vory* no son los únicos con acceso. Estamos tú y yo, y por supuesto, Matvey…

—Gracias —digo secamente.

—Y una persona más.

Me lleva un momento darme cuenta de a quién se refiere. Yuri debe darse cuenta al mismo tiempo que yo, porque su rostro se pone absolutamente lívido. —Retira lo que dijiste, maldición

—gruñe.

—No hay necesidad de tomártelo tan a pecho —Grisha se encoge de hombros—. Solo estoy considerando todas las opciones.

—¡Petra no es una opción! Mi… —se interrumpe en el último segundo—. Nuestra *pakhansha* no es sospechosa. No tiene motivos para hacernos daño.

—¿En serio? —responde Grisha, toda alegría se ha ido de repente—. ¿Te lo dijo ella misma? En ese caso, claro, la eliminamos de la lista. El sistema de honor es una forma fantástica de dirigir una Bratva.

—Maldito pedazo de…

—¡Basta! —golpeo el escritorio con ambas palmas—. Grisha tiene razón. Nadie está fuera de la lista de sospechosos, Yuri. Ni siquiera tú y yo.

—Ni siquiera… ¿Te estás escuchando a ti mismo ahora mismo?

—La pregunta es, ¿me estás escuchando *tú* a *mí*? —gruño—. No olvides, hermano, que sigo siendo tu *pakhan*. Y que no estás en posición de desafiarme. No después de lo que hiciste —me inclino hacia delante y bajo la voz hasta convertirla en un susurro cruel—. Así que recuerda tu puto lugar.

El rostro de Yuri se desanima. —Petra no ha hecho nada malo —balbucea de todos modos. Es un testimonio de lo mucho que le importa—. Ella es inocente.

—Entonces, demuéstralo —le digo—. Tráeme el infiltrado y no tendré que seguir buscándolo.

Grisha tiene razón: nadie está por encima de toda sospecha. Esto no es un tribunal de justicia… es la Bratva. Y en este mundo, eres culpable hasta que se demuestre tu inocencia.

—…Sí, *pakhan*.

Asiento. Luego, justo cuando Yuri empieza a salir por la puerta, lo detengo. —Ah, ¿y hermano?

—¿Qué?

Le lanzo una mirada mordaz. —El tiempo corre. Date prisa, o tendré que hacerlo yo.

No sé si creo que Petra realmente tiene algo que ver en esto. Después del cambio radical de Yuri con la situación de April, no puedo estar seguro de nada.

Pero sí sé una cosa.

Y es hasta dónde llegaremos por la gente que amamos.

MATVEY

Cuando vuelvo a entrar al ático, me encuentro con una imagen impactante: Petra Solovyova, sosteniendo a una bebé de verdad. Específicamente, a *mi* bebé.

—Ah —dice con cara seria—. Mira lo que ha traído el gato pirata.

Hablando del diablo. Después de las acusaciones de esta tarde, verla aquí es como hablar mal a espaldas de alguien solo para verlo aparecer por la esquina. No es que me importe.

—Petra —le respondo con un entusiasmo similar—. ¿Hay alguna razón por la que estás sosteniendo a mi hija como si estuvieras tratando de encontrar el lugar perfecto para colgarla en la pared?

—Bueno, *es* la imagen de la gracia —arruga la nariz—. Y… otras cosas.

—No me digas que te da miedo un pañal sucio.

—"Miedo" es una palabra fuerte. Digamos que no soy fan.

—¿De la misma forma que no eres fan de las arañas?

—¿Ocho patas y ni un solo par de Louboutins? —resopla—. Claro, como si alguna vez fuera a confiar en eso. Toma, sujeta esto.

"Esto" resulta ser mi hija pequeña. Acomodo a May en mis brazos y levanto una ceja escéptica. —¿Saltándote la clase? Eso no es propio de ti.

—Estoy segura de que mis niñeras tendrán mucha práctica.

En cuanto me ve, May se ilumina como un pequeño árbol de Navidad. Si alguna vez necesitara un incentivo para encontrar el infiltrado, una mirada a mi niña lo haría. Dicen que la cara de Helena de Troya lanzó mil barcos… ahora, finalmente sé cómo es posible.

Por esta carita de aquí, lanzaría mil más.

—¿Dónde está April?

Petra señala con la cabeza el baño principal. —Tomándose un baño de espuma. Órdenes del médico.

—¿De un médico de verdad o de los tuyos?

—No veo la diferencia.

Mis ojos se desvían hacia la puerta del baño. Me trago el nudo de preocupación en la garganta y me obligo a decir—: ¿Está…?

—¿Viva?

—Iba a decir que si está bien.

—Mm. Puedo decir que sí a una. De la otra, no estoy tan segura.

Y si eso no es tranquilizador… Intento controlar mi preocupación, pero lo único que hace es crecer más. Parece ser el tema de April: todo lo que intento sentir menos, solo termino sintiendo más.

Hago un gesto para que Petra me siga al balcón. Las paredes pueden ser gruesas aquí, pero ciertamente no son insonorizadas. —Le pedí a Grisha que la vigilara.

—Buen trabajo hará desde afuera de la puerta —dice arrastrando las palabras.

—Te pediría lo mismo a ti.

En la escala de las cosas más difíciles que he hecho, esta probablemente se lleva la palma: pedirle ayuda a Petra Solovyova. Técnicamente, soy su *pakhan*… podría solo ordenarle que haga esto. No le debo a nadie una petición, y mucho menos una cortés.

Pero este es *mi* fracaso. *Mi* responsabilidad. Y no voy a imponerle esto a nadie más.

Los ojos de Petra se arrugan con diversión. —¿Debería pellizcarme? ¿El gran Matvey Groza pidiéndome un *favor*? Las maravillas nunca cesan.

Debí haber sabido que no iba a hacer esto fácil. —No estoy pidiendo nada gratis. Te lo… —arrugo mi cara con disgusto, sintiéndome como si acabara de tragarme una mosca y toda su pequeña familia alada. Joder, ¿es así como sabe la humildad? —, *deberé*.

—Espera, déjame grabar esto. Voy a ponerlo en la fiesta de cumpleaños número dieciocho de tu hija.

—Solo deja de tonterías y di que lo harás.

Ella cruza sus brazos. —¿Y por qué lo haría?

Es el peor farol que ha hecho jamás. —Porque sé que tú también te preocupas por ella.

La veo dudar. Siempre es así cuando su máscara empieza a mostrar sus grietas: se vislumbra a la Petra que hay debajo. No a la asesina, sino a la *humana*. El corazón crudo y sangrante.

—En ese caso, quiero algo a cambio ahora.

Levanto una ceja escéptica. —¿No vas a esperar hasta el peor momento posible para decírmelo?

—Eso sería lo más inteligente, ¿no? —suspira—. Hace un año, ni siquiera lo habría cuestionado. ¿Alguna vez te preguntas qué pasó? ¿Para volvernos tan tontos?

—No.

—¿Porque ya lo sabes?

No respondo. No tengo ningún deseo de inflar más su ego esta noche, ciertamente no diciéndole que tiene razón. Que la criatura de cuatro letras que embotó sus sentidos es la misma bestia que vino tras los míos.

Como si leyera mi mente, finalmente habla. —Yuri.

—¿Disculpa?

—Ese es mi favor. Quiero que dejes en paz a tu hermano por un tiempo.

Frunzo el ceño. —¿Es *eso* lo que me pides? ¿Quieres tiempo libre para tu luna de miel en Bora Bora?

Sacude la cabeza con una risa. Pero hay una amargura en eso, como un caramelo dulce que se ha vuelto amargo. —No estoy hablando de días de vacaciones, aunque ciertamente no haría daño. Te estoy pidiendo que seas más indulgente con él. Últimamente, ha estado… en un lugar más oscuro que la mayoría.

Por alguna razón, sus palabras me irritan. —Claro, ¿y lo sabes porque…?

—Porque tengo ojos, Matvey. ¿Esa mirada que has estado viendo en la cara de April? La he estado viendo en la de Yuri todas las noches desde tu pelea —su mirada se vuelve más distante, perdida en el horizonte de Manhattan—. Quizás incluso antes.

—Hablas como si yo fuera el monstruo de esta historia.

Sacude la cabeza una vez. —No un monstruo, no. Pero aun así pasa factura.

—¿Qué cosa?

—Amarte.

Si esto hubiera sido una semana antes, me habría lanzado contra ella. Habría negado, negado, negado, hasta mi último aliento furioso. Pero eso fue entonces. Ahora, todo lo que puedo hacer es ofrecer resistencia.

—Me traicionó, Petra. Me mintió. Él…

—¿No te cansas?

Parpadeo. —¿De qué?

—De guardar rencor contra el mundo entero.

Por primera vez en mucho tiempo, me quedo atónito y en silencio.

Podría quedarme allí para siempre si algo no me interrumpiera. —¿Matvey?

El sonido de esa tercera voz hace que ambos nos demos vuelta. —April.

—Pensé que eras tú. Escuché… —sacude la cabeza—. Lo siento. No me di cuenta de que se había hecho tan tarde.

—Tonterías —Petra sonríe—. ¿Seguiste las órdenes del médico?

—Sí. Gracias por el consejo —se vuelve hacia mí—. ¿Sabías que Petra tiene un doctorado en historia?

—Ella no…

—¡Muy bien! —Petra aplaude con fuerza—. Seguiré mi camino alegremente. Duerme un poco. No hagas nada que no aprobaría.

—¿Cómo ir a la iglesia?

—Siempre es un delirio charlar contigo, esposo —le da un pequeño apretón a April en el hombro —. Nos vemos para los arreglos.

Luego, sale por la puerta contoneándose.

El silencio llena el espacio vacío. April se hace pequeña a mi lado. Sus ojos comienzan a vagar por el balcón oscuro, como si no supiera dónde mirar.

—Entonces, ¿arreglos? —pregunto.

Ella asiente de mala gana. —Petra me ha estado ayudando con un vestido. Es para… —sacude la cabeza—. Olvídalo. No es nada importante.

Empieza a entrar, pero la detengo, mi mano sobre la suya. —April. Dime para qué es.

—¿Por qué?

—Porque quiero saber.

Porque quiero aprender todo lo que he pasado mi tiempo intentando no ver. Todo lo que te hace ser tú.

Todo lo que me hace amart…

—Es solo este concurso. No voy a ganar, así que no te preocupes. En realidad, ni siquiera estoy segura de que pueda entregar una pieza, después de todo.

—Muéstrame.

April parpadea. A la luz de la luna, su piel parece grisácea, casi como una estatua. El tipo de mármol que se puede hacer que parezca suave, pero solo después de años de trabajo minucioso. Un golpe de cincel a la vez.

—Vale —dice finalmente. Luego me lleva hasta un maniquí. Sus dedos vacilan sobre la cortina —. Está sin terminar.

—Lo sé.

—Todavía hay mucho por hacer.

—April. Solo muéstrame.

La cortina se baja.

No soy una aficionado a las bellas artes. Francamente, nunca tuve tiempo. Y la moda… no la entiendo en absoluto. Solo compro lo que sea lo suficientemente caro, lo suficientemente anónimo, para pasar un día fingiendo ser alguien que no soy: un director ejecutivo respetable, un multimillonario. Piel de oveja para el lobo interior.

Pero ni siquiera yo puedo ignorar esto. —Es…

—Es malo, ¿verdad? —niega con la cabeza—. Probablemente hayas visto cientos de vestidos que se ven así. No sé en qué estaba pensando, voy a…

—*April.*

Pongo una mano en su hombro, el otro brazo todavía sostiene a May. Así, es aún más claro: ella es nuestra. Está en su cabello rizado negro azabache, en la línea de su nariz y la forma de su barbilla, en las pecas oscuras y los ojos azul nieve. Pedazos de mí y pedazos de April, cosidos juntos en algo nuevo.

April me mira, perdida. —¿Sí?

—Nunca había visto un vestido como este antes.

Es la verdad. Lo digo claramente, sin el respeto que merece, pero lo digo. Soy demasiado pagano para cantar alabanzas, para entender siquiera qué alabanzas se deben cantar. Y nunca ha sido mi estilo adular, de todos modos.

Pero últimamente he estado dejando sin decir demasiadas cosas correctas. Y estoy cansado de decir solo las incorrectas. Estoy…

¿No te cansas de guardar rencor contra el mundo entero?

Sí, Petra. Sí, joder.

April sonríe en respuesta. Pero es una sonrisa que no llega a sus ojos, demasiado débil para ir a ninguna parte. —Gracias.

Intento besarla, pero se escabulle. Como un fantasma, o agua, o una mezcla de medianoche de ambos.

Durante toda la cena, no mira a May ni una vez.

~

—¿SEÑOR?

Sigo viéndolo en mi mente: la débil sonrisa de April, sus ojos vacíos.

—¿Señor…?

Es peor que una herida abierta, peor que un agujero de bala sangrante. Al menos así sabría cómo manejarlo. Pero ¿cómo manejo *esto*?

—*Pakhan*, ¿me estás escuchando…?

¿Cómo manejo un mal que no puedo ver?

—Matvey.

¿Cómo lo arreglo si no sé dónde está roto?

—*Motya*…

¿Dónde *yo* lo rompí?

—Tal vez deberíamos levantar la sesión…

—No. Suficiente.

Vuelvo al presente de golpe al chirrido de una silla contra el suelo. *Es verdad. Estaba en una reunión.*

—Iván —digo con frialdad.

El rostro de Iván está tenso, una máscara de furia apenas disimulada. —Has estado descuidando tus deberes durante demasiado tiempo, Matvey.

Aprieto los dientes. —¿Lo he hecho?

—Sí. Estás ausente, distraído y tus prioridades están claramente en otra parte. No lo toleraré más.

En toda la mesa, la gente empieza a murmurar. Mis *vory*… y los de Vlad también. Todos finalmente se volvieron contra mí. Tal como todos me advirtieron que sucedería.

—Matvey Groza… —gruñe Iván—. En nombre del código de honor, te desafío a un duelo.

MATVEY

Mantengo la compostura. Ni siquiera me levanto de la silla, solo miro a Iván a los ojos con una calma que no siento. —Dime tu premio.

—El control de la Bratva Groza.

Más susurros. Susurros silenciosos, frenéticos. —Siéntate, Ivan.

—¡No! —ladra—. No lo haré.

Aprieto el puño sobre la mesa. —Siéntate ahora y olvidaré que hablaste. No volveré a pedirlo.

—¿Estás diciendo que rechazas el duelo?

Es como si la habitación explotara: de repente, ya nadie susurra. Es tan fuerte que se siente como estar en el centro de una colmena.

¿Escuchaste eso?

El pakhan *se niega…*

¿Eso significa…?

Golpeo la mesa con ambas palmas y me levanto. —No confundas mi misericordia con debilidad. Eres mi *vor* más antiguo. Serviste a mi abuelo antes que a mí. Esa es la única razón por la que te estoy extendiendo esta cortesía ahora mismo. Así que hazte un favor y aléjate.

Estoy necesitando todo mi autocontrol para mantener mi ira a raya. De todas las personas que esperaría que estuvieran de mi lado, de todas las personas que esperaría que fueran leales…

Nunca pensé que tendría que cuidarme las espaldas de Iván.

¿Los otros? Por supuesto, joder. Esos chacales hambrientos no esperan nada más que una señal de debilidad de mi parte para apoderarse de mi parte del botín. Si pudieran despojarme de todo lo que he construido en las últimas dos décadas, no dudarían ni un maldito segundo. De ellos, siempre espero un cuchillo en la espalda.

Pero no de Iván. No del hombre que estuvo junto a mi abuelo en cada paso de la primera Bratva Groza, desde el ascenso hasta la caída y el olvido que siguió. El olvido del que luego *yo* nos saqué.

Si hubiera venido a verme en privado, podríamos haber resuelto esto sin invocar las viejas leyes. Diablos, incluso podría haberlo involucrado en la caza del infiltrado. Habría sido un riesgo, pero calculado.

Pero él no vino a ti… hizo esto. *Y ahora, no hay vuelta atrás.*

—No —él gruñe a mi misericordia final.

—Entonces, al menos dame una razón.

Resopla. —Nos prometiste un cambio y no lo trajiste. Nos prometiste la guerra, pero ¿dónde está? Ignoraste todas mis advertencias, ¿y ahora tienes las agallas para exigir razones? ¿Para ofrecerme misericordia?

¿Advertencias? —No sé de qué estás hablando.

—Sabes perfectamente de qué estoy hablando. ¿O esa puta te frió el cerebro, además de la polla?

La habitación queda en silencio. Nadie se atreve a decir una palabra más, los susurros están muertos. Y algo más, también, está muerto sin posibilidad de salvación: mi deseo de darle gracia a Iván.

¿Criticarme? ¿Cuestionar mi liderazgo? Como si no hubiera un *vor* en cada barrio que lo hiciera. Es el juego de poder más antiguo del mundo, pero se puede manejar. Un empleado descontento siempre puede volver a ser puesto en su lugar. No mataré a alguien por decir lo que piensa en mi cara, sin importar cuán fuera de lugar esté.

Pero, en el segundo en que tocas a mi familia, estás acabado.

Aprieto la mandíbula. —Como *pakhan* de la Bratva Groza, acepto tu desafío.

Iván no parece sorprendido. —Bien. Fijaremos una hora y un lugar…

—No. Lo haremos aquí y ahora.

Las miradas de todos están sobre mí. Iván está desconcertado, pero solo le toma un segundo recuperarse. Un segundo para que sus ojos vuelvan a estar fríos. —Vale. Primera sangre.

—No.

Frunce el ceño. —¿No?

Camino hacia mi armario de armas y saco una caja. La superficie lisa y lacada en negro refleja a un hombre que apenas se contiene. Una bestia, aullando contra las restricciones de su jaula con forma humana.

Golpeo la caja sobre la mesa y la abro. —Solo hay un tipo de duelo que merece el nombre.

Los *vory* estiran el cuello como un grupo de cisnes curiosos. Frente a mí, Iván está en silencio, con los ojos recorriendo los bordes de mis armas preferidas.

Dagas.

—¿Hasta la muerte, entonces?

Es un mensaje: *si vas a apuñalarme por la espalda, será mejor que termines el trabajo*. Me importa una mierda la primera sangre y las viejas leyes: si quieres que me vaya, haz que suceda. Si quieres que me condenen, blanda la espada. Si quieres escupir en el honor de mi familia…

Enfrentarás las malditas consecuencias.

Mis consecuencias.

—Hasta la muerte —confirmo.

Nadie se atreve a decir una palabra más.



COMO SEDE de la Bratva Groza, nuestras oficinas no son simplemente oficinas. Y el piso superior, el reservado para los *vory* y el *pakhan*…

De hecho, no es el piso superior.

Hay un código para el ascensor. Si se pulsan ciertos botones correctamente, te llevará al piso fantasma del edificio. El *verdadero* piso final, justo debajo del tejado.

Y en ese piso hay un ring.

La mayor parte del tiempo, es un espacio de entrenamiento. Los *vory* no están todos exactamente orientados al combate, pero sus hombres tienen que estarlo. Allí es donde entrenan, sangran y practican.

Y allí es donde se resuelven las disputas.

—¿Estás seguro de esto? —pregunta Yuri, arrodillándose ante mí en el suelo del vestuario. Está vendando mis manos antes de la pelea, pero no puedo evitar notar que las suyas tiemblan—. ¿Matar a Iván?

En contraste, las mías están perfectamente quietas. —No me dejó otra opción.

—Quizá aún puedas resolverlo. Puede disculparse formalmente por el insulto, o…

—Yura.

Mi hermano levanta la vista de su tarea. —¿Sí?

—Si caigo hoy, la Bratva Groza será tuya.

Su rostro se pone blanco como una sábana. —No digas eso. Ganarás.

—Puede que no.

Es la verdad: de todos los *vory* para un duelo, Iván es el peor rival posible. Yo lucho con instinto y rabia; él lucha con cálculos y una mente más afilada que cualquier espada. Yo soy fuerte, pero él es mayor. Yo tengo juventud, pero él tiene experiencia.

Y, si eso no fuera suficiente, él me *conoce*. Mis movimientos, mis tácticas, todo.

Después de todo, él fue quien me entrenó.

Quiero ganar. Voy a esto para *ganar*. Pero no puedo permitirme ser imprudente. No contra Iván.

Y Yuri también lo sabe. —Motya…

—Pero, si eso sucede, no te equivoques: me llevaré a Iván conmigo. Pase lo que pase.

Sacude la cabeza frenéticamente. —Matvey, déjame hablar con él. Déjame hablar con los dos. Creo que sé por qué está tan enojado. Haré las cosas bien. Yo…

—No, no lo harás. Porque esto no es culpa tuya.

—Matvey, solo escucha. Por favor.

Aprieto sus hombros. —Sé que te he estado cargando mucho últimamente. Ese fue mi error. Seguí aferrándome a un rencor que ya no importaba, y por eso, lo siento. Lamento que me haya llevado tanto tiempo darme cuenta.

Sus ojos están lúcidos ahora. Maldita sea, qué hermano llorón estoy dejando al mando. Será mejor que gane esto después de todo.

—No tienes que disculparte —dice Yuri con voz áspera—. No hiciste nada malo.

—Pero sí lo hice. Y me has estado advirtiendo todo este tiempo.

No alejes a los vory; no los hagas enojar; no los pierdas. Todo el tiempo, Yuri ha estado señalando mi mayor punto ciego: no mis enemigos, sino mis aliados. Los que debí haber mantenido más cerca.

—No pensé que llegaría a esto —susurra.

—Lo sé, hermano.

Me quito mi anillo de sello de *pakhan* y lo dejo caer en la palma de Yuri que espera. No hablamos una palabra más… no es necesario. Ese gesto lo dice todo.

—¿Qué…? —me grita mientras empiezo a caminar hacia el ring—. ¿Qué debería decirle a April? ¿Si…?

April. He estado tratando de no pensar en eso. Si esto realmente sale mal, no puedo imaginar que alguien esté más enojado que ella. Casi puedo escucharla en mi mente: *"¿Perder la vida por una disputa de* Pacman*? ¿Estás bromeando?"*.

De alguna manera, eso me hace reír. Incluso aquí, incluso ahora, April siempre se las arregla para sacar el lado bueno de las cosas. El lado bueno de *mí*. Antes de conocerla, no creía que lo tuviera… una parte que no fuera oscura.

—Dile que cuide a nuestra hija.

Luego, entro al ring.

MATVEY

La mirada de Grisha recorre la multitud. Resulta extraño tener un árbitro para un duelo a muerte, pero las antiguas leyes son claras: debe estar presente una parte neutral.

A pesar de ser mi tercero, nadie cuestionaría la integridad de Grisha. Aparte de Iván, es el que tiene los lazos más fuertes con la Bratva Groza original. Después de todo, su padre fue el segundo de Igor Groza. Eso no es algo que nadie aquí tomaría a la ligera, ni siquiera los reclutas más nuevos, que ni siquiera han puesto un pie en las nieves eternas al otro lado del océano.

Iván tampoco se lo toma a la ligera. —Gracias por tu servicio, Grisha.

Ni siquiera me ha rozado y ya está actuando como el nuevo pakhan.

—No es necesario que me des las gracias —responde Grisha con rigidez—. Sirvo a la Bratva Groza, ahora y siempre.

El comentario sutil casi me hace reír. Si hay algo que a Grisha nunca le ha gustado, son los aduladores.

—¿Reglas antiguas? —interrumpo.

Grisha asiente. —Una daga cada uno, sin armadura. Se permiten vendajes, pero solo hasta el codo y la rodilla. No se permiten armas adicionales, ni zapatos.

Nos miramos el uno al otro. No sé si el Iván de hoy espera algún truco sucio, pero aprendí a luchar con honor. Si sigue siendo el mismo hombre que me enseñó, también luchará con honor.

Pero ¿lo es? ¿El viejo Iván te habría desafiado así?

Satisfecho con nuestra inspección, Grisha continúa—: El duelo termina cuando cualquiera de los participantes deja de respirar.

—Tal vez deberíamos permitir que nuestro *pakhan* se rinda —sugiere Iván—. Últimamente, ha mostrado una tendencia a abandonar el barco cuando las cosas se ponen mal, ¿no es así?

¿De qué demonios está hablando? —Parece que eres tú quien quiere la opción —le respondo—. ¿Te duele la espalda otra vez? No te preocupes, no te apuñalaré ahí. Alguien me enseñó algo mejor que eso.

La mandíbula de Iván se tensa. —Si tan solo.

Es como si me faltara una pieza, pero no hay tiempo para averiguar cuál. Iván tomó esa decisión por los dos.

Veo un poco de conmoción con el rabillo del ojo: del lado de Solovyov, alguien se abre paso a codazos hacia el frente.

Los ojos de Vlad y los míos se agrandan al mismo tiempo. —¡Petra! —grita—. ¿Qué estás haciendo aquí? Este no es lugar para ti.

—¿No es lugar? —resopla—. ¿Cuando mi propio esposo está luchando a muerte? ¿Alguien tenía la intención de decírmelo, o se suponía que debía enterarme por las noticias de la noche?

Lo que plantea un buen punto… ¿*cómo* se enteró?

Pero, tan pronto como me hago esa pregunta, me doy cuenta de que ya sé la respuesta.

Yuri. Te juro que, si salgo vivo de esto, lo mataré.

—Vete a casa, Petra. No necesitas estar aquí para esto.

—¡Tiene razón! —escupe Vlad, el surrealismo de estar de acuerdo conmigo hace que sus ojos saltones se abran aún más—. ¡No puedes estar aquí en tu condición!

—Es un embarazo, Papá, no escorbuto.

—¡De todos modos! ¡Un ring de Bratva no es para mujeres!

Sigue parloteando, pero su hija lo ignora y me mira a mí. —Matvey, por favor, piénsalo. Piensa en tu familia.

Lo dice con mucho cuidado. Para los espectadores, no quedaría ninguna duda de que está hablando de ella y su bebé. Pero sabemos que no es así.

—Mi familia estará a salvo contigo —digo con voz áspera.

Con eso, le doy la espalda.

Inspiro una, dos, tres veces. Siento el peso de la daga en mi mano, el equilibrio entre el acero y el latón. Pronto, estará bañada en rojo. —¿Últimas palabras?

El rostro de Iván se ensombrece. —Debiste haberme escuchado.

Luego, ataca.

No tengo tiempo para pensar en nada más: ni en Grisha saltando del ring, ni en Yuri aferrándose a las cuerdas como si fueran salvavidas. Ni en Petra, con una mano en su minúscula pancita y la otra temblando alrededor de un cuchillo arrojadizo.

Si me dejo distraer, eso es todo. Estoy muerto.

Acero contra acero. Nos empujamos contra las protecciones del otro y terminamos cara a cara, lo suficientemente cerca como para poder escuchar la respiración del otro. Intenta darme un rodillazo en el estómago, pero lo mantengo a raya.

—¿Qué significa eso? —exijo.

—¿De qué estás hablando?

—Que debí haberte escuchado. ¿Qué significa eso?

Iván chasquea la lengua. Da un salto hacia atrás, poniendo distancia entre nosotros, y yo hago lo mismo.

Quizás piensa que estoy tratando de distraerlo. Me pregunto cuándo cayó tan bajo su opinión sobre mí, cuándo comenzó a considerarme este cobarde que nunca he sido.

Es extraño que esté a la defensiva. Por lo general, una pelea como esta se desarrollaría al revés… yo atacando, Iván protegiendo, esperando un punto débil para explotar.

Pero parece haberse perdido a sí mismo. No está luchando con su mente… está luchando con su instinto. Por alguna razón, está *enojado*.

—Basta de hablar —sisea, balanceando la pierna hacia adelante para hacerme tropezar de nuevo —. Ya les dije todo lo que necesitaba a ti y a los tuyos. Es hora de terminar con esto.

Está enojado. Puedo usar eso.

La próxima vez que ataca, estoy listo. Bloqueo su golpe con mi brazo, y cuando su rodilla intenta chocar contra mi abdomen, lo dejo.

Luego, apuñalo su muslo con todas mis fuerzas.

Iván aúlla. Cierra los ojos de dolor, solo por un segundo, y entonces actúo: arrojo mi daga y agarro la suya con mis manos desnudas. —¿Te disculpas? —gruño—. ¿Te disculpas con mi familia?

Los dientes de Iván rechinan para contener el dolor.

Di que sí, le suplico en silencio. *Muere con honor. Si no te quedas a mi lado, al menos no mueras como mi enemigo.*

Escupe en el ring una vez. —Que te jodan a ti y a tu familia. Váyanse todos al puto infierno.

Giro su cuchillo hacia atrás para encararlo y lo hundo en su pecho.

El cuerpo de Iván se derrumba. Se deja caer sobre el ring y yo también, inclinándome hacia delante a su lado, mi mano apretada alrededor de la empuñadura de su propia daga.

Con su último aliento, me susurra algo al oído.

Luego, sus ojos se ponen vidriosos.

Espero diez segundos. A lo lejos, escucho a Grisha contarlos, pero todo queda ahogado por los latidos de mi corazón. Incluso ahora, la adrenalina no deja de bombear.

Saco el cuchillo de un tirón y me levanto.

—Limpia esto —le digo a Grisha—. Yuri, llévame a casa.



DURANTE UN BUEN RATO, no digo nada. Las vibraciones del auto entran y salen de mí, haciendo que mi corazón acelerado vuelva a estar bajo control.

—¿Te dejo en el loft o en el ático? —pregunta Yuri—. O puedo hacer las dos, si quieres limpiarte primero…

—Carmine.

Se queda helado. —¿Qué?

—Eso es lo que me dijo Iván antes de morir: *"Carmine. Carmine está aquí"*.

—¿Por qué diría eso?

—Porque él era el infiltrado.

Veo que la cara de Yuri flaquea en el espejo retrovisor. —Eso es imposible.

—No lo es. Tenía acceso —claramente, también tenía un motivo, pero que me condenen si sé cuál es. Me dijo tantas cosas, pero al final, nada de eso tenía sentido. Ninguna excepto la última —. Fue él, Yuri. Fue él todo el tiempo.

Carmine está aquí. Un alarde. *Puede que me hayas matado, pero aun así dejé entrar al enemigo.*

Yuri no habla de inmediato. Iván lo crió a él tanto como me crió a mí… todavía debe estar procesando el shock.

Pero, al final, hasta él tiene que aceptar la realidad. —Fue Iván —dice en voz alta, como si intentara creerlo—. Iván era el infiltrado.

—Ajá —después de lo que parece una eternidad, digo—: Al ático.

—¿Qué?

—Me preguntaste a dónde quería ir.

Parpadea. —Ah… cierto. ¿Al ático, entonces? ¿Estás seguro?

—Sí —nunca estuve más seguro de nada—. Llévame allí. Quiero estar con mi familia.

Cuando finalmente salgo del ascensor, estoy agotado. Todo lo que quiero es estar con ellas: mi mujer, mi hija.

—¿April? —llamo. El apartamento está inusualmente oscuro. Ni siquiera una sola luz encendida. *Probablemente esté dormida.*

Solo para verla, me dirijo a la cuna. —Hola. Lo siento, Papi llegó tan tarde hoy.

May susurra, con las manos extendidas hacia mí. Es más insistente que de costumbre, exigiendo un lugar en mis brazos. —Vale, vale. Ven aquí, tú.

—Miau.

Miro hacia abajo. —Ya no tengo más brazos. Ve a molestar a April.

—*Mrowwr*.

Genial. El gato de seguridad también está actuando raro. Voy a acorralarlo, pero…

—Vuelve aquí —ladro.

Pero se escabulle hacia el balcón.

Joder. Si este gato sarnoso salta de cincuenta pisos persiguiendo una mariposa, April nunca me dejará olvidarlo. Dicen que los gatos tienen nueve vidas, pero no estoy seguro de cuántas le quedan a este viejo bastardo.

Abro las cortinas. Salgo al balcón, mis ojos acostumbrándose al horizonte. —Dije que vuelvas…

Y entonces, la veo.

April, sentada en la barandilla, con los pies balanceándose sobre la nada.

APRIL

¿Así se siente que me traten como a un cristal?

Desde que volví de casa de mi papá, es como si todos los que conozco hubieran tomado la decisión unánime de ponerme bajo vigilancia: Grisha, Yuri, Petra, el maldito conserje del hotel. Sospecho que Matvey está detrás de esto, excepto que June también lo está haciendo. Y Corey y Rob… Incluso el Sr. Botones no me deja en paz ni un segundo. Es como si pensaran que no pueden sonarse la nariz sin que alguien más se haga cargo de la vigilancia. Como si pensaran que yo…

Me romperé. Me haré añicos. Me iré en un abrir y cerrar de ojos.

Es ridículo. Soy una mujer adulta, no una cachorrita en un volante. No voy a salir corriendo al tráfico en el momento en que alguien deje la puerta abierta, ni seguiré a un extraño a casa, ni… lo que sea que piensen que haré. No es así como pasan estas cosas. ¿Seguramente no puede ser tan fácil?

¿Desaparecer del mundo?

—Lo siento mucho, April.

La voz de Petra me saca de mis pensamientos. —¿Qué?

—Dije que me tengo que ir. Surgió algo con… —sacude la cabeza—. No es nada. No te preocupes.

—¿Estás segura? —su expresión parece tan desgarrada que no puedo imaginar que no sea *nada* —. Si quieres hablar…

—¡Está bien! —responde, un poco demasiado rápido para ser creíble—. En serio, está bien. Solo drama del trabajo. No te estreses por eso.

No te estreses. Relájate. No te preocupes. Si tuviera una moneda por cada vez que escuché estas palabras en la última semana, estaría en camino a comprar una isla. —Si tú lo dices.

Petra se pone una sonrisa. Se está agrietando en mil lugares diferentes, pero pretendo no verlo. Últimamente, parece ser lo más educado… fingir que las grietas no son reales. En los demás o en mí misma.

—¿Te veo mañana? —pregunta.

Le devuelvo la misma sonrisa: vidrio atravesado con fracturas capilares. —Seguro.

Luego, estoy sola.

Es extraño… desde que nació May, nunca me sentí sola, no realmente. En mis peores días en el motel, cuando la Sra. Tanner decidía volverme loca y el teléfono no dejaba de sonar ni un segundo, todo lo que tenía que hacer era volver a mi habitación. Volver a su cuna. Agarraba su manita con dos dedos y, a veces, ella me devolvía el apretón, dándome la fuerza para superar un turno más, un día más.

Ahora, no me atrevo a meter la mano.

Me recuerda al día en que cumplí cinco años. Fuimos a Coney Island para mi cumpleaños, Maia y yo, y me alejé sola para acariciar a un perro que había visto. No le pedí permiso al dueño como me habían enseñado… estaba demasiado emocionada. El perro era pequeño y peludo, del tipo que parecía incapaz de hacerle daño a nadie. Pero, cuando lo toqué, me mordió al instante.

Recuerdo el dolor de la mordida, la sensación irracional de traición. Recuerdo que pensé: *¿Por qué haría eso?*

Después, nunca más intenté acariciar a un perro.

Maia intentó ayudarme a superarlo. A explicar lo que había hecho mal, cómo evitar que volviera a suceder. Un día, invitó a una amiga que tenía un maltés a tomar el té. Conocía a ese perro de toda la vida, pero todavía me acurrucaba en mi habitación, incapaz de tocarlo. Cuando Maia insistió, extendí la mano de mala gana, pero, en el último segundo posible, la aparté de nuevo.

Eso es lo que siento ahora al levantar a mi hija.

Me quedo flotando en el borde de la cuna como un fantasma. May me mira fijamente, sus grandes ojos llenos de lágrimas. No ha estado llorando directamente, pero es como si siempre estuviera al borde de hacerlo.

La veo estirarse hacia mí. No me acerco.

Es mejor si no me acerco.

Vas a arruinarlo todo. Vas a hacerle daño. Vas a arruinarla.

Como arruinaste todo lo que te rodea.

Sin pensarlo, salgo a tomar un poco de aire.

Mis amigos… Todos me ven como una carga ahora. Se les ve claramente en la cara que les da miedo dejarme sola. Les estoy creando todo tipo de problemas.

El otro día, hice que June llegara tarde a un turno.

Hoy, evité que Petra fuera a una emergencia laboral.

Mañana, puede que sea Matvey quien pague el precio.

Matvey. He pasado tanto tiempo esperando que me perdone, y ahora que parece que está llegando a tolerarme de nuevo, no lo quiero.

No… no lo *merezco*.

Además, no duraría. Él no confía en mí. Sin confianza, no hay nada.

Ciertamente no hay amor.

Pero él tenía razón, ¿no? Le quitaste a su hija. Pensaste que podrías criarla mejor, pero mírate ahora: ni siquiera puedes tocarla.

Vaya mamá en que te estás convirtiendo.

Pongo mis manos en la barandilla. El Sr. Botones me frota insistentemente entre los tobillos, como rogando que lo alce. *Muéstrame lo que hay ahí fuera. Muéstrame lo que ves.*

—No puedo hacer eso, tonto —me río—. Es peligroso.

Luego, trepo por la barandilla.

Parece un sueño. Tal vez lo sea. Últimamente, me ha estado sucediendo cada vez más: me duermo sin darme cuenta, lo real y lo falso se difuminan detrás de mis párpados. Si estuviera despierta, nunca haría algo así, ¿no? Soy demasiado cobarde para eso.

Balanceo mis pies y no siento nada.

Claro. Un sueño.

Es realmente hermosa la vista desde aquí. Ni siquiera pienso en lo que estoy haciendo, solo en que quiero ver más de la ciudad. Más del horizonte y de la noche, de las luces y las ventanas iluminadas.

Cristal. Como yo.

¿Cuándo me convertí en eso? ¿Algo peligroso y frágil que nadie quiere tocar? ¿Algo *invisible*?

Me pregunto si Dafne se dio cuenta de lo que le estaba pasando cuando empezó a transformarse. Me pregunto si, en el último segundo posible, intentó detenerlo.

Me pregunto si le dolió.

—April. *April*. Bájate de ahí.

Resoplo. —¿Qué pasó con el “hola”?

—April, vuelve adentro ahora mismo —es tan mandón como siempre, pero su voz es inusualmente suave. Como si tuviera miedo de algo.

Por alguna razón, eso me hace reír. ¿De qué podría tener miedo Matvey Groza?

—¿Por qué? ¿Miedo de que me resfríe?

Él la criaría bien. Criaría a May mejor de lo que tú podrías. Un padre valiente contra una madre cobarde. Una elección más obvia nunca ha habido.

—Eso no es verdad —gruñe Matvey desde algún lugar detrás de mí.

—¿Qué no es verdad?

—No eres cobarde.

¿Hablaba en voz alta? Ah, bueno. Tal vez sí, tal vez no. Lógica de los sueños y todo eso. —Pero lo soy un poco, ¿no?

—April…

—Huí —lo interrumpo, mi voz comenzando a quebrarse. Como el cristal del que estoy hecha, esta cosa frágil en la que me convertí—. Huí de ti. Pude haberte enfrentado, pero corrí. Y me llevé a tu hija.

—Eso es cosa del pasado —dice Matvey.

—¿Lo es? —susurro—. Porque todavía no me has mirado a los ojos.

Silencio.

—Sé por qué —sonrío a través de las lágrimas. Es algo reconfortante… tener todas las respuestas por fin—. Es porque me odias, ¿no? Pero no quieres decírmelo.

—Eso no es verdad.

—Tienes miedo de que haga algo. A mí o a ella.

—*Nunca* la lastimarías —gruñe—. Nunca.

—Ya lo hice. Te la quité.

—La trajiste de vuelta.

—No. *Tú* lo hiciste. Y ahora, solo estoy en el medio.

—April, basta. Solo…

—¡Incluso ahora, no me miras a los ojos! —grito—. ¿Por qué todos actúan así? *April, April*… ¿Pueden olvidarme de una vez? Lo entiendo: soy una carga. Soy estúpida y patética, y ni siquiera se puede confiar en mí con mi propia hija. Ni siquiera se puede confiar en mí como *pareja*.

—Entra. Hablaremos de esto, solo… entra. Por favor.

Por favor. En toda su vida, dudo que Matvey le haya dicho eso a alguien. Otra prueba de que estoy soñando.

Pero está bien. Si esto es un sueño, entonces al menos puedo ser honesta.

—Supongo que no estabas tan equivocado, sin embargo. No podías confiar en mí. Ni siquiera mi padre podía confiar en mí.

—Tu padre es una escoria —espeta Matvey—. No escuches ni una palabra de lo que dijo. No vale la pena.

—¿Y yo sí? —me río amargamente—. Ni siquiera merecí una explicación cuando te casaste. Ni siquiera merecí una disculpa. Dime, ¿qué valgo exactamente?

—¡TODO!

Abro los ojos. El horizonte parpadea, un poco más borroso que la realidad, un poco más nítido que un sueño.

Casi caigo, pero la voz de Matvey me ancla. —Tú vales todo. Yo soy el que no es digno de ti.

Es un sueño. Todo es un sueño.

—Estás mintiendo.

—No. Por una vez, no te estoy mintiendo.

¿Podría mi mente ser más cruel? ¿Evocar a Matvey así, obligarlo a decir cosas que nunca diría? ¿Cosas que he estado esperando toda mi vida que alguien me dijera?

—Cuando te la llevaste… —inhala profundamente—. Cuando te la llevaste, me puse furioso, sí. Pero ahora entiendo por qué lo hiciste.

—¡No! —sacudo la cabeza—. No deberías. Yo…

—Déjame hablar. Por favor.

Aturdida, obedezco.

—En ese entonces, no la estabas alejando de un padre amoroso… la estabas alejando de tu propio destino. Te han tratado como una segunda opción toda tu vida, y luego yo también te traté de esa manera. Pensaste que le haría lo mismo a ella, ¿no? Por eso te la llevaste.

—¡Y me equivoqué! Debí haber hablado contigo.

—Sí —admite, con voz ronca—. Sí, debiste haber hablado conmigo. Pero no te lo puse fácil, ¿verdad?

—No importa.

—Sí importa. Si pensabas que yo era un monstruo, sí importa. Si pensabas que sería un monstruo para ella…

—¡Pero no lo habrías sido! —digo—. Eres un gran papá, Matvey. Lo veo todos los días.

—Y tú eres una gran mamá.

—Basta. Dijiste que no me mentirías.

—No lo hago.

—¡Pero lo haces! Tú…

—¡April! —grita, pero con desesperación—. Una vez me acusaste de no escucharte. Tenías razón. Pero ahora quiero que me escuches. Necesito que me escuches.

Asiento sin decir palabra.

—Tomaste una decisión —dice con voz áspera—. Tomaste la única decisión que creías que

podías tomar. Hiciste lo que era mejor para tu hija. Para *nuestra* hija. Aunque te rompiera el corazón.

—¿Cómo sabes eso? —murmuro—. ¿Que me rompió el corazón?

—Porque también me rompió el mío.

Mi respiración se entrecorta. El horizonte parpadea desde lejos, borroso un segundo y nítido al siguiente, como la lente de una cámara que busca enfocar.

—Dijiste que no puede haber amor sin confianza —insiste, dando un paso hacia la barandilla—. Tienes razón. No puede haberlo.

—Entonces, ¿nunca me amaste?

—No, April. Te amé desde el principio.

Por favor, no dejes que despierte. Si esto es un sueño, no quiero despertar.

—Desde el segundo en que te vi en esa tienda, te amé. Desde el segundo en que te toqué por primera vez, te besé por primera vez, supe que nunca habría otra.

Quiero que sea verdad. Deseo tanto que sea verdad, que me está matando. —¿Qué hay de la confianza?

—La confianza no me resulta fácil —susurra—. Cuando tienes el tipo de vida que he tenido, aprendes rápidamente que no puedes confiar en nadie. Expulsas el miedo y endureces tu corazón, pero la confianza es lo único que todavía puede matarte. La confianza es una debilidad.

—¿Por eso no confiaste en mí?

—No, April. Por eso me negué a admitir que ya lo hacía.

Alrededor de la barandilla, mis manos tiemblan. —¿Qué?

—Lo enterré —confiesa, un paso más cerca de mi espalda—. No quería afrontarlo. Pero confié en ti, April. Confié en ti más que en nadie. Y, cuando llegó el momento de elegir entre mi sangre y tú… me asusté. Porque me di cuenta de que, en el fondo, ya había tomado mi decisión. Así que no eres tú la que huyó, fui yo. Huí de la verdad y de ti. Y nunca podré disculparme lo suficiente por eso.

Esto no es real. Esto no puede ser real. —¿Me elegiste?

—Siempre te elegiré.

Intento apartar las lágrimas, pero es inútil. —¿Confías en mí?

—Confío en ti.

—¿Me amas?

—Te amo.

No puedo dejar de temblar. No puedo evitar que las lágrimas caigan. Las veo caer al vacío como lluvia y, de repente, es como si mi cuerpo estuviera paralizado. Como si cada parte de mí gritara:

Esto es real.

—Entiendo que no lo quieras —añade Matvey, sonando más dolido que nunca—. Si es demasiado poco y demasiado tarde, dime que me vaya al infierno. Pero, ahora mismo, necesito que bajes de ahí.

—¿Baje de…?

De repente, me doy cuenta de dónde estoy. Lo que estoy haciendo. Lo que estaba a punto de hacer.

—Vuelve a mí —dice Matvey con voz áspera—. Vuelve a *nosotros*.

Así que lo hago.

Me doy vuelta y *los veo*: Matvey, May. Mi familia. Los alcanzo.

Y ellos me toman de vuelta.

La mano de Matvey coge la mía, su agarre es de acero. Sin pensarlo dos veces, me aparta de la barandilla, haciéndome caer en sus brazos. Las pequeñas manos de May comienzan a buscarme de inmediato, agarran mi ropa como si nunca me fueran a soltar.

Dios. ¿Qué estuve a punto de hacer? —Estoy… —jadeo—. Lo siento mucho, Matvey, yo no… no fui yo misma, no estaba pensando; yo…

—Shh —me canta al oído—. Está bien. Ahora estás a salvo.

—No quería hacerlo —grito impotente—. No lo haría… nunca…

Siento que todo su cuerpo tiembla contra el mío. ¿Es rabia? ¿Miedo? ¿Pasión? De alguna manera, parece que son las tres cosas a la vez. —Prométemelo, entonces. Nunca más.

Asiento en el hueco de su cuello. —Nunca más.

Lentamente, me permito absorberlo todo: el calor de los brazos de Matvey, el suave arrullo de mi bebé entre nosotros. Lo que casi pierdo para siempre.

A salvo.

Por primera vez en meses, se siente como la verdad.

APRIL

Me paso toda la noche acunada por esos brazos. Nunca me han abrazado con tanta fuerza en mi vida. Hasta ahora, nadie ha tenido miedo de perderme.

Nadie, excepto Matvey.

Pero tal vez eso no sea del todo justo. Tengo gente que se preocupa por mí. Y últimamente todo lo que he hecho es obligarlos a andar con pies de plomo.

Eso tiene que cambiar.

Prométemelo. Nunca más.

Cuando llega la mañana, cumplo esa promesa.

Llamo a la Dra. Allan y le cuento lo que pasó. Intento no concentrarme en lo ansiosa que claramente la he puesto… si empiezo a sentirme culpable ahora, no hay forma de saber adónde me llevarán mis pensamientos. En cambio, pido una cosa: una referencia para un terapeuta.

No sé si el proceso suele ser tan rápido, pero en los próximos veinte minutos, alguien se pone en contacto conmigo. En una hora, está en el ático.

—Hola, April. Soy la Dra. Knox. Hablamos antes por teléfono.

Ella me ofrece su mano. La estrecho. —Gracias por organizar esto tan rápido. Realmente lo aprecio.

—Tonterías. Somos un poco como Batman, nosotros los terapeutas: si no fuéramos a donde nos necesitan, entonces nadie nos necesitaría en absoluto —me guiña el ojo por si acaso, luego me deja llevarla a la sala de estar.

Su sentido del humor me tranquiliza de inmediato, lo cual es un milagro en sí mismo. Ya me estaba imaginando temblando durante toda esta terrible experiencia. Como un chihuahua en el veterinario, o algo así.

Cuando Matvey sale del dormitorio, ella también le estrecha la mano. —Hola. Dra. Laurel Knox. Voy a tener una charla con su novia. ¿Le importaría dejarnos el lugar durante la próxima hora, o algo así?

Prácticamente puedo ver cómo se le eriza el pelo a Matvey. —No la voy a dejar.

—Entiendo su preocupación, pero le aseguro que estará perfectamente a salvo conmigo.

Veo que está a punto de empezar a discutir de nuevo, así que me interpongo entre ellos. —Matvey —tiro de su manga—. Está bien. Por favor, confía en mí.

Pasa un segundo. Dos. —No me gusta la idea de no estar aquí para ti.

—Sí estás —le aseguro—. De hecho, me vas a ayudar sacando a pasear a May. ¿Cómo te suena eso?

—Como si me estuvieran microgestionando.

—¿Pero está funcionando? —esbozo una sonrisa y espero que sea convincente.

Después de un par de segundos más, Matvey finalmente cede. —Bien. Pero voy a dejar a Grisha en la puerta.

—Vale.

—Y voy a poner esa cosa en el equipo de seguridad.

Sigo su línea de visión hasta un Sr. Botones poco impresionado. —No creo que le importe.

En unos minutos, ya están fuera de la puerta. —Si hay algo…

—Te llamaré —le prometo—. Ahora, vete. Es una pena estar encerrado con un clima tan agradable.

Matvey ignora mi intento transparente de darle órdenes. En cambio, mira fijamente a la doctora que está detrás de mí. —¿Eres buena en lo que haces?

Ella sonríe. —Una de las mejores.

Él le hace un gesto con la cabeza. —Veré que lo seas.

Luego, se va.

—Lo siento mucho —le pido disculpas a la Dra. Knox—. No quiso decir nada con eso; es solo que así es…

—¿Cómo es? —se ríe—. No te preocupes, April, estoy acostumbrada a que me gruñen las parejas. Ahora, ¿empezamos?

Nos sentamos a la mesa, una frente a la otra. —¿No vas a hacer que me acueste? —bromeo.

—Si lo prefieres. Pero tengo la sensación de que has estado haciendo mucho eso últimamente, ¿no?

Recuerdo la confusión de la semana pasada: dormir, dormir, dormir. Descansos cortos e intermitentes y una eternidad mirando al techo para conseguirlos. —Sí. Ya me he cansado de eso.

—Ya lo pensé. ¿Qué tal si solo charlamos un rato?

Sonrío. Siento que es la primera vez que lo hago de verdad en mucho tiempo. —Prepararé té.

Luego, con una taza caliente entre mis manos, respiro hondo y hago lo que prometí.

Le cuento todo.



CUANDO TERMINO, la Dra. Knox ha llenado cinco páginas de su cuaderno. —¿Y entonces? —insisto—. ¿Me estoy volviendo loca?

Se encoge de hombros. —No más que la persona promedio, créeme. Dicho esto, creo que tengo una idea de lo que está pasando.

—¿Como un diagnóstico?

—Es un poco pronto para eso.

Me desplomo. —Ah.

—Ahora, no te decepciones conmigo. Estas cosas llevan tiempo.

—Yo solo… —me obligo a contener mi frustración—. No quiero ser una carga. O peor, un peligro.

—¿Un peligro para quién?

—Para mí misma. Para mí… —respiro hondo—. Mi b-bebé.

La Dra. Knox aparta su cuaderno. —¿Sabes qué es la depresión posparto, April?

Parpadeo. —Pensé que era demasiado pronto para un diagnóstico.

—Lo es. Pero dije que tenía una sospecha —cruza las piernas y toma un sorbo de su té ahora frío —. ¿Entonces? ¿Has oído hablar de eso?

—Yo… Sí. Mi mamá, ella… ella pasó por eso. No con Charlie, pero…

—Contigo —completa.

—Sí. Conmigo.

Otro garabato rápido. —Dime qué estás pensando ahora mismo.

—¿Qué?

—Justo ahora, ¿qué estabas pensando?

—Supongo que… —me retuerzo las manos en el regazo—. “Lo supuse”.

—¿“Lo supusiste”?

—Sí. Como que tiene sentido. Que se enfermaría conmigo y no con él.

—Entonces, ¿te estás culpando a ti misma?

Frunzo el ceño. —¿Más o menos? ¿Cuenta como culparse a uno mismo si es verdad?

—¿Culpas a tu bebé?

—¿Qué?

—Por tu posparto. ¿Culpas a tu bebé?

Es una bomba. Una que ni siquiera sé por dónde empezar a desactivar. Una parte de mí sospecha que ese es el punto, obtener mi reacción más cruda y honesta, pero aun así me encuentro enojada. —¡Por supuesto que no! Nunca podría… Ah.

—Así es. *"Ah"*.

Joder. No mintió sobre ser buena, ¿verdad? —Entonces, em. Posparto. ¿Eso es lo que tengo?

—Creo que influyó, pero… ¿honestamente? No creo que sea el centro de todo.

—¿Cómo podría no serlo? —pregunto—. Antes estaba bien, y ahora…

Pero ¿lo estabas? pregunta la vocecita dentro de mí. *¿Estabas bien?*

La Dra. Knox parece estar pensando lo mismo. —Vayamos por otro camino —sugiere—. Centrémonos en anoche, por ahora.

Entonces, me doy cuenta de algo más. —Las personas con posparto lastiman a sus bebés, ¿no? ¿O al menos lo intentan? ¿Yo también…?

¿Soy un peligro para mi hija?

Por un segundo, la Dra. Knox parece estar sumida en sus pensamientos. Luego, sin preámbulos, pregunta—: Cuando trepaste por esa barandilla, ¿llevaste a tu bebé contigo?

—¡No! —grito—. Yo… nunca… —me detengo en seco. "Nunca" no aplica aquí. Después de todo, ¿no hice algo que pensé que nunca haría anoche? Por más dolorosa que sea, la pregunta es justa—. No —respondo en voz más baja—. No, no lo hice.

—¿Pensaste en llevarte a tu bebé contigo?

Niego con la cabeza otra vez. —No. No estaba pensando en ella en absoluto. No así, al menos. Solo que… estaría mejor sin mí.

Me da una sonrisa cálida, comprensiva. —Entonces no eres un peligro para tu bebé.

Dejo escapar un suspiro que no sabía que había estado conteniendo. —¿No lo soy?

—No lo eres.

—Pero entonces… ¿cómo puedo tener depresión posparto?

—Bueno, veamos —empieza a hojear sus notas. —Dijiste que te sentías alejada de ella. "Como si no pudieras relacionarte con ella en absoluto". ¿Es correcto?

—…Sí.

—Eso es depresión posparto típica.

—Pero ¿por qué no la tuve antes? —pregunto—. Los primeros meses, yo… yo estaba bien.

De nuevo, esa voz: *¿Pero lo estabas?*

Esta vez, la Dra. Knox tarda un poco más en responder. —A veces, cuando nos encontramos en situaciones de ritmo rápido, nuestra mente pasa a un segundo plano. El instinto toma el mando. Cuanto más estresados estamos, más nos sostiene, como una especie de modo de supervivencia. Piensa en una marioneta atada a hilos. En el motel, no tenías tiempo de parar, ¿verdad?

—¿Supongo…?

—Piénsalo así: estos últimos años, ¿qué día de la semana te enfermaste con más frecuencia?

Ni siquiera tengo que pensarlo. —El sábado. El fin de semana.

—Sí, el fin de semana. Porque es cuando finalmente puedes tener un respiro. Así que cuando regresaste al ático…

—Ya no estaba en modo de supervivencia —añado, atónita—. ¿Por eso me afectó ahora? ¿Porque antes no podía afectarme?

—En parte, sí —dice la Dra. Knox—. Pero creo que tu posparto es lo de menos. Si fuera un caso grave, el modo de supervivencia no habría importado. Te habrías enfermado, punto. En cambio, pasaste por un episodio depresivo dos meses después de dar a luz, con solo síntomas marginales de posparto. Contribuyen, pero no son la causa.

—¿Entonces…?

—Entonces, hubo un detonante. Y creo que sabes cuál fue.

Dominic. El pensamiento surge antes de que pueda detenerlo. Esa casa. Esa gente.

Como si leyera mi mente, la Dra. Knox asiente. —Así es. La visita a la casa de tu padre. Ahí fue cuando todo realmente comenzó a derrumbarse, ¿verdad?

—Pero eso no tiene nada que ver con la bebé —protesto.

—Estoy de acuerdo. Porque no se trata de tu bebé, April… se trata de *ti*.

Es como si el mundo se hubiera movido bajo mis pies. De repente, pierdo el equilibrio. —¿De mí?

—Sí. Cómo te sientes contigo misma —la doctora descruza las piernas y se inclina más cerca de la mesa—. Te haré una pregunta ahora, April, y quiero que me respondas con sinceridad. ¿Vale?

—Vale.

—¿Cuándo empezaste a pensar en irte?

—Yo… —murmuro—. ¿Te refieres al suicidio?

—No. Me refiero a desaparecer.

Frunzo el ceño. —¿Como una fantasía?

—Sí. Exactamente como una fantasía.

Me obligo a volver atrás en el tiempo. A años que preferiría olvidar. —Cuando era niña, solía imaginarlo. Simplemente… no estar más. Fue antes de que Maia me acogiera.

—¿Y después?

Una punzada de culpa me atraviesa. —Después, a veces, todavía lo sentía. Una urgencia de simplemente… irme. De no ser…

—¿Una carga?

Asiento. —Sí.

Finalmente, cierra de golpe su cuaderno. —Esto es lo que pienso. Has estado soportando un estrés tremendo toda tu vida. Creciste no en uno, ni en dos, sino en *tres* hogares evasivos. Vivir con tu abuela fue tu respiro, pero ni siquiera eso duró. Al final, volviste a caer en eso. Honestamente, desearía que hubieras venido a mí hace años.

Parpadeo para contener las lágrimas. —¿Entonces es demasiado tarde? ¿Ahora estoy jodida?

—¡Para nada! Lo siento… no lo dije bien. Solo quería decir que has estado necesitando esto durante mucho, mucho tiempo.

Terapia. Por alguna razón, nunca se me pasó por la cabeza. Pensé que los malos momentos eran cosa del pasado. Ya lo había manejado, así que, por supuesto que podía manejar cualquier otra cosa que surgiera… ¿no?

Aparentemente, estaba equivocada. Muy, muy equivocada.

—Entonces, ¿no soy un peligro para mi familia? —gruño entre lágrimas contenidas.

—Dios mío, no. En todo caso, es tu antigua familia la que es un peligro para ti.

El alivio casi me aplasta. —¿No soy una mala madre?

—En mi experiencia, las malas madres tienden a pensar que son el regalo de Dios para sus hijos. En cambio, tú te estás cuestionando a ti misma. Eso solo te hace una mejor mamá que la mayoría.

Es inútil tratar de contener las lágrimas ahora. La presa está rota. —¿Y ahora qué? —digo con voz áspera.

—Ahora fijamos una cita para la próxima semana. Estás cargando con mucha culpa, April, y tenemos que trabajar en eso. Específicamente, en cómo te ves a ti misma. Porque puedo garantizarte que es cien veces peor que lo que los demás ven en ti.

Le hago un gesto vacilante con la cabeza. —Vale.

—Vale —sonríe—. Entonces, fijemos esa cita.

Decidimos un cronograma para los próximos meses. —¿Alguna tarea para la próxima vez? —bromeo, tratando de aligerar el ambiente.

Para mi sorpresa, la Dra. Knox dice que sí. —Uno: sigue creando vínculos con tu bebé. Tenías una gran relación antes de todo esto… intenta recuperarla. Si ella es tan empática como dices, es posible que haya notado tu angustia mucho antes que tú, y por eso se ha estado comportando de manera extraña. Hazle entender que estás en camino a la recuperación.

—Vale —susurro.

—Dos: vigila a ese novio tuyo. Entiendo que está tratando de mejorar, pero tiene antecedentes de comportamientos tóxicos. Si eso vuelve a aparecer, díselo. ¿Vale?

—Lo haré.

Una sonrisa. —Tres: céntrate en actividades positivas y constructivas. Eres diseñadora y costurera, ¿verdad? Así que déjate llevar. Crea por el mero hecho de crear.

Eso me pilla desprevenida. —Yo… Vale. Lo haré.

—Bien. Entonces, te veo la semana que viene. Cuídate, April. No podemos cuidar de los que nos rodean a menos que hagamos eso primero.

Después de que se va, me lleva diez minutos procesar todo lo que acaba de pasar. Me siento agotada, pero de una manera extrañamente buena, como después del gimnasio.

Aun así, fue mucho.

Una vez que me he orientado, le escribo un mensaje a Matvey diciéndole que está bien volver. Sin duda, Grisha ya lo ha hecho, pero se trata de algo más que eso.

Se trata de confianza.

Entonces, mientras espero a que Matvey vuelva a casa, mi mirada se posa en el vestido de Dafne cubierto.

Crear. Órdenes del médico.

Quito la cortina y me pongo a trabajar.

MATVEY

Casi la pierdo.

Ese es el pensamiento que sigue golpeando mi cabeza. No “mi Bratva está en ruinas” o “Iván está muerto”. Porque la verdad es que nada de eso importa.

No si no la tengo *a ella*.

Fue una llamada de atención increíble. Ojalá no la hubiera necesitado. Ojalá hubiera estado despierto desde el principio, no tan jodidamente ciego. Mis defectos, mis errores… casi me cuestan todo.

Casi me cuestan a April.

Cuando esa médica me dijo que me fuera, quise destrozarla. Después de esa noche, me dije a mí mismo que nada ni nadie podría volver a separarme de mi mujer.

Y luego, April dijo: *Confía en mí.*

Así que lo hice.

Es lo más difícil que he hecho en mi vida. Incluso ahora, me quita todo y más.

Confianza. Significa no tener control, y eso lo odio. Todo este poder, ¿y para qué sirve? ¿De qué sirve si no puede proteger a los más cercanos a mí? ¿Si me deja tan jodidamente *expuesto*?

Todos los días, me quita todo.

Pero lo hago de todos modos.

Porque ella me lo pidió.

—Y este es su juguete favorito, así que, si empieza a llorar…

—April —se ríe la voz retumbante de Elías—, relájate. Este no es mi primer rodeo.

—Lo siento —suspira April—. Solo estoy nerviosa. Nunca la he dejado con nadie. Incluso con June o Petra, siempre estaba en la habitación de al lado, así que…

Elías le da una palmadita en el hombro. Si alguien más se atreviera a mostrarse tan familiar, le partiría en dos la extremidad ofensiva. Dicho esto, es un poco difícil incluso para mí sentir celos

de un octogenario. Y además, Elías no es solo su jefe; es su familia.

—Ve a buscar tu vestido —dice con ese marcado acento de Nueva Orleans que tiene—. Mantendré a la jovencita ocupada.

Con un gesto aprensivo, April desaparece en el dormitorio, dejándonos solos.

Reina un silencio incómodo. Por primera vez, me encuentro deseando que May haga un berrinche solo para darme algo que hacer. Pero, sea cual sea el consejo que le ha estado dando el terapeuta a April, ha funcionado: la bebé está significativamente menos nerviosa ahora.

Elías comienza a tararear una melodía en voz baja. May se ríe de la música inesperada. Incluso el gato parece algo relajado cerca del anciano.

Me aclaro la garganta. —Dijiste que este no es tu primer rodeo. Supongo que eso significa que tienes experiencia.

—Ajá. Tres sobrinos y siete sobrinas.

—¿Tienes hermanos, entonces?

—Cinco. Yo era el mayor. Ayudé a criarlos a todos.

Cinco hermanos. Ni siquiera puedo imaginarlo. —April nunca lo mencionó.

—Ay, no te lo tomes a mal. Ahora todos están lejos. Yo mismo apenas los menciono. Canadá, Suecia… todos esos lugares fríos con políticas mucho más cálidas.

—Entonces, estás solo —me avergüenzo de mí mismo. Eso no salió como quería.

Pero Elías no parece ofendido. Sus ojos se arrugan en las comisuras, el leve atisbo de una sonrisa en sus labios delgados y agrietados. —Tengo una aprendiz muy buena.

Me incomoda… la calidez con la que lo dice. Como si él también considerara a April parte de su familia, así como ella lo considera a él parte de la suya.

—¿Por eso sugeriste el concurso? —digo, aunque sea para cambiar de tema.

—Bueno, sí. Y porque creo que está hecha para cosas más importantes que una sastrería pintoresca.

—No lo entiendo —digo las palabras sin pensarlo.

La cara del anciano no cambia. —¿No crees que pueda ganar?

—Sé que puede ganar. Lo que no entiendo es por qué necesita ganar.

—¡Hijo mío! ¿Seguramente sabes que el Mallard no es barato?

—Yo tampoco. Si ella me lo hubiera pedido, me habría encargado.

—Ah, pero no es tan sencillo, ¿verdad? —chasquea la lengua.

Frunzo el ceño. —Por supuesto que lo es.

—Para ti, tal vez. ¿Pero para April? —sacude la cabeza, pero la sonrisa permanece, cariñosa y orgullosa y un poco triste—. Ella ha tenido que luchar con uñas y dientes toda su vida. Esa es la única forma que conoce de conseguir las cosas.

—Pero ahora estoy aquí —replico.

—Sí, pero ¿por cuánto tiempo?

El golpe surge de la nada. Lo que es peor, el anciano todavía no muestra un rastro de mala intención hacia mí. Solo un atisbo de sonrisa en sus labios… y la verdad. Tan dulce o amarga como pueda ser.

Una vez, me habría enfadado. Me habría enfurecido y me habría indignado por la insinuación.

Ahora, leo entre líneas.

—¿Crees que esa es la preocupación de April? ¿Que no me voy a quedar?

—Creo que nadie ha hecho eso por ella —responde diplomáticamente—. Y que, cuando estás acostumbrado a que todos se vayan, dejas de considerar la alternativa. Es demasiado doloroso empezar a tener esperanzas.

Una punzada de culpa, directa a mi pecho. —Y si pagara su matrícula completa ahora mismo… ¿eso se lo demostraría? ¿Que no me voy a ir?

Se ríe. —Hijo mío, ¿qué te hace pensar que quiere que hagas eso? Todo lo que vale la pena debe ganarse. Y April es una luchadora. Así que déjala luchar… y déjala *ganar*.

No entiendo una mierda sobre ropa. No entiendo la moda, ni las telas, ni los detalles finos del diseño. Pero ¿luchar por tu lugar en el mundo? ¿*Ganártelo*? Eso es lo único que entiendo.

Lo único que siempre respetaré, pase lo que pase.

—Entiendo.

—¿Sabes una cosa, hijo? No tengo dudas de que sí.

Entonces, April vuelve corriendo. —Vale, creo que lo tengo todo. Recuerda, hay fórmula en el armario…

—Creo que Elías puede resolverlo —interrumpo.

Parece sorprendida por eso. Como si esperara que peleara más por esto. —Claro. Lo siento. Gracias por hacer esto. Solo que…

—Tarde —reprende Elías—. Llegas tarde. ¿No dijiste que las presentaciones cierran al mediodía? Será mejor que te apures, o tendrás que volver mañana.

Una mirada a su teléfono y la cara de April se horroriza. —Ay, Dios mío. ¡Tenemos que irnos!

Antes de seguirla afuera, echo una última mirada a nuestra hija en los brazos de Elías.

Un extraño. Un intruso.

Por más que lo intento, ya no puedo sentirme así.

LLEGAMOS JUSTO ANTES de que se cierren las puertas.

Entro después de April, que ahora está subiendo las escaleras de tres en tres. Luego, una vez que finalmente estamos en la recepción, la veo desinflarse como un globo. —Necesito, eh… entregar, em…

—Su trabajo para el concurso —completo—. Aquí está el papeleo.

La mujer del mostrador parpadea. Sin embargo, si encuentra extraña la escena, sabiamente se lo guarda para sí misma. —¿Seguro, señorita…?

—Flowers —resuella April.

—¿Flowers-Le Blanc? —pregunta la empleada.

—No, solo… espere, ¿qué?

—¡Ah! —dice la empleada—. Lo siento, fue mi error. Pensé que podrías estar emparentada con…

—No hay error —se ríe la voz de una chica detrás de nosotros—. Lo está, aunque es difícil saberlo.

April se congela ante el sonido.

—Vamos, vamos —dice otra voz, más profunda y más espesa de veneno—. No seas grosera con tu hermana, Anne. Lo siento… *media* hermana.

Ni siquiera tengo que darme vuelta para saber quién es, pero lo hago de todos modos. Quiero mirarlas a los ojos: a las brujas que casi empujaron a mi mujer al borde de la razón, que intentaron comprar a mi hija.

Si las miradas pudieran matar, no quedaría nada de ellas que enterrar.

—Nora —saluda April con fuerza—. Anne.

No me saludan. Lo más probable es que piensen que soy una especie de chofer. La última vez que se vieron, April usó mi nombre para amenazarlas… no hay forma de que fueran tan casuales si se hubieran dado cuenta de quién soy.

No les dejo saberlo. Todavía no.

—Qué maravillosa coincidencia —canta Nora—. Espero que hayas estado bien. Te fuiste tan abruptamente la última vez.

—Ni siquiera pudimos despedirnos de la pequeña May —Anne hace pucheros—. Hablando de eso, ¿dónde está?

En algún lugar donde nunca pondrás tus sucias manos sobre ella. Mis puños se aprietan a mis costados, pero me obligo a mantenerlos allí.

—En casa —responde April rotundamente, con más tacto del que yo podría tener.

—¡¿Sola?! —jadea Anne con la preocupación más falsa que escuché en mi vida.

—Por supuesto que no —espeta April—. Está bien cuidada.

—No hay necesidad de ponerse tan a la defensiva —ronronea Nora—. La querida Anne está simplemente preocupada. Es justo, dado que… Bueno, no hay necesidad de repetirlo —pone una sonrisa plástica, con los bordes lo suficientemente afilados como para cortar—. Estamos aquí en una ocasión feliz.

¿Dado que qué? Quiero insistir. *¿Que tiene tan mala madre?*

Verás, es por eso que odio las peleas entre mujeres. En la Bratva, si tienes algo que decir, lo dices. Tal vez te haga ganar un puñetazo en la cara, tal vez te haga ganar una bala, pero aun así dices lo que piensas claramente. Asumes la responsabilidad.

Aquí, la cobardía y los comentarios de doble intención son la ley.

—¿Ah? —dice April, fingiendo no captar el insulto—. ¿Y qué es eso?

—¡La participación de Anne en el concurso, por supuesto!

Frunzo el ceño. Que alguna de las hermanas de April haya seguido sus pasos es una novedad para mí.

Al parecer, también es una novedad para ella. —¿Anne… qué?

Con un movimiento de su mano cuidada, Nora empuja el formulario de inscripción por el escritorio. —Tenga. ¿Recibió la entrega del vestido?

—Por supuesto, señora —la empleada sonríe—. Aquí mismo.

Y luego, lo saca del perchero.

No puede ser.

Encaje marfil. Hojas bordadas. Una forma curva que se vuelve como una corteza a la mitad. En toda mi vida, solo he visto un vestido así una vez.

En el maniquí de *April*.

Mi mirada se dirige a April de inmediato. Veo su rostro decaer, su boca abriéndose y cerrándose como un pez dorado. —Ese es… ese es mi vestido —susurra una vez que la empleada desaparece en la parte de atrás.

—¿Qué fue eso, querida?

—¡Dije que ese es *mi* vestido! —gruñe, toda furiosa—. ¡Cómo te atreves! ¿Cómo…?

—¿*Tu* vestido? —Nora se ríe—. Quizás deberías calmarte, April. La envidia no te sienta bien.

—¿Alguna cosa le sienta bien? —bromea Anne.

Putas víboras. Me obligo a respirar por la nariz, cuento desde diez, a pesar de que toda esa

mierda zen nunca ayudó a nadie que estuviera realmente enojado.

Y, por Dios, lo estoy. Ahora mismo, me está costando toda mi fuerza de voluntad mantener mis puños donde están, mucho menos callarme.

Pero tengo que hacerlo.

April es una luchadora, dijo Elías. *Así que déjala luchar*.

—¿Envidia? —se resiste. Luego, como si se le acabara de encender una bombilla, se gira hacia Anne—. Mis bocetos. En la casa, viste mis bocetos.

—Esto será bueno —Anne sonríe con malicia.

—Les sacaste fotos, ¿no?

—¿En serio? ¿También fingí el alunizaje, hermana?

—¡Tú…! —aprieta los dientes—. ¿Cómo puedes hacer trampas así de descaradamente?

—Ay, por favor. No seas tan mala perdedora —la regaña Nora—. ¿Y qué si se parece al tuyo? La gente tiene ideas similares todo el tiempo.

Similares, una mierda. Es una copia al carbón.

—Además, lo que cuenta es la ejecución, ¿no? —añade la malvada madrastra—. Y no sé tú, pero yo no escatimo en gastos para mi hija. ¿Verdad, querida?

—Contratamos a los mejores sastres —sonríe Anne—. Todo un equipo. Creo que le hicieron justicia a mi diseño, ¿no crees?

—*Mi* diseño —replica April—. Al menos, cuando somos solo nosotras, puedes tener las agallas de ser honesta. Tú no dibujaste ese vestido… lo hice *yo*.

Algo cambia en el rostro de Anne. Los rasgos suaves se vuelven afilados y astutos. —Tal vez. Pero aun así lo entregué primero.

La empleada regresa. Nora se dirige directamente hacia ella, preguntando quién sabe qué, y Anne no pierde tiempo en volver a esconderse detrás de las faldas de su madre.

En cuanto están fuera de su alcance, le susurro a April—: ¿Está permitido eso? ¿Hacer que otras te hagan el vestido?

A regañadientes, asiente. —Es un concurso de diseño, no de sastrería. La mayoría de las propuestas aquí no han sido confeccionadas por sus diseñadores.

—Ya veo.

Entonces, doy un paso hacia el mostrador.

—¡Espera! —me detiene April—. ¿A dónde vas?

—A decírselo a la empleada —digo—. Ella robó tu pieza. Merece ser descalificada.

April niega con la cabeza. —Por mucho que odie admitirlo, tiene razón. Ella lo entregó primero.

—Listo —Anne se desliza hacia nosotros, con Nora a cuestas—. ¿Qué pasa, April? ¿No vas a entregar tu vestido?

Eso es todo. Doy un paso adelante con decisión, olvidando todas las buenas resoluciones. Ahora solo hay un impulso en mis venas: hacer que estas malditas serpientes *paguen*.

El comportamiento de Anne cambia al instante. Se aparta. Un miedo instintivo le dice que se aleje de mí. Es la primera buena idea que ha tenido hoy.

—Pequeña… —empiezo.

Pero la mano de April se posa firmemente en mi espalda. —No —dice—. No vale la pena. Vámonos.

Me cuesta todo contener la rabia… *todo*.

Pero lo hago.

Porque confío en ella.

~

EN EL AUTO, miles de preocupaciones se agolpan en mi mente. La última vez que tuvo que lidiar con esta gente, acabó colgando de una barandilla. ¿Qué le va a pasar con esto? Después de todo el trabajo que ha hecho para volver a estar en un buen lugar, para nuestra hija, para nosotros…

—April, déjame arreglar esto.

Me sonríe. Una sonrisa cálida y genuina. —Gracias —dice—. Pero esta es mi lucha. Confía en mí.

Así que lo hago. Aunque sea lo más difícil del mundo, lo hago por ella.

Porque lo prometí.

En el ático, espero que April haga una llamada de emergencia a la Dra. Knox. En cambio, la veo abrazar a Elías, darle las gracias y decirle que lo llamará.

Luego, la veo agarrar su cuaderno de dibujo. —¿Qué estás haciendo?

Levanta la mirada: feroz, enérgica, una luchadora hasta la muerte. —Estoy haciendo otro maldito vestido.

Hermosa.

—Dime cómo puedo ayudar —digo de inmediato.

Los ojos de April se iluminan. —Vale. Voy a necesitar dos cosas.

—Nómbralas.

—Una: si pudieras cuidar a May por…

—Ya está. ¿Dos?

Sus labios se curvan en una sonrisa. —Dos: necesito que me prestes a tu esposa.

APRIL

Cuarenta y ocho horas. Ese es el tiempo que tengo para crear un vestido nuevo. No, no solo "crear": esbozar, coser y enviar un vestido nuevo.

Para el vestido de Dafne, me llevó semanas.

Ahora, tengo dos días.

—Increíble —murmura Petra en voz baja, caminando de un lado a otro de la habitación como una leona enojada—. Jodidamente increíble. El descaro de esas *suki*. ¿Y no les disparaste?

—Me pidieron que no lo hiciera —responde Matvey lacónicamente.

—Bueno, a mí no me lo pidieron. ¿Dónde viven?

—Chicos —les digo—, aprecio el sentimiento, de verdad. Pero ¿podemos pensar primero en este vestido?

—Lo siento —suspira Petra—. Es tan injusto. Vi cuánto te esforzaste en ese otro vestido. ¿De verdad puedes hacer algo más tan pronto?

Y si esa no es la pregunta del millón… —No lo sé. Pero tengo que hacerlo.

Matvey da un gruñido de aprobación. En su regazo, May arrulla en lo que podría ser un estímulo o una petición educada de comida. En el suelo, Botones persigue una bola de lana robada.

Recojo mis telas del suelo y suspiro. Petra no se equivoca. ¿Hacer una pieza de alto concepto en dos días? Ni siquiera la querida Vivienne podría lograrlo. Y no soy una chica de Westwood. Más que eso, soy una chica *trabajadora*. Una que ha estado posponiendo los plazos hasta este fin de semana específico.

—Joder —maldigo.

Echo otro vistazo a mis bocetos. Hay muchas ideas decentes allí, pero "decente" no gana concursos. Hay un concepto inspirado en sirenas que realmente me gusta, pero también implicaría pegar a mano alrededor de un billón de escamas de nácar, algo para lo que no tengo ni el presupuesto ni el tiempo ni la destreza de los dedos.

Tiempo y dinero. Dios, ¿por qué todo tiene que reducirse a eso?

Espiral negativa. Sacudo la cabeza y me obligo a salir de ella. La Dra. Knox ha sido muy clara conmigo: cuando me quedo atrapada en mis propios pensamientos, necesito anclarme al presente. El aquí y ahora, en el mundo fuera de mi mente.

No es fácil, pero hoy es más fácil que la mayoría de los días. Y ¿honestamente? Creo que sé por qué.

Porque estoy *cabreada*.

Anne se robó mi trabajo. Nora la ayudó. Me robaron mi futuro una vez, pero no podían contentarse con eso. Tenían que hacerlo de nuevo.

Pero que me condenen si las dejo.

Ya no tengo diecisiete años. No soy una niña asustada sin ningún lugar a donde ir y sin nadie que la ayude. Ahora soy una mujer adulta. Soy *mamá*.

Y tengo una familia.

Si hay un lado positivo de toda esta situación, es lo bueno que ha sido Matvey conmigo. Lo ha estado llevando muy bien. Dejando que Elías cuide a nuestra hija, manteniendo la calma frente a mi malvada madrastra y hermanastra, dejándome luchar mis propias batallas. *Escuchándome*. Confiando en mí.

Con este Matvey a mi lado, siento que puedo conquistar el mundo.

Hablando de… —¿Alguna idea del público? —pregunto con esperanza.

…

…

…

Grillos.

—¡Vamos! —hago pucheros—. Estamos haciendo una lluvia de ideas. Aquí no hay tal cosa como una mala idea.

Prácticamente, puedo sentir el escepticismo de Matvey llenando el aire. —¿Quieres que te demos consejo?

—¿Por qué no? Ambos se visten elegantemente.

Matvey levanta una ceja. —"Elegantemente" —repite.

—Sí. Ya sabes, adornados. Sofisticados.

Detecto un dejo de diversión en sus labios. —Bueno, en caso de que se te haya olvidado, te recordaré que tengo sastres para eso.

¿Cómo podría olvidarlo? Toso discretamente y cambio rápidamente de tema. —Petra, sálvame. Sé que tienes sentido de la moda en alguna parte.

—Claro —se encoge de hombros—. ¿Qué tal el acero?

—¿Ves? Eso es exactamente… Perdón, ¿qué?

—No sé. Es duradero. Interesante. Es… ¿De qué te ríes?

Detrás de nosotros, Matvey tose con la misma discreción. —Nada. ¿Por qué no una cota de malla?

—Ja, ja. Muy gracioso.

—Con un bonito casco a juego. Una ranura fina para los ojos, para evitar que las flechas y las lanzas la penetren.

—¿Aún crees que no existen las malas ideas? —dice Petra con seriedad.

—Para ser justos, los vestidos de cota de malla no son tan poco comunes —señalo—. Algunas novias incluso los usan en sus bodas. Todo es cuestión de personalidad.

—Vaya —comenta—. No puedo verlo realmente. Es demasiado restrictivo. Si te atacan, querrás actuar rápido.

—Ninguna persona sensata espera ser atacada en su boda, Petra.

—Habla por ti misma. *Yo* llevaba un chaleco antibalas debajo —deja escapar un largo y cansado suspiro—. Es una verdadera lástima. Tu vestido de Dafne… ahora *eso* lo puedo ver como un vestido de novia.

—Supongo… —frunzo el ceño—. Realmente no lo consideré. Pero funciona, ¿no? Es de color marfil con forma de trompeta, y las decoraciones del corsé son lo suficientemente elaboradas, por lo que realmente no se vería… —me quedo en silencio.

Petra me mira extrañada. —¿April?

—…fuera de lugar…

—Matvey, creo que tu novia está sufriendo un derrame cerebral.

De repente, me levanto de un salto. —Eso es —me susurro a mí misma—. Eso *es*.

Me dirijo a mi armario de trabajo y empiezo a sacar piezas. Las que me encargaron, las que están a medio terminar y, entre ellas…

Ahí.

—No puedo hacer otra cosa desde cero. Pero tal vez…

Entonces, cojo el teléfono.

—¿April? —me dice Petra—. ¿Nos vas a dejar entrar en…?

—Chito.

Desde el otro lado de la habitación, oigo a Matvey articulando—: Déjala trabajar.

Una vez más, me conmueve: la fe de Matvey en mí. Su voluntad de confiar en mí, a pesar y debido a todo lo que pasamos. Juntos y separados.

—¿Hola?

—¿Srta. Pierce? —interrumpo—. Soy April, de Third Chance. Esperaba que pudiéramos hablar sobre tu vestido.

Es una posibilidad remota. Si sale mal, me despedirán en el acto. Ni siquiera Elías podría poner excusas para que yo le robe un vestido a una clienta.

Especialmente, no un vestido de novia.

—¿Otro modelo? —murmura—. No sé, April. Realmente me gustó lo que elegimos. Además, tengo un presupuesto limitado, así que no puedo permitirme un lujo más caro…

—Lo sé, lo sé. Prometo que esto no afectará el precio. Solo te pido que le eches un vistazo.

—Pero…

—Por favor, Srta. Pierce —le suplico—. Te envío la foto ahora mismo. Si no te gusta, puedes hacer como si esta conversación nunca hubiera sucedido. Pero creo que esta pieza podría ser la respuesta.

No es mentira: la Srta. Pierce buscaba exactamente este tipo de modelo antes de que entrara en juego el problema del presupuesto.

Espero al teléfono, tensa como un violín. Con cada segundo que pasa, mi ansiedad crece. Dios, esto es tan poco profesional de mi parte. ¿En qué estaba pensando? Necesito disculparme. Ahora mismo, antes de que el cliente me arroje el teléfono en la cara. —De hecho, siento tan…

—¿Puedo… tener eso de verdad?

Parpadeo. —¿Qué?

—El vestido. ¿De verdad puedo tenerlo por el mismo precio? Se ve… quiero decir… Vaya.

No puedo creer lo que oigo. —Yo… Sí. Sí, absolutamente. Y ya es de tu talla, así que solo tendríamos que hacer pequeños ajustes…

El resto de la conversación fluye con facilidad. No puedo superar lo emocionada que está la Srta. Pierce por este vestido. Un vestido que *yo* hice.

Cualquier amargura que el truco de Anne haya dejado en mi boca, se vuelve instantáneamente dulce. Para cuando colgamos el teléfono, mi ansiedad se ha derretido. Todo lo que puedo sentir es emoción.

—Supongo que sabes lo que vas a hacer —me pregunta Matvey al oído, acercándose a mí.

Sonrío. Por primera vez desde que comenzó todo esto, doy una gran sonrisa genuina. —Sí. Lo sé.

Luego, revelo el vestido.

Los ojos de Petra se agrandan. —Eso es…

Enorme. De princesa. Un bombón blanco puro. —Mi pieza.

Está solo a medio terminar, pero no importa. Por una vez, esto es algo bueno. De todos modos, no voy a hacer un vestido de princesa.

Voy a hacer algo *nuevo*.

—¿Quieres ponerte esto?

Petra parece horrorizada. —¿Tengo otra opción?

Sonrío. —En realidad, no.

Luego, rompo la falda por la mitad.

MATVEY

Después del incidente del balcón, me he preocupado por dejar sola a April. Estuve tan cerca de perderla que ni siquiera quiero pensar en cómo sería llegar a casa y encontrarla vacía por segunda vez. Solo yo, May y un vacío infinito que llenar.

Y un gato que no soporta verme, pero esa es otra historia.

Así que, cuando Vlad me pidió otra ronda de tragos con su yerno, casi me negué. Casi inventé una emergencia relacionada con el trabajo… mi negocio legítimo, porque de lo contrario él sabría que estaba mintiendo… y me encerré en el ático, lejos del caos que ha sido mi Bratva últimamente.

Pero luego April comenzó a trabajar de nuevo.

Este último día y medio, es como si alguien le hubiera encendido un fuego debajo de la piel. Sus perras malvadas no tienen idea de lo que les va a pasar. Por una vez, realmente hicieron algo útil con sus vidas, incluso si sus intenciones eran mucho menos que nobles.

Por supuesto, si April pierde, les haré una visita a medianoche para equilibrar la balanza.

El caso es que no puedo imaginar que eso suceda. No con lo duro que ha estado trabajando. Y sus ojos… es como si hubiera vida de nuevo allí. Como si hubiera *luz* de nuevo allí.

Esa es la única razón por la que acepté la invitación de Vlad. Bueno, eso y el hecho de que Petra se queda con ella, aunque ahora esté momificada en mil capas de gasa.

—¿Lo tienes todo bajo control? —le pregunto a Grisha antes de irme.

Mi tercero me mira con ojos suplicantes. En sus brazos, May empieza a tirar de su barba. —Creo que lo tengo todo bajo control —dice con incertidumbre.

¿Quién lo hubiera pensado? Así que Grisha tiene un hueco en su currículum, después de todo.

Le doy una palmada en el hombro y me dirijo al auto. Esta noche, es Yuri quien me conduce.

—¿Cómo han ido las cosas en el trabajo? —pregunto mientras nos vamos.

—Tenso —admite—. Pero ya nadie piensa en rebelarse. Después de Iván…

Dejamos que el asunto quede en el aire. Ivan ha sido el último de una larga y dolorosa racha de

traiciones este año. Esta noche, comprobaré si realmente ha terminado.

Una anfitriona escasamente vestida nos conduce a nuestra mesa. Dado que Vlad fue quien eligió el lugar, es de esperar que refleje sus estándares de clase en lugar de los míos.

Cuando me ve llegar, Vlad se pone de pie, tambaleándose. —¡Hijo!

Miro la botella de vodka medio vacía sobre la mesa. —Veo que empezaste sin mí.

—Tonterías. Conseguiremos más.

Eso es exactamente lo que me preocupa. —Espero que no te importe que mi hermano se una a nosotros.

—¡Por supuesto que no! —grita Vlad—. Pero él también tendrá que relajarse.

—¿Disculpa? —espeta Yuri.

—¡Vamos, bastardo, bebe algo! —Vlad lo arrastra para que se siente—. No estás embarazado también, ¿verdad, muchacho?

—Él conduce —interrumpo—. Sin bebidas para él.

Yuri me lanza una mirada de agradecimiento. En contraste, Vlad arruga la nariz. —Los niños de hoy en día. En mi época, no salías de casa sin una buena botella de vodka para entrar en calor.

—Sí, porque tenías que dormir en las trincheras —murmura Yuri en voz baja.

—¿Qué fue eso, hijo?

—Nada.

Me muerdo la mejilla. —Ve al grano, Vlad. Sé que no me pediste que viniera aquí por el placer de mi compañía.

—Qué paranoico —suspira el anciano—. Siempre tan paranoico. Muy bien.

Él nos hace un gesto para que nos sentemos. Tomo mi lugar frente a él; Yuri permanece de pie a mi lado. Prácticamente, puedo sentir su desagrado por Vlad rezumando de él. Mi hermano tiene muchas buenas cualidades, pero la sutileza no es una de ellas.

No es que importe. Yo soy el que se casó con su hija. Hasta donde Vlad sabe, ese es mi bebé en su vientre.

Lo que significa que soy yo el que tiene que soportarlo.

—Los *vory*, hijo… están preocupados.

—Ah, ¿sí?

Vlad junta sus arrugados dedos. —Sí. Me temo que ese desagradable asunto con Iván te ha dejado luciendo un poco como un tirano.

—No me di cuenta de que estaba dirigiendo un grupo de Niñas Exploradoras.

—Hijo mío, realmente deberías tomar esto más en serio.

—Y realmente deberías dejar de llamarme así.

Alza las manos en señal de rendición. —Vale, *Matvey*. Pero mi punto se mantiene. Los *vory* te tienen miedo.

—Bien. Así es como se supone que debe ser.

—Si te respetan, sí. Pero incluso eso está empezando a fallar.

—¿Y supongo que tienes algunas perlas de sabiduría en ese frente?

Vlad sonríe, ajeno a mi sarcasmo. —Por supuesto que las tengo. Cualquier cosa por el esposo de mi querida hija.

Aprieto mis puños debajo de la mesa. —Escuchémoslo, entonces.

El anciano bebe otro trago de vodka. Su rostro es de un ridículo tono rojo, pero, bajo las luces de neón rosa, no puedo notar si realmente está tan borracho. Desde hace un tiempo me he estado preguntando si Vladimir Solovyov es realmente el tonto que quiere que crea que es.

Se aclara la garganta antes de que pueda decidir por completo. —Lo que hiciste para traer a la Bratva Groza de vuelta de la tumba… eso fue admirable. Te ganaste una reputación. Pero también significa que careces de un tipo de seguridad que todas las demás Bratvas tienen.

Ay, esto será bueno. —¿Y eso sería…?

—Un linaje.

Frunzo el ceño. —Mi abuelo…

—Está muerto. Hace ya muchas décadas. Y tu heredero aún no ha nacido.

Detrás de mí, Yuri gruñe. —¿Cómo te atreves…?

Levanto la mano. —Está bien. Déjalo hablar.

Retrocede, sorprendido. Vlad aprovecha la oportunidad para retomar el tema donde lo dejó. —No tienes un linaje detrás de ti, Matvey. Esa es tu debilidad. Todas las Bratvas se construyen sobre una cosa: la historia. La familia. Ahí es donde los líderes obtienen su legitimidad. Y tú, Matvey, tienes más habilidad que cualquier *pakhan*. Pero no tienes un padre que te respalde, y eso daña tu posición.

—¿Estás sugiriendo que haga las paces con Carmine? —la mera idea es suficiente para enfermarme. Con cada segundo que pasa, se me hace cada vez más difícil contener mi ira.

Vlad debe sentirlo, porque se apresura a aclarar. —No, no. No me atrevería a proponer eso.

—Bien. Entonces…

—…pero aún podrías hacer algo más.

Resoplo. —Entonces, escuchémoslo. ¿Debería resucitar a mi abuelo de la tumba?

—No. Deberías nombrarme a mí.

Por un segundo, estoy seguro de que debo haber escuchado mal. —Dilo otra vez.

—Hazme tu *brigadir* —insiste Vlad—. Hazlo y mantendré tus filas en orden. Mis hombres y los tuyos.

—La última vez que lo comprobé, todos eran *mis* hombres.

—Entonces, deberías comprobarlo de nuevo, porque su lealtad está vacilando.

No puedo creer lo que estoy escuchando. Esto es ridículo. Es tan absurdo que casi quiero reír. —¿Qué hay de tu amado linaje? En caso de que no lo hayas notado, igual no eres mi padre.

—Soy tu suegro. Eso es lo más cerca que se puede estar.

—¿Y si me niego?

Algo cruza los ojos de Vlad entonces. Algo helado y agudo. —Entonces, esa es tu prerrogativa —dice con frialdad—. Pero tus hombres seguirán dispersándose. Y no pasará mucho tiempo antes de que alguien vuelva a hablar y estalle otro trato en D.C.

Me quedo paralizado. —¿Qué?

—Se trata de credibilidad —sigue parloteando Vlad—. Y, francamente, ya has metido la pata demasiadas veces, tanto en sentido figurado como literal. Como esa chica que tienes…

—Ya es suficiente —me levanto de mi asiento.

Vlad arruga la cara. —¡No puedes seguir fingiendo, hombre! Estás casado, pero vives con otra mujer y una niña. No digo que no puedas tener bastardos, pero la mayoría de los hombres tienen el sentido común de mantenerlos lejos de…

—Vlad, deja de hablar.

—¿Porque no puedes soportar la verdad?

—Porque, si dices una palabra más, voy a tener que volarte los sesos.

Vlad se pone rígido. Con luces de neón o sin ellas, puedo ver cómo el color desaparece de su rostro con claridad. —Muy bien. Pararé.

—Gracias por tu consejo, como siempre. Yuri, vámonos.

Estoy a mitad del pasillo cuando escucho la voz de Vlad llamándome. —¿Entonces lo considerarás? ¿Mi propuesta?

Suelto una risa. —Vete a la cama, Vlad. Has bebido demasiado.

Luego, salgo a la noche.

En cuanto estamos fuera del alcance auditivo, acerco a Yuri. —¿Escuchaste eso?

—¿Escuchar qué?

—Él sabe sobre el trato de D.C. Que alguien de adentro lo arruinó.

Yuri parpadea. —Eso es…

—Algo que no debió haber sabido —gruño—. Coge el auto. Síguelo. Quiero saber si hay más.

—¿Más qué?

—Más infiltrados.

Mi hermano parece sorprendido. —No puedes estar pensando seriamente en acusar a Vlad. Perderás el apoyo Solovyov.

—No voy a acusarlo. Su desliz podría no significar nada.

Es verdad. Vlad es un bocazas; fácilmente podría haber oído algo y habérmelo dicho como un loro. O…

Podría haber estado en complicidad con Iván.

De cualquier manera, no puedo correr riesgos. No ahora. No cuando tengo tanto que proteger. Si voy a expulsar a Vlad, voy a necesitar pruebas irrefutables.

—Entonces, ¿no es mejor dejarlo pasar? —suplica Yuri—. Si se entera…

—No se enterará —interrumpo—. Confío en ti.

Las objeciones de Yuri mueren en su lengua. —Motya…

—Tomaré un taxi. Mantenme informado.

Me da un breve asentimiento. —Sí, *pakhan*.

Luego, se va hacia la noche.

~

CUANDO LLEGO A CASA, ya está oscuro. Pero, cuando abro la puerta, encuentro las luces encendidas. —¿April…?

Luego, entro en la sala de estar.

Es una escena familiar: telas esparcidas por todas partes, como si hubiera explotado una bomba en Louis Vuitton. Sacudiendo la cabeza, busco a April en medio del caos.

Un montón de vestidos de tul. De debajo, aparece una figura humana. —¡Ay! ¡Has vuelto!

Sacudiendo la cabeza, arranco un trozo de encaje de su cabello. —¿Dónde está Petra?

—Se fue a casa. Dijo, y cito: “Prefiero morir antes que ver otra cinta”.

—Suena bien. ¿Grisha?

—En la habitación de invitados, con la bebé. No te preocupes… también me está vigilando —

señala una cámara de niñera en la esquina—. Creo que May se quedó dormida en su regazo. Probablemente no pueda levantarse. O pedir ayuda.

—Se ha enfrentado a cosas peores.

—¿Quieres ir a relevarlo de sus tareas? —April sonríe—. Tengo una sorpresa, pero necesito prepararla.

—¿Ah? —me inclino hacia ella—. ¿Y me va a gustar esta sorpresa?

Se pone misteriosa. —Ya veremos.

Sonrío y me dirijo al dormitorio de invitados. —¿Ya estás muerto, viejo?

—Casi —la voz de Grisha es un susurro aterrorizado.

—Vamos, me la llevo.

Mi tercero está muy contento de dejar la papa caliente en mis manos. —Toda tuya, jefe.

May se mueve, pero solo por un momento. En el segundo en que la dejo en su cuna, se acurruca contra su guardaespaldas felino y rápidamente vuelve a dormirse.

—No sabía que ella hacía eso —comenta Grisha, abatido.

—Es una bebé, no una bomba. Puedes soltarla.

—Tomaré nota para la próxima vez. ¿Cómo te fue con Vlad?

—Extraño. Te informaré mañana. Ve a dormir un poco.

Para ser justos, Grisha parece como si un camión lo hubiera atropellado dos veces, pero esa no es la razón por la que lo despido temprano. Ese brillo perverso en los ojos de April, su sonrisa traviesa… Quise tomarla allí mismo en ese momento. Si no se va en los próximos cinco segundos, no me importará que esté en la habitación.

Por suerte, parece demasiado cansado para discutir. —Vale. Buenas noches, jefe.

Cuando sale de la habitación, me quedo atrás. Me tomo un momento para observar a mi bebé, durmiendo pacíficamente en su cuna.

Tu heredero aún no ha nacido. Y una mierda. No me importa lo que diga Vlad… mi linaje está aquí.

En ese momento, April asoma la cabeza en la habitación. —Listo. Puedes venir a mirar ahora.

La sigo hasta la sala de estar. Va a pararse junto a su maniquí, cubierto por una sábana blanca larga. Tiene la sonrisa más grande que he visto en mi vida. —¿Listo? ¡Uno, dos… *tres*!

WHOOSH.

Me lleva un segundo entender lo que estoy mirando. Hay un vestido allí, sin duda, pero también hay… más.

Pistolas, por ejemplo.

La pose del maniquí no se parece en nada a lo que he visto en el escaparate de ninguna tienda: codos doblados, centro de gravedad bajo, un Kalashnikov en cada mano. Como una novia dispuesta a convertir su boda en un baño de sangre.

—¿Son reales? —pregunto.

—¿No lo creo? Petra me las prestó.

Definitivamente reales, entonces. —Hm.

Camino alrededor de la pieza, observando los detalles. Ese vestido blanco puro color bombón que vi hace dos días ha sido transformado por completo, rasgado en un millón de lugares diferentes. Alrededor de la cintura, un corpiño negro, resistente. —Esto es…

—Kevlar —confirma April—. O más bien, mi versión de eso.

—¿Tu versión?

—¡Sí! He estado pensando en esto durante un tiempo, en realidad. Desde que… —hace un gesto incómodo hacia su hombro.

—¿Desde que me dispararon? —agrego.

—Eso, sí. En ese entonces, tu camisa estaba arruinada, pero tu chaqueta aún se podía salvar, ¿no? —comienza a caminar emocionada, su mente a mil por hora, luchando por pronunciar las palabras de una vez—. Entonces, me he estado preguntando: ¿qué hubiera pasado si hubieras estado usando una chaqueta diferente? ¿Una que fuera liviana, elegante, pero a prueba de balas? Porque los chalecos no cubren realmente tus hombros, y de todas formas no siempre usas uno, ¿pero sabes qué *sí* vas a usar sin importar qué?

—¿Una chaqueta de traje? —Adivino.

Ella chasquea los dedos. —Bingo. Una chaqueta de traje. Entonces, este chaleco es como… ¿un experimento? Estaba pensando, si te gusta, podría intentar hacer más con él. Como hacer un traje de verdad. ¿Qué piensas?

Creo que eres increíble. Creo que eres hermosa y muy inteligente, y demasiado jodidamente pura para mí.

Creo que… —¡Matvey, deja de hacer eso!

No puedo hacerlo. Ya la levanté.

La hago girar y se ríe, una y otra vez. Podría escuchar eso por siempre… el sonido de la risa de April.

—Creo —respondo finalmente—, que te has superado a ti misma.

—Vaya, gracias. ¿Puedes bajarme ahora?

Acerco mis labios a los suyos. —De ninguna maldita manera.

APRIL

Cuando vuelvo a la recepción esta vez, lo hago con Petra a cuestas. En parte porque Matvey no pudo venir, y en parte porque las armas falsas son muy pesadas y necesitaba un par de manos extra.

—Sí *son* falsas, ¿verdad? —susurro mientras esperamos a la empleada.

—¿Las correas de cuero? Por supuesto. No lastimaron a ninguna vaca.

—En realidad, me refería a…

—¡Aquí estamos! —sonríe alegremente la empleada—. Por favor, llena estos formularios. Llevaré tu vestido a la parte de atrás.

—Te ayudaré —dice Petra.

—Gracias, pero no es necesario… ah, vaya, eso es voluminoso. Jaja. Espera, estas no son armas, ¿verdad?

—Utilería —le aseguramos al unísono.

Soy muy meticulosa con el formulario. A esta altura de la carrera, no quiero que nada salga mal. Bueno, cualquier *otra* cosa.

Me obligo a no pensar en el vestido de Dafne. Lo hecho, hecho está.

Cuando le devuelvo el formulario a la empleada, sonríe. —"Novia a Prueba de Balas". Suena como una obra ganadora.

Le devuelvo la sonrisa. —Ojalá que así sea.

Luego, me dirijo al salón Mallard.

Me siento con Petra en una de las cabinas, sintiéndome nerviosa por todas partes. —Sabes, tal vez el café no sea lo mejor…

—Estoy de acuerdo —dice. Luego, se vuelve hacia el camarero—. Un café y un trago de tequila.

—*¡Petra!*

—¿Qué? Ya puedes beber.

—¡Ni siquiera son las tres de la tarde!

Me hace un gesto para que lo olvide. —Es de noche en algún lugar. Además, tienes que calmarte o te va a estallar el corazón. No tengo ganas de explicarle *eso* a tu novio.

—¿Por qué solo es "mi novio" cuando es peligroso? —murmuro.

—Porque lo necesito para las cámaras cuando no lo es. Lo siento, *koshka*.

—No es problema —miento. La verdad es que, por muy falso que sea su matrimonio, a una parte de mí todavía le duele la idea. Pero es necesario y no estoy en el negocio de reavivar conflictos pasados. Me resbala y todo eso—. Hablando de novios, ¿cómo va con el tuyo?

Suspira. —No tengo idea.

—Esa es una respuesta extraña —frunzo el ceño—. ¿Está todo bien?

—¿Más o menos? Es que… —Petra se desploma en su asiento—. No sé. Siento que ha estado distante últimamente.

—¿Distante como: "Solo voy a salir a buscar leche"?

—No sé, ¿quizás?

Llegan nuestros pedidos. Petra empieza a beber su café. Yo miro mi tequila con sospecha. —Vamos, Petra. ¡Estamos hablando de *Yuri*! No va a solo desaparecer.

—Es que… solía ser muy fácil hablar con él —explica débilmente—. Y yo no hablo con la gente. O sea, jamás.

—Sabes, ya me lo había imaginado.

—¡Pero ahora ni siquiera puedo saber qué le pasa por la cabeza! Es como si estuviera en otro lugar todo el tiempo. Como si me estuviera… ocultando algo.

Mi ceño se profundiza. Este no suena como el Yuri que conozco. Claro, ha estado un poco más triste últimamente, pero él y Matvey también han estado peleando bastante.

Una punzada de culpa me atraviesa al recordarlo. Sí que han estado peleando… y yo fui la razón. —¿Quieres que haga algunas indagaciones? —le ofrezco—. Si pasa algo, Matvey podría saberlo.

—¿Harías eso?

Para empezar, es culpa mía. —Por supuesto. Pero no prometo nada.

Por primera vez desde que comenzó esta conversación, Petra sonríe. Es una pequeña sonrisa, pero genuina. Es algo raro de ver. —Eso ya es más que suficiente.

Su gratitud me hace sentir incómoda. He estado tratando de trabajar en esto con la Dra. Knox… ella dice que tengo problemas para aceptar cosas buenas, que solo me siento cómoda dando… pero es una batalla cuesta arriba. Especialmente cuando me agradecen inmerecidamente.

—¡Y quién sabe! —digo, ansiosa por aligerar el ambiente—. Tal vez solo esté preparando una propuesta. Ya sabes, para cuando las circunstancias lo permitan.

Petra se ríe. —Sí, claro.

—Será mejor que tengas un vestido listo —bromeo.

—Es gracioso. De todos los vestidos de novia que me he probado este último año, ¿sabes cuál me convenció más?

—¿Cuál?

—El tuyo.

Me toma un momento darme cuenta de lo que está hablando. —¡Ah! ¿La Novia a Prueba de Balas? —me río nerviosa—. Para ser justa, fuiste una especie de musa.

—¿En serio? No estoy segura de si debería sentirme halagada u ofendida.

Pongo mis mejores ojos de cachorrito. —¿Te lo prestaré gratis?

—Vale —resopla—. Pero tengo una condición.

—¿Cuál?

Señala mi tequila. —Te lo tomas de un trago.



—"Un trago", ¿eh?

Escondo mi cara en el pecho de Matvey. Debí haber sabido que terminaría así. La April borracha no tiene absolutamente ningún filtro… ni vergüenza.

Así fue como terminé saltando sobre él en el segundo en que tropecé por la puerta. —Tal vez fueron dos —murmuro contra su piel.

—Ajá.

—¡Hablo en serio!

—Estoy seguro de que sí.

Me doy vuelta y hago pucheros. Desafortunadamente, estoy envuelta en mantas y nada más, así que no suena particularmente convincente. —Pregúntale a tu esposa. Ella te lo dirá.

—Ya me lo dijo. Me envió un mensaje para que te dé mucha agua.

—Genial. Ahora soy una planta.

Matvey me empuja boca arriba y se da vuelta sobre mí. —Eres mía —dice con esa voz grave que tiene, la que nunca deja de provocarme escalofríos—. Y prefiero no hablar de mi esposa cuando te tengo así.

Siento que mi cuerpo responde como si fuera la primera vez. No puedo evitarlo: cada vez que Matvey está tan cerca, me vuelvo pecaminosamente codiciosa. —¿Sí?

—Sí.

Descubro mi cuello ante sus besos. Es lento, profundo… como si me comiera entera, un bocado a la vez. Pero antes de poder rendirme por completo, recuerdo. —¡Ah! Tengo que preguntarte algo.

Matvey gime. —¿Ahora mismo?

Sí. De lo contrario, me harás olvidar. —Te prometo que será rápido.

—Vale. Pregunta lo que quieras.

—¿Yuri te ha parecido raro últimamente?

Parpadea, sorprendido. —¿De dónde viene eso?

Me muerdo el labio. No estoy segura de lo que se me permite decir. Sin embargo, al final cedo. —Petra. Le pregunté cómo iba todo con Yuri y ella mencionó que se sentía… distante. Como si le estuviera ocultando algo. ¿Tienes idea de si está pasando algo?

Matvey se aparta de mí, con el rostro repentinamente en conflicto. Parece estar luchando consigo mismo, dividido entre hablar y guardárselo todo para sí.

Pero, al final, él también cede. —No puedes decirle a Petra lo que estoy a punto de decirte.

—Vale.

—Se trata de Vlad. Puse a Yuri tras su pista. Creemos que podría estar trabajando con el enemigo.

Frunzo el ceño. —"Vlad" ¿…Ese es su padre?

—De hecho. El mismísimo diablo.

Lo dejo asimilar. El padre de Petra podría ser un infiltrado, y a Yuri le han encomendado la tarea de averiguar la verdad. No es de extrañar que las cosas se hayan vuelto incómodas entre ellos. Solo puedo imaginar cómo debe ser no poder decirle la verdad a la persona que amas. Ser obligado a sonreír y asentir, sabiendo todo el tiempo que tienes que trabajar en su contra. En contra de su familia.

—Eso es horrible.

—Es menos que ideal. Con suerte, no hay nada allí.

Envuelvo mis brazos alrededor de Matvey. —Me alegro de que me lo hayas dicho —susurro.

Pasa un momento. Dos. —Por supuesto —dice Matvey con voz áspera—. No más secretos.

No más secretos.

—Lo que me recuerda.

Inclino mi cabeza hacia arriba. —¿Qué?

Inesperadamente, Matvey sonríe. —Tengo un trabajo para ti.

APRIL

Resulta que el trabajo es para la Bratva Groza.

Sigo a Matvey por los sinuosos recovecos del sótano del cuartel general. Se siente extraño estar aquí, como si estuviera husmeando en un lugar donde no debería.

Al mismo tiempo, me han invitado aquí. Matvey me invitó aquí. Eso solo llena mi pecho de calidez.

No más secretos, ¿eh? Podría acostumbrarme a eso. Ser parte de la vida de Matvey… de *toda* la vida de Matvey. Incluido el lado oscuro.

Ahora, el único misterio que queda es qué diablos estoy haciendo aquí.

Cuando abre la última puerta, medio espero ser recibida por guardias armados y cajas de armas, tal vez pilas de bolsas blancas sospechosas en las esquinas… pero no hay nada de eso. Diablos, ni siquiera hay una mota de polvo en el piso. Nada como la espeluznante trastienda que esperaba.

En cambio, hay maquinaria. Mucha.

Ah, y gente.

—¡Sr. Groza! —una mujer con bata de laboratorio se acerca a nosotros a grandes zancadas, con los ojos llenos de emoción—. Me alegro mucho de que haya podido venir.

Matvey le estrecha la mano. —Y usted. He oído cosas buenas sobre su trabajo, profesora Simmons.

—Me siento halagada. ¡Y esta debe ser la Dra. Flowers!

Por un segundo, doy un salto. ¿Está mi padre aquí? ¿Por qué nadie me advirtió?

Y entonces me doy cuenta, *Ah. Me está mirando a* mí. —Em, en realidad no…

Pero ya me está estrechando la mano. —¡Es un honor conocerla! Cuando el Sr. Groza me habló de su proyecto, casi pierdo la cabeza.

—En el buen sentido, espero —sonrío nerviosamente.

—Más que bien. He estado rogándole a los militares durante años que me dejen trabajar en un proyecto como este, pero no lo aceptaron. Estoy emocionada de que alguien finalmente esté

pensando en el futuro.

—¿Un proyecto como…?

—Nanofibras —sonríe—. De verdad, tu visión es increíble. No puedo esperar para comenzar.

Admito que mi cabeza está empezando a dar vueltas. —Gracias. Yo… Eh, lo mismo, de verdad.

—¡Genial! Iré a buscar a los demás.

—¿A l-los demás?

Pero ella ya está corriendo.

—Emocionada, ¿no? —se escucha una nueva voz detrás de mí.

Apenas reprimo un chillido.

—Lionel —saluda Matvey—. Me alegro de que pudieras venir a bordo.

—¿Después de ese cheque que me ofreciste? Me habría subido al Titanic. ¿Esta debe ser la mente detrás de la rutina?

Matvey asiente hacia mí. —April, este es el Dr. Reznikov. Lionel, te presento…

—Al próximo gran nombre de la moda —completa con un cálido apretón de manos—. Encantado.

Siento que me dan vueltas como a una muñeca. —Em, ¿el placer es todo mío?

Al Dr. Reznikov no parece importarle el signo de interrogación. —Me tomé la libertad de hacer algunos números. Espero que no te importe.

—¿N-Números?

De repente, saca una tableta. *¿Qué demonios…?* —Esta es una lista de materiales, dividida por costo, disponibilidad y durabilidad. Creo que los cinco primeros se integrarían espléndidamente con Kevlar, pero no quería limitarlo demasiado, así que mantuve la mente abierta para bases alternativas. La tintura no debería ser un problema, pero tal vez queramos ceñirnos al negro para las primeras tiradas de producto.

—Ajá —murmuro mientras asiento con la cabeza como un muñeco cabezón.

—Luego, está el asunto del tamaño. Por supuesto, es mejor hacerlo a medida, pero también hay que pensar en la producción en masa. He elaborado una propuesta basada en la exportación a gran escala…

Sigo tarareando las ideas del Dr. Reznikov, fingiendo que sé perfectamente de qué está hablando. —Ya veo. Eso es… interesante.

—¿Verdad? Respeto la creatividad, por supuesto, pero una empresa práctica también necesita una mente práctica. ¿No estás de acuerdo?

—¡Vale, estamos todos aquí! —la profesora Simmons reaparece de la nada, su sonrisa de alguna manera incluso más brillante que antes—. Ah, Lionel, ¿no irás a buscar a tu equipo también?

¿Para que podamos hacer una presentación apropiada?

—¡Claro! Vuelvo enseguida.

En cuanto se presenta la oportunidad, tiro discretamente de la manga de Matvey. —Eh, ¿Matvey? ¿Una palabra? —luego, lo arrastro a un rincón apartado del almacén.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—¿Qué estoy haciendo aquí?

Veo el indicio de una sonrisa burlona en sus labios. —Liderando, por supuesto.

—¿Liderando…?

—Todo.

Levanto mis manos en derrota. —Vale, mira, me atrapaste. Compraré una consonante, compraré una vocal, compraré todo el maldito alfabeto. Ahora, ¿puedes decirme qué está pasando, por favor?

Debe estar satisfecho con mis ruegos, porque finalmente deja de bromear. —Estamos aquí para hacer ropa.

—¿Ropa? —frunzo el ceño.

—*Tu* ropa. Los trajes a prueba de balas.

Por un segundo, todo se tambalea. —¿Qué?

—Quiero que hagas mi Bratva a prueba de balas. Si estás interesada, claro.

De repente, me invade la necesidad de pellizcarme. De todas las propuestas que una chica podría esperar, esta sin duda es la mejor. Aunque no estoy segura si es demasiado. —Eso es… vaya.

—¿Es un buen vaya o un mal vaya?

—Es un vaya genial —ahora que el shock inicial se desvanece, siento que una sonrisa se extiende lentamente por mis labios—. En serio, ni siquiera puedo… ¿Por qué? ¿Cómo?

Se encoge de hombros. —Tu idea era buena. Quiero invertir.

Invertir. Dios, no puedo entender esto. La única inversión que alguien ha hecho en mí fueron apuestas sobre quién sería la más probable de caerse durante las pruebas de porristas. No hace falta decir que les gané algo de dinero a esos tíos.

—Entonces, la profesora Simmons y los “otros”…

—Son tu departamento de investigación y desarrollo —explica, como si fuera lo más obvio del mundo—. Tendrás acceso total a las instalaciones, control total sobre el proyecto y asistencia las 24 horas. Y, por supuesto, te pagarán.

Vale, ahora *realmente* tengo que pellizcarme. —¿Pa-pagarme? —tartamudeo.

Sin decir palabra, Matvey me entrega un papel doblado.

Al principio, creo que lo estoy leyendo mal. Luego, me pregunto si no habrá un error… un cero de más. O tres.

Entonces, me pellizco con fuerza.

Respira, April. Solo respira. —Matvey, esto es demasiado. No puedo… Si necesitabas ayuda, solo tenías que pedirla. Con gusto lo habría hecho todo gratis.

—Eso está fuera de cuestión.

—Pero…

—April —dos manos fuertes descienden sobre mis hombros. No tengo más opción que levantar la barbilla y dejarme atrapar por esos ojos azul hielo—. No estoy haciendo esto por ti. Estoy haciendo esto por mis hombres. Es la decisión correcta.

Me obligo a tragarme las lágrimas. Durante toda mi vida, nadie me ha valorado, y ahora…

Ahora alguien me está pidiendo que haga lo que amo. Alguien *necesita* que haga lo que amo, y quiere pagarme generosamente.

—No tienes por qué contratarme solo porque estemos juntos, ¿sabes? Si quieres tomar mi idea y… y preguntarle a alguien más capacitado, lo entenderé.

—¿Eso es lo que crees que es esto? —pregunta Matvey, con un dejo de impaciencia en sus palabras—. No me dedico al nepotismo sin sentido, April. Si lo hiciera, estaría muerto y enterrado.

—¡No es eso lo que quise decir! —me apresuro a aclarar—. Es solo que… ¿No quieres a la mejor persona para el trabajo?

—Sí, la quiero. Y ya la tengo.

Esto no es real. Esto no puede ser real. —Matvey…

Su mano se acerca a mi mejilla y atrapa una lágrima perdida que corre por mi rostro. —No tienes que hacer esto —dice finalmente—. Tienes derecho a decir que no, April. Pero espero que no lo hagas. Espero que aceptes este trabajo, que aceptes el dinero y que aproveches la oportunidad de firmar con tu nombre tu primera línea de ropa. Sé que no son vestidos, pero…

—¡No! —sacudo la cabeza—. No, es perfecto. Yo… simplemente no puedo…

Miro fijamente el número en mis manos. El número ridículamente alto. Es una tontería preocuparse por el dinero ahora, con Matvey cubriendo cada necesidad de nuestra familia, pero es difícil deshacerse de eso… de la inseguridad.

—Sigue siendo demasiado —susurro.

—No, no lo es. Tú lo vales.

Tú lo vales. ¿Cuánto tiempo he esperado que alguien me dijera eso? ¿Cuántas noches sin dormir? ¿Cuántas curitas? ¿Cuántas lágrimas silenciosas evaporándose en un zumbido de tul?

—¿Por qué yo? —murmuro como último recurso.

Los labios de Matvey se curvan hacia arriba. —¿Por qué no tú?

—…Vale. Lo haré.

Su media sonrisa se convierte en una completa. —¿Dirigirás el proyecto?

—Dirigiré el proyecto.

—¿Firmarás la línea?

—Firmaré la línea.

—¿Aceptarás el dinero?

Suspiro, exasperada. —Sigo pensando que es una cantidad ridícula.

—No lo es. Deberías ver lo que gastamos en marketing —se encoge de hombros—. Además, ya he descontado el alojamiento y la comida.

Parpadeo. —No sé si estás bromeando.

—No lo estoy. Soy un hombre de negocios.

Increíble. Pongo los ojos en blanco y finalmente contengo las lágrimas. —Gracias. De hecho, eso me hace sentir mejor por aceptar esto.

—Entonces, ¿eso es un sí?

Me pongo de puntillas. —Sí —murmuro contra los labios de Matvey—. Sí, Sr. Groza. Aceptaré su gran, gordo y desvergonzado cheque.

Observo cómo se le dilatan las pupilas. Agujeros negros que se comen el hielo de sus iris. —Bien. Porque la voy a dejar exhausta, Srta. Flowers.

—¿Es así?

—Ajá. De hecho… —me lleva a una oficina lateral y me levanta sobre el escritorio—. Voy a empezar ahora mismo.

APRIL

El tiempo empieza a volar. Y quiero decir, como si *volara*. A toda velocidad hacia el horizonte, con una gran nube detrás.

¿Yo? Solo intento no quedarme atrás en el polvo.

—¿Qué tal si aumentamos el porcentaje de nanofibras de Kevlar? —pregunta el Dr. Reznikov.

La profesora Simmons frunce el ceño. —Eso va a ser complicado. Si aumentamos demasiado, la ropa no será lo suficientemente flexible para el movimiento.

—La flexibilidad es imprescindible —enfatizo—. Necesitamos caminar por el límite entre "traje" y "armadura". Pruebe con una mezcla de lana… eso debería equilibrarlo. Ya pensaremos en la línea de primavera/verano más tarde.

—Lo haré —dice la profesora Simmons.

—Haré los números —el Dr. Reznikov sonríe—. Estará en su escritorio a las tres, jefa.

Me toma cinco minutos completos darme cuenta de que se refiere a mí. *Yo* soy la jefa.

Lo que me lleva a una conversación incómoda con mi *antiguo* jefe. —Solo pasó tan rápido —le murmuro a Elías, llena de culpa.

Por teléfono, se ríe—. Por favor, hija. Todo lo que siempre quise fue que tuvieras tu gran oportunidad. ¿Crees que me voy a enojar contigo ahora que finalmente está sucediendo?

—Es solo un proyecto —replico—. Puede que no lleve a ninguna parte. Tenemos un plazo de tres meses para un prototipo funcional, así que tal vez después…

Podría regresar. Las palabras están en la punta de mi lengua, pero me las trago. Después de todo, ¿puedo siquiera hacer esa promesa? ¿Puedo jurar que volveré a Third Chance, que todo volverá a ser como antes?

Una parte de mí lo quiere. Es la parte que pasó tantos años entre esos estantes… años felices, años tristes. La parte que no conoce nada más.

Pero las cosas cambian. Y ya han cambiado muchas cosas… yo más que nadie.

—Luego hablaremos —me tranquiliza Elías, como si supiera exactamente lo que estoy

pensando. Lo que me impide comprometerme, de una forma u otra—. Ahora, quiero que hagas una cosa y solo una cosa.

—Por supuesto —murmuro—. Lo que sea.

—Usa el resto de tu baja de maternidad.

—¡Elías, no puedo! —protesto—. Este proyecto está bien pagado. No puedo seguir cobrando un sueldo cuando todavía necesitas contratar…

—Puedes y lo harás —la voz de Elías suena divertida, pero inflexible—. Además, ya he contratado a un trabajador temporal. No puedes hacerme cambiar de opinión, jovencita.

—¡Pero…!

—Sin peros. Todas las quejas se pueden enviar a Recursos Humanos.

—¡*Tú eres* Recursos Humanos!

—Entonces, tu queja ha sido recibida. Ahora, ve a cambiar el mundo.

Pongo los ojos en blanco con cariño. —Solo estoy haciendo ropa.

—"Soy solo un sastre". ¿Sabes quién decía eso?

—Tengo la sensación de que estás a punto de decírmelo.

Oigo risas al otro lado de la línea. —Gianni Versace. Buenas noches, querida.

Me quedo al teléfono mucho después de que la llamada se ha desconectado. *Buenas noches*. Esas palabras persisten en mi cabeza: *Buenas noches*. Es propio de Elías elegir una despedida tan amable como esa.

Una que no sea un adiós.

Así que me lanzo de nuevo a mi trabajo. Pongo mi sangre, sudor y lágrimas en él. Llego a la fábrica antes que nadie y me quedo más tarde que todos. A menudo, eso significa llevar conmigo a May y a sus cuatro guardaespaldas recién nombrados. Ninguno de ellos se compara con Botones, pero, de nuevo, no todo el mundo puede ser un protector perfecto *y* una almohada perfecta.

Y así, las semanas pasan volando.

~

OTRA COSA que ha estado en alza: mi vida sexual.

—Mírate —me dice Matvey al oído. Está encima de mí, detrás de mí, dentro de mí. En todas partes, al mismo tiempo—. Tan mojada para mí.

Gimo en la almohada sin poder hacer nada. Estoy llena hasta el borde, los dedos de Matvey deletrean ruina dentro de mí, su mano libre bloquea las mías en su lugar en la parte baja de mi espalda. —Por favor —suplico.

—¿Tanto quieres mi polla?

—La quiero —gimo—. Por favor, Matvey, por favor…

Saca sus dedos de mí. Quiero llorar por la ausencia… ahora está tan vacío… cuando los siento de nuevo en mis labios. Los empuja bruscamente, llenándome por completo ese extremo también, sofocando mis gemidos mejor que cualquier almohada.

Aún puedo sentir mi sabor en él. —*Blyat'* —gruñe—. Qué pequeña zorra tan sucia.

Luego, se desliza dentro de mí.

No, "desliza" no es la palabra correcta… es demasiado suave. Lo que Matvey me está haciendo es nada menos que salvaje. Su polla empuja con fuerza entre los labios hinchados de mi coño, y todo lo que puedo hacer es morder los dedos en mi boca para mantenerme callada.

Dios me libre… me encanta.

Cuando estaba embarazada, nunca pudimos hacer algo así. Estábamos demasiado ocupados siendo cuidadosos, apegándonos a posiciones que no convirtieran nuestro Pollito en una Panqueca.

Pero, después de que desbloqueamos el sexo de odio, las posibilidades se volvieron infinitas.

Ahora no hay odio, ya no, pero las asperezas permanecen. Es mi culpa, en realidad: nunca fui tan buena ocultando lo que me gusta. Con mis novios anteriores, no era un problema… ¿y cómo podría serlo? Como si sus fantasías alguna vez se extendieran más allá del principio mecánico de "La Pestaña A se inserta en la Ranura B".

Pero Matvey es observador. Cuando vio lo mojada que me ponía que me manosearan, se dio cuenta.

Y llámame delirante, pero tengo la sensación de que no soy la única a la que le… *afecta*.

Al menos, a juzgar por lo fuerte que late dentro de mí.

—Dios, no pares —jadeo, liberando sus dedos de mis dientes.

Inmediatamente, los siento en mi cabello. —Deja de llamar a Dios. No está aquí.

—¡Matvey…! —grito, un delicioso dolor que me recorre la columna desde el cuero cabelludo. Su puño se aprieta, aprieta, aprieta más, tirando de mis rizos con un agarre de presión del que nunca podría escapar. Estoy atrapada, inmovilizada, sin esperanzas… y se siente tan bien que podría llorar—. No pares, no pares… *¡Ahh!*

Sus embestidas son despiadadas. Me folla como si fuera una cosa, un juguete. Algo puramente suyo para arruinarlo cuando le dé la gana. Mierda, ¿debería sacar esto a colación en terapia?

—*Kalina* desvergonzada —gruñe Matvey contra mi nuca, enviando escalofríos por todo mi cuerpo—. Dime qué más quieres que te haga.

—Tócame —suplico. Mi clítoris está a punto de estallar, palpitando desatendido entre mis piernas—. Por favor, necesito que me toques, ¿por favor…?

Pero Matvey chasquea la lengua, decepcionado. —¿Mi polla no es suficiente para ti?

Sacudo la cabeza frenéticamente. *No es eso*, quiero decir. *Solo te necesito en todas partes.*

Pero, en el segundo que abro la boca para hablar, sus dedos se hunden de nuevo en ella, sofocando todo sonido. —Cosita sucia. Ahora, me pregunto si siquiera mereces correrte en absoluto.

Sus embestidas se ralentizan hasta detenerse como un castigo. Siento que las lágrimas me pican en las comisuras de los ojos, la idea de parar es insoportable. Peor aún… la idea de que Matvey pinte mis entrañas de blanco sin dejar que me corra ni una vez. Murmuro incoherencias alrededor de sus dedos, pero se niega a sacarlos.

Así que uso mis caderas. Empiezo a rodarlas lentamente, suplicante. Matvey inhala con dificultad y lo tomo como una señal.

Acelero el ritmo, casi follándome sobre su palpitante polla. Está tan duro que fácilmente podría hacerme daño. Es tan grande que todavía no puedo creer que quepa dentro de mí. Cada vez que me muevo, el placer se enciende en todas partes, el calor que siento por él es casi insoportable.

Si me corriera así, nunca me lo perdonaría.

Seré buena, quiero prometer desesperadamente. *Seré buena, así que por favor…*

De repente, sus dedos se deslizan fuera de mi boca. Siento sus manos grandes y fuertes agarrando mis caderas, obligándolas a quedarse quietas. —Joder, *kalina*. ¿Intentas hacer trampa para escapar del castigo?

—¡N-no! —jadeo—. Nunca, yo…

¡THWACK!

Me sobresalto.

¿Acaba de… azotarme?

El calor se extiende al resto de mi cuerpo desde el punto de impacto. Mi trasero hormiguea, la huella de la mano de Matvey pulsa roja y hambrienta en mi nalga. —No me mientas.

Archivado en: fetiches que no sabía que tenía. —Matvey, por favor.

—Estoy tentado de hacerlo, sabes —susurra, áspero como papel de lija—. Follarte hasta dejarte sin fuerzas. Poner otro bebé en tu vientre.

Mi visión se nubla. —Matvey…

—Apuesto a que te gustaría, ¿no? —gime entre embestidas superficiales—. ¿Estar llena de mi semen?

—Sí —gimo, demasiado ida para mentir.

—Una y otra vez. Hasta que no puedas soportarlo más.

—Dámelo —jadeo—. Llename con tus bebés, fóllame, *fecúndame*…

Cualquier cosa vergonzosa que iba a decir a continuación, Matvey no me deja. —*Blyat'* —maldice entre dientes, y luego está sobre mí: manos en mis caderas, boca en mi cuello, polla hundiéndose en mi punto dulce con cada embestida.

Quiero tanto tocarme que me duele, pero él no me deja. En el segundo en el que ve mi mano moverse, la inmoviliza contra el colchón sin piedad, cinco dedos callosos se abren paso en los huecos que dejó la mía. —O te corres en mi polla o no te corres en absoluto —gruñe.

—¡Matvey…!

—Vamos, *kalina*. Déjame sentirlo.

No puedo decir que no.

Al final, nunca puedo decirle que no.



DESPUÉS, entierro mi cara en su pecho. —Eres el peor —suspiro.

Los dedos de Matvey suben para acariciar mi cabello. —¿Lo soy?

—Sí. Estoy bastante segura de que eso violó la Convención de Ginebra.

El atisbo de una sonrisa burlona. —Mi error. Seré más aburrido la próxima vez.

—Está bien. Puedo soportarlo.

Me da un beso en la parte superior de la cabeza. —Lo sé.

Es casi mejor que el sexo… esta parte inmediatamente después. Solo tumbados aquí, agotados y sin huesos, y escuchándonos respirar. —Mm.

—¿Cómo va el proyecto?

—Bien —murmuro—. Digo, muy bien. Probamos algunas nanofibras hoy.

—¿Alguien a quien deba despedir?

Ahogo mi risa en el hueco del cuello de Matvey. —No, gracias. Necesitamos todas las manos que podamos conseguir. Por cierto, ¿cómo va tu trabajo?

Suspira. —No va. Esta situación del infiltrado está impidiendo que el plan avance.

Últimamente, Matvey ha sido mucho más franco conmigo… hasta el punto de que puede lanzar palabras clave como "el plan" y realmente sé de qué está hablando. La Dra. Knox estaría encantada.

—Lo siento —digo sinceramente—. Ojalá pudiera ayudar.

—Ah, créeme, estás ayudando.

Le doy un golpecito en el brazo. —Así no. Y deja de pellizcarme el trasero.

—¿Por qué? ¿Todavía estás demasiado sensible?

Este hombre será mi muerte. —Deja de cambiar de tema.

—Pero me gusta más este tema.

—Matvey.

Pone los ojos en blanco, pero también hay cariño allí. —Lo digo en serio. Estás ayudando. Tus trajes marcarán la diferencia en las batallas que se avecinan.

Batallas. No me gusta cómo suena eso, pero sé que no debo intentar disuadir a Matvey de sus objetivos. Desde el primer día, ha apoyado los míos… es justo que le devuelva el favor. Aunque sea aterrador pensar en ello.

Es por eso que tienes que hacer lo mejor que puedas en el trabajo: para protegerlo. Es la única forma en que te lo permitirá. —Pero aún no puedes avanzar.

—No —exhala—. No hasta que encontremos al infiltrado. Lo cual es… problemático.

—¿Por qué?

—Los *vory*. Están inquietos de nuevo. Quieren el plan.

—Y, debido al infiltrado, no puedes dárselos.

Asiente. —Precisamente.

Siento que mis párpados se vuelven pesados. No puedo evitarlo… la resistencia de Matvey es imposible de seguir. Apenas sé lo que digo cuando balbuceo, ya medio dormida—: Pues dales uno.

—¿Qué?

—Un plan. Solo no… *el* plan…

Matvey no dice nada. Me obligo a parpadear para abrir un ojo. Cuando lo hago, veo que su expresión parece estancada, congelada. Como si hubiera tenido una epifanía o algo así.

Intento preguntar, pero el sueño me atrapa.

Ay, bueno. Hablaremos más por la mañana.

MATVEY

Mi fuerza nunca fue la estrategia. Era la fuerza bruta, abrumadora. Tomar lo que quería, sin importar los obstáculos en mi camino. Es así como reconstruí la Bratva Groza desde cero, cómo la arrastré a través del océano y la hice crecer. Fuerza de voluntad, fuerza de mano: hasta ahora, es la única estrategia que he necesitado.

Pero ahora me enfrento a un enemigo que no puedo ver.

Ahora, la fuerza bruta ya no es suficiente para llevarme a donde quiero ir.

Así que me presento en el trabajo, reúno a los *vory* y hago mi anuncio. —Es hora.

Los ojos de Yuri parecen a punto de salirse de sus órbitas. Los de Grisha también, aunque es menos notorio con él. Su cara de póquer siempre ha sido mejor que la de mi hermano.

Ninguno de los dos me cuestiona en voz alta, pero puedo escuchar sus pensamientos claros como el día: *¿Qué diablos?*

No les advertí. Eso también fue a propósito. Después de todo, si quiero atraer a las ratas, necesito que mi cebo parezca real… y realmente jugoso.

—Este es un plano del edificio que compraremos.

Lo dejo sobre la mesa de la sala de conferencias. Todos se ponen de pie, estirando el cuello para ver. —¿Por qué este? —pregunta Vlad.

—Por su posición —extiendo otro rollo sobre el primero… un mapa—. Esta es la sede de Bonaccorsi. Y este es nuestro edificio. Como pueden ver, es un salto directo de un tejado al otro.

—¿Así es como invadimos? —Yuri frunce el ceño—. ¿Desde el tejado?

—Sí —continúo con mi explicación—. Solo hay un problema… el edificio no es una sola propiedad. Se ha dividido verticalmente entre dos empresas. Técnicamente hablando, estamos considerando dos entidades completamente separadas.

—Entonces, ¿cuál compramos? —pregunta Stanislav.

Sonrío. —Ambos.

Ipatiy se aclara la garganta. —Disculpa la insolencia, *pakhan*… pero ¿no es eso un desperdicio

de recursos?

Se oyen algunos murmullos de aprobación. Los dejo pasar. Ahora tengo la vista puesta en el panorama general. —Lo sería —admito— si *realmente* fuéramos a comprar ambos.

—¿No lo haremos? —pregunta Gora.

—No. Simplemente vamos a intentar conseguir ambos. De esa manera, incluso si perdemos a uno, no terminaremos jodidos.

Como la última vez. Nadie lo dice, pero está en la mente de todos: mi fracaso más reciente. —¿Tienes a alguien en mente para el trabajo? —pregunta Grisha, dándome la oportunidad perfecta para cambiar de tema.

—Sí.

—¿Quién?

—A todos.

Los *vory* fruncen el ceño. —¿Todos? —pregunta Vlad, poco convencido.

Saco dos carpetas y las deslizo en direcciones opuestas sobre la mesa. —Equipo Groza. Equipo Solovyov. Felicitaciones: cada uno tiene una semana para conseguirme un edificio.

—¿Estamos… compitiendo? —Stanislav frunce el ceño.

—Solo es un desafío amistoso, por supuesto. Pongan a sus mejores hombres en ello: el equipo ganador tendrá la oportunidad de nombrar a nuestro próximo *vor*.

Es una oportunidad que nadie puede darse el lujo de dejar pasar. En este momento, los *vory* de Groza y Solovyov están igualados. Quien gane controlará la votación de la junta.

No es que importe. Siempre he tomado mis propias decisiones. No tengo intención de cambiar mis costumbres.

Pero la mayoría de los *vory* no lo saben. Después de la situación de Iván, probablemente esperaban algún tipo de cambio. Y si creen que esto es todo, ¿quién soy yo para contradecirlos?

Stanislav toma una carpeta. Vlad le arrebata la otra. —¿Una semana? —balbucea.

—Una semana.

Luego, se dispersan.

Solo Yuri y Grisha se quedan atrás. Tan pronto como la habitación se vacía, ambos se acercan a mí. Entonces, Yuri sisea—: ¿Qué diablos fue eso?

Es un testimonio de mi buen humor que no lo castigue. —Eso, hermano, fue estrategia —abre la boca para protestar, pero lo interrumpo—. Llama a Petra. Dile que nos encuentre en mi casa. La verdadera reunión comienza ahora.



—MÁS VALE que esto sea bueno —resopla Petra, golpeando el suelo con los tacones, impaciente —. Tuve que cancelar una manicura y pedicura.

—Y todos estamos agradecidos por tu sacrificio desinteresado.

—No lo entiendo —murmura Yuri—. ¿Por qué dijiste todas esas cosas en la reunión?

No me justifico. Nunca sentí la necesidad y no empezaré ahora. —Grisha. Mi bolso.

Una vez que lo tengo en mis manos, me toma menos de un segundo encontrar lo que estoy buscando. —Lo que estoy a punto de mostrarles no puede salir de esta habitación. Solo nosotros cuatro lo sabremos. ¿Entendido?

Todos asienten.

Satisfecho, tiro el contenido sobre la mesa.

—¿*Otro* rollo? —Yuri estira el cuello para ver—. ¿Qué es?

—El plan. El *verdadero* plan.

Petra se inclina para inspeccionarlo. Desenrolla lentamente las esquinas, sujetándolas con pisapapeles mientras avanza. Sus ojos recorren cada centímetro del plano. —¿De quién es este edificio?

—De Carmine.

Tres pares de ojos se abren de par en par a mi alrededor. —Tienes que estar bromeando —dice Yuri.

—¿Y por qué?

—Porque esto parece… como…

—Como si quisieras llevar la pelea directamente a Carmine —completa Grisha. No hay nada de la sorpresa de mi hermano en su voz, solo un vago destello de diversión—. ¿Me equivoco?

—Para nada —luego, entrego tres carpetas.

—Genial —murmura Petra—. Más papel.

—El papel es imposible de rastrear —observo—. Así, el infiltrado no puede seguirnos la pista.

—Disculpa, ¿el qué?

Cierto. Supongo que es hora de romper ese cristal en particular. Después de todo, esto es un consejo de guerra… y, si *eso* no cuenta como “en caso de emergencia” …

Además, April tiene razón. Necesito empezar a confiar en la gente que me rodea. Aunque solo sean un puñado de ellos, no puedo seguir actuando a sus espaldas. O estoy dentro o estoy fuera. Y Petra ha demostrado con creces su valía.

—Alguien ha estado espiando para Carmine todo el tiempo —le digo—. Así es como se estropeó el primer trato. Pensamos que era solo Iván, pero hemos empezado a sospechar de otros.

—¿Como quiénes?

—Motya… —susurra Yuri en mi oído.

Pero continúo. —Tu padre.

El rostro de Petra se congela. Por una fracción de segundo, todo movimiento en ella se detiene. Nadie lo llamaría “sorpresa”, pero, de nuevo, muy pocos están familiarizados con la forma en que Petra maneja las emociones.

Para bien o para mal, me he convertido en uno de ellos.

—Ya veo —dice con voz áspera.

Si hubiera sido cualquier otra persona, podría haber comenzado a gritarme en la cara… incluso desmayarse. Pero no es cualquier otra. Es Petra Solovyova, el ruiseñor con alas de hielo, y le toma apenas unos momentos recomponerse, obligando a sus músculos faciales a volver a alinearse. De nuevo bajo su control ártico.

—¿Supongo que lo sabías? —le pregunta a Yuri, con una expresión ilegible.

—Actuaba bajo mis órdenes —interrumpo—. Si te vas a enojar con alguien, enójate conmigo. Le obligué a no decírtelo.

Se ríe seca y amargamente. —Cómo han cambiado las tornas.

—Todavía no es un hecho —Yuri intenta tranquilizarla—. Puede que sea inocente.

Resopla. —Mi padre es todo menos inocente. Pero claro, haz lo que puedas.

—Petya…

Se frota las sienes y suspira. —No me malinterpretes. No me enoja que estés investigando a mi padre. Me enoja que hayas pensado que era demasiado frágil para soportarlo.

Luego, se desploma en la silla, sin ganas de luchar. Yo solía pensar que el embarazo no tendría ningún efecto en Petra, que simplemente se reproduciría como una bacteria, pero ahora puedo detectar los signos: la fatiga, la fragilidad de la piel y los huesos. No estuve cerca de April en su primer y segundo trimestre, pero, si tuviera que adivinar, diría que así es como se ve desayunar encorvada sobre el inodoro.

¿Quién lo hubiera dicho? Mi esposa es humana después de todo.

—Claramente, no lo eres.

Me da una sonrisa forzada. —Vaya, gracias. ¿Vamos a abrazarnos ahora?

—Ni lo sueñes.

—Bien. Estaba dispuesta a apuñalarte si lo intentabas.

Yuri se sienta a su lado. Con cautela, toma su mano entre las suyas. —Entonces, ¿estamos…?

Ella pone los ojos en blanco. —Ay, por favor. No voy a dejarte por ocultarme un secreto insignificante. Ni siquiera eres bueno en eso.

—Oye, ¿qué se supone que significa eso?

—Ya sabes, todo el andar a escondidas, las miradas de cachorro culpable. Era como si no pudieras contenerlo más.

—Ella pensó que o te arrodillarías o desaparecerías de la faz de la tierra —le susurro en broma al oído, no lo suficientemente bajo como para ser sutil—. Por el amor de Dios, hermano, hazlo mejor.

Grisha se aclara la garganta. —Odio arruinar el momento para nuestros dos tortolitos…

—Sí, sí, el plan —Petra le hace un gesto para que continúe—. Déjame adivinar. ¿Estos son nuestros papeles protagónicos?

—Lo son —confirmo.

Todos recogen la carpeta con su nombre. —Yuri, serás el primero. Quiero que coloques una pequeña bomba en las alcantarillas de aquí.

—¿En el sótano? —frunce el ceño—. ¿Por qué?

—El infiltrado esperará que atravesemos el techo.

—Porque eso es lo que les dijiste a los *vory* que harías —se da cuenta Grisha.

—Exactamente. Si realmente hay un infiltrado, lo usaremos a nuestro favor. Nadie estará mirando el piso del sótano.

—¿De qué tan pequeña es la bomba de la que estamos hablando? —pregunta Yuri.

—Lo suficientemente pequeña para que parezca que el piso se derrumbó por sí solo. No queremos llamar la atención, todavía no.

—Suena razonable —dice Grisha—. ¿Luego qué?

—Luego, entras tú. Hackearás su sistema de comunicación e interceptarás su llamada a los reparadores.

—Déjame adivinar —dice Petra con voz arrastrada—. ¿Ahí es donde entro yo?

—Lo es. Te harás pasar por la secretaria de una empresa de reparaciones y enviarás a un equipo.

—Nuestros hombres, supongo.

—Exactamente.

Los ojos de Yuri se iluminan con comprensión. —Así que ese otro plan…

—Era para mantener a los *vory* ocupados. Y descubrir el infiltrado.

—¿Cómo?

Sonrío. —Ya lo verás. Todos lo veremos, muy pronto.

MATVEY

Después de la reunión, decido llegar temprano a casa y agradecerle a mi musa como es debido. Pero, una vez más, me encuentro con una imagen familiar: ropa esparcida por todas partes. —¿April…?

—¡Aquí! —la voz proviene de una pila de chaquetas de traje negras. No tengo idea de en qué se diferencian, pero una mirada me dice de dónde deben provenir: de la fábrica.

—¿Echas una siesta en los prototipos? —pregunto mientras me acerco con cautela.

—Dormir es para los débiles —responde, con una horquilla entre los dientes.

Es ridículo. Tonto en el mejor de los casos. No creo que haya un solo hombre vivo que lo encuentre sexy.

Y, sin embargo, no puedo apartar la mirada.

Así que supongo que hay al menos uno.

—¿Supongo que el trabajo ha ido bien?

Su rostro se ilumina ante eso. —¿Qué tal si te lo muestro? —me conduce hacia un espacio vacío en el suelo, frente a un espejo—. Quítate la chaqueta.

—Eso es muy atrevido de tu parte, Srta. Flowers.

Me da una palmada juguetona en el brazo. —Desvístete o lo haré yo por ti. Y sí, eso es una amenaza.

Al final, me quito la chaqueta. Las manos de April me ayudan, expertas y delicadas. Quiero arrebatárselas en el aire y besarlas, un dedo a la vez, hasta que se le ponga toda la cara roja. Luego, quiero recorrer con mis labios su brazo, su hombro, su suave y hermoso cuello. Hasta que respire con dificultad y suplique por más.

—¡Listo! —aplaude una vez y da un paso atrás para admirar su creación.

Me miro en el espejo. La tela de la chaqueta es elegante, lisa, sin nada que envidiarle a mi vestuario habitual. Su color es un negro carbón intenso, que me recuerda a los chalecos antibalas. Tiene la misma sensación de robustez, pero sin la rigidez a la que estoy acostumbrado. Experimentalmente, empiezo a moverme.

El rostro de April se ilumina como un árbol de Navidad. —Suave, ¿verdad? Creemos que finalmente hemos perfeccionado la combinación de telas. El kevlar sigue siendo la piedra angular, pero era demasiado rígido por sí solo, así que probamos todo tipo de…

Me quedo en blanco. Las palabras de April pasan volando sobre mi cabeza. Solo su voz permanece, lo suficientemente apasionada como para avergonzar a los estilistas de clase mundial.

Increíble. Mi mujer es increíble.

—…¡y creemos que pronto estaremos listos para la producción en masa!

Eso me saca de mi ensoñación. —¿Cuándo?

—Bueno, el Dr. Reznikov cree que ya estamos allí, pero la profesora Simmons y yo todavía queremos probar algunas cosas. Hay un par de problemas que solucionar con la capacidad de lavado y la resistencia a la intemperie, y luego… *¡mmmph!*

El beso se traga el resto.

No me detengo hasta que está exactamente donde quiero: cara enrojecida, respiraciones entrecortadas, pupilas dilatadas. —¿Por qué fue eso? —jadea después.

—Tú.

Sus mejillas se sonrojan aún más. —No hice nada.

—Lo hiciste. Y ahora, recibirás una recompensa.

~

—¡Ahh… Matvey…! —sus dedos se enredan en mi cabello, tirando locamente. Con cada lamida de mi lengua alrededor de su clítoris, su cuerpo se sacude más fuerte, desesperada por una liberación que estoy reteniendo a propósito—. Por favor —jadea, con la voz quebrada.

Pero ella no marca el ritmo aquí.

Yo lo hago.

—¿Por favor qué?

—Déjame correrme.

Es una súplica convincente. Un hombre más débil incluso podría ceder. —Todavía no —gruño.

Le separo más los muslos. Mi barba de las cinco roza la delicada piel de la parte interior de sus muslos, una capa extra de sensación que no parece saber cómo manejar. La voz de April se quiebra mientras jadea—: Dijiste… que esta era mi… ¡recompensa…!

—Lo es —respondo secamente.

Luego, deslizo mi lengua dentro.

Las uñas de April se clavan en mi cuero cabelludo. Puedo sentir las huellas de su tacto, medialunas afiladas de desesperación, pero eso no me disuade. Si esto fuera suficiente para romper mi determinación, no sería *pakhan*. —Matvey… ¡necesito…!

La follo con mi lengua, caliente y profundo. Su coño se espasma alrededor de ella, amenazando con atraparme dentro. Me dan ganas de tomarla ahora mismo, enterrarme hasta la empuñadura en el calor húmedo de su cuerpo, pero me contengo. *Todavía no.*

—Solo las chicas buenas consiguen correrse —digo con voz áspera contra su carne—. ¿Has sido buena?

Como era de esperar, April hace un ruido de protesta. —Yo solo… h-hice mi trabajo… *¡ah!*

—Mal —cambio mi lengua por mis dedos, luego empiezo a bombear dentro y fuera de ella bruscamente. Cada vez que me acerco a su punto dulce, me mantengo alejado, fallando a propósito.

Los muslos de April se estremecen a ambos lados de mí. Puedo sentirla luchando contra mí, tratando de cerrarlos de golpe y detener el ataque. Demasiado placer, demasiado de mí dentro de ella. —¡Matvey, por favor…!

—¿Has sido buena?

Cuando no llega ninguna respuesta, lamo el clítoris de April nuevamente. Ella gime, fuerte y resonando en la sala de estar, pero sigue sin decir la palabra.

Tal como esperaba.

No importa cuántas sesiones con la Dra. Knox haya hecho, este sigue siendo su punto más doloroso de todos: aceptar elogios. Para ella misma, su trabajo, sus acciones. Pero, por más que la torture con placer, sigue aferrándose obstinadamente a su idea de sí misma.

De que no es lo suficientemente buena.

—Vale, entonces —empiezo a alejarme.

—¡No! —jadea, con la voz llena de pánico. Su mano se aprieta en mi cabello, tratando de mantenerme en mi lugar con todas sus fuerzas—. N-no pares, solo…

Hazlo. Desbloquea tu recompensa. Admite lo buena que has sido.

—Conoces las reglas. Dilo.

Una exhalación temblorosa. —Yo… yo fui…

La animo con una lamida larga y profunda. —¿Sí?

—Yo fui… una b-buena…

Apreto mis dedos dentro y fuera, esta vez más rápido, más profundo. —¿Una buena qué?

—Una buena chica —susurra por fin.

—Mm —presiono un beso en la parte interior de su muslo, todo rojo por el roce con mi barba—.

¿Por qué?

—Porque… completé el proyecto.

—¿Y cómo te fue? —vuelvo a encontrar su punto dulce. Esta vez, no fallo.

—¡B-bien…!

—¿Solo bien? —empiezo a torturarlo con un propósito, frotando demasiado suavemente para que ella se corra.

Ella exhala un profundo suspiro, con los ojos fuertemente apretados por la sobreestimulación. —N-No, yo…

Agrego un dedo. Ella lo toma hermosamente, sus labios vaginales se abren para aceptar otro pedazo de su recompensa. —Lo hiciste genial. Estuviste increíble.

—Yo… yo lo h-hice genial…

—Ajá. Ahora, pide tu recompensa.

—Quiero m-mi recompensa.

Estoy casi satisfecho, pero todavía no. Hay una cosa más que quiero oírla decir. —¿Qué recompensa?

—T-tu polla —murmura, demasiado avergonzada para mirarme a los ojos—. ¡Quiero tu polla, quiero correrme, Matvey, por favor…!

Eso es todo; no puedo esperar más. Agarro sus muslos y la atraigo hacia mí, viendo el dolor de quedarse vacía destellar en su rostro por solo un segundo antes de…

—*¡Ahh!*

Me veo hundirme en ella. Lentamente, cada centímetro desaparece en su cuerpo, tragado por su coño húmedo. No importa lo amable que sea siempre, lo generosa que sea, sé que hay otra April escondida dentro: una criatura de lujuria y codicia. —¿Quieres que te folle así? ¿Abierta toda para mí?

—¡Sí! —grita—. Sí, sí, quiero que me folles…

—¿Lo quieres duro?

—Lo quiero.

—¿Lo quieres rápido?

Un asentimiento sin aliento. —Sí, yo… *sí*.

—¿Lo quieres sucio, pequeña zorra?

Con cada “sí”, empujo mis caderas hacia abajo más rápido, más profundo. Las piernas de April se conectan en la parte baja de mi espalda, como si estuviera aterrorizada de que me retire y la deje así.

Lo admito, la idea es tentadora.

Pero no hoy.

Hoy, April ha sido una chica muy buena.

—¡Sí, sí!

—¿Quieres que me corra dentro de ti, *kalina*?

Eso es lo que la deshace… la idea de que la posea. Total, completamente, hasta que no haya un solo lugar dentro de ella que no haya pintado con mi semen. —¡Matvey, Matvey…!

Se corre tan violentamente que puedo sentirlo. Es como si estuviera tratando de exprimirme la vida, pero sé que está demasiado perdida para hacer algo tan intencional. Está demasiado ocupada corriéndose, corriéndose con mi nombre en sus labios, mi polla enterrada completamente dentro de ella, follándola a través de eso.

Mía.

Mi orgasmo llega, pero aún no me detengo.

Puede que nunca lo haga.

APRIL

Entro a la exposición de moda del brazo de Matvey, cruzando las puertas con los pies nerviosos.

No puedo evitar los nervios. No es solo que la última vez que estuve aquí, literalmente tenía una pistola en la cabeza… es que este es el Mallard. El centro de la moda de Nueva York, el lugar donde se hace historia.

¿Qué estoy haciendo *yo* aquí?

—Tal vez deberíamos regresar —murmuro.

Matvey levanta una ceja escéptica. —¿Y perdernos todos los aperitivos?

—Hablo en serio. No debería estar aquí.

—April —Matvey se inclina. Sus siguientes palabras, las dice directamente en mi oído—. Si no dejas de hacer eso ahora mismo, me veré obligado a azotarte delante de toda esta buena gente. ¿Quieres eso?

Trago saliva. Odio admitirlo, pero una parte de mí lo desea mucho. —No, señor.

—Bien. Entonces, no insultes la habilidad de mi mujer frente a mí.

Pongo los ojos en blanco, sonriendo a pesar de mí misma. —Eso es trampa.

Vinimos aquí por nuestra cuenta. Estaba demasiado nerviosa para invitar a alguien, y las únicas personas que lo sabían, Petra y Elías, están manteniendo el fuerte en casa, uno para Matvey y otro para mí. Por lo que me ha dicho, las cosas han estado tensas con su Bratva últimamente, lo suficiente como para que necesite a alguien que vigile en todo momento. Con Yuri ocupado con alguna misión encubierta y Grisha haciendo guardia para Elías y May, no quedaba nadie a quien pedirle.

Sin embargo, pude haber invitado a June. A Corey y Rob, también… eso si la firma de Rob finalmente ha hecho las paces con darles a sus abogados días de vacaciones reales. De cualquier manera, no tenía que estar aquí sola.

Pero simplemente no podía invitar a nadie. No podía obligarme a ser humillada frente a mis amigos más cercanos. A fallar frente a una audiencia.

Porque voy a fracasar, ¿no?

Pensamientos negativos. Espiral de autodesprecio. Me obligo a salir de eso. Esta ya no soy yo. Esta no puede ser yo, no si quiero ser una buena madre y compañera. Es como dice la Dra. Knox (aunque estoy bastante segura de que robó esa frase de un espectáculo de drag): si no puedes amarte a ti misma, ¿cómo demonios puedes amar a alguien más?

Además, en realidad no estoy sola aquí. De hecho, estoy con la persona que más quería aquí. —Las doce en punto. Código púrpura.

—Espera, ¿qué era el código púrpura de nuevo? ¿Armani? O… —me quedo pálida—. Ah.

Definitivamente no Armani.

Sigo la línea de visión de Matvey hacia un pequeño grupo de personas elegantemente vestidas. Quiero decir, todos aquí rezuman moda, pero esos tres en específico claramente no escatimaron en gastos.

Y vienen directamente hacia nosotros.

—Mierda —murmuro.

—¡April! —me saluda Nora con su sonrisa más falsa hasta ahora—. Qué raro verte aquí.

¿Qué, porque me robaste el vestido? —Hola, Nora. Papá.

A un lado, Dominic se queda resueltamente callado. La única señal de que me ha oído es un breve gesto de reconocimiento.

Vaya, qué conmovedor. Yo también te he echado de menos, Papá.

—¿Dónde está May? —pregunta Anne sin siquiera saludar. —No la has dejado sola en casa otra vez, ¿verdad?

—Vamos, Anne. Estoy segura de que tu hermana no lo hace todo el tiempo. Seguro que puede costearse una niñera… en algún lugar del Bronx.

En cualquier otro momento, estos comentarios me habrían indignado. Me habrían vuelto loca de indignación, haciéndome balbucear una débil respuesta tras otra.

Ahora, sin embargo, todo lo que puedo sentir es una extraña especie de calma. Tal vez sean todas las sesiones con la Dra. Knox, o la presencia tranquila y sólida de Matvey a mi lado, pero sus palabras simplemente… se me escapan. Como si yo no fuera la misma persona a la que sabían cómo lastimar.

—Por supuesto —sonrío alegremente—. No te preocupes, Nora. No te quedaste con *todo* mi dinero.

La mandíbula de Nora casi se cae al suelo. Es todo un espectáculo… casi me hace reír a carcajadas. —¡Pero si yo…!

Anne chasquea la lengua, con los ojos repentinamente fríos y afilados. —Dime, hermana, ¿podremos ver tu vestido?

—Claro —me encojo de hombros—. ¿Por qué? ¿Quieres robarlo también?

—¡April! —jadea Nora—. ¿Esa es la forma de hablarle a tu familia?

—Para nada. Pero no veo a ningún familiar mío aquí. ¿Tú sí?

A mi lado, Matvey resopla. Es algo tan raro que siento que mi sonrisa se convierte en una mueca.

—¡Eso es cierto! —aplaudo una vez—. No los presenté, ¿verdad? Papá, este es Matvey Groza. El padre de May.

Matvey estrecha la mano temblorosa de Dominic con un apretón firme. A juzgar por la cara de mi papá, es un poco demasiado fuerte. —He oído mucho sobre usted, señor. Sobre todos ustedes, en realidad.

Es suficiente para hacer que los tres se estremezcan en el acto. Dios mío, ¿siempre fueron así? ¿Tan patéticos y fáciles de poner nerviosos?

No son ellos los que han cambiado, susurra la voz en el fondo de mi cabeza, sonando orgullosa por una vez. *Eres tú.*

—¿No vas a decir nada, Papá?

Dominic traga saliva. Veo algo en sus ojos que nunca había visto antes: miedo. —El placer es todo mío.

—Estoy seguro.

Esas dos palabras encienden un fuego dentro de mí. Es lo suficientemente emocionante ver a mis matones de la infancia derrotados por un par de golpes bien colocados… ¿pero esto? ¿Finalmente tener a alguien de mi lado?

Es lo más sexy del mundo.

—Discúlpennos.

No digo nada más.

Tomo la mano de Matvey y lo arrastro hacia el baño.



EN EL SEGUNDO en que la puerta del baño de mujeres vacío se cierra de golpe detrás de nosotros, agarro la cara de Matvey entre mis manos. —Bésame.

Matvey nunca ha sido de los que reciben órdenes. Pero, esta noche, veo que sus ojos se oscurecen con anticipación mientras observa esta nueva faceta mía. La faceta que ha terminado con la cortesía. —¿Sí?

—Sí —susurro—. Te deseo.

Siento su lengua caliente deslizarse dentro de mi boca. El beso es salvaje, brutal, todo dientes. Es como si me estuvieran comiendo viva.

Por una vez, quiero comérmelo de vuelta.

—Fóllame —jadeo—. Fóllame ahora mismo.

No me hace volver a pedírselo. Con un gruñido animal, me levanta sobre la encimera del lavabo y me separa las piernas, acomodándose como si perteneciera allí. Puedo sentir el contorno de su polla ya dura rozando mi muslo, más grande y gruesa que nunca, y está haciendo que todo mi cuerpo tiemble. Dios me libre, nunca he estado más excitada.

—Matvey…

Aprieto mis tobillos en la parte baja de su espalda y clavo mis uñas en su cuero cabelludo. Él sisea en mi oído y me agarra de vuelta, deslizando sus manos por mi vestido, arrancándome las bragas. —Joder, *kalina*.

Palmo su polla a través de sus pantalones de traje, buscando a tientas la cremallera. No tengo paciencia para desvestirme, no esta noche. Estoy borracha de mi victoria sobre los fantasmas de mi pasado… y ahora, es hora de reclamar el botín.

Me folla primero con sus dedos, hundiendo tres de ellos de inmediato. —*Blyat'*. Tan jodidamente mojada para mí.

—Te quiero dentro —aprieto su palpitante polla en mi mano, alineándolo entre mis muslos—. Estoy lista, solo…

SLAM.

Sucede tan rápido que casi me corro en ese mismo momento. En todo el tiempo que hemos estado juntos, Matvey nunca me había tomado así, tan bruscamente y con tanta violencia. No sé si mi exhibición anterior lo ha llevado al límite o si solo me está complaciendo, pero *Dios.*

—Otra vez.

Se retira por completo y luego vuelve a entrar de golpe.

—Otra vez —gimo.

Cada embestida me saca un grito salvaje de la garganta. A esta altura, es inútil, ya ni siquiera puedo recordar por qué se supone que debo quedarme callada.

—Otra vez, otra vez, ¡ahh!

—¿Quieres esto? —gruñe Matvey, su agarre magullando mis caderas—. ¿Quieres que te folle en un baño sucio como a una puta?

—¡Sí! —grito—. ¡Soy tu puta! Soy *tuya.*

—¿Quieres que te escuchen? ¿Tu padre de mierda, tu perra madrastra?

—No me importa —gimo—. No me importa quién me escuche.

Sonríe contra mi garganta. —Mentirosa.

Eso es todo: una palabra y me corro. Hundo mis uñas en los hombros de Matvey y muerdo el hueco de su cuello, ahogando mis gemidos. Lo oigo gemir ante la sensación, salvaje y desenfrenado, y finalmente siento el calor de su liberación derramándose dentro de mí.

Recuperamos la respiración uno contra el otro. Cuando giro la cabeza hacia el espejo, la persona que me mira ya no es la antigua April.

Es una nueva yo.



DESPUÉS DE ARREGLARNOS, volvemos a la fiesta. Los invitados no nos miran todos, lo cual es bueno: entre la música, las puertas insonorizadas y el murmullo constante de las conversaciones, dudo que alguien nos haya escuchado de verdad.

A menos que supieran que debían escuchar, claro.

—Hola.

La cara de Nora está horrorizada. —¡Tú…!

La ignoro y me vuelvo hacia Anne. —Por cierto, aquí tienes. Por si la próxima vez que quieras robar un diseño te quedas sin tela.

Guardo mi regalo en su bolso y me alejo en el brazo de Matvey. —No lo hiciste —me susurra al oído mientras nos vamos.

—Puedes apostar tu trasero a que lo hice.

Ya estoy a mitad del pasillo cuando escucho el grito escandalizado de Anne. —¡ASCO! ¡BRAGAS!

Pase lo que pase esta noche, ya gané.

APRIL

En cuanto veo la pasarela, toda mi audacia sale volando por la ventana. —Voy a perder todo este concurso por completo.

Matvey me lanza una mirada fulminante. —¿Qué acabo de decir?

—¿“No insultes la habilidad de mi mujer”?

—Así que sí te acuerdas.

Cualquier otro día, su preocupación sería conmovedora. Un poco excitante también, si somos totalmente honestos. Pero, ¿ahora mismo? Estoy lista para vomitar en la primera fila de pura ansiedad.

—¿Y si mi vestido ni siquiera fue elegido para la pasarela?

—Imposible.

—Hablo en serio. Hubo como trescientas propuestas este año. El desfile de moda solo contará con las diez mejores. No hay forma de que haya pasado la prueba, ¿no? Y también fui tan engreída con Anne. Dios, ella nunca me dejará olvidar esto, ¿no? Yo…

—April. Respira.

Hago lo que me ordena. La voz autoritaria de Matvey es un bálsamo: en cuanto sus palabras me llegan, siento que puedo relajarme un poco. Como si no tuviera más remedio que obedecer. ¿Ya he dicho que es sexy como el infierno?

—Vale. Respirando.

—Repite conmigo: lo harás genial.

Tropiezo una inhalación larga y temblorosa. —Lo haré genial.

—Trabajaste duro para esto.

—Trabajé duro para esto.

—Te lo mereces.

—Me… —vacilo.

Por suerte, me salva la campana: las luces se atenúan. Todos se quedan en silencio a la vez. Los focos comienzan a girar sobre la multitud, animando a un público ya sobreexcitado.

La música empieza a sonar y la primera modelo se desliza por la pasarela.

Es un vestido que no reconozco, pero inmediatamente me alegro de no haber optado por mi idea de pegar a mano tres millones de escamas de nácar a una falda: el tema es claramente de *La Sirenita*. El vestido tiene forma de sirena, brilla en mil tonos de azul, violeta y verde, y el cabello largo y negro de la modelo japonesa lo complementa a la perfección. Se mueve como una criatura de las profundidades, gestos fluidos y pasos invisibles, y me pregunto si está descalza debajo. Definitivamente sería una elección audaz. Cuando pasa a mi lado, la luz se refleja en sus mangas transparentes de escamas de dragón, haciendo que parezcan pintadas sobre su piel.

La envidia me invade, pero solo me enciende más.

Salen más modelos: un vestido de estilo de hada con una capucha verde bosque; un atuendo asimétrico medio-esmoquin, medio-vestido que grita revolución de género; un vestido dorado de estilo griego con bordados en oro. La parte que ama la moda en mí está asombrada, queriendo rastrear a cada diseñador y exprimir todos sus secretos, con miles de preguntas por minuto amontonándose en mi mente.

El resto de mí piensa: *estoy jodida.*

Cuando la octava pieza termina su ronda, puedo sentir que mis posibilidades comienzan a disminuir. Pero, ¿qué posibilidades, en realidad? ¿De verdad pensé que podría estar a la altura de todas estas personas increíbles? ¿Todos estos *verdaderos* diseñadores?

¿Pensé que un miserable sastre podría aparecer en el último minuto y ganarlo todo?

Tal vez con el vestido de Dafne pudo haber tenido una oportunidad, pero.…

Como si fuera convocada por arte de magia, aparece una silueta familiar: ese vestido. *Mi* vestido.

El que Anne me robó.

Por un segundo, olvido que este no es mío, que no entró en esta competencia con mi nombre. Todo lo que puedo sentir es una extraña sensación de euforia. Porque, si bien puede que no sea exactamente el que yo hice…

Sigue siendo mío. Mi vestido ha pasado la prueba.

La modelo es sencillamente impresionante: piel de ébano intenso y maquillaje dorado, que complementan a la perfección el tono marfil del vestido. Parece haber captado el tema, porque su lado de corteza de árbol sigue estirándose hacia arriba, con el brazo asomando por debajo de una cascada de hojas bordadas. Anhelando… una libertad que tal vez nunca alcance.

Es hermoso.

Siento que se me llenan los ojos de lágrimas. Es la primera vez que pienso eso sobre algo mío. La primera vez que no tengo una voz sarcástica en el fondo de mi mente que insinúe lo contrario.

En realidad, no es la primera vez. Hubo otra vez en que esa voz no se encontraba por ningún lado.

El día en que nació May.

En silencio, Matvey me aprieta la mano. Puedo sentir todo su apoyo en ese gesto, incluso sin palabras que lo respalden. *Sé que esto debe ser difícil para ti. Mantén la calma. Eres más fuerte de lo que creen.*

Me seco los ojos y me concentro en el vestido. No sé por qué, pero algo me ha estado molestando… mi lado sastre. Me concentro en eso, en tratar de averiguar qué está mal.

Entonces, lo veo.

Cuando la modelo pasa a mi lado, hace una reverencia amplia, como si quisiera esparcir hojas sobre la multitud. Su brazo me roza y *ahí* está.

La costura está mal.

Cuando estaba haciendo mi versión de este vestido, me aseguré de sostener la aguja en un cierto ángulo, ampliando mi postura con cada pie de tela. Quería que la costura reflejara la transformación de Dafne: el movimiento, el cambio. Es la única parte que no estaba en los bocetos y las notas. Se me ocurrió en el momento.

No es solo eso. Al mirarlo, puedo notar que no fue el trabajo de un artista, sino de un equipo contratado que no entendía del todo el concepto al que le estaban dando vida. Cuando estaba confeccionando mi vestido, puse todo lo que tenía en él: no solo sangre, sudor y lágrimas, sino una visión. Quería que quien lo usara se sintiera a segundos de su propia metamorfosis, atrapado y liberado al mismo tiempo. Y los espectadores… quería que lo sintieran también.

Así que investigué sobre escultores. No solo sobre Bernini, sino sobre todos los grandes nombres: Donatello, Canova, Wildt. En aquel entonces, una cita de Miguel Ángel se me quedó grabada:

“La escultura ya está completa dentro del bloque de mármol”.

Bueno, no soy tan presuntuosa como para pensar que realmente logré eso. Él era el puto Miguel Ángel… yo soy solo una pequeña yo. Aun así, lo intenté. Traté la tela con respeto, trabajando para revelar el potencial que ya estaba allí. Lo hice con mis propias manos.

Aquí es como si miles de manos se hubieran pasado esta pieza de un lado a otro, tratando la tela como una simple herramienta. Como una tarea que tenían que completar. Como…

Como si no tuviera alma.

Siento una punzada de dolor por mi creación. Robada o no, merecía algo mejor.

Estoy tan absorta en mis pensamientos, que casi no me doy cuenta de que sale la décima modelo. Se oyen jadeos de la multitud, mil murmullos a la vez.

—¿El vestido está roto a propósito?

—¡Qué corpiño más extraño!

—Dios mío, ¿esas son… *armas*?

Levanto la mirada y ahí está.

Dobladillos rotos. Tul blanco puro. Kevlar negro intenso.

Y dos Kalashnikovs listos para atacar.

La modelo es delgada, rubia y menuda… lo más parecido que he visto esta noche a una figura como la de Petra. Es extraño… casi como si lo *supieran*.

Pero no lo sabían. Si tuviera que adivinar, diría que eligieron a la modelo de aspecto más inocente del grupo para maximizar el contraste con el auténtico arsenal que lleva en la mano. Es una elección brillante… tiene el tipo de cara de muñeca que no desentonaría en un grupo de Niñas Exploradoras, como si nunca hubiera tenido un solo mal pensamiento. Sus brazos son tan delicados que parece que se romperán por la tensión.

Excepto que no lo hacen. La modelo sigue marchando, amenazando a la multitud con sus enormes accesorios, como si dijera: *Mírenme. Estoy lista para ir a la guerra.*

Dios, realmente espero que sean utilería.

—Eso es…

—Tu vestido —susurra Matvey en mi oído—. Buen trabajo.

Me derrito por completo. —¿Puedes hacerme un favor?

—Dímelo.

—Pellízcame. O sea, ¡ahora mis…*mo*!

Como era de esperar, el dolor me sale del trasero. Por supuesto que apuntaría allí. —¿Ya te sientes despierta? —bromea Matvey.

Miro mi vestido pavoneándose por una pasarela de clase mundial, el décimo de diez finalistas. Escucho a la multitud enloquecer. Veo a la modelo llevar esa montaña de tul rasgado como una princesa que responde a un llamado a las armas a mitad del día más feliz de su vida.

—Sí —murmuro, aturdida—. Sí, creo que lo estoy.

Y nunca volveré a dormir.

—TE DAS cuenta de que también tienen agua, ¿verdad?

—Sí —jadeo, y luego bebo la tercera copa de champán seguida. No porque esté celebrando temprano, sino porque estoy perdiendo la cabeza—. Gracias por el consejo.

Mi vestido llegó a los diez mejores. *Mi* vestido. ¡Algo que yo hice!

En cuarenta y ocho horas, me recuerda mi ansiedad. *¡Buena suerte para pasar el corte con* eso, *campeona!*

Cuando tomo mi cuarto champán, Matvey me lo quita de la mano. —¡Oye! —protesto—. Estaba

bebiendo eso.

—Ya no.

Intento agarrarlo, pero él ya lo ha tirado en la planta en maceta detrás de él. —Ese era mi coraje líquido —hago pucheros.

—Eso era un dolor de cabeza tremendo mañana por la mañana.

—Ese es el problema de la April del Futuro.

Pone los ojos en blanco, pero hay un cariño inconfundible en eso. —No puedes dar tu discurso de aceptación borracha.

—Ja, ja. "Discurso de aceptación". Eres graciosísimo.

—No veo qué es tan gracioso.

Robo un huevo relleno de una bandeja que pasa. Tengo un nudo en el estómago, pero leí en alguna parte que eran buenos para la resaca. Espera, ¿eran huevos crudos? No me acuerdo. Apenas puedo recordar mi propio nombre ahora mismo.

—Los discursos de aceptación son para los ganadores.

—Suenas terriblemente segura de que no ganarás.

—No es eso. Es solo que ya he jugado de jefa demasiado cerca del sol. Es hora de volver a la Tierra, Ícaro —me doy un golpecito en la cabeza solo para asegurarme de que el mensaje llega.

—Ya estás borracha, ¿no?

—Sí… *No*. ¿Tal vez? Tú elige.

Sinceramente, podría emborracharme más. Esto apenas me quita el dolor. Todavía puedo sentir la ansiedad carcomiéndome como una ardilla hambrienta. Lo cual es extraño, porque estoy bastante segura de que es la única emoción que mantengo alimentada constantemente.

—April.

—Es solo que… —suspiro—. No quiero hacerme ilusiones. ¿No es suficiente haber llegado hasta aquí?

Incluso mientras lo digo, sé que es una mentira. Por supuesto que no es suficiente. Quien diga *"Es un honor solo ser nominado"* es un Pinocho descarado.

¿Quién podría estar contento con el segundo lugar cuando existe el primer lugar?

¿Cuando el primer lugar te da una beca completa para el Instituto Mallard?

—No —dice Matvey predeciblemente—. Y tú tampoco lo crees.

Tiene razón, pero no voy a darle la satisfacción. —Mm —aun así, cuando su mano encuentra la mía, la aprieto con todas mis fuerzas.

—Todos, por favor, reúnanse en el escenario principal —dice el locutor.

—Momento de la verdad —murmuro.

Nos reunimos. Tomamos nuestros asientos. El telón se levanta lentamente. Solo tres piezas pueden llegar al podio, y no sabremos sus posiciones hasta el último momento.

—La primera pieza que llega a la ronda final es… —el locutor hace una pausa dramática—. ¡"Sueño de Sirena" de Anton Gutierrez!

No hay sorpresas aquí. Aplaudo mientras un joven con delineador de ojos dorado sube a la plataforma, haciendo una reverencia de agradecimiento a la multitud.

—A continuación, tenemos… —*redoble de tambores metafórico*—. ¡"Dafne" de Anne Flowers-Le Blanc!

Mis uñas se clavan en mi palma. Estoy preparada para perder esta noche, pero hay una cosa que no toleraré: que Anne se lleve el gran premio con *mi* diseño. Ejecución defectuosa o no, la idea sigue siendo mía.

Si tengo que ver a la familia sustituta de mi padre robarme otro sueño de las manos…

—Respira —susurra Matvey, apretando mi mano con fuerza—. Todavía hay uno más.

Me obligo a hacer lo que dice: *inhalar, exhalar*. —Me alegro de que estés aquí —susurro de vuelta, con la voz casi quebrada.

—No me iré a ningún lado.

Eso finalmente me tranquiliza. Incluso si esta noche termina siendo una decepción, incluso si pierdo mi sueño de nuevo, todavía tendré algo que no tuve la última vez.

Mi familia a mi lado.

—Gracias —suspiro.

—Y finalmente…

Me resigno. No hay forma de que diga mi nombre. *Ay, bueno. Tuve una buena racha.*

—¡"Novia a Prueba de Balas" de April Flowers!

Espera, ¿qué?

—April —Matvey me sacude por el hombro—. Esa eres tú. Ve.

—Pero…

—Ve —repite, luego me empuja hacia el frente de la multitud.

Por un segundo, solo puedo parpadear. El rostro de Anne es una máscara de disgusto, como si la idea de compartir el mismo podio conmigo la repeliera.

Ese es el último empujón que necesito: hago una reverencia y ocupo mi lugar.

El lugar que me *corresponde*.

Tranquilízate, me digo. *Has llegado a los tres mejores, pero aún no hay garantías. No sueñes demasiado en grande.*

Pero, ¿qué sentido tiene soñar en pequeño? —Y el ganador es…

Puedo hacerlo, empiezo a cantar en mi cabeza, por primera vez en mi vida. *Estoy aquí. Puedo ganar esto. Puedo ser lo suficientemente buena.*

E incluso si no lo soy…

En mi ansiedad, veo que los labios del locutor se mueven, pero no escucho las palabras reales en absoluto. Es como si toda mi sangre estuviera chapoteando en mis oídos en este momento. Todo lo que oigo es el rugido de mi corazón acelerado.

¿Quién ganó?

Entonces, lo veo. Allí, entre la multitud, un punto en un mar de manos que aplauden…

Matvey. *Mi* Matvey.

Y está sonriendo.

—Ay, Dios mío —murmuro.

El chico del vestido de sirena me empuja hacia adelante con una risita. Casi tropiezo y caigo, pero logro enderezarme en el último segundo. La multitud se ríe ahora, pero no parece que se rían *de* mí.

Parece que se ríen *con*migo.

—Felicitaciones, Srta. Flowers —dice alguien con traje—. Esperamos tenerla aquí.

Es como una escena de una película: justo así, me entregan un cheque gigante de dibujos animados. El aplauso de la multitud es un rugido sordo, los jueces asienten con aprobación desde sus estrados. Nora está furiosa y no puedo imaginar a Anne mucho más feliz detrás de mí. Admiración, envidia, irritación… sea cual sea la emoción detrás de eso, todos me están mirando ahora. Todos.

Pero solo tengo ojos para uno.

MATVEY

No podría estar más orgulloso.

Observo a April en el escenario, con ese enorme cheque en sus brazos, riendo, estrechando manos y siendo fotografiada para el anuario del concurso, y siento que mi pecho se hincha con algo que nunca antes había sentido.

Cuando ella salta del escenario, la agarro en mis brazos. —Felicidades —murmuro en su cabello —. Estás a punto de convertirte en una sastre muy cara.

Ella me aprieta con fuerza a cambio. Sus mejillas están apenas un poco húmedas, pero hago como que no me doy cuenta. —No te preocupes —se ríe—. Seguiré dándote el tratamiento de amigos y familiares.

—Siempre y cuando no se lo des a nadie más —gruño mientras los recuerdos de atar las muñecas de April con un trozo de seda azul destellan en mi cabeza.

Sus mejillas ardiendo de un escarlata brillante dicen que está recordando exactamente lo mismo. —Oye —dice—, en realidad no tengo que llevar esto al banco, ¿verdad?

Le revuelvo el cabello. —No. Dáselo a un valet. Lo traerán al auto.

—Apuesto a que Grisha estará encantado de tener eso en su espejo retrovisor.

—Lo hará. De todos modos, solo lo usa para espiar a los pasajeros.

Alguien tose detrás de nosotros. Tengo la tentación de ignorarlo, pero tengo la ligera sospecha de que sé quién es. Ni siquiera el hedor del perfume caro es suficiente para ocultar lo llena de mierda que está quien lo usa.

De mala gana, suelto a April. —Sra. Le Blanc.

Ella me lanza una mirada ligeramente aterrorizada, pero no dice nada. *Probablemente está demasiado asustada para hablar conmigo.* —Supongo que es hora de felicitarte —se queja ante su hijastra.

—Realmente no tendrás tiempo para esa bebé ahora, ¿verdad? —Anne finge suspirar.

Eso es todo. Estoy a punto de finalmente ponerlos en su lugar cuando la mano de April me detiene, aterrizando suavemente en mi hombro.

—Haré tiempo —sonríe educadamente—. Eso es lo que hace la familia, después de todo —luego, su rostro se pone serio—. Espero que hayas aprendido algo de esto, Anne.

—¿Echar un rapidito en el baño para tener buena suerte?

—Hacer trampa no te lleva a ninguna parte —la expresión de April se vuelve más suave. Más amable. Me desconcierta, y parece que también desconcierta a Anne—. Si realmente te interesa la moda, siempre puedo darte algunos consejos, ¿sabes? Puedes volver a intentarlo con una pieza propia el año que viene.

—¿Y por qué harías eso?

—Porque sigo siendo tu hermana —responde—. *Puedo* ser tu hermana. Si me lo permites.

Niego con la cabeza. Por supuesto que diría eso. Es propio de April… tender una mano amiga a alguien que siempre ha sido un enemigo. Tratar de arreglar las cosas, incluso ahora.

Por un segundo… solo un segundo… algo parpadea en los ojos de Anne. Algo parecido a la duda.

Pero se va tan rápido como llegó. —Ay, por favor. No me hagas reír. ¡Como si pudieras enseñarme algo! —empieza a reírse maniáticamente, pero es tan forzada que todos lo notan—. ¿Te olvidaste? ¡Tú también perdiste! ¡El vestido de mierda que te robé acaba de *perder*!

Es como ver un accidente de tren. Una fracción de segundo después de que las palabras salen de los labios de Anne, su rostro se relaja, comprendiendo. De lo que acaba de decir… y de lo fuerte que lo dijo.

—Quiero decir… ¡*Quiero decir*…!

April asiente con tristeza. —Vale. Si eso es lo que quieres. Adiós, Anne —luego se da vuelta para irse, mi mano firmemente en la suya.

—¿Estás bien? —susurro tan pronto como estamos fuera del alcance del oído.

—Sí, solo… pensé que tal vez aún podría volver a sus cabales. Sé que la mitad de su actuación es obra de su madre, así que… no sé —suspira—. Supongo que no había perdido toda esperanza, después de todo.

Le aprieto la mano. No puedo culparla por querer intentar salvar su relación con su hermana. Por tener la esperanza de que pudieran llegar a ser como ella y Charlie: unidos a pesar de la interferencia de sus padres. —Algunas personas no cambian. Y no es tu trabajo cambiarlas.

Sonríe. —Lo sé. Me ha llevado un tiempo llegar hasta aquí, pero… ahora, lo sé. —sus dedos se entrelazan con los míos—. El amor cambia a las personas. Y las personas que no aman a nadie más que a sí mismas nunca cambiarán. Eso también está bien.

—¿Lo está?

—Sí. Ya tengo a alguien que me ama.

La acerco más a mí y salimos bajo las estrellas.

~

MI BUEN HUMOR por la victoria de April continúa hasta bien entrada la mañana. Es casi una lástima que tenga que arruinarlo.

—¿Y bien?

A mi lado, Yuri golpea el suelo con el pie nerviosamente. No lo culpo. Después de esa reunión en mi loft, todavía no he aclarado esta parte de mi plan.

Pero pronto todo quedará claro.

Los dos representantes de los equipos Groza y Solovyov están frente a mí. Son dos reclutas jóvenes, mensajeros enviados al matadero para tomar crédito por sus jefes si ganan y asumir la caída si pierden. No puedo decir que envidio sus puestos, pero tampoco me importa una mierda. Son Bratva… sabían en lo que se estaban alistando. Además, no es como si lo estuvieran haciendo gratis: si los *vory* los enviaron, es porque son los candidatos que eligieron para unirse a sus filas.

Pero hoy no habrá ascensos. No es que ninguno de estos hombres lo sepa todavía.

—Tú —señalo al recluta Solovyov—. Habla.

—Señor… —comienza el recluta. Su nombre es Lev, uno de los miembros del séquito de Vlad, todavía novato—. Lo siento muchísimo, *pakhan*. El trato por la mitad derecha del edificio estaba a punto de cerrarse cuando…

—Déjame adivinar —interrumpo—. Un comprador misterioso te lo robó delante de tus narices.

Su rostro me dice que tengo razón. —Si me dieras otra oportunidad…

—No es necesario. Vete.

—Señor, por favor…

—No —me levanto de mi asiento—. Esperaba algo mejor. Claramente, la Bratva Solovyov no está acostumbrada a ganar. Eso tendrá que cambiar aquí.

Traga saliva. —Sí, *pakhan*.

—Ahora, vete antes de que cambie de opinión.

Lo veo escabullirse como una rata, con la cola entre las piernas y las carpetas olvidadas. —¿Por qué lo dejaste ir? —susurra Yuri.

—Ya lo verás —respondo en voz baja. Luego, me vuelvo hacia el recluta de Groza… mi propio hombre—. Anatoly. ¿Qué tienes para mí?

Deja la carpeta sobre el escritorio. —El lado izquierdo fue adquirido sin problemas, señor. Aquí está el papeleo.

Hojeo el archivo. —Buen trabajo. Impecable, de verdad.

—Gracias, *pakhan*.

No lo ve venir. Por alguna razón, nunca lo hacen.

Saco mi arma y golpeo con la empuñadura la nuca de Anatoly. —No, gracias *a ti*.

Cae como una marioneta con los hilos cortados. No está muerto, por supuesto: eso frustraría el propósito.

—¡¿Qué demonios?! —se apresura Yuri—. ¡Era *nuestro* hombre!

—Sí. Y es un espía.

—¿Cómo puedes saber eso?

Me apoyo contra la pared. —Piensa, Yura. Si fueras Carmine, ¿sabotearías otra adquisición? ¿O la usarías para destruir a tu enemigo?

La comprensión se refleja en los ojos de mi hermano. —Entonces, ¿por eso hiciste esto? ¿Preparaste la que "ganaría"?

—Lo hice. Quienquiera que esté trabajando contra nosotros, naturalmente, también trabajaría contra el otro equipo. Y ahora sabemos que *sí* hay alguien trabajando contra nosotros: sea lo que sea, no murió con Iván. Hay un motín.

—Pero… ¡podría haber sido una coincidencia! —protesta—. El hecho de que haya perdido no significa que…

—¿En serio? —interrumpo—. ¿Crees que los compradores misteriosos de última hora aparecen todos los días? —resoplo—. Piénsalo de nuevo, hermano. Nos enfrentamos a Carmine. Si queremos vencerlo, tenemos que estar un paso por delante de él.

Durante un largo rato, permanece en silencio. —Esto es una locura —dice finalmente.

Me masajeo las sienes. —Dímelo a mí, joder.

—¿Qué vamos a hacer con él?

Miro al recluta desmayado en el suelo. —Llévalo al almacén. Quiero que nos diga todo lo que sabe.

Tu turno, Carmine.

APRIL

Desde que gané el concurso, he estado caminando sobre el aire. Todavía no lo puedo creer: el año que viene iré al Instituto de Moda Mallard. *Yo.*

Me sigo pellizcando, pero no me despierto.

Además de eso, mi trabajo en la fábrica ha sido más que sencillo. La profesora Simmons y el doctor Reznikov son increíbles en lo que hacen, y el resto del equipo parece haber sido seleccionado con la excelencia en mente. Los mejores de los mejores.

Finalmente, puedo contarme entre ellos.

Cuando regresé con la feliz noticia, Elías estaba extasiado. Insistió en tomarme fotos con el cheque gigante. —Para crear recuerdos —dijo. Luego se la envié a Petra, quien me respondió con la foto de una botella de vodka rota y la palabra "POZDRAVLJAJU" en mayúsculas, lo cual fue confuso. Pero Matvey me aseguró que no era una amenaza, así que estamos bien… creo.

Todavía no le he dado la noticia a mis otros amigos. Quiero que sea una sorpresa.

—¿Cómo va a firmar su línea, Srta. Flowers? —me pregunto, imitando la voz de una entrevistadora imaginaria—. ¿Flowers Fashion? ¿April Delight? ¿Ropa A.F.? Espera, pensándolo bien, borra eso. ¿Qué tal…?

Me interrumpe el timbre. —¿Escuchaste eso, May? Tenemos visitas.

Últimamente, he estado tratando de hablar más con ella. Ayuda con el desarrollo y todo eso. Puedo notar por su carita inquisitiva que tiene mucho que decir… cuanto antes aprenda a decirlo, mejor. Aunque definitivamente voy a extrañar el Modo Patata.

—¡Ya voy! —dejo a May en su cuna y corro hacia la puerta—. ¿Eres tú, Grisha? Anoche arreglé tu chaqueta. Es… —las palabras mueren en mi garganta.

Porque ese no es Grisha en la puerta.

—¡Cariño! ¡Ha pasado demasiado tiempo!

Es mi madre.



UNA DE LAS técnicas que la Dra. Knox recomendó fue la atención plena: cerrar los ojos, meditar, todo el asunto.

Respiro hondo. Luego respiro tres veces más, porque una bocanada de oxígeno no es suficiente para lidiar con el engendro demoníaco que tengo frente a mí. —¿Qué estás haciendo aquí, Mamá?

Como era de esperar, Eleanor hace pucheros. —¿Esa es forma de saludar a tu madre?

—¿A mi madre que no he visto en medio año?

No es solo eso, por supuesto. Todo lo que no digo flota en el aire entre nosotras: cómo terminó nuestro último encuentro, la pelea feroz que tuvimos. La pelea que *ella* trajo a mi puerta.

Me pregunto qué más trajo esta vez. Busco discretamente horcas, pero no encuentro ninguna, y el aire huele más a lavanda que a azufre.

—No hay trabajo más ajetreado —canta—. Sabes cómo es, por supuesto. ¡Ahora estás en el Club de Mamis!

—¿El Club de qué? Espera… ¿cómo lograste pasar a los guardias?

—Tengo mis métodos —luego, procede a empujarme para pasar. —¿Dónde está mi niñita? ¿Mi nietecita adorable?

Aquí vamos. —Está en su cuna. No la despiertes.

—¿Por quién me tomas? He tenido dos, por si acaso te… ¡AY!

Botones sisea desde la cuna, con la pata levantada como la cola de un escorpión peludo, con las garras a la vista. —Cuidado con el gato —advierto tardíamente.

—Esta cosa fea y sarnosa. ¡No puedo creer que lo hayas dejado acercarse a la bebé!

—He dejado cosas peores cerca de la bebé —observo—. Más sarnosas *y* más feas.

Ella finge no escucharme, lo cual es una lástima, porque esa fue realmente una quemadura de alta calidad. —¡Fuera, fuera!

Poniendo los ojos en blanco, recojo a Botones de la cuna. —Corre como el viento, muchacho —murmuro en su cabecita peluda antes de soltarlo en la sala de estar. Inmediatamente se esconde debajo del sofá.

Me pregunto si hay espacio para dos allí abajo. En cualquier lugar, en realidad, para evitar la mirada de cachorro que mi madre me está dando en este momento.

Cojo a la bebé. El rostro de Eleanor se ilumina y sus brazos se estiran de inmediato.

Coloco a May contra mi pecho, ignorándola. —¿Qué quieres, Mamá?

—¿Es tan extraño que quiera ponerme al día? —se eriza—. ¿Conocer a mi nieta, ver cómo está mi hija?

—Sí —respondo de inmediato—. Es extraño.

Ya he pasado por esto antes. No lo volveré a hacer: esperar que haya cambiado, ver solo lo que quiero ver, desear demasiado y no pensar lo suficiente.

Me niego.

Cada vez que le abrí mi corazón, me dejó sangrando. No más.

—¿Se trata de Charlie? —pregunto, la única parte de su vida que todavía me importa—. ¿Está bien?

—Por supuesto que está bien —dice—. No se trata de él, cariño. Se trata de ti. Solo… quería verte, eso es todo. Para felicitarte.

—Llegas seis meses tarde para eso.

—No sobre la bebé —sacude la cabeza—. Digo, sí, por supuesto, la bebé es maravillosa… pero sobre el concurso.

—¿El concurso? —parpadeo—. ¿Cómo sabes sobre…?

—No importa cómo lo sé —rechaza—. Las madres siempre lo saben.

¿Madres que se acuestan a escondidas con sus ex? Me froto las sienes y suspiro. Realmente desearía que Dominic encontrara un tema diferente para su charla de almohada. La última vez que nos vimos, ni siquiera me habló. Casi pensé que era una marioneta. Como en *Weekend at Bernie's*. O tal vez solo las gemelas en una gabardina.

—Gracias —concedo, porque realmente no hay una manera educada de devolverle esto al mensajero. Distanciada o no, no voy a bajar al barro y comenzar a acusar a mi madre de cosas de las que no tengo pruebas. Lo que haga con su vida es asunto suyo, no mío. Lo mismo ocurre con el hombre que se hace llamar mi padre.

Tal vez simplemente funcionan mejor sin ti en el medio.

Ahuyento ese pensamiento… *No*. Le prometí a la Dra. Knox que no haría esto, que no me dejaría caer en una espiral negativa cada vez que mis padres llamaran a la puerta. Más que eso, le prometí a Matvey.

Nunca más.

Y es una promesa que pienso cumplir.

—Mira, ¿quieres sostenerla o…?

—He oído que también había un premio bastante grande. Por el concurso, digo.

—Sí —digo con cautela—. Beca completa en el Mallard.

—Siempre has querido ir allí.

—Me sorprende que lo sepas.

—¿Cuántas veces me vas a hacer decirlo? —se ríe, con un tono agudo y demasiado nervioso para ser espontáneo—. Las madres siempre lo saben.

—Claro. Bueno, ahora iré.

—Sí, pero… —duda—. En realidad no necesitas *todo* eso, ¿verdad?

Me preparo. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir… ahora eres rica, ¿no? —mira a su alrededor como si estuviera ante una prueba de ello—. O al menos, ¿tu esposo lo es?

—Pareja —corrijo. La palabra me deja un sabor amargo en la lengua, pero no tengo tiempo para pensar en eso ahora—. Y sí, lo es. Pero ese es su dinero.

—¡Pero están juntos, tonta! —se ríe torpemente—. Lo que es tuyo es suyo; lo que es suyo es tuyo… ¿no es así como funciona?

Entrecierro los ojos. —Mamá, ¿qué está pasando?

—¡Nada! —casi grita—. Solo estoy preocupada, querida. Seguramente si él te ama de verdad, ¿no le importará compartir? De esa manera, puedes guardar algo del dinero del premio para un día lluvioso, o…

—¿Esto se trata de Tom?

De repente, es como si el aire se congelara a nuestro alrededor. La cara de Eleanor se pone blanca, sus labios apretados en una línea tensa y enojada. —¿Qué insinúas?

—Ha estado apostando otra vez, ¿no? —insisto—. Por eso estás aquí. Necesitas dinero.

—¡Eso es…! —se pone roja como un pimiento—. Eso es absurdo. Vine a verte.

—Viniste aquí para mendigar —le respondo con frialdad—. Ni siquiera te importaba la bebé. Solo querías un pago rápido.

Cada vez. Cada puta vez. De todas las formas de dejar en claro que no le importo, esta tiene que ser la más cruda. Ni siquiera se molestó en jugar a largo plazo, simplemente fue directo al bate. Como si ni siquiera valiera la pena el esfuerzo.

Peor aún, es como si pensara que realmente lo haría. Sacrificar mi beca ganada con tanto esfuerzo en el altar de los vicios de Tom. ¿Y para qué? ¿Cinco minutos de conversación con mi madre? ¿La pretensión de que le importa?

¿Cree que estoy tan hambrienta de afecto?

Solías estarlo, me recuerda la voz dentro de mi cabeza. *Hubo un tiempo en que le habrías dado el mundo por una migaja de atención. ¿No lo recuerdas?*

Sí. Y no voy a volver a eso.

Nunca, nunca jamás.

—Ten cuidado ahora —susurra Eleanor, olvidando todas las cortesías.

—Quizá seas tú quien debería tener cuidado —replico—. Tú eres la que vino aquí queriendo algo.

—Siempre eres así —espeta—. Siempre amargada y desagradecida. ¿Tienes idea de los sacrificios que he tenido que hacer para criarte?

—Estoy segura de que estás a punto de recordármelo.

—¡Yo también tuve sueños, sabes! —espeta—. ¡No eres la única que quería llegar a ser alguien!

Aquí vamos. Nada como los viejos y buenos discursos de Eleanor para hacerte sentir culpable y darle la vuelta a un buen día.

—Mira, Mamá —suspiro, tratando de calmar la tensión—. Lamento que hayas tenido una vida difícil. Lamento que no hayas podido…

—¡Por ti! —chilla, ignorando por completo mis ofrecimientos de paz—. ¡Tuve una vida difícil por *tu* culpa! ¡Porque me quedé embarazada de ti!

—Qué gracioso —digo sin un rastro de risa—. Porque yo también me quedé embarazada, pero nunca culpé a mi hija de mis defectos.

—¡Ja! Tu *hija* —repite en tono burlón—. Que el puto Dios la ayude.

—¿Por qué? ¿Vas a intentar extorsionarla a ella también?

—Porque eres una perra egoísta —dice, furiosa—. Ni siquiera puedes ser una buena hija. ¿Cómo podrías ser una buena madre?

En otro tiempo, sus palabras se me habrían clavado como cuchillos.

En otro tiempo, me habría preocupado demasiado por mi propio bien, incapaz de dejarlo ir.

Pero ya no soy la persona que era. “En otro tiempo” ya no se aplica a mí. Gracias a la Dra. Knox… y a Matvey, y Petra, y Elías, y Yuri, y Grisha, y un millón de personas más… finalmente comencé a desenredar el desastre que había dentro de mí… el desastre que mis padres hicieron de mí. Y también mi propio desastre, las partes de las que no puedo culpar a nadie más.

Y, gracias a mi familia, ya no busco migajas.

—Gracias por venir, Mamá. Puedes salir sola.

—¿Así que eso es todo? ¿Ni siquiera te importa?

—Me importa tanto como a ti —digo con calma—. Si eso no te gusta, puedes gritarle a un espejo a continuación.

—¡Tú…!

—Yo —coincido con una sonrisa—. Ahora, adiós, tú.

Ella aprieta los dientes con tanta fuerza que lo oigo. —Esto no ha terminado.

—Ay, sí lo ha hecho. ¿Y sabes por qué? —doy un paso hacia delante, luego otro. Con cada movimiento, Eleanor se ve obligada a retroceder—. Porque, la próxima vez, los guardias sabrán que no deben dejarte subir. Sabrán que no eres bienvenida aquí.

—¡Soy tu familia!

—No, Mamá, no lo eres. Y tampoco eres familia de May. Solo eres una extraña para las dos.

Esta vez, no le cierro la puerta de un golpe en la cara.

La cierro con un *clic* suave y tranquilo.

APRIL

Durante el resto del día, me ocupo de mis asuntos como de costumbre.

No diré que las palabras de Eleanor no me conmovieron en absoluto. Creo que es imposible que tu propia madre te llame perra egoísta y no tengas algún tipo de reacción. Así que sí, por supuesto que estoy herida. Por supuesto que desearía que las cosas no hubieran sucedido como lo hicieron.

Pero también estoy acostumbrada.

"Algunas personas no cambian. Y no es tu trabajo cambiarlas".

Sonrío para mis adentros. Incluso en su ausencia, las palabras de Matvey me mantienen caliente.

Lo que me recuerda… prometimos que nos mantendríamos informados. Le envío un mensaje rápido sobre la visita sorpresa de Eleanor.

La Perra Malvada de Staten Island estuvo aquí esta mañana. Todos estamos bien… ¡Te contaré más cuando llegues a casa!

Luego, pensándolo mejor, agrego: ***Aunque Botones podría necesitar una vacuna contra la rabia. La arañó. ¿Crees que es contagiosa?***

Luego, con los dedos vacilantes sobre la pantalla, escribo un tercer mensaje: ***PD. Te amo.***

Listo. Todo dicho.

Tomo a mi bebé y a mi valiente gato guardián, uno en cada brazo, y me acomodo en el sofá. —¿Qué será? —pregunto en voz alta—. ¿Una comedia romántica? ¿Una película de acción? ¿Un drama de tres horas sobre la fugacidad nihilista de la vida?

Antes de que pueda descifrar los arrullos de May, hay otro golpe a la puerta.

Dejo a Botones sobre una almohada y levanto a mi bebé en crecimiento… Dios, se ha vuelto grande. —Eleanor, si eres tú otra vez, te juro que…

Abro la puerta y las palabras mueren en mi garganta.

No es Eleanor.

Es Charlie.

Y luce un feo ojo morado.



—¿Cómo se *atreve*?

—Apes, estoy bien, lo prometo. Solo se ve mal.

Muevo la bolsa de hielo, tratando de quitar toda la hinchazón. Dios, ¿cuántas veces he escuchado esas palabras? *No es tan malo; parece peor de lo que es.*

¿Cuántas veces he dicho esas palabras yo misma?

Me obligo a calmarme y tragar mi rabia. —No debería hacer estas cosas. Es tu padre.

—Le respondí mal —Charlie se encoge de hombros—. Sabía en lo que me metía.

—¿Qué pasó?

Vacila. —Cuando Mamá regresó, los escuché peleando. Así fue como me di cuenta de que había venido a visitarte. Estaba casi enojado porque no me pidió que fuera con ella, y luego Papá… comenzó a gritar. Sobre dinero. Intentó golpearla, así que me interpuse entre ellos… le grité, traté de detenerlo… —se ríe secamente—. Supongo que no fui muy bueno en eso.

Siento una punzada de culpa. —Es mi culpa. Vino a pedir el dinero del premio.

—¿Del concurso? —se anima—. ¡¿Ganaste?!

Una sonrisa vaga se extiende por mis labios. Es típico de Charlie estar feliz por las buenas noticias de alguien más cuando esa persona es la razón por la que lo golpearon hasta hacerlo papilla en primer lugar. —Sí. Primer lugar.

—¡Eso es increíble, Apes!

En este momento, no siento nada parecido. Esa voz que pasé tanto tiempo tratando de silenciar ha regresado con venganza y, por una vez, no tengo una buena razón para callarla.

Porque tiene razón.

A Charlie lo lastimaron por mi culpa. Mi valiente hermano menor, que se puso en la línea de fuego para salvar a nuestra madre de su esposo irresponsable. ¿Y por qué tuvo que hacer eso? Por mi culpa.

Dios me ayude, Eleanor tenía razón: soy una perra egoísta.

¿Sobre qué más tenía razón?

Todo, susurra esa parte desagradable de mí. Y tal vez eso tampoco esté mal. ¿Cómo puedo ser una buena madre si soy una hija de mierda? ¿Una hermana de mierda para el único hermano al que le importo un carajo?

¿Cómo…?

—Apes. Basta. En serio, estoy bien.

Es entonces cuando me doy cuenta de que tengo lágrimas en la cara. —Lo siento, Charlie. Debí simplemente haberle dado el dinero.

—De ninguna manera. Ni una oportunidad en el infierno. Ese dinero es tuyo. Te lo ganaste de manera justa.

—Pero Mamá tiene razón: no lo necesito. Matvey… probablemente pagaría la matrícula si se lo pidiera. Y, con este nuevo trabajo, tal vez podría…

Las manos de Charlie me aprietan los hombros. —No —dice con un aire de firmeza que está más allá de su edad—. Si mi papá sabe lo que le conviene, dejará de apostar. No lo hará si alguien paga la cuenta por él.

—No lo hará de ninguna manera, Char —murmuro—. Tú lo sabes. Lo hemos visto.

—Tal vez —concede, con una sonrisa todavía brillante en sus labios partidos—. Pero quiero darle una oportunidad.

Lo atraigo hacia un abrazo. —Eres demasiado bueno para ellos —susurro en su cabello—. Demasiado bueno.

Se ríe entre dientes. —Oye, yo también soy un desastre.

—No, no lo eres. Siempre fuiste el chico más amable en la habitación.

—Lo dudo —responde—. Tú también estuviste allí por un buen tiempo.

Me aparto antes de poder empezar a llorar en el hombro de mi hermano adolescente. —¿Estás seguro de que no quieres el dinero?

—Estoy seguro —dice—. Quiero ser como tú. Quiero ganarme el sustento. Y mi sueño… quiero ganarme eso también.

Pienso en sus mil pasatiempos y me río. —¿Ah, sí? ¿Ya lo hemos decidido?

—No —se encoge de hombros—. ¿Pero no es esa la mitad de la diversión? ¿Descubrir qué es?

Eso es todo: lo abrazo de nuevo. —Estoy tan orgullosa de ti.

Él hace un sonido de ahogo en respuesta. ¿Estoy apretando demasiado fuerte? Ay, cómo sea. Ya revisé sus costillas y están bien. Puede soportar un poco más de esto.

—Apes…

—Chito. Estamos teniendo un momento.

—Hermana, no puedo respirar.

Justo en ese momento, la puerta se abre: es Matvey. —¿April? —su apariencia es un poco alterada, como si hubiera corrido hasta aquí—. No respondías mis mensajes, así que…

Luego, sus ojos encuentran a Charlie.

Por un segundo, entro en pánico. Recuerdo lo enojado que estaba la última vez que Charlie vino sin avisar, diciéndome que había roto las reglas. Me pongo de pie de un salto, apresurándome a explicar. —Lo siento, ¡no estaba revisando mi teléfono! Hubo una especie de emergencia en casa, así que Charlie…

Pero Matvey pasa justo a mi lado. Levanta la cabeza de Charlie sin decir palabra, y sus penetrantes ojos azules evalúan el daño. Sin duda ha hecho muchas cosas así en su trabajo. —¿Algo roto?

Me doy cuenta de que me está preguntando a mí. —¡Ah! No, no, no lo creemos. Probablemente sea solo el ojo.

—Parece peor de lo que es —añade Charlie amablemente.

—Lo dudo —comenta Matvey. Luego, mueve su mano hacia la parte superior de la cabeza de Charlie…

Y *lo acaricia.*

Me quedo sin palabras. Es un cambio radical con respecto a lo que hubiera hecho el Matvey de antes. Claro, también fue bueno con Charlie en ese entonces, pero no antes de quitarme su libra de carne. Y ahora…

Ahora, es como ver a otra persona completamente distinta.

—Hiciste lo correcto al venir aquí —dice—. Haré que te preparen la habitación de invitados.

—¡E-está bien! —Charlie agita las manos—. Probablemente las cosas se hayan calmado en casa. Debería…

—Quédate.

Ambos se giran hacia mí.

—Quédate —repito—. En serio. Me sentiría mucho mejor si supiera que estás aquí esta noche.

Miro a Matvey en busca de confirmación. La comisura de sus labios se curva hacia arriba, imperceptible para cualquier otra persona.

Pero no para mí.

Conozco *a Matvey*, me recuerdo. *Ya no tengo que tenerle miedo*. Porque este es el nuevo Matvey, el que ha estado cambiando solo por mi bien. Y a *este* Matvey…

A este Matvey le confiaría mi vida.

Justo así, mi ansiedad se desvanece. —¿Te invito a una pizza y una película para cerrar el trato? —ofrezco.

Los ojos de Charlie se iluminan. —¿De verdad está bien?

—Por supuesto —responde Matvey—. Eres familia.

Familia. Una vez, esa palabra de siete letras no significaba nada para mí. No de la forma en que

normalmente significaba algo para otras personas. Pero ahora…

Ahora, es algo que tengo. El lado que elegí y el lado que no elegí… dos mitades de mi corazón, que ahora laten al unísono.

No podría estar más agradecida.

MATVEY

Esa mañana, dejo a April y Charlie durmiendo en el sofá y me dirijo al vestíbulo.

Yuri y Grisha ya me están esperando. Les dije que nos encontráramos aquí… no quería estar lejos del ático más de lo necesario. No después de la visita sorpresa de la arpía madre de April.

—¿Quién estaba de guardia ayer? —pregunto de primero.

—Taras y Shura —responde Grisha.

—Despídelos. La próxima vez quiero a alguien más capaz.

Nos dirigimos a la zona del restaurante. Los ojos del camarero se abren de par en par al verme. —¡S-señor! Si hubiera sabido que estaría aquí, habría…

—¿Me está diciendo que necesito una reserva para desayunar en el restaurante de mi propio hotel?

Se pone blanco como una hoja de papel. —N-No, señor, ¡por supuesto que no!

—Bien. Eso pensé.

Nos lleva a una mesa con pasos temblorosos, los menús prácticamente vibran en sus manos. Puedo ver el lápiz agrietarse mientras toma nuestros pedidos. Cualquier otra persona probablemente se sentiría mal por el pobre tío.

Pero yo no soy cualquier otra persona.

—¿En qué punto estamos con el interrogatorio? —le pregunto a Yuri tan pronto como el camarero se pierde de vista.

—Bien —suspira—. Lev no dice ni una palabra. No importa lo que use, su respuesta es la misma: “No sé nada”.

—¿Le crees?

—No lo sé. Puede que sea inocente.

Me río amargamente. —Nadie es inocente en la Bratva. ¿Qué hay de Vlad?

—Continúo siguiéndolo. Nada sospechoso todavía.

—Tal vez estés sobrecargado, Yurochka —sugiere Grisha—. Yo podría encargarme de seguir a Vlad. O de extraerle información al sospechoso.

—Claro. ¿También quieres besarme el trasero?

—Basta —gruño—. Tiene razón, Yura. Te he estado pidiendo mucho.

—No, no lo has hecho —insiste, con esa vieja desesperación por demostrar su valía brillando en sus ojos.

—Sí, lo he hecho. No puedes estar en dos lugares a la vez.

—Puedo ocuparme de Anatoly cuando Vlad está en una reunión —protesta—. Ya lo he hecho antes. No es difícil.

—Yuri…

—Por favor —murmura—. Déjame hacer esto.

Es entonces cuando finalmente entiendo.

Por supuesto. Hay una razón por la que no quiere abandonar la investigación de Vlad, y una muy buena: Petra. Probablemente quiere estar seguro de la culpabilidad de Vlad… quiere verla con sus propios ojos.

Y está demasiado en conflicto para decírmelo.

—Vale —concedo—. Pero no puedes usar esto como excusa para eludir tus otros deberes. Espero que cumplas con ellos también.

—Lo haré —promete Yuri—. Gracias.

Conflicto. He estado viendo mucho de eso en los ojos de mi hermano últimamente. No puedo decir que envidio su posición. Tiene sangre en ambos lados de la ecuación.

No, no sangre… *familia*.

Solía pensar que esas dos cosas eran lo mismo. Pero, si April me ha enseñado algo, es que no se puede pintar el mundo en blanco y negro de esa manera. No cuando hay tantos matices en el medio. La sangre de April no hizo más que apuñalarla por la espalda, una y otra vez, con los cuchillos más afilados que pudieron encontrar. Todavía lo hacen, si se les da la oportunidad. En su familia de sangre, todos menos Charlie son enemigos.

Charlie y April. En cierto modo, nos veo reflejados en ellos… Yuri y yo. Después de la traición de nuestro padre, éramos todo lo que teníamos. Solo el uno al otro, la nieve interminable y una sed insaciable de venganza. Esos dos medios hermanos a los que dejé durmiendo en el sofá… tampoco tienen a nadie más.

No. Te tienen a ti.

Sí. Me tienen a mí.

Y joder si los abandono. Esa promesa que obligué a April a hacer no era solo unilateral; también tengo la intención de honrarla. *Nunca más.*

Nunca más dejaré que April se ocupe sola de sus fantasmas.

Claramente, Yuri también está lidiando con sus propios fantasmas, sin importar lo que diga. Puede rechazar ayuda todo lo que quiera, pero eso no significa que no sea necesaria. Conozco a mi hermano lo suficiente como para saber lo que significan las ojeras: está exhausto, física y mentalmente.

Y ya no puedo permitir que eso continúe por más tiempo.

—Quédate con Vlad hoy. Démosle un respiro a nuestro sospechoso.

—¿Un respiro?

—Hazle creer que lo hemos abandonado.

Yuri asiente. —Eso tiene sentido. Estará más dispuesto a hablar después de eso.

—¿Y yo? —pregunta Grisha.

—Te quedarás con April. Después de lo que pasó ayer, quiero que estés con los otros guardias tan a menudo como sea posible. Mantenlos a raya. Recuérdales que no es solo Carmine de quien tienen que protegerla.

—Sí, *pakhan*.

Nos detenemos allí. Nuestros cafés se han enfriado hace mucho tiempo, pero trago el mío de todos modos. La amargura ayuda. Me mantiene con los pies en la tierra de una manera que nada más puede.

Observo a Yuri irse, luego detengo a Grisha antes de que suba. —He cambiado de opinión. Necesito que me lleves a un lado primero.

—¿Qué hay de April?

Vacilo. Quiero que esté a salvo, pero esto es importante. —Haz que tus hombres llamen si viene alguien —decido—. Y me refiero a *cualquiera*, Grisha. No me importa si es la puta Hada de los Dientes… quiero saberlo.

—Entendido —escribe un mensaje rápido, luego se gira hacia mí—. ¿A dónde?



EL ALMACÉN ESTÁ EXACTAMENTE como lo dejé: oxidado, apesta a sangre y desinfectante. Mitad hospital, mitad prisión.

Solo que no hay posibilidad de salir de aquí.

Encuentro a Anatoly en la habitación A, como esperaba. Le han dado una paliza. La mitad de su cara está hinchada, casi irreconocible. Si hubiera podido escapar así, no estoy seguro de haberlo encontrado.

—Hola, Anatoly.

Levanta la cabeza de golpe. —*Pakhan*. ¿Qué… estás haciendo aquí?

—Estoy aquí para obtener respuestas.

Miro las herramientas. O están intactas, o las han limpiado hasta dejarlas impecables, porque no hay ni una mota de sangre en ellas. Me pregunto si esta es la razón por la que Yuri no pudo hacer hablar a este tío… si no fue lo suficientemente duro con Anatoly por una razón y solo una razón.

Amabilidad.

—Por favor, espera…

Le asesto el primer puñetazo en el estómago. —¿Para quién estás espiando?

Este asunto con Vlad debe haber estado afectando a Yuri más de lo que pensaba. No quiere arruinar la vida de ese hombre… la vida de Petra… sin pruebas contundentes. Esa debe ser la razón por la que ha estado siendo blando con Anatoly. Subconscientemente, ha estado vinculando a los dos.

Debí saber que sería demasiado para él. Este no es solo su desastre… también es el mío. Y ahora, voy a limpiarlo.

Anatoly escupe un bocado de sangre. Pasa un tiempo antes de que deje de ahogarse lo suficiente como para responder, así que me impaciento. Le asesto otro golpe, esta vez con el dorso de mi mano en la cara. —¿Quién te incitó a hacer esto? ¿Quién ha estado trabajando con el enemigo?

—¡Ya se lo dije a él!

Parpadeo. —¿Qué?

—Ese tío… —jadea—. E-él estuvo aquí antes. Le dije… todo…

Las sirenas comienzan a sonar en mi cabeza. —¿Qué tío? —sacudo a Anatoly por los hombros —. ¿Quién estuvo aquí antes que yo?

—Lo conoces… tú, t-tú…

Mierda. No debí haber llamado a Yuri esta mañana. —Háblame, Anatoly. Háblame y serás libre: ¿quién vino aquí?

—Él es tu… é-él es…

De repente, empieza a echar espuma por la boca. La sangre se mezcla con ella y le baja por la barbilla a borbotones. Joder, ¿le he dado demasiado fuerte?

Una convulsión, me doy cuenta. Por eso Yuri se lo estaba tomando con calma: debía saber que Anatoly estaba enfermo.

Y, como un idiota, me metí en el asunto.

—Llama a nuestro médico —le grito a Grisha—. ¡Apúrate!

Pero apenas ha marcado dos dígitos cuando la cabeza de Anatoly se echa hacia atrás y deja de temblar.

Le miro los ojos: vidriosos, sin vida.

Muerto.

—¡Mierda! —dejo caer el carrito de herramientas de una patada—. ¡JODER!

Me lleva un minuto calmarme. Cuando termino de destrozar la habitación, respiro con dificultad. Con cautela, Grisha se acerca a mí. —¿Te dijo con quién habló?

—No tenía por qué. Dijo lo suficiente.

Lo conoces. Esas palabras se me han quedado clavadas en el cerebro como astillas. Y luego está la otra cosa que estaba intentando sacar. *Él es tu…*

—Mi padre —gruño.

Todo este tiempo he estado siguiendo a Vlad como un tonto, pero él nunca tuvo nada que ver con eso. El espía estaba del lado de Groza… de *mi* lado.

Y mi padre era el que movía los hilos.

Una vez más, Carmine ha estado un paso por delante de mí.

Una vez más, se ha llevado a mi único testigo.

Y, una vez más, lo dejé.

—¡JODER!

—Matvey —llama Grisha con urgencia—, hay algo que necesitas saber.

—¿Qué?

Levanta el teléfono. —Los guardaespaldas me acaban de enviar un mensaje de texto. Hay alguien en el ático. Dijo que era de la familia, así que lo dejaron subir.

Siento que se me va la sangre. —¿Quién?

—Tomaron una foto.

Miro la pantalla. *No puede ser. No ahora, no hoy.*

¡¿Por qué diablos está pasando esto ahora?!

—Quédate aquí —ordeno—. Llama a que limpien este desastre. Me llevaré el auto.

No tengo tiempo de llamar a Yuri y ponerlo al día. No tengo tiempo de pensar en nada más que en la familia que dejé en el ático, pensando tontamente que estarían a salvo sin mí.

Pero no es así.

Están en peligro… todos ellos.

APRIL

Cuando me despierto, hay una nota de Matvey sobre la mesa.

Reunión de negocios durante el desayuno abajo. Traeré muffins.

PD: Tu gato es una amenaza.

Sacudo la cabeza y me río. —¿Qué hiciste esta vez, Botones?

Una cabecita peluda aparece de la cuna, la imagen de la inocencia. Casi funcionaría, excepto por la corbata azul en su boca.

—¡Pequeño saqueador! —lo regaño sin ningún ardor real—. Siempre buscando tesoros para acaparar. Te juro que es como si fueras un pirata de verdad.

—Mrowr.

Le quito la corbata y miro a mi bebé. May está profundamente dormida, sus pequeñas manos agarrando con fuerza la cola de Botones. Para su crédito, Botones no se ha quejado todavía. —Vale. Lo dejaré pasar, pero solo esta vez.

Le rasco detrás de las orejas y luego voy a despertar a Charlie. —Levántate y despierta, dormilón.

Él gime. —Cinco minutos más…

Es una escena tan doméstica que no puedo evitar la estúpida sonrisa en mi cara. Las travesuras de mi gato, las quejas de mi hermano. Mi bebé, durmiendo toda la mañana solo porque sí. Y luego la nota de Matvey, dulce y normal, como si fuéramos solo una pareja cualquiera.

Nada de Bratva, nada de matrimonios falsos… solo nosotros.

Empujo a Charlie un poco más. Cuando eso no funciona, saco mi arma secreta. —Escuché que vienen muffins.

Inmediatamente, levanta la cabeza de la manta. —¿Chocolate o arándanos?

—Conociendo a Matvey, probablemente ambos.

—¿Puedo tomar café también?

—No. Eres demasiado joven.

Nos interrumpen unos golpes a la puerta. —Yo iré —le digo.

Entonces, una vez que estoy allí, me detengo. Mi mano está en el pomo de la puerta, pero algo me dice que tenga cuidado. Llámalo un sexto sentido, el instinto de una madre… lo que sea.

—¿Olvidaste tus llaves? —pregunto a través de la puerta, adoptando un tono despreocupado.

No hay respuesta.

—¿Matvey? —intento de nuevo.

Los golpes se reanudan, más insistentes. *BoomBOOMboomBOOM.*

—¿Hermana? —llama Charlie desde el sofá—. ¿Algo anda mal?

Sí. Sin embargo, no se lo digo. En cambio, me inclino silenciosamente y veo por la mirilla.

Me congelo.

¿Qué está haciendo él *aquí? ¿Cómo supo dónde…?*

Fuerzo mi voz a sonar tranquila. —Oye, ¿puedes llevar a May a tu habitación un rato?

Charlie frunce el ceño. —Apes, ¿estás…?

—Está bien —lo interrumpo—. Solo tardaré un segundo. Pero esto es realmente importante: no importa lo que escuches, quiero que te quedes con ella. ¿Puedes hacer eso por mí?

—Me estás asustando.

—Lo sé —le doy la mejor sonrisa que puedo—. No te preocupes. Esto terminará en un segundo.

Con un asentimiento apretado, Charlie obedece.

Puedo notar que no quiere hacerlo. Incluso cuando éramos niños, siempre se interponía entre mí y el peligro. Era más joven que yo, pero aun así intentaba salvarme cada vez.

Ahora es mi turno de salvarlo a él.

Podrías simplemente mantener la puerta cerrada, susurra la parte racional de mí. *Llama a Matvey, dile lo que está sucediendo. Vendría corriendo a tu lado.*

Pero no lo llamo. Estoy harta de esconderme detrás de otras personas. Estoy harta de huir.

Ahora lucho mis propias batallas.

Así que respiro hondo, me armo de valor y abro la puerta.

—Hola, April —dice el hombre del otro lado.

Le ofrezco una sonrisa forzada. —Hola, Tom.



LA ÚLTIMA VEZ que vi a mi padrastro tenía diecisiete años.

Fue el día en que decidí quedarme en casa de Dominic hasta que cumpliera dieciocho años. No es que tuviera ningún control sobre eso: en ese entonces, me enviaban de un lado a otro como un paquete no deseado. Pero sabía cómo funcionaba y sabía cómo suplicar.

Así que supliqué. Le supliqué a mi padre que me aceptara de nuevo. También le supliqué a Nora y a mis hermanastras. Me disculpé por todos los desaires imaginarios que habían tramado contra mí y prometí ser buena a partir de ese momento. Haría todas las tareas domésticas, me mantendría fuera de la vista, sería tan silenciosa como un ratón.

Porque no podía soportar ver a Charlie herido de nuevo.

No… no podía soportar verlo herido *por mi culpa*.

Y no voy a permitir que suceda ahora.

—¿Dónde está mi hijo, April?

Trago saliva. —No sé a qué te refieres.

—Ay, pero sí lo sabes. Esa de ahí es su mochila —señala la esquina del sofá.

Mierda. —Es una marca común —intento.

—Claro, y yo soy Papá Noel. Ahora, ¿dónde está?

Tengo que obligarme a no hacer arcadas ni dar marcha atrás. El hedor a alcohol en su aliento es suficiente para que cualquiera que esté a una distancia de quince metros dé positivo en un alcoholímetro por ósmosis. —No creo que sea una buena idea, Tom. Está claro que has bebido unos cuantos.

—Y me tomaré unos cuantos más cuando recupere al chico. Le enseñaré un poco de respeto, ya que estoy.

—¿Y le dejarás otro ojo morado?

—No tengo nada que ver con eso.

—Claro. Estoy segura de que sólo tropezó.

—¿Por qué no? El chico es torpe —se encoge de hombros. Tiene la cara roja como una langosta, como si hubiera pasado una semana entera al sol. Yo sé que no es así, por supuesto. Si hay algo que Tom odia más que mantenerse sobrio, es despertarse antes de que oscurezca—. Podría tropezar con sus propios pies. ¿Te acuerdas, no? ¿Lo distraído que puede ser?

Aprieto los dientes. —Recuerdo que lo ayudabas con eso. Y no te voy a dejar que lo hagas más.

—Por el amor de Dios, es menor de edad —grita de vuelta—. No puedes alejarlo de sus padres. Estarías infringiendo la ley.

—Entonces, llamemos a la policía —replico—. Veamos qué piensan sobre ese ojo morado. Veamos qué les dice *él*.

Inesperadamente, Tom se echa a reír. —¡Ay, por favor! No dirá ni una maldita cosa, y lo sabes. Después de todo, todavía tengo a su madre en casa. A la tuya también, no es que te importe.

Me importa lo suficiente como para no querer que esté en el hospital. Mantengo las palabras herméticamente selladas detrás de mis labios. No me haría ningún bien ahora darle a Tom otra debilidad para explotar.

Pero él ve a través de mí. —Ay, ¿no es dulce? Alguien tiene corazón después de todo. Pensé que todo ese dinero te estaba convirtiendo en una esnob como tu papi.

—Tom, llamaré a la policía.

—No, mira, no creo que lo hagas. Digo, ¿realmente quieres que la policía esté aquí? —hace un gesto amplio hacia el hotel—. Tu *novio* ciertamente no lo apreciaría.

—Pareja —corrijo con frialdad.

—Claro, lo que sea. ¿Crees que no leo los periódicos? ¿Crees que no sé que te enrollaste con un jefe de la mafia? Adelante, llama a la policía. A ver qué piensan de *eso*.

—Los blogs de conspiraciones no son "periódicos"…

—Lo que digan ustedes, borregos.

—…y, si crees que solo voy a entregar a Charlie sin más, eres aún más estúpido de lo que recordaba.

Eso provoca una reacción. —Yo tendría cuidado si fuera tú, April.

—Lo mismo digo, Tom.

Se ríe, seco y trastornado. —¿Qué, crees que quiero al niño de vuelta? ¡Es una molestia! Pero su madre no deja de llorar. Es como si estuviera deprimida o algo así. Ya ni siquiera se acuesta conmigo.

—Eres de lo peor, ¿lo sabes?

—Hago lo mejor que puedo.

—Puedo verlo.

—¿Qué tal esto, entonces? —sonríe, mostrando una hilera de dientes podridos—. Toma su lugar y te dejaré quedártelo.

Frunzo el ceño. —¿"Tomar su lugar" como en…?

—Acuéstate conmigo. Tacha un elemento de la lista de cosas por hacer de tu querida mami. Estoy seguro de que recuerdas cómo es. Quiero decir, has tenido una hija, así que claramente finalmente aprendiste para qué sirve esa mierda entre tus piernas. ¿O necesitas un recordatorio?

Me toma un momento procesar completamente lo que estoy escuchando.

Entonces, la rabia se apodera de mí.

—Eres repugnante —espeto.

—¿Y tú no lo eres? —se ríe a carcajadas—. Mira quién se cree que es la mejor solo porque se está tirando al jefe de los gánsteres. Déjame decirte algo, cariño: eres una puta.

—Tú…

—Una patética acompañante de un tío rico y casado —me interrumpe sin ceremonia—. Está en todos los periódicos, ¿sabes? Él con su esposa rubia. No me importaría tener un pedazo de *eso,* pero supongo que todos tienen que arreglárselas a veces.

De repente, su mano se lanza hacia mí. Me aparto, pero no soy lo suficientemente rápida… sus dedos sudorosos se cierran alrededor de mi muñeca, atrapándome en la puerta.

—Suéltame —digo con voz áspera.

—¿Qué? ¿Ya no te gustan los hombres casados? —se burla. Su aliento rancio está justo contra mí ahora, tan cerca que podría vomitar solo por el hedor.

Pero lo que más me preocupa es su otra mano. Encuentra mi cadera y me aprieta, con tanta fuerza que me deja un moretón. Intento quitármela de encima, pero es inútil. Yo soy inútil.

Vamos, reacciona. ¡Por el amor de Dios, reacciona! ¡Ya no eres una niña! No eres joven como cuando él lo intentó la última vez… cuando él…

Descarto los recuerdos. Ya no me sirven. Charlie estuvo allí la última vez. No entendía lo que estaba pasando, solo que su padre quería hacerme daño. En ese entonces, me salvó.

Ahora, no hay nadie.

En poco tiempo, la mano de Tom comienza a deslizarse hacia abajo, hacia abajo, hacia *abajo*. Estoy paralizada como un ciervo ante los faros. Por un segundo, me olvido de todo: mi hermano en la habitación de al lado, Matvey abajo. Todo lo que puedo pensar es: *Esto es todo. Esto va a pasar.*

—Lo quieres, ¿no?

—No —grazno.

—Joder, sí que lo quieres. Siempre lo has querido. Por eso todos esos vestidos diminutos, ¿eh? ¿Querías que te los arrancara?

—¡No eran diminutos! —grito—. ¡Eran solo vestidos! ¡Tenía diecisiete años, Tom!

—Y con un busto de estrella porno. Vamos, sé honesta: querías engañar a Mami, ¿no? ¿Robarle a su hombre y luego alardear de ello?

Sigue soltando obscenidades en mi oído. No puedo hacer nada para detenerlo. Todo lo que digo, él ignora; cada negación, se burla; y con cada movimiento que hago para liberarme, solo me agarra más fuerte.

Reacciona.

¡Joder, reacciona!

¿Y si esto le estuviera pasando a tu hija?

Eso es lo que me saca de ahí. De todas las cosas, es May. May, que nació niña en un mundo como este… un mundo del que tendré que protegerla.

¿Cómo diablos puedo hacer eso si ni siquiera puedo protegerme a mí misma?

—Supongo que puedo hacer el sacrificio —Tom se burla mientras me palpa el muslo—. Follarte un par de telarañas de encima, ya que estoy. Tal vez incluso te meta a otro bastardo dentro.

—Lo dudo —me obligo a decir—. Tendrías que tenerla erecta para eso.

Veo que la lujuria desaparece de su rostro. La furia la reemplaza. —¡Pequeña…!

Retira su mano de mi muslo y la levanta bien alto. Cierro los ojos con fuerza y me preparo: no es la primera bofetada que recibo de Tom, pero es la primera en mucho tiempo. Ya no sé si estoy acostumbrada a eso.

Pero, antes de que el golpe pueda aterrizar, escucho una voz.

Su voz.

—Aléjate de mi mujer, joder.

MATVEY

Veo rojo.

Mi puño golpea la cara de Tom y algo hace un crujido agudo y repugnante. No registro el chorro de sangre, solo la rabia creciente en mi pecho. La bestia dentro de mí, aullando: *Eso no es suficiente. Hazle pagar.*

No es solo todo lo que he escuchado durante mi caminata por ese largo, largo pasillo. Palabras, aún podría responder con mis propias palabras. Pero, en el segundo en que vi las manos sucias de Tom en April, perdí la cabeza.

—Pedazo de mierda —gruño mientras lo tiro al suelo—. Estúpido, miserable pedazo de…

Lo golpeo otra vez, y otra vez, y otra vez. Es todo lo que puedo ver: mi puño cayendo, volviendo cada vez más rojo. Ni siquiera puedo notar si está rogando… el zumbido en mis oídos ahoga todo lo demás.

Sabía que Tom era violento. Sabía que probablemente golpeaba a April en el tiempo que ella se vio obligada a vivir bajo su techo.

¿Pero *esto*?

Ni siquiera puedo pensar con claridad. ¿Era este el tipo de atención que tenía que sufrir? ¿La humillación que tenía que soportar? Joder, tenía diecisiete años. Diecisiete, y aun así, este cabrón intentó…

¿Quién dice que solo lo intentó? susurra la parte más oscura y fea de mí. *¿Quién dice que no tuvo éxito?*

Dejo escapar un rugido y empiezo a golpearlo con toda mi fuerza. —Te mataré. Te mataré, joder, asqueroso…

—¡MATVEY, BASTA!

En el segundo en que siento las manos de April sobre mí, mi visión se aclara. El zumbido se desvanece. Puedo escuchar ecos de gritos… una mujer y un niño. Eleanor, me doy cuenta, corriendo desde el ascensor.

Y luego…

Charlie.

Lo veo ahora, temblando en la puerta. Su rostro está blanco, sin sangre. Parece aterrorizado.

Parece aterrorizado de *mí.*

—¿Papá…?

Finalmente, miro hacia abajo. El rostro de Tom es una pulpa roja, apenas reconocible, como una fruta magullada aplastada bajo mi talón. Por un segundo, creo que lo he matado.

Entonces, escucho una respiración entrecortada. —P-piedad…

Dejo escapar un suspiro de alivio. Está *vivo*. Vuelvo mi atención a los hermanos, ignorando los lamentos de Eleanor. —Charlie, no quise…

Pero, cuando extiendo mi mano, él se aparta.

—¿Charlie? —frunzo el ceño, pero alguien se interpone entre nosotros.

April.

—No hables con él —dice, con la voz más fría que he escuchado en mi vida.

—April, no quise…

—Necesita una ambulancia —solloza Eleanor—. ¡Va a m-morir!

—No va a morir, Mamá —April pone los ojos en blanco, pero aun así saca su teléfono—. Parece peor de lo que es. ¿Verdad, Tom?

Veo a la familia entrar en acción… o, mejor dicho, a April. De todos los presentes, parece ser la única que mantiene la cabeza fría.

Pero la furia en su mirada es inconfundible.

La cagué.

La cagué de nuevo.



ANTES DE QUE llegue la ambulancia, me escapo.

No es exactamente mi elección, pero April es firme: Ahora mismo, Charlie necesita su espacio. Y no sería bueno que yo estuviera allí cuando llegaran los paramédicos. No con el estado de mis nudillos como un claro indicio.

Así que me voy.

Paso ese tiempo vagando por las calles. Me lavo las manos en una fuente de agua, la primera que encuentro. La sangre corre y se derrite con el gris oscuro de la acera, dejándome solo con moretones morados. También me lavo la cara, dejando que el agua helada me calme.

Para cuando regreso, ya está oscuro. —¿Dónde está Charlie?

—Se fue a casa —responde April secamente—. Pero puede que todavía esté en el hospital.

—Entonces, ¿no va a volver?

Ella suelta una risa seca. —¿Tú qué crees?

—¿Qué creo *yo*? —gruño, la rabia repentinamente vuelve a la superficie—. Creo que Tom se lo merecía.

—Ah, ¿sí? —da un paso enojado hacia mí—. Entonces, ¿por eso casi lo mataste? ¿Decidiste que merecía morir?

—¡Te estaba tocando! —rujo—. Te estaba agarrando. Estaba tratando de…

—¡Entonces detenlo! —grita April—. ¡Golpéalo una vez y listo! ¡Pero no lo golpees hasta casi matarlo delante de su puto hijo!

Aun mientras aprieto los dientes, la parte racional de mí sabe que April tiene razón: crucé la línea. Pero, ahora mismo, estoy demasiado furioso para escuchar esa parte. Cada vez que cierro los ojos, esa escena comienza a reproducirse de nuevo en bucle, y me está volviendo jodidamente loco.

Las manos de Tom.

La cara aterrorizada de April.

—Estaba amenazando a mi familia —gruño—. Protegeré a mi familia de cualquier manera que me parezca adecuada.

—No, en realidad no lo harás —April aprieta la mandíbula—. Lo creas o no, Matvey, así no es como esto funciona. Esta no es tu Bratva. En esta casa, no pagamos los desaires con la muerte.

—¿“Desaires”? —susurro de vuelta—. ¿Llamas a eso “desaires”? ¡Te llamó puta!

—Bueno, tenía razón, ¿no?

Eso me deja atónito y me quedo en silencio. —¿Disculpa?

—Me oíste.

De repente, es como si el mundo diera vueltas. —¿Qué coño significa eso?

—¿Qué soy yo, Matvey? —pregunta—. No soy tu novia; no soy tu prometida. Y ciertamente no soy tu esposa. ¿Qué soy yo para ti?

—Eres mi mujer —digo con voz áspera.

—Soy tu puta —se le empieza a quebrar la voz—. En lo que respecta al mundo, eso es lo que soy.

—¿A quién le importa el mundo?

—¡A *mí*! —grita—. ¡A mí, Matvey! Si alguien como Tom Hill puede tener razón sobre mí,

¡entonces me importa!

—No tenía razón sobre…

—Estás casado con otra mujer —me interrumpe—. ¿En qué se equivocó, entonces?

—Eso es diferente —protesto—. Es necesario.

—Sí, ¿y por cuánto tiempo?

Esa pregunta me pilla desprevenido. —¿Qué significa eso?

—¿Qué más puede significar? —solloza—. ¿Piensas casarte conmigo, Matvey? ¿O esto es todo lo que vamos a ser?

Por supuesto que me voy a casar contigo. Las palabras ya están a medio salir, pero en el último segundo posible, se me quedan atascadas en la garganta.

Puedo ver la conversación desarrollándose en mi mente: *¿Cuándo?*

No lo sé.

¿Dónde?

No lo sé.

¿Cómo?

No lo sé, joder.

Esa es la simple verdad: no lo sé. —April…

—No lo hagas —me ordena. Puedo ver que está conteniendo las lágrimas, tratando con todas sus fuerzas de no derrumbarse frente a mí. De ser fuerte.

—No quiero nada más que estar casado contigo —le digo.

Pero ella solo me da una sonrisa triste y llorosa a cambio. —Eso no es verdad.

—Lo es.

—No. Tú tienes tus sueños, Matvey: los tuyos y los de Petra. Quieres conquistar D.C., cortarle la cabeza a la operación de Carmine, conseguir tus premios. Tu venganza. Su reconocimiento.

—Pensé que apoyabas eso —digo con amargura—. Pensé que estabas de acuerdo.

—¡Sí te apoyo! —dice—. Los apoyo a ambos tanto, no tienes idea. Pero es que es eso, Matvey: Estos son *tus* sueños… los tuyos y los de ella. No los tuyos y los míos —su voz se reduce a un susurro—. ¿Habrá lugar alguna vez para ellos?

No sé qué decir. Por primera vez en mi vida, me quedo completamente sin palabras. Mi rabia se ha desvanecido hace mucho, dejándome vacío como una cáscara.

Nuestros sueños. Durante todo este tiempo, ni siquiera pensé en eso. No con todo lo demás en mi plato.

Pero, si empiezo, ¿qué pasará con los míos? ¿Mi guerra? ¿Mi venganza? No importa lo que pase, son las cosas más importantes. Eso es lo que siempre me he dicho.

Pero, ¿aún lo crees?

Ante mi silencio, April levanta la cabeza. —Vete. Necesito estar sola ahora mismo.

—April…

—Por favor —me ruega—. Solo vete.

No quiero. Cada célula dentro de mí, cada átomo, me grita que no lo haga. *No la dejes. Es tuya.*

Pero lo hago.

Que Dios me ayude, lo hago.

MATVEY

—Esta vez sí que la has cagado, ¿eh?

Pongo los ojos en blanco. —Vete, Petra.

Como era de esperar, Petra me ignora. Deja su copia de las llaves y se dirige a la cocina del loft. —¿Dónde está toda tu comida?

—Se ha ido.

La verdad es que hace tiempo que no lleno la despensa. No he tenido ningún motivo para hacerlo. Estos últimos meses, solo he estado aquí una o dos veces, para recoger cosas o comprobar que nadie estuviera ocupando el lugar.

Ahora no recuerdo cómo era vivir aquí. Llevo mirando el techo Dios sabe cuánto tiempo y lo único que puedo pensar es en lo extraño que me resulta de repente: las paredes de ladrillo a la vista, la atmósfera industrial, los muebles de acero y madera.

El silencio.

El maldito *silencio*.

Que se rompe inmediatamente de nuevo cuando Petra hurga. —¿Cómo es posible que no tengas ni una sola caja de cereales?

—No tengo cinco años, así.

—Qué aburrido —saca una bolsa vieja de patatas fritas del fondo de un armario y empieza a picar. Casi extraño cuando vomitaba todo el tiempo por las náuseas matinales… al menos no estaba invadiendo mi cocina—. Supongo que esto servirá.

—Bien. Ahora, vete.

—¿Es esa forma de hablarle a tu esposa embarazada?

—Si se está portando como una perra, entonces sí.

—Ay. Puede que le diga a April que dijiste eso.

—Ves, esto es lo que no entiendo —le espeto—. Tú eres la razón por la que estoy casado. ¿Por qué April no está enojada contigo?

—¿Quién dice que no lo está?

—Estás aquí. Yo no te llamé. De hecho, prefiero cortarme las dos pelotas con un cuchillo de mantequilla.

Petra suspira. —Vale, está bien. Ella me lo dijo. ¿Feliz?

—No.

Es el colmo de la locura: Petra me obligó a casarme con ella. Ella necesitaba esto más que yo. Entonces, ¿por qué April no la está destrozando a *ella*? ¿Por qué me están echando de mi casa mientras Petra recibe invitaciones para tomar el té?

—Dios, eres un hombre —sacude la cabeza.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Que eres un idiota incurable —aclara—. ¿Crees que April no me guarda rencor? Despierta, Matvey: sí lo hace. Es demasiado amable para decirlo.

—No fue demasiado amable para decírmelo a mí —gruño.

—Porque tú eres quien debía ponerle un anillo en el dedo —replica—. ¿Ya lo hiciste?

—Claro. Vayamos todos a Arabia Saudita. Entonces, podremos vivir felices para siempre como una tríada casada.

—Matvey, mírame —se inclina sobre el respaldo del sofá con los codos—. Ahora estoy a salvo. Mi hijo está a salvo. Si te divorciaras de mí, nadie me culparía.

—Claro. Me culparían a *mí*.

—Sí. Y perderías tu ejército.

Suelto una risa amarga. —¿Y qué? ¿Tú consigues lo que querías, pero yo no consigo lo que quería? —me levanto del sofá y le doy la espalda—. Sí que suena como un trato increíble.

—Quería ser *vor*, Matvey. Eso aún no ha sucedido.

—Perdóname por solo salvarte la vida, entonces.

—No estás escuchando —es extraño oírla así: no enojada, sino resignada. Como si hubiera envejecido diez años mientras yo no la miraba—. Te digo que estoy bien con eso. Estoy dispuesta a hacer el sacrificio si eso significa que mi amiga será feliz.

Me detengo. Por un segundo, me pregunto si escuché mal.

Porque no puede ser jodidamente posible, ¿verdad?

No hay forma de que Petra Solovyova haya dicho que renunciará a su poder por el bien de otra persona.

Pero lo hizo. No importa cuántas veces repito sus palabras en mi cabeza, siguen siendo las mismas. —¿Estás diciendo que ser *vor* ya no te importa?

—¿Estás bromeando? —se eriza—. Por supuesto que sí. Pero April importa más —duda, las palabras se quedan atrapadas en algún lugar entre sus labios y su corazón—. No quiero que mi felicidad venga a costa de la suya. Simplemente… ya no soy esa persona —camina por la habitación y planta sus pies justo frente a mí—. ¿Y tú?

—¿Y yo qué?

—¿Estás dispuesto a sacrificarte?

Mi venganza. Mi sueño. Toda mi vida, eso es todo lo que me importó. Y ahora…

Ahora, se me pide que tome una decisión imposible. —Yo…

Cuando no sale nada más, Petra asiente. —¿Ves ahora por qué April me habla a mí y no a ti?

Joder. Tiene mucha suerte de estar embarazada. Si alguien más me hubiera hablado así, no tendría la lengua para aclarar lo que quería decir. —Tengo la sensación de que estás a punto de iluminarme.

—Es porque todavía tienes un pie fuera de la puerta —explica—. Quieres estar con April, pero no te comprometes. Todo es en tus términos… nunca en los de ella.

—*Estoy* comprometido.

—Claro. Entonces, ¿cuándo te casarás con ella?

Siento que la rabia aumenta. —Ya dije…

—Que ahora no es un buen momento —completa Petra—. Sí. Te escuché. Entonces, ¿cuál es el plan? ¿En seis meses? ¿Un año? ¿Hasta que mi padre se despierte frío en su cama y el tuyo esté enterrado a dos metros bajo tierra? ¿Hasta que May vaya a la universidad?

—¡¿Cómo se supone que lo sepa?! —grito.

—Entonces, ¡¿cómo se supone que lo haga April?! —grita de vuelta—. ¿Cómo se supone que *ella* lo sepa, Matvey?

Abro la boca para responder, pero no salen palabras.

En mi mente, las fichas de dominó comienzan a caer. Una a una, como una piedra caída que lentamente se convierte en una avalancha. Luego, todo comienza a encajar: la melancolía de April, su reacción a la insinuación de Tom, su ira. Sus lágrimas, obstinadamente contenidas.

—Bien —Petra asiente, observándome como un halcón—. Veo que se te ha encendido la bombilla.

—Te desprecio.

—Lo sé —sonríe—. Pero eso no significa que esté equivocada.

Por desgracia, no.

—*Blyat'* —me masajeo las sienes para aliviar el terrible dolor de cabeza—. No puedo creer que Yuri quiera casarse contigo.

—Lo dice el hombre que se casó conmigo primero.

—Creo que hemos establecido que lo lamento profundamente.

Petra se encoge de hombros. —Quizá siempre estuvimos destinados a ser algo más.

—¿Como qué? —frunzo el ceño.

—¿Hermanos políticos? —ofrece—. Sin duda, ya discutimos bastante.

Hermanos. La idea debería ser ridícula. No comparto ni una sola gota de sangre con Petra… ¿cómo podría ponerla en el mismo lugar que Yuri?

Y, sin embargo, cuando lo dice así, no suena ridículo en absoluto. Suena… real.

Suena correcto.

—¿Te he dicho que te desprecio?

—Solo todos los días —dice, cansada—. Ahora, ve a arreglar las cosas con April. No quiero que me vuelva a pinchar la próxima vez que necesite un maniquí viviente.

—¿Ella te pinchó?

—"Accidentalmente". ¿No te dije que también estaba enojada conmigo?

Niego con la cabeza. Si hay algo que nunca entenderé, es esta extraña amistad entre ellas. Habría sido mucho más fácil odiarse.

Pero el odio es agotador. Como el amor, requiere energía constante.

Y, a diferencia del amor, nunca vuelve.

—Gracias.

—¿Por mi sacrificio?

—Entre otras cosas.

Petra arruga la bolsa de patatas vacía y la tira a la basura. Luego, se gira hacia mí desde la puerta. —Por cierto, si quieres devolverme el favor, puedes hacer una cosa.

—¿Qué cosa?

—Deja de enviar a mi novio a hacer recados. No lo he visto en dos días. Estoy empezando a olvidarme de cómo es.

Frunzo el ceño. ¿Por qué Yuri…?

Ah. Cierto. En medio del caos, olvidé cancelar la vigilancia de Vlad. —Fue mi error. Me aseguraré de que vuelva contigo en una sola pieza.

—Eso es todo lo que una chica puede pedir.

Empieza a irse, pero la detengo. —Petra.

—¿Sí?

—Tu padre está a salvo. Pensé que deberías saberlo.

La veo bajar los hombros imperceptiblemente. Con la espalda vuelta, no puedo ver su rostro, pero tal vez sea mejor así. Tengo la sensación de que no querría que lo viera. Algunas cosas no son para los ojos de los demás.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Baja las escaleras sin decir una palabra más.

Una vez que ella se va, yo también lo hago.



—YURA, soy yo. El sospechoso está muerto. Vuelve a informarme en cuanto recibas esto.

Termino mi nota de voz justo cuando mi destino aparece a la vista. Yuri no ha contestado, pero eso no es nada nuevo. Últimamente, ha estado en medio de cientos de misiones diferentes.

Eso va a cambiar.

Cuando llego al ático, April abre la puerta con una cara inexpresiva. —No te esperaba.

—Vine a ver a May.

No sé por qué digo eso. En cuanto las palabras salen de mi boca, me arrepiento. La última vez que me disculpé como es debido, fue en el calor del momento; ahora, bajo la mirada fría de April, es como si mi ego se rebelara contra mí. Esa parte de mí que no pide, solo exige, está resultando mucho más difícil de superar de lo que pensaba.

—Por supuesto —responde April, sonando decepcionada—. Está en su cuna.

Camino hacia el centro de la sala de estar. May está teniendo un raro momento de vigilia. Está hipnotizada por su móvil, tirando de los juguetes de colores uno por uno. Cuando me ve, su rostro se ilumina con una sonrisa. —¡Pa!

Sacudo la cabeza y sonrío. No estoy seguro de si está tratando de decir “Papá” o si es solo un sonido aleatorio de reconocimiento, pero de cualquier manera, está destinado a mí. O eso elijo creer.

—Hola, *malyshka*.

Ella se anima aún más. —¡Da! ¡Da!

A petición suya, la levanto. Es increíble lo grande que se ha vuelto en seis cortos meses. —¿Dónde está tu amigo? ¿Ah?

Algo se mueve debajo de las mantas. —Mrowr.

Como era de esperar. —Parece que estás en buena compañía.

—¡Boh, Boh!

—Eso significa “Botones” —me informa April—. Solo lo dice cuando él está cerca.

—Lo cual es siempre.

—Más o menos, sí.

El silencio desciende de nuevo entre nosotros. —Aún no has comido —señalo con la cabeza la bandeja intacta.

—No tenía hambre.

Vamos a cenar. Tres simples palabras, y sin embargo no puedo decirlas. Algo todavía me bloquea… algo feo y presumido, que se opone a cada uno de mis movimientos. Mi orgullo.

—Mira…

—Ya que estás aquí —interrumpe April, agarrando una carpeta de la mesa—, necesito que firmes esto.

Frunzo el ceño. —¿Y esto es…?

—Facturas médicas. Para Tom.

Mi vieja rabia vuelve a surgir de inmediato. —No pagaré el tratamiento de ese imbécil.

—Sí, lo harás —replica April—. Tú lo pusiste ahí, Matvey. Es lo mínimo que puedes hacer.

—Él te puso las manos encima.

—Y tú le pusiste las manos encima —responde—. Así que supongo que están a mano.

—Y una mierda.

De repente, un grito me perfora los oídos. Recuerdo a May en mis brazos. Mierda, ¿la agarré demasiado fuerte? —Oye…

—Yo me encargo —extiende las manos y la bebé se va voluntariamente, escondiendo su cara llorosa en el pecho de su madre—. No es nada que hayas hecho tú —me asegura como si leyera mi mente—. Es solo que es sensible a los estados de ánimo.

—No quise molestarla.

—Sí —aprieta los labios—. Muchas cosas que no querías hacer últimamente.

—Eso no es justo.

—Cierto. Porque tú no has sido más que justo conmigo.

Aprieto los puños a los costados. —April…

—Estoy cansada —dice—. Si no necesitas nada más, me voy a la cama.

—Vine aquí para hablar —digo—. Vine aquí para…

—¿Para mostrarme los papeles del divorcio?

Aprieto la mandíbula. —Es complicado.

—No, Matvey. En realidad, no es complicado en absoluto.

Mierda. No se suponía que fuera así. —April…

Pero ella ya se dirige al dormitorio con la bebé. El gato salta tras ellas. Me observa el tiempo suficiente para mirarme con malos ojos y luego desaparece detrás de la puerta segundos antes de que se cierre.

…Joder.

MATVEY

El cambio nunca es fácil, pero a veces es necesario. A veces es todo lo que tenemos.

Así que voy a hacer lo que tenga que hacer.

A primera hora de la mañana me dirijo a Staten Island. Encontrar la dirección es fácil: la verificación de antecedentes que Grisha preparó hace todos esos meses sigue siendo válida.

Me lleva a un parque de caravanas. De nuevo, sin sorpresas.

Camino alrededor de un montón de basura en el césped descuidado. Está muy lejos de mi hotel de cinco estrellas, pero tampoco es suficiente para conmoverme. He visto cosas peores. He *estado* peor.

Comparado con las nieves de Rusia, esto es el paraíso.

Me detengo frente a la caravana correcta y levanto el puño para tocar. Sin embargo, dudo un segundo. El antiguo yo nunca haría algo así. No… ni siquiera lo consideraría. ¿Matvey Groza, viene a disculparse? Por favor. Lo encontraría humillante, indigno de él en todos los sentidos posibles.

Pero el antiguo yo no tenía a April.

Solía haber algo cómodo en eso: no tener nada que perder. No tener a nadie. Si estás solo, nadie puede llamarte la atención, nadie puede acorralarte. No puedes mirarte en un espejo y arriesgarte a odiar lo que ves.

Una vez, habría jurado por esa vida. Pensé que era el único tipo de vida que valía la pena tener. Nadie a quien rendirle cuentas, ninguna responsabilidad con nadie más que uno mismo. Nadie con quien volver a casa.

Ahora no puedo soportar esa idea.

No me importa cuántas ventajas haya… no voy a volver a eso. No voy a volver a una vida de vacío y miseria. He estado solo por mucho tiempo. En ese entonces, pensé que significaba fortaleza: estar solo.

Pero no es así. Solo significa soledad.

Y nunca he sido más fuerte que ahora que tengo una familia a la que proteger.

La cagué con ellos. Sé que lo hice. Y ahora, tengo que arreglarlo. Así que respiro profundamente y me obligo a tocar.

Al principio, no escucho nada. *Tal vez no estén en casa.*

Entonces, comienzan los gritos. —¡ABRE LA PUERTA!

—¡ESTOY EN MULETAS! ¡ÁBRELA TÚ!

—¡BUENO, YO ESTOY COCINANDO *TU* ALMUERZO, GORRÓN DESAGRADECIDO!

—¡Deja de gritar! ¡Yo lo haré! —dice una voz más joven desde el fondo de la caravana. Segundos después, la puerta se abre—. ¿Sí…? —en el momento en que me ve, sus ojos se agrandan—. Matvey.

—Charlie —le respondo en un susurro—. Esperaba poder hablar contigo un segundo. En privado.

La vacilación se refleja en su rostro. No puedo culparlo… tiene todo el derecho a tener miedo. La última vez que nos vimos, yo era una bestia. Perdí de vista a mí mismo y a todos los que me rodeaban. ¿Por qué debería confiar en mí ahora?

Desde adentro, Tom grita—: ¿QUIÉN ES, MOCOSO?

—¡SI ES EL PROPIETARIO, DILE QUE PAGAREMOS TAN PRONTO COMO ARREGLE EL CALENTADOR DE AGUA! —agrega Eleanor.

—¡PERO A PARTIR DEL MES QUE VIENE!

—¡No es el propietario! —grita Charlie—. Son solo… —hace una pausa, inseguro—. Niñas Exploradoras.

—¡DILES QUE NO QUEREMOS SUS GALLETAS DE MIERDA! —grita Eleanor.

—¡AHH, TRAEME TURRÓN! —interviene Tom.

—¡NO CON MI DINERO, NO!

—¡Y DOS CAJAS DE CARAMELO!

—¡Vale! ¡Solo será un minuto! —cierra la puerta detrás de su espalda y suspira—. Disculpa.

—No hay necesidad de disculparse —señalo la caravana con la cabeza—. ¿Siempre son así?

—No. Normalmente son peores —una risa débil—. Entonces, ¿qué querías…?

—Cierto —Dios, esto es incómodo—. ¿Hay algún lugar donde podamos…?

Al principio, Charlie duda. Solo por un segundo, pero no hay forma de que no lo note. También es mi culpa: ese momento de miedo. Me desprecio por haberlo puesto allí.

—Conozco un lugar —dice finalmente—. Sígueme.

DETRÁS DEL PARQUE DE CARAVANAS, hay un parque de verdad. Es una cosa pequeña, que parece una jungla, que no aparece en ningún mapa, probablemente porque nadie lo ha cuidado desde que terminó la guerra. La Guerra *Civil*.

—Aquí —dice Charlie, saltando sobre una pared de jardín cubierta de musgo para sentarse—. Nadie nos oirá.

Me quedo de pie. —Bien.

Luego, no digo nada más.

Charlie me mira, inseguro. Tiene el mismo hábito nervioso que April: retorcerse las manos cuando se siente incómodo. El silencio, al parecer, tiene una forma de hacer que ambos hermanos se sientan incómodos.

Así que lo rompo de la única manera que puedo. —Lo siento. Por lo que pasó el otro día.

Charlie traga saliva. —L-lo sé. April dijo que no querías…

April. Incluso cuando no está presente, aquí está, defendiendo lo peor de mí. —No quise enviarlo al hospital —coincido—. Pero sí quise golpearlo. No me disculparé por eso. Pero nunca quise que lo vieras, Charlie. Nunca.

Él asiente débilmente. —Fue aterrador verte así. Fue como si no estuvieras allí. Pensé que ibas a… —no termina esa oración, pero puedo completar el resto perfectamente. *Matarlo*—. Me recordó un poco a él. A mi papá.

Eso duele profundamente. No solo por mi orgullo, sino por mi familia. ¿Realmente le mostré a April un lado tan feo de mí? ¿También le recordé a Tom?

No es de extrañar que esté tan furiosa conmigo. Tan desconsolada.

—Fue uno de mis peores momentos —digo—. No siempre fui un buen hombre. Incluso ahora, no estoy seguro de llamarme así. Pero, desde que conocí a tu hermana… he estado tratando de hacerlo mejor. *Quiero* hacerlo mejor. Y quiero ser mejor para ti también —lo miro directamente a los ojos—. ¿Me darás otra oportunidad?

Charlie parpadea. Parece sorprendido por mis palabras. La crudeza de ellas. Debe ser una experiencia nueva para él, ver a un adulto reconocer sus errores. —Vale.

—Vale —repito.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto. Adelante.

—¿Qué pasó el otro día? —pregunta—. ¿Por qué empezaron a pelear así?

Ah. Ahí está.

—¿Qué te dijo April?

—No mucho —murmura—. Solo que las cosas se salieron de control. Pero todavía no entiendo qué estaba pasando.

—Tu papá… —comienzo—. Estaba diciendo algunas cosas. *Haciendo* algunas cosas que… —solo el recuerdo es suficiente para hacer que mi sangre hierva de nuevo, pero me obligo a superarlo. Charlie no tiene culpa en esto. No mancharé la imagen de su padre ante sus ojos—. Eran inexcusables. Pero yo también soy inexcusable.

—¿Qué cosas? —insiste—. Solo entendí unas pocas palabras, pero no pude entender realmente de qué hablaban April y Papá. Sonaba como si estuvieran discutiendo.

—Lo estaban —confirmo—. Yo no llegué sino hasta el final, pero cuando llegué, ya no era solo una discusión. Tu padre estaba llamando a tu hermana con algunos nombres muy desagradables. Y luego… —aprieto los dientes. No quiero arruinar la pequeña parte de la relación que este niño tiene con su papá, pero que me jodan si cubro a Tom de entre todas las personas. Y, sin embargo, al mismo tiempo, la idea de restregarle lo peor de su padre… lo peor de lo que cualquier hombre es capaz… en la cara de Charlie es más de lo que puedo soportar. De todos los que están en esta situación, él es el único verdaderamente inocente—. Tenía sus manos sobre ella —digo al fin—. Y yo no iba a permitirlo.

Los ojos de Charlie se agrandan al comprender. —¿Estaba tratando de golpearla de nuevo?

Entre otras cosas. —Sí.

Su rostro se oscurece. —Ella no me dijo eso.

—Probablemente no quería interponerse entre tú y tu papá —sugiero—. Estaba tratando de protegerte. A él también, supongo.

—Sí, siempre hace eso —murmura—. Tratando de protegernos a todos. Incluso a los que no lo merecen.

—*Tú* lo mereces —interrumpo—. De todas las personas, tú merecías estar a salvo de él. Te dejó un ojo morado, Charlie.

—Tú le dejaste dos.

Me estremezco. Por supuesto, una simple disculpa no iba a compensar el hecho de haber enviado a su padre al puto hospital. Ese es solo el primer paso para ganar el perdón de una persona. A menos que lo siga con una acción, no significará nada.

—Eso es justo. Me lo merecía.

—Lo siento —hace una mueca—. No quise ponerme brusco.

—Tienes todo el derecho —pongo mi mano en su hombro. Hay un ligero estremecimiento en su cuerpo cuando me acerco, y me rompe el maldito corazón.

Yo hice esto. Hice que me tenga miedo.

Pero al final, me deja. Al final, elige confiar en mí. Incluso si aún no me lo gané.

En eso también se parece mucho a su hermana.

—Pero Charlie, necesito que entiendas algo: golpeé a un hombre adulto. No golpeé a un niño… a *mi* hijo. Hacerle eso a tu propio hijo… eso no está bien. Jamás.

Asiente con tristeza. —Apes solían decir lo mismo. Cuando vivía aquí.

—Tu hermana es sabia. Deberías escucharla.

Sus labios se contraen, el fantasma de una sonrisa. —Sí, lo sé. Tú también deberías, por cierto.

—Créeme, lo sé.

—Me alegra que haya encontrado a alguien como tú —dice Charlie, sorprendiéndome—. April nunca… No tuvo mucho cuando era niña. Aunque su papá es rico, nunca le dio un centavo. Nunca la llevó a ningún lado, nunca vino a visitarla… No digo que el mío sea mejor, pero al menos pude conocerlo. Para bien o para mal, él está cerca. Dominic es solo… un extraño.

Siento una punzada en el pecho. Es por eso que April no quiere confesar, ¿no? Ella conoce el dolor de no tener a su papá cerca. ¿Cómo podría infligirle eso a su hermano?

—Y Mamá siempre tuvo favoritos. Me malcriaba todo el tiempo y trataba a April como a una niña de segunda. Era injusto, pero nunca dijo nada. Solo lo soportaba.

—Te amaba —digo—. A veces, comemos mierda por las personas que amamos.

—Tenía todo el derecho a odiarme —dice Charlie—. Pero nunca lo hizo. Fue más madre para mí que cualquiera de los míos. Todo mientras los dos la trataban como una segunda opción.

Segunda opción. No me había dado cuenta hasta ahora, pero las palabras de Charlie finalmente me abrieron los ojos: eso es lo que yo también he estado haciendo. No fue intencional, pero aun así lo hice.

Al casarme con Petra, traté a April como una segunda opción también.

No es de extrañar que reaccionara como lo hizo. No es de extrañar que finalmente me diera un ultimátum. ¿Me habría dado cuenta alguna vez si ella no lo hubiera hecho? ¿O habría seguido así, ciego a todo su sufrimiento?

—¿Matvey? ¿Dije algo malo?

Me sacudo mis pensamientos. —No, no. Acabo de darme cuenta de que tengo que estar en un sitio.

—Te acompañaré de regreso.

Mientras salimos del parque de la jungla, le doy mi número a Charlie. —No solo para emergencias… para cualquier cosa. No puedo prometer que responderé todo el tiempo, con el trabajo y todo eso, pero siempre devolveré la llamada. Siempre.

—Gracias —dice. Entonces—: Oye, ¿es cierto que estás con la mafia? Papá estuvo gritando sobre eso ayer en el hospital.

Lo miro de reojo. —Podría decírtelo, pero entonces tendría que matarte.

—Demasiado pronto.

—Cierto. Lo siento.

Esboza una gran sonrisa. —No, solo estoy bromeando. Te visitaré, ¿vale?

Asiento. —Cuando quieras.

Luego, vuelvo a la carretera.



—¡*Krasiviy*! ¡Uno más de estos! —Vlad enfatiza su pedido dándole una palmada en el trasero a la camarera.

Aprieto el puño debajo de la mesa, obligándome a no crear otro incidente diplomático. —Dale una propina generosa —murmuro en voz baja, luego me doy cuenta de que no hay nadie a mi lado.

Cierto. Yuri sigue desaparecido.

Escribo un mensaje rápido debajo de la mesa. ***Ya no necesitas seguir a Vlad. Llámame.***

P.D. Tu novia ha estado acampando en mi cocina. Ven a buscarla antes de que tenga que llamar a seguridad.

Listo. Tal vez, esta vez, se digne a salir de los arbustos o algo así.

—¿Te estoy aburriendo, hijo?

—Para nada —miento. Cuando April me pidió espacio, aproveché la oportunidad para complacer las exigencias de Vlad de salir una noche. Ahora, me arrepiento de cada pensamiento que me llevó a esa decisión—. Tu forma de relacionarte con las camareras es reveladora.

Se ríe estridentemente. —Ay, relájate. Las chicas están hechas para ser degustadas.

—Y yo que pensé que era el vino.

—Como si tú fueras un santo —gruñe—. Aunque no puedo decir que te culpo. Sé que hemos tenido nuestras diferencias sobre el tema, pero, ahora que el hacha de guerra está enterrada, tengo que decirte que casi te envidio.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Esa mujer —dice con la mano—. La que tienes cerca para calentar tu cama.

Mis nudillos se ponen blancos. —¿Cómo dices?

—Solo digo que ojalá *mi* esposa hubiera sido tan comprensiva. Entonces no habría tenido que gastar una fortuna en habitaciones de hotel cada vez que quería un buen polvo.

—Si estás hablando de April, te sugiero que cierres la…

—Ay, no nos andemos con rodeos —se ríe entre dientes—. Una esposa es para formar una familia, pero todo hombre necesita una puta.

Eso es todo: me levanto de la silla y la tiro al suelo. Mis puños golpean la mesa y las copas se

caen por todos lados.

—¡Oye! —grita Vlad—. ¿Qué te pasa?

—Me tengo que ir.

Esposa. Puta. A los ojos del mundo, siempre es una cosa o la otra. Así es como siempre va a ser, ¿no?

Porque ya tengo una esposa.

Así que, ¿en que convierte eso a April?

Es la gota que colma el vaso. Me deshago de Vlad en su estupor con la cara roja y vuelvo a mi auto. Luego, vuelo al ático.

Es hora de arreglar las cosas.

APRIL

Ya he acostado a May cuando lo oigo tocar a la puerta.

Sé que es él. Por supuesto que lo es. Ningún secuestrador en su sano juicio siquiera pensaría en tocar a la puerta, y es demasiado tarde para cualquiera de los otros sospechosos habituales: Grisha, Yuri, Petra. Solo queda una persona.

Solo él.

Me dirijo a la puerta con pasos pesados. Estoy agotada. Estos últimos días han sido angustiosos en más de un sentido. Ahora mismo, solo quiero hundirme en un sueño sin sueños.

—¿April? ¿Sigues despierta?

Coloco mi palma en la puerta. —Es tarde, Matvey. Si estás aquí por May…

—Estoy aquí por ti.

Mi corazón se acelera. Mi estúpido, estúpido corazón, todavía aferrándose a cada migaja que puede encontrar: afecto, amor, esperanza. Un futuro en grises pálidos. —Estoy cansada. ¿Podemos hacer esto en otro momento?

—No.

Suspiro. —Matvey…

—No tienes que dejarme entrar —añade—. Hablaré desde aquí. Solo tienes que escuchar.

Escuchar. Es lo que le rogué hace todos esos meses. ¿Cómo puedo negárselo ahora? ¿Cómo puedo negarle cualquier cosa?

—Vale. Pero no quiero pelear.

—Yo tampoco.

Con una exhalación lenta, le doy la espalda a la puerta y me apoyo en ella. Mi palma encuentra un lugar donde descansar, con los dedos ligeramente curvados, como si buscara una mano al otro lado.

Me pregunto si hay una. Si, ahora mismo, Matvey está haciendo lo mismo que yo: poniendo todo el peso de los últimos días sobre esta impersonal losa de madera, lo único físico que nos separa.

La puerta por la que solía entrar todas las noches para cenar. La puerta que yo solía abrirle, después de un golpe como el de esta noche.

La puerta que tal vez nunca vuelva a abrir.

Ya he tomado una decisión. Él no lo sabe, pero yo sí. Esta es la última oportunidad que le doy. Si sigue sin entender el punto, si sigue intentando meterme en una caja con forma de ático para entrar y salir cuando él quiera, en la oscuridad, mientras sale a la luz con Petra del brazo, entonces haré las maletas y me iré. Volveré a mi antiguo apartamento con June. Volveré a mi antigua vida, la vida que habría llevado si ese fatídico secuestro nunca hubiera ocurrido. Si nunca hubiera tenido que buscar al extraño que conocí ese día en la sastrería.

Si nunca hubiera llegado a conocerlo en primer lugar.

Y si él quiere ver a May, por supuesto que lo dejaré. Por supuesto que le abriré otra puerta, lo trataré como al padre de mi hija, lo trataré como a un amigo. Tal vez podamos llegar allí, con el tiempo.

Y tal vez, con el tiempo, pueda olvidarlo.

Es la decisión más difícil que he tenido que tomar. Incluso pensar en ello es suficiente para hacerme llorar, sentir un nudo en la garganta y pensar: ¿qué suerte tengo de no tener que hablar esta noche? ¿De poder esconderme detrás de este muro que hemos construido?

Solo tengo que escuchar. Dos palabras que nunca jamás vendrán.

Porque estamos hablando de Matvey Groza. Ya se disculpó para toda la vida; no lo volverá a hacer.

Simplemente *no* lo hará.

Él no…

—Lo siento.

Parpadeo entre las lágrimas. —¿Ah?

No me escucha. Era un sonido tan pequeño, que por supuesto no me escucha. Pero hace una cosa: sigue hablando. —Lo siento —repite, como un mantra que aún no domina del todo—. Por todo.

Recupero mi voz. Débil y pequeña, pero ahí. —¿Qué es “todo”?

—Mis decisiones —responde—. Desde el principio, he estado tomando las decisiones equivocadas. Cuando viniste a verme en la boda, debí haberla cancelado. No sabía en qué te convertirías para mí, pero debí haberlo sabido. Debí haberlo sabido. Quizá una parte de mí siempre lo supo, en el fondo.

—¿Matvey…?

—Y todo lo que vino después de eso también —continúa, sin darse cuenta de cómo tiemblo. De cómo *él* me hace temblar, una palabra a la vez—. La frialdad. El silencio. Fui tan cruel contigo. Literalmente te empujé hasta el límite.

—No fuiste tú —sacudo la cabeza en la oscuridad—. Fueron muchas cosas. Fui *yo*.

—Pero también fui yo. Y debí haberlo visto venir —respira hondo y entrecortado, como si le doliera. Como si las palabras fueran astillas y las estuviera sacando una a una—. Prometí que escucharía después de eso, pero no lo hice. En realidad, no.

—Lo hiciste —protesto.

—No, no lo hice. Me perdí la parte más importante. La parte que no estabas diciendo en voz alta.

Me río, oscura y amarga. —¿Cómo es eso tu culpa?

—Porque era obvio. Porque todo lo que tenía que hacer era escuchar todo lo demás. La forma en que tu familia te trató, la forma en que esperabas que te trataran… así es como yo también te traté. No fue mi intención, pero lo hice. Te traté como una segunda opción. Y para eso no hay excusa.

Me siento como si estuviera soñando. Como si estuviera desmayada en algún lugar y alucinando, dejando que mi subconsciente vierta cada palabra que alguna vez quise escuchar de la boca de Matvey en mis oídos dormidos.

Si es así, entonces es el sueño más cruel que he tenido.

—¿Lo dices en serio?

—Sí —dice con voz áspera—. ¿Recuerdas la carta que me dejaste? ¿Cuando te fuiste?

—¿Cómo podría olvidarlo?

—Dijiste que nuestra bebé merecía algo mejor que yo. Mejor que un corazón dividido.

—¡Y estaba equivocada!

—Sí, estabas equivocada. Pero no de la manera que crees.

Agarro la puerta con todas mis fuerzas. Hundo las uñas en la madera, esperando que algo, cualquier cosa, salga del otro lado. Bastará con un pequeño rastro de calidez. Un toque de su colonia. Prueba de que es real. De que todo esto es real.

—¿Cómo, entonces?

—Porque tú también lo merecías. También merecías algo mejor que un corazón dividido, April, no solo nuestra hija. Y todavía lo mereces.

Un corazón dividido. Durante tanto tiempo, esas palabras me han perseguido, recordándome mi peor error. Nuestro peor malentendido.

Y, sin embargo, en el fondo, sentía que eran ciertas. No sabía cómo ni por qué, pero las sentía. En el fondo, no estaba lista para dejarlas ir.

Ahora, finalmente sé por qué. —¿Qué estás diciendo?

—Que siempre serás la primera para mí, April. Siempre serás la primera en mi corazón.

Mi cabeza da vueltas. Me veo obligada a apoyarme contra la puerta, a apoyarme con todas mis

fuerzas. Levanto la otra mano para taparme la boca y contener los sollozos un poco más.

Porque nadie me ha dicho eso nunca. En toda mi vida, nadie me ha llamado “la primera”.

Nadie.

—No puedo cambiar lo que he hecho —dice Matvey—. No puedo cambiar la forma en que te hice sentir. Y no puedo… no puedo terminar con Petra. Todavía no.

El latigazo casi me hace caer de rodillas. —Pero dijiste…

—Lo sé, y lo digo en serio. Pero también tengo responsabilidades. Con mi Bratva… y conmigo mismo. Así que no puedo divorciarme de Petra ahora mismo.

Lo sabía. Aquí estoy, haciéndome ilusiones como una niña enamorada, y ahora… Ahora, volvemos al punto de partida.

—No puedo aceptarlo, Matvey —me endurezco—. O soy la primera o no lo soy. No hay término medio para…

—Un mes.

Parpadeo. —¿Qué?

—Un mes —gruñe—. Dame un mes para llevar a cabo el plan de D.C. De esa manera, puedo atacar a Carmine con toda la fuerza de mi ejército.

—¿Y si pierdes?

—Entonces, termino.

Siento que mis oídos me están jugando una mala pasada. —¿Terminas…?

—Termino con esta vida. Termino con todo.

No puedo creerlo. *¿De verdad está diciendo…?* —¿Renunciarías a tu venganza? ¿Por mí?

—Renunciaría a todo por ti.

—No digas eso —le advierto—. No lo digas si no lo dices en serio.

—Gane o pierda, dejaré de vivir una mentira. *Quiero* dejar de vivir una mentira. Porque tú eres la única verdad que importa.

—Matvey…

—Me arrodillaré y pondré la piedra más grande y llamativa que encuentre en tu dedo —dice, y ahora estoy hecha un mar de lágrimas, porque ¿de qué otra manera puedo reaccionar ante eso? ¿De qué otra manera reacciona alguien cuando le dicen que… que…?

¿Que es lo más importante del mundo?

—¿Hablas en serio?

—Hablo en serio —insiste—. Todo este tiempo, he estado persiguiendo las sombras de mi

pasado… pero tú eres mi futuro, April. Y lo quiero todo contigo.

—Yo… yo… no sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Solo tienes que dejarme entrar.

Miro hacia atrás, al ático oscuro. A las cosas que estaba lista para empacar, a la vida que estaba lista para dejar.

Luego, me doy vuelta y abro la puerta.

APRIL

Choco contra el pecho de Matvey antes de poder siquiera pensarlo. —¿De verdad lo dices en serio? ¿Te casarás conmigo?

—Sí —me abraza fuerte por un momento y luego suelta una risita—. Pero si quieres que haga esto como es debido, tendrás que soltarme.

A regañadientes, lo hago. No quiero soltarlo, no quiero soltarlo más nunca, pero una parte de mí es demasiado curiosa para resistirme.

—Vale. ¿Apúrate?

—Lo prometo.

Luego, se pone de rodillas.

Mi corazón da un vuelco. Es como si me hubieran quitado todo el aliento de los pulmones. Mi boca está abierta como la de un pez dorado, porque esto no puede ser lo que él quiso decir, ¿o sí? No puede estar…

Proponiéndome matrimonio.

—En realidad, esto no es apropiado en absoluto —se corrige Matvey—. No tengo anillo, ni rosas, ni siquiera una copa de champán.

—Estoy en pijama —le respondo de golpe—. Me veo hecha un desastre.

—Te ves hermosa —sus ojos se encuentran con los míos, tan azules y profundos que podría perderme en ellos. Tal vez ya lo haya hecho—. Y te prometo que haré esto como es debido…

—Cuando mi cabello esté arreglado.

—Cuando tu cabello esté arreglado —concede—. Pero no podía esperar ni un momento más.

Luego, saca algo de su bolsillo.

Entrecierro los ojos. A pesar de las luces tenues, logro distinguir un trozo de tela, largo, liso y gris. No, azul.

No… *azul aciano.*

Es una cinta para el cabello. *Mi* cinta para el cabello. De cuando nos conocimos.

—¿La conservaste todo este tiempo?

—Siempre —responde, y suena a verdad. A un juramento.

Sin decir palabra, lo ata a mi dedo. *No tengo anillo*, dijo, pero esto es mejor que un anillo, mejor que cualquier diamante.

Esto somos *nosotros*.

Y es todo lo que siempre quise.

—April Esther Flowers…

—Nunca te dije mi segundo nombre —sollozo, pero no puedo evitar que la sonrisa se extienda por mis mejillas.

—Tengo mis fuentes —me guiña el ojo—. Ahora, ¿puedo hacer la pregunta, por favor?

Miro la cinta alrededor de mi dedo. A su corbata, su traje… el mismo de la tienda. No me di cuenta hasta ahora, pero es exactamente el mismo, hasta la camisa gris y la corbata azul. *Nuestro*.
—Hazlo.

—April Esther Flowers, ¿te casarías conmigo?

¿Lo haré? Después de que me hayas hecho enamorar de ti de todas las formas posibles, ¿me casaré contigo?

—Sí —asiento, llorando y riendo al mismo tiempo—. Sí, Matvey Groza, me casaré contigo.

En cuanto se levanta, vuelo hacia sus brazos. Me hace girar como si no tuviera peso, la curva de su sonrisa presionada contra mi piel. Es algo tan raro que quiero que se quede ahí para siempre.

Para siempre. Tal vez podamos tener eso, después de todo.

Espero que mis pies toquen el suelo, pero no lo hacen. —¿Matvey?

—Lo siento.

Parpadeo. —Ya te disculpaste.

—No, lo siento por esto —me lleva al dormitorio, luego me presiona contra el colchón—. No puedo esperar más —dice con voz áspera, llena de deseo—. Te deseo ahora.

Mis ojos se oscurecen y se entornan. —Entonces, tómame.

Y lo hace.

Él me toma de todas las formas que puede, de todas las formas que me quiere. Primero me toma con su boca, capturando mis labios como un cazador con su presa, como si quisiera comerme entera.

Cuando sus dientes rozan mi garganta, suspiro. —Matvey.

Cuando su barba me rasguña la parte interna del muslo, me ansío. —*Matvey*.

Cuando su lengua se hunde profundamente dentro de mí, caliente y áspera y hermosa, todo lo que puedo hacer es aferrarme por mi vida a él. —¡Matvey!

—*Blyat'* —maldice contra mi carne—. Dilo otra vez. Déjame escucharte, *kalina*.

Así que lo hago. Digo su nombre como una oración, dejando que resuene en las cuatro paredes de nuestro dormitorio. Lo digo como un juramento. Es sagrado, obsceno. Ambas cosas, porque eso es lo que somos: una mezcla de lo mejor y lo peor de nosotros.

—Fóllame —jadeo—. Te necesito.

Estoy tan mojada que podría correrme solo con su mirada, pero no me deja. En cambio, me abre las piernas ferozmente y me tira hacia adelante hasta que nuestras caderas están al ras. Hasta que no puede haber ninguna distinción entre nosotros.

Luego se hunde en mí.

Agarro las sábanas y las retuerzo en mis manos. Sé que esta no es nuestra noche de bodas, pero se siente como si lo fuera. Todos los ingredientes están aquí: un voto, un beso, una cama. Sus palmas ásperas sobre mis senos, su polla dura abriéndose paso dentro de mí. Bloqueo mis tobillos en la parte baja de su espalda, negándome a soltarme.

—April —gime—. Joder, *April*. No puedo… Necesito…

—Hazlo —digo con voz áspera—. Soy tuya.

Eso es todo lo que se necesita para convencerlo.

Se pone una pierna sobre el hombro y comienza a follarme en serio, abriéndose paso con cada embestida. No hay en ello autocontrol ni restricción… solo necesidad pura y egoísta.

—Justo así —gimo—. Justo así, Matvey… *ah.*…

Encuentra mi mano y la cubre con la suya. Puedo sentir sus cálidos dedos llenando los espacios entre los míos. Su boca desciende sobre mí: hambrienta, primaria, posesiva. Como si no pudiera soportar tener un solo centímetro de espacio vacío entre nosotros. Su polla sigue moviéndose dentro de mí, tratando de alcanzar la parte más profunda de mí.

—Matvey, voy a…

—Córrete para mí —gruñe—. Córrete para mí, *kalina*. Solo para mí.

—Para ti —prometo—. Solo para ti.

Entonces, veo blanco.

Es el orgasmo más intenso que he tenido. Por un segundo, es como si mi cuerpo no me perteneciera en absoluto; como si le perteneciera *a él*. El placer chisporrotea tan caliente que temo desmayarme, pero Matvey no me deja. Simplemente sigue.

Así que me corro otra vez. Y otra vez, y otra vez, hasta que pierdo la noción de todo: mis súplicas, mis gritos, mis oraciones. La noche se convierte en día. En todo.

Todo para *nosotros*.



CUANDO CONSIGO DUCHARME, ya es tarde en la mañana. —Buenos días —sonrío mientras salgo.

—Buenos días —saluda Matvey, aunque es casi mediodía—. ¿Dormiste bien?

—No —me río—. Ni un poquito. Tú te aseguraste de eso.

—Eso hice —presiona un beso en mi dedo anular, el que todavía tiene la cinta atada. Incluso bajo el chorro de agua, me negué a quitármela—. Mi futura esposa no se merece menos.

Esposa. Todavía parece tan irreal, tan onírico. —Tal vez deberíamos fugarnos. El mes que viene, quiero decir.

—Ajá.

—Planificar bodas es caro.

—Puedo hacer cosas caras.

—Y lleva mucho tiempo.

—Alguien tiene prisa por encerrarme.

—¿Puedes culparme?

Lo digo en broma, pero la mirada de Matvey se vuelve intensa y su mano se acerca para tomar la mía. —No —dice—. Lo que tú quieras.

Por un segundo, me faltan las palabras. No creo que alguna vez me acostumbre a eso: estar del otro lado de esa mirada. A la adoración pura que hay en ella.

—¿Aunque sea una boda forzada?

—Aunque sea una boda forzada.

—Pero sin armas.

—Me aseguraré de aclarar eso con los invitados —me da un último beso en los nudillos y luego se levanta de la cama—. Tengo que irme ahora.

—Lo sé —le devuelvo el beso—. Las guerras no se ganan solas.

—No, no lo hacen. Y los hermanos menores que no contestan el teléfono necesitan que los regañen para ponerse en orden.

—¿Yuri te está ignorando? —me río. Qué actitud.

—Aparentemente. Pensar que quería darle *menos* trabajo. Me lo merezco.

—Estoy seguro de que lo apreciará cuando se entere —Matvey va a recoger su chaqueta, pero lo detengo—. Espera. Tengo algo que te puedes poner.

Me acerco al maniquí y le quito la sábana.

Matvey sacude la cabeza, pero hay un atisbo de sonrisa en su rostro. —¿Cómo es que siempre tienes una chaqueta de traje esperándome?

—Eso es más o menos lo mío —le guiño el ojo—. ¿Te la pruebas? —me da la espalda amablemente. La deslizo sobre sus hombros, dejándolo sentirla—. ¿Bien? ¿No demasiado rígida?

Él sonríe. —Es perfecta.

Por supuesto que lo es. La hice pensando en él. Todo, desde la elegante tela negra hasta el forro, fue elegido para una persona.

Mi persona.

Le robo un beso más en la puerta. —¿Me llamas más tarde?

—Lo haré.

La siguiente hora pasa en un torbellino de actividad vertiginosa. Me visto, arreglo un poco del desorden en la casa, cuido de May. —A despertarse, dormilona —juro que, si no hubiera ido a despertarla, podría haberse pasado el día durmiendo.

Mi estómago gruñe pidiendo comida cuando oigo el timbre. —¿Servicio de habitación? —me pregunto en voz alta. ¿Tal vez Matvey los envió por mí?

¿O tal vez decidió volver temprano?

Pero, cuando abro la puerta, no es el servicio de habitación. Ni Matvey.

—¡Yuri! —me levanto de un salto para abrazarlo—. Ha pasado tanto tiempo. ¡Siento que no te he visto en una eternidad!

—Hola —responde, sorprendido.

Para su inmenso alivio, lo suelto. —¿Has estado ocupado con el trabajo?

—Sí —dice—. Más o menos. ¿Matvey está por aquí?

—Se acaba de ir —le digo—. Se llevó a Grisha y se fue a trabajar. En realidad, te estaba buscando.

—¿En serio? —pregunta—. ¿Dijo por qué?

—No —me encojo de hombros—. Solo que lo ignorabas.

Me doy vuelta y me inclino para arreglar el último desastre en la sala de estar. Digo, es Yuri, pero aun así, no puedo mostrarle que he estado viviendo en una pocilga.

—Oye, ¿tienes hambre? —pregunto—. Estaba a punto de llamar al servicio de habitación. ¿Por qué no paras a almorzar? Puedes pasar un rato con May y podemos…

—Lo siento.

Parpadeo. —¡Ah, está bien! Entiendo si no puedes quedarte. Podemos ponernos al día en otro momento, o…

—Lo siento mucho, April.

—¡Está bien! No deberías…

¡BAM!

El dolor estalla detrás de mi cabeza. De repente, todo comienza a dar vueltas. —… disculpar… ¿…ah…?

Caigo de espaldas, pero alguien me atrapa.

Intento desesperadamente no parpadear. Es como si el mundo se estuviera desvaneciendo, entrando y saliendo de foco. —¿Yu… ri…?

Es lo último que veo: los ojos de Yuri, duros y fríos, como nunca antes los había visto. Como si pertenecieran a una persona completamente diferente.

Y su rostro, rebosante de angustia.

—Lo siento. No tuve opción.

Mi cabeza da vueltas y el mundo se vuelve negro.

APRIL

Es el frío lo que me despierta.

Parpadeo con esfuerzo para abrir los ojos llorosos, la nuca me late fuerte. —¿Qu… qué… p-pasó…? —digo con voz áspera—. ¿Dónde estoy…?

Intento mirar a mi alrededor. Es un lugar que no reconozco. La luz es tenue, demasiado tenue para ver bien. Lo cual es extraño, porque puedo escuchar pájaros afuera.

¿Qué estaba haciendo antes de esto? Estaba en el ático. Estaba sola con May. Matvey acababa de irse a trabajar.

Entonces, recuerdo.

No estaba sola. Alguien llegó.

Lo dejé entrar, pero eso estaba bien, porque lo conocía. Porque confiaba en él.

Y luego…

Lo siento. No tuve opción.

Me incorporo de un salto. Entrecierro los ojos, tratando de que se adapten a la penumbra que me rodea. Es como estar en un agujero húmedo en el suelo. Por un segundo, me pregunto si me han empujado a un pozo.

—¿May? —la llamo—. Bebé, ¿estás ahí?

Tanteo el suelo, pero no está por ningún lado.

El pánico se apodera de mí. —Mi hija —jadeo—. ¿Dónde está mi hija?

Intento apoyarme en la pared, pero, cuando estiro la mano, no encuentro cemento.

Son barrotes de hierro.

No es un pozo, entonces.

De alguna manera, la idea no es tan reconfortante.

Agarro los barrotes con ambas manos y empiezo a tirar. Es inútil, son demasiado pesados, pero la mamá osa que hay en mí no lo quiere oír. Sigo intentando levantar esas cosas feas del suelo,

gritando a todo pulmón en el proceso. —¿DÓNDE ESTÁ MI HIJA?

—¡Ma! ¡Ma!

Me detengo.

May. Reconocería su voz en cualquier parte. —¿Quién es? —gruño—. ¡Muéstrate!

Entonces, la veo.

Pero no está sola. Hay un hombre sosteniéndola y, cuando sale de las sombras, doy un gran suspiro de alivio. Mi bebé está dócil en sus brazos, con un ceño ligeramente fruncido en su carita por la angustia en mi tono. Pero, por lo demás, se ve perfectamente contenta donde está. ¿Y por qué no lo estaría?

Después de todo, está en los brazos de su tío.

—Yuri —es una imagen tan familiar que, por un segundo, los barrotes de la prisión desaparecen. Como si estuviéramos de nuevo en el motel de Jersey—. ¿Qué está pasando?

Pero algo está mal. No solo con la situación… sino con *él*.

El rostro de Yuri es oscuro, cauteloso. A kilómetros de distancia del joven honesto que he llegado a conocer. —April. ¿Cómo te sientes?

No me gusta la forma en que me lo pregunta. Como si supiera mucho más que yo sobre cómo terminamos aquí y por qué. Normalmente, eso sería un peso menos para mis hombros, pero cada pieza de este rompecabezas se siente torcida.

Como si no encajara realmente con la imagen que tengo en la mente.

Como si fuera parte de una imagen completamente diferente.

—¿Cómo me siento? —repito. Parpadeo con incredulidad—. Estoy en una celda. Desperté en el suelo. ¿Cómo crees que me siento?

Hace una mueca. —Sí. Lo siento. Eso debe haber sido incómodo.

—Incómod… —me detengo y me recompongo antes de intentarlo de nuevo—. Yuri, ¿qué diablos? ¿Qué es esto? ¿Por qué estoy aquí? ¿Y por qué estás sosteniendo a mi hija *allá*?

—Venga —dice un segundo hombre, saliendo de las sombras—. Yo la tomo.

Me congelo.

Esa voz.

La primera vez que la escuché, estaba en mi habitación de motel. La segunda vez, estaba en una cabaña. Ahora no tengo idea de dónde estoy.

Pero si *él* está aquí, no puede ser en ningún lugar bueno.

—Carmine —siseo.

Una mano desciende sobre el hombro de Yuri. Sus ojos se agrandan, una chispa de irritación

brilla en la oscuridad. Por una fracción de segundo, parece que va a morderlo.

Pero entonces, Yuri traga, solo una vez, y obedientemente le entrega a mi hija al mismísimo diablo. —Cuidado. No le gustan los extraños.

—¿Extraños? —se ríe el hombre—. Vaya, vaya, me lastimas. En realidad tenemos mucho en común, esta pequeña y yo. Después de todo, ¿no soy su abuelo?

—Quítale las manos de encima.

Finalmente, me mira. —April —saluda con una sonrisa educada y cotidiana—. ¿Estás segura? Porque puedo hacer eso, pero entonces se caerá.

Luego, encogiéndose de hombros muy naturalmente, comienza a aflojar su agarre.

—¡NO! —grito.

Estiro ambas manos a través de los barrotes, pero estoy demasiado lejos.

Pero Yuri no. Sus palmas se lanzan inmediatamente hacia adelante, listas para frenar la caída de mi bebé, listas para…

—Es broma —Carmine sonríe, el agarre se vuelve más firme de nuevo—. Ay, relájense, ustedes dos. En realidad no iba a dejarla caer.

Con un gruñido, los brazos de Yuri regresan a sus costados. —Deja de jugar, joder —espeta—. No deben sufrir daño. Ese era el trato.

—Y soy un hombre de palabra —concuerda Carmine, su alegre tono de voz de repente se agudiza—. Entonces, ¿por qué no cuidamos ese tono, *consigliere*?

El rostro de Yuri se desanima. Es solo por un instante, pero el miedo allí es inconfundible. Y, sin embargo, en lugar de alcanzar su arma, todo lo que hace es agachar la cabeza en señal de derrota. —Sí, jefe.

Jefe. No. No puede ser.

—¿Yuri? —murmuro—. Eso… eso no es cierto, ¿verdad?

Sus labios se presionan en una línea tensa, pero se queda callado.

—Dime que no es verdad.

Nada.

—No nos harías esto —tartamudeo, apretando fuertemente los barrotes con las manos—. No le harías esto a Matv…

—No lo hagas —ladra—. No digas su nombre.

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Por qué no puedo decir su nombre, Yuri? ¿Por qué estás haciendo esto?

Pero no responde.

Esto es una pesadilla. Tiene que serlo. Porque no hay forma de que Yuri se convierta en un traidor, ¿verdad? No hay forma de que se alíe con Carmine. Que nos secuestre a mí y a mi hija, nos lleve a la guarida del enemigo y luego…

Lo siento. No tenía opción.

—El infiltrado —me doy cuenta, las piezas finalmente encajan—. Eras tú. ¿Todo este tiempo has estado trabajando con *él*?

De nuevo, silencio.

Esto no puede ser real. Estamos hablando de Yuri… *nuestro* Yuri. El mismo Yuri que siempre me ha apoyado, que me ayudó a esconderme cuando lo necesitaba… Que nos trajo comida, que le cantó canciones de cuna a mi hija cuando estaba demasiado cansada para hacerlo…

El hermano menor de Matvey, la persona en la que más confía en el mundo…

No puedo creerlo. No *quiero* creerlo.

—Di algo —le ruego con la voz quebrada—. ¡Por el amor de Dios, solo di algo!

Pero su silencio es más condenatorio que cualquier excusa.

—¿Lo sabe Petra? —pregunto finalmente—. ¿Sabe que traicionaste a todos? ¿Que traicionaste a tu propia *familia*?

—¡Yo no traicioné a mi familia!

Su arrebato me toma por sorpresa. Da un paso adelante y yo retrocedo por instinto.

Por primera vez en mi vida, tengo miedo de la persona que tengo frente a mí.

—Yo no traicioné a mi familia —repite, más bajo—. Ellos son por quienes hago esto. Así que no vengas por mí, April. No cuando sé que harías cualquier cosa para proteger a los tuyos.

—Yuri…

¿Qué pasó? Quiero preguntar de nuevo. *¿Qué te obligó a hacer esto? ¿Qué te hizo pensar que no tenías otra opción?*

¿Por qué no solo hablaste *con nosotros?*

Intento alcanzarlo a través de los barrotes, pero se aleja en un instante.

—Supongo que no se lo has dicho —pregunta Carmine.

—¿Decirme qué?

—Cállate —Yuri se enfurece, pero no conmigo—. No hay nada que decir. Ella no tiene nada que ver con esto. No hay necesidad de involucrarla.

—Yo diría que ya está involucrada —responde Carmine, encogiéndose de hombros y mirando fijamente mi jaula—. Pero claro. Lo que quieras.

—¿Podrían todos dejar de hablar como si no estuviera aquí? —espeto.

Eso parece divertir a Carmine. —No hay nada que me guste más que una revelación dramática, Srta. Flowers, pero me temo que esta no es mi historia para contar.

Entonces, comienzan a alejarse.

—¡Espera! —grito—. ¡¿A dónde la llevas?! ¡Devuélveme a mi hija! —empiezo a hacer sonar mis barrotes de nuevo—. ¡May! ¡MAY!

—¡April, BASTA! —grita Yuri—. En serio, solo… detente. Esto no ayuda a nadie.

—¿Cómo puedes pedirme eso? —grazno—. ¿Cómo puedes pedirme que la abandone así como así?

—No lo hago —dice—. Pero, hasta que esto termine, tienes que confiar en mí.

—Confié en ti. Y mira a dónde me ha llevado eso.

El dolor se refleja en el rostro de Yuri. Una agonía profunda, cruda y verdadera. —Lo siento —dice, y por primera vez, le creo—. Ojalá no tuviera que ser así.

Luego, se da la vuelta de nuevo, caminando de nuevo hacia el túnel oscuro tras los talones de Carmine.

—¡Espera! —lo llamo—. ¡Lo que sea que te haya dicho, lo que sea que te haya prometido… está mintiendo! ¡Es un mentiroso, Yuri! Puede que sea tu padre, pero es…

—Ay, ¿puedes callarte la boca, *shlyukha*?

Si no hubiera hablado, nunca lo habría visto. Un tercer hombre, escondido en las sombras detrás de ellos. Ni Yuri ni Carmine parecen sorprendidos por su presencia, probablemente porque está exactamente donde se supone que debería estar.

En el momento en que lo reconozco, mis ojos se abren de par en par. —¡Tú…!

MATVEY

Encontrémonos aquí.

—Por fin, joder —murmuro en voz baja. *Así que mi hermano no está muerto, después de todo.*

Mis ojos escanean la ubicación adjunta al texto inusualmente críptico de Yuri: un café en pleno centro de Times Square. —¿En qué diablos está pensando?

Empiezo a escribir una respuesta, pero otro mensaje de él llega justo después.

Es importante.

Maldita sea. —Grisha, cambio de planes. Pararemos aquí primero.

Estira el cuello en el primer semáforo en rojo y mira mi teléfono con los ojos entrecerrados. —Es un lugar concurrido. Probablemente no pueda encontrar estacionamiento.

—No importa. Llevaré el auricular para que puedas estar al tanto.

—¿Te encuentras con alguien, entonces?

—Sí —suspiro, irritado—. El fantasma de mi hermano. Finalmente se dignó a responder mis mensajes. Ahora quiere reunirse conmigo.

—¿En el lugar más inconveniente de la ciudad?

—Aparentemente. Pero dice que es importante, así que iremos.

—Entendido, jefe.

Hago que Grisha me deje en una calle lateral y luego camino el resto del camino hasta allí. El café está lleno, exactamente el tipo de lugar en el que nunca elegiría tener una reunión delicada. Espero que mi hermano tenga una muy buena razón para arrastrarme hasta aquí, porque, de lo contrario, se armará un infierno.

Veo a Yuri en una mesa afuera. —¿Dónde diablos has estado? —gruño.

—Siéntate.

¿Y esa actitud? Intento captar su mirada, pero sigue evadiéndome. Sin otra opción, me dejo caer en la silla de enfrente. —He estado tratando de comunicarme contigo durante días, Yuri.

—Lo sé. He estado ocupado.

—¿Demasiado ocupado para avisarle a tu novia embarazada?

Eso parece tener efecto. Finalmente levanta los ojos de la mesa, con un rastro de culpa en ellos. —¿Petra estaba…?

—¿Muerta de preocupación? Sí —gruño—. No lo dijo con tantas palabras, pero me di cuenta.

Se muerde el labio y asiente. —Gracias. Por cuidarla.

Qué extraño. Desde que llegué aquí, eso es todo en lo que puedo pensar: todo sobre Yuri parece extraño hoy. Algo está… mal.

—¿Qué pasa, hermano? Si encontraste al infiltrado…

—Cállate.

Enarco las cejas. —¿Disculpa, joder?

—Dije que te callaras —repite Yuri con una calma gélida—. No eres tú el que manda aquí, Matvey. Soy yo. Y soy yo el que está hablando.

—No tengo ni idea de qué te pasa —gruño, olvidando toda preocupación en un instante—, pero harías bien en recordar que soy tu *pakhan*, Yuri.

—No, no lo eres. Ya no.

Luego, desliza algo en mi dirección.

Estoy tan furioso que apenas puedo pensar. ¿Qué demonios le pasa a mi hermano? ¿Por qué actúa así de repente?

Y entonces, a través de la niebla de la rabia, lo veo.

Una foto.

Es April, esposada y tras los barrotes de una celda húmeda de un almacén. Está tumbada en el suelo sucio, con los ojos cerrados, desmayada. Al otro lado de los barrotes, un hombre sin rostro sostiene un bulto en sus brazos.

No, no solo un bulto.

Nuestra hija.

Durante un largo momento, ni siquiera puedo procesarlo. Me digo a mí mismo que debo estar viendo cosas. Porque esto no puede ser real. No *puede* ser.

Tiene que ser una pesadilla.

Pero, no importa cuánto miro, la imagen no cambia. No importa cuánto me muerdo la lengua, no me despierto.

Y no importa cuánto deseo estar equivocado, los ojos de Yuri no cambian.

—Fuiste tú —digo con voz áspera—. Todo el tiempo, fuiste tú.

He estado tan ciego. Tan, tan jodidamente ciego.

El infiltrado era alguien del círculo íntimo. Alguien que conocía cada uno de nuestros movimientos, que podía mantener a Carmine un paso por delante de nosotros en cada paso. Alguien que podía acceder a los registros, manipular los informes, desviar la búsqueda.

Alguien en quien confiaba plenamente.

Empujo mi silla y lo agarro por el cuello. —Dime que no es verdad —porque, incluso ahora, con toda esta evidencia condenatoria frente a mí, una parte de mí quiere creer en él. Mi hermano menor… mi familia. Mi sangre.

Yuri mata esa esperanza con dos palabras. —Es verdad.

¡BAM!

Lo veo tambalearse por mi puñetazo. Ahora estoy respirando agitadamente, con las fosas nasales dilatadas, mi visión roja. La sangre gotea del pómulo de Yuri, y todo lo que puedo pensar es que debería haber elegido un mejor lugar para golpear: partirle la nariz por la mitad, cegarlo de un ojo.

—Me traicionaste —escupo.

Se limpia la sangre con calma. —Te voy a dejar que te quedes con esa porque estás enojado. Pero, si no me quitas las manos de encima en los próximos cinco segundos, vamos a tener un problema. O mejor dicho, *ellas* lo tendrán —sus ojos se dirigen a la imagen para dejar en claro su punto.

—¿Les harías esto a ellas? ¿A *mí*? —grito, sin importarme que todos los demás invitados nos estén mirando—. ¡¿Tu propia sangre?!

Inesperadamente, Yuri se ríe. Es un sonido enloquecido y maníaco, que choca con su personalidad como las uñas en una pizarra. —¿Sangre? —resopla—. No somos sangre, Matvey. Nunca hemos sido sangre.

Me quedo en silencio.

¿Qué significa eso siquiera? Si hay algo de lo que estoy seguro es del vínculo que nos une: *la sangre*. Más espesa que el agua, más espesa que cualquier cosa.

—Explícate —le ordeno.

—Con mucho gusto.

Y comienza.

~

ERA el día de la prueba de ADN.

En aquel entonces, no confiabas en April ni un ápice. No la conocías, no sabías lo que quería de ti. Así que me encomendaste la tarea más importante que me habías encomendado jamás.

Determinar si la niña realmente era tuya.

No creo que te dieras cuenta de lo mucho que te admiraba entonces. No creo que jamás lo hayas hecho. Eras un pakhan *grande y fuerte, que podía conquistar cualquier país en el que pusiera un pie. Rusia mató a muchos de nosotros. Si no hubiera sido por ti, también me habría matado a mí.*

Quería demostrar mi valía con todas mis fuerzas.

Pero algo salió mal. La muestra de cabello que me diste... cuando llegué al laboratorio, me di cuenta de que la había perdido. No era el fin del mundo, pero sí lo era para mí. Porque había cometido un error, y tú no tolerabas los errores.

Así que improvisé. Tomé algunos mechones de mi propio cabello y se los di al técnico. Pensé, ¿por qué no? La compatibilidad no sería tan alta, pero seguiría estando ahí. Si la niña era tuya, claro.

Entonces, la prueba salió negativa.

Ni siquiera pensé en cuestionarla, ¿sabes? Estaba tan seguro de que April te había mentido. Estaba a punto de decírtelo.

Entonces, recibí una llamada.

No sé cómo me encontró. Supongo que de la misma manera que encontró a April: estaba pendiente de los informes de laboratorio, de todo lo que tuviera que ver con tu nombre o el de ella. Tal vez siempre iba a llamar.

Cuando me dijo quién era, estaba listo para colgar. Le dije que jodidamente se alejara de mí. De nosotros.

Pero no había ningún "nosotros".

Verás, tu investigación estaba en lo cierto… hasta cierto punto. Carmine sí tenía una relación con mi madre.

Pero, para entonces, ella ya tenía un hijo.

Su esposo había muerto, dijo ella, de enfermedad. La misma enfermedad que se llevó a todos en aquel entonces: frío, hambre, pobreza. Ella necesitaba protección, y él necesitaba un lugar donde esconderse.

Luego, se separaron.

No sé si fue antes de la enfermedad o después. Mis recuerdos son borrosos y dudo que me dijera la verdad si no sirviera a sus propósitos. No soy estúpido.

Pero sí decía la verdad en una cosa.

Por supuesto, no le creí, así que busqué la respuesta por mí mismo. Tomé algunos mechones de cabello de una de tus chaquetas, volví a hacer la prueba y luego hice una nueva. No entre tú y la hija de April… sino entre tú y yo.

¿Puedes adivinar lo que decía?

Toda mi vida, había pensado que tenía una cosa: un hermano. Un hermano que era mi héroe, que me salvó de la nieve y me ayudó a hacer algo por mí mismo. Que me dio una verdadera oportunidad en la vida.

Pero no fue así.

Al principio, no me importó. ¿Y qué si en realidad no éramos parientes? Éramos hermanos en todo lo que importaba. Crecimos juntos, vinimos aquí juntos, construimos nuestro imperio juntos. Seguramente un trozo de papel no podría cambiar eso, ¿no?

Y, sin embargo, sabía que lo haría.

Porque no había nada en lo que confiaras más que en la sangre.

Así que, cuando Carmine volvió a llamar, respondí.

Me dijo lo que me pasaría si te enterabas. Que estarías disgustado conmigo y que te desharías de mí en la primera oportunidad que tuvieras. Discutí con saña, pero no podía enterrar la cabeza en la arena para siempre. Cuanto más las negaba, más sentido tenían las sombrías palabras de Carmine.

Confiabas en mí porque era tu hermano. Y ahora, no lo era. Solo era un don nadie que sabía demasiado.

Tenía tanto miedo de que me mataras.

Pero Carmine dijo que no le importaba que no fuera su hijo biológico. Estaba buscando un sucesor. Mientras cumpliera con mi parte, me recibiría con los brazos abiertos.

Me sentí tan mal que vomité en ese momento.

Colgué sin darle una respuesta. Dijo que estaba bien, que podía esperar. Necesitaría un favor pronto. Podría darle mi respuesta entonces.

Estaba destrozado por dentro. No sabía qué hacer. Quería decírtelo, pero estaba aterrorizado. ¿Y si te perdía? ¿Y si perdía más que a ti?

Esperaba que cambiaras de opinión. Que April te la cambiara.

Pero tu opinión no cambiaba en absoluto. Incluso con ella en el medio, te mantuviste firme: la sangre era lo único que importaba. Sin eso, no había nada.

Entonces, Carmine pidió ese favor. Estabas planeando una guerra contra él y él quería saber dónde atacarías. Para cortarte las piernas antes del comienzo de la carrera.

Quería la adquisición de D.C.

Así que se la di.

No tenía otra opción. Estaba muerto de miedo. Quería ser leal, pero no quería morir.

No me uní a él en ese momento. Pensé que podía esconder esto debajo de la alfombra y seguir

estando a tu lado. En cambio, solo pedí una cosa: No se lo digas.

Qué ingenuo fui.

La mentira me atrapó. No cubrí mis huellas lo suficientemente bien: pronto, Iván se dio cuenta de que algo andaba mal con los registros. Que alguien del círculo íntimo estaba vendiendo información al enemigo. Me pidió que te lo dijera. Pensó que sería mejor que lo hiciera yo. Tal vez esto finalmente te impulsaría a actuar.

Él no sabía que estaba firmando su sentencia de muerte.

Nunca quise mentirte, Matvey. Hasta entonces, no lo había hecho. Era culpable de omisión, pero ahí era donde terminaba. Incluso cuando escondí a April, hice todo lo posible por evitarlo.

Ese día, mentí.

Te mentí en la cara. Te traje la información porque Iván no me dio otra opción, pero no podía decirte que era yo. En cambio, dejé que sospecharas de todos los que te rodeaban.

Y luego Iván perdió la paciencia.

Cuando lo mataste, esperé que la verdad muriera con él. Pero seguiste buscando. Encontraste a Anatoly. Y supe que era solo cuestión de tiempo antes de que hablara.

Debí haberlo matado mientras tuve la oportunidad.

Cuando me enviaste ese último día, no seguí a Vlad. Te seguí a ti. *Necesitaba saber lo que sabías.*

Luego, fuiste al almacén.

Entonces, supe que tenía que tomar una decisión. Y esta vez, no era solo mi vida la que estaba en juego.

Era la de mi familia.

Así que no me importa lo que pienses de mí. No me importa si me he convertido en un monstruo. No me importa si entiendes por qué lo hice.

Porque la verdad es que lo hice.

~

CADA PALABRA que sale de la boca de Yuri me llena de horror. Los últimos meses pasan ante mis ojos: las mentiras, las traiciones, los cambios.

Entonces, me doy cuenta de algo más.

No recuerdo la última vez que Yuri me llamó “hermano”.

¿Cuándo dejó de hacerlo? ¿Cuándo? Me devano los sesos buscando una respuesta y no la encuentro. ¿Cuándo empezó esta pesadilla? ¿Cuándo se convirtió mi *Yura* en este extraño frente a mí?

Después de la boda fallida, algo dentro de mí susurra. *Piensa. Recuerda.*

Sí. Todo empezó entonces.

Es asombroso lo rápido que las piezas del dominó caen en su lugar. Todo lo que necesita es el empujón adecuado… y Yuri acaba de dar un empujón gigante.

Una vez. Solo una vez me llamó hermano después de eso: el día que me rogó que salvara a Petra.

Para usarte. Para manipularte.

Golpeo la mesa con el puño y escucho que la madera se agrieta. —Traidor asqueroso.

—No hagas una escena —me advierte Yuri—. No hemos terminado de hablar.

—Sí, hemos terminado.

—No, no hemos terminado. Así que quédate quieto o tendré que obligarte.

Pero ¿lo peor de todo? Lo *sabía*, joder. Sabía que estaba actuando de manera extraña. Las miradas culpables, el andar a escondidas, la renuencia a siquiera mirarme a los ojos. Lo atribuí todo a su relación clandestina con Petra porque era conveniente, pero joder, debí haber seguido mirando.

No lo habrías visto. No querías verlo.

Así es: no quería verlo.

Y ahora, April y May están en peligro por eso.

—¿Me estás amenazando? —siseo—. ¿*Tú*? ¿Cuando yo soy quien te enseñó a sostener una maldita pistola en primer lugar?

—Sí. Y me enseñaste bien, así que no me hagas sacarla.

—Ambos sabemos que soy más rápido para sacar la pistola.

—Y ambos sabemos que no soy tan tonto como para venir solo.

Aprieto los dientes. Me tiene. *Maldita sea, joder*. Por supuesto que no pensé en traer refuerzos… pensé que me encontraría con mi *hermano*. Mi propia carne y sangre.

Pero resulta que no sabía con quién me encontraría en absoluto.

—Vale. Si vas a hablar, entonces habla.

Clavo mis uñas en mi muslo hasta que puedo sentirlas a través de la tela de mi traje. Todo lo que quiero ahora es agarrarlo de nuevo y golpearlo hasta que entre en razón. Pero no puedo. No importa cuánto quiera darle una lección, no puedo hacerlo mientras estoy acorralado.

Y ciertamente, no puedo hacerlo a costa de mi familia.

Él las tiene como rehenes: a mi mujer, a mi hija. Y tengo las manos atadas. Si hay la más mínima posibilidad de que nos estén vigilando, tengo que jugar según las reglas.

Sus reglas.

Por ahora.

—Libera a mi familia —gruño—. Hazlo y te perdonaré tu inútil vida.

Chasquea la lengua con disgusto. —"Familia". Qué rápido me tachaste de eso. Así que tenía razón todo el tiempo.

—¿Después de lo que hiciste? Tienes suerte de que todavía estés respirando —lo miro con todo el odio que siento—. Me mentiste. Me manipulaste. Me hiciste matar a un amigo y ahora ¡*secuestraste* a mi mujer y a mi hija!

—No te obligué a hacer nada —responde secamente—. Y las chicas estarán bien si haces lo que digo.

Carmine está aquí. Finalmente, el verdadero significado de las últimas palabras de Iván me llega. No era una amenaza… era una advertencia.

Él lo sabía. Durante nuestra pelea, debió darse cuenta de lo que realmente sucedió. Usó su último aliento para advertirme.

Y yo lo maté.

—Tienes tres días para entregarte —dice Yuri—. Si lo haces, no le pasará nada a tu familia. Serán liberadas y se les dará lo que necesitan.

—Puedo mantener perfectamente a mi propia familia.

—No, no puedes —responde el traidor—. Pero tienes mi palabra. No les faltará de nada.

—Vaya palabra que es la tuya.

—Y, sin embargo, es todo lo que tienes. Así que tómalo o déjalo.

Se levanta. Inmediatamente me arrepiento de no haberlo golpeado más fuerte cuando tuve la oportunidad de hacerlo. Pero hay algo más de lo que me arrepiento, más profundo y agudo, enterrado bajo el fuego de mi rabia.

El hecho de que tuviera que llegar a esto.

—Aquí tienes la dirección —me dice Yuri, deslizándome una tarjeta de negocio—. En tres días, al amanecer. Después de eso, ya no podré proteger a tu familia.

—Nunca las protegiste —le espeto—. Las vendiste.

Por un momento, los ojos de Yuri se nublan con emoción. Es demasiado rápido para comprenderlo, pero en esa fracción de segundo, casi parece que ha vuelto a ser el mismo de antes. Casi.

—Hice lo que tenía que hacer.

Luego, desaparece.

—En tres días —repite mientras se arregla la camisa—. No lo olvides.

—Estás muerto para mí.

—Lo sé.

Cuando pasa a mi lado, vacila. Solo por un segundo. Lo suficiente para hacerme preguntarme si sus manos realmente tiemblan. —Adiós, Matvey.

Luego, se aleja.

Espero a que sus pasos se desvanezcan. A que su presencia desaparezca. Después, toco mi auricular. —¿Escuchaste todo eso, Grisha?

—…Sí. Lo hice.

—Bien —me levanto—. Reúne a los *vory*. Esto termina ahora.

APRIL

Desde que vi al tercer hombre, he estado caminando de un lado a otro como un león en una jaula. No solo porque se llevaron a mi hija… la sola idea es insoportable… sino por lo que la están usando para hacer. Para *quién* la están usando.

Por eso tengo que advertirle.

Matvey nunca lo verá venir. Tengo que llegar a él antes de que lo hagan, antes de que logren tomarlo por sorpresa. Esta conspiración es tan profunda que no tendrá idea de qué lo golpeó.

No hasta que sea demasiado tarde.

Piensa. Me obligo a respirar, a calmar mi cuerpo y mi mente. Ahora mismo, no puedo permitirme perder la cabeza. Necesito concentrarme, encontrar una manera de salir de esto.

Por mi familia.

Así que pienso. Observo mi entorno. La celda no es demasiado pequeña, pero no hay nada dentro. Ciertamente, no hay ningún lugar donde esconderse. Es un movimiento inteligente de su parte, les concedo eso.

Eso solo significa que tengo que ser más inteligente.

¿Qué puedo usar? Me devano los sesos para encontrar algo, cualquier cosa que pueda convertir en una herramienta.

Entonces, mis ojos se encuentran con los de mi guardia.

Un hombre joven, no mayor de dieciocho años. Probablemente un recluta nuevo. Está apoyado en la pared opuesta, mirándome de reojo mientras usa su teléfono, absorto en algún tipo de juego. Puedo notar que está nervioso: la forma en que su mirada se mueve entre mí y la pantalla lo delata todo. También está claro que está aburrido, pero que no quiere arruinar esto. Tal vez incluso sea su primera misión.

Qué jodida lástima.

—¡AHH, DUELE!

Me tiro al suelo y me hago un ovillo. Mantengo los ojos cerrados, ignorando deliberadamente cualquier reacción, porque sé que me delatará. Solo tengo una oportunidad en esto… mejor que

valga la pena.

Tres, dos, uno…

—¿S-señorita?

Bingo.

—Ayuda —gruño—. M-mi estómago… Me duele mucho.

Se acerca corriendo, manoseando torpemente las llaves. Abro un ojo y veo una batalla en toda regla en su rostro: el deseo de obedecer luchando contra el miedo de dejarme morir. ¿Quién sabe qué podrían hacerle entonces?

—¿Dónde duele? —pregunta, con una mano en las llaves y la otra en los barrotes.

—Abajo —gruño—. Creo que podría ser mi apéndice. Ay, Dios, ¿y si estalla?

—¡¿Puede hacer eso?!

Dios, ¿de dónde sacan a esta gente? —Sí, puede hacer eso. Por favor, solo… ayúdame a comprobarlo.

El conflicto se refleja nuevamente en el rostro del hombre, así que grito de nuevo, apretando los ojos contra el dolor imaginario.

Entonces, lo oigo: las llaves, tintineando contra la cerradura de hierro.

Te tengo.

El guardia se arrodilla a mi lado. —¿C-cómo lo compruebo? ¿Cómo…? *Joder*…

—No te asustes —le digo. La ironía es casi demasiada: aquí estoy, sosteniendo de la mano al tío al que estoy a punto de joder mediante una emergencia médica completamente falsa. No es exactamente un comportamiento de honor—. Solo siente por aquí. Presiona un poco. No puedo hacerlo sola; tengo demasiado miedo.

—Vale, eh… —me tumba en el suelo y se sonroja—. ¿A-aquí?

—Un poco más arriba, gracias.

—Lo siento.

Mientras me toca un poco y algo más, evito que mis ojos se pongan en blanco y meto la mano en su bolsillo trasero.

Dios, apuesto a que esto tiene muy mala pinta. —¿A-así?

—Más fuerte.

Cierro mis dedos alrededor de algo liso y plano.

Ahí.

Lo deslizo dentro de mi manga, luego me levanto. —De hecho, ¿sabes qué? Me siento mejor

ahora. Probablemente sea mi período que viene.

La cara del tío palidece. —C-claro. Solo voy a, eh…

Se escabulle, todavía luciendo mareado. *Dios, ¿no se supone que este chico es de la mafia o algo así?* Lo veo cerrar la puerta con llave y poner al menos diez pies entre nosotros. Casi me siento mal… ¿lo asusté tanto?

Ay, bueno. Da igual. No debería haberse puesto del lado del hombre que se llevó a mi hija.

Antes de que pueda notar que falta algo, salto a la siguiente parte de mi plan. —Oye, ¿podrías hacerme un favor?

—¿Un favor?

—Tengo mucha sed. ¿Podrías darme un vaso de agua?

El guardia mira a su alrededor, inquieto. —Realmente se supone que no debo irme.

—Entiendo. Es tu… *tos*… trabajo. Lo siento, no debí… *TOS*… haberte preguntado, yo…

—Vale, vale, mira —interrumpe finalmente—, lo haré. Pero quédate ahí, ¿me oyes?

Uno mis manos en posición de oración, su teléfono apretado entre mis manos. Me arrodillo también, mis muslos apretados para ocultar la parte que sobresale. —Claro. No me moveré ni un centímetro —luego, le doy mi mejor mirada de cachorrito.

Satisfecho, el guardia sale de la habitación. En cuanto se va, saco el teléfono y marco.

Es hora de salvar a mi futuro esposo.

No responde de inmediato. Escucho la llamada sonar, con la cabeza gacha, el teléfono escondido en mis manos. Por un segundo, siento que realmente estoy rezando.

Contesta. Por favor, contesta.

Por favor, por favor, por favor…

—Tienes cinco segundos para decirme quién eres, cómo conseguiste este número y por qué no debería hacer que te maten.

—¿Solo cinco segundos para todo eso?

—April —dice con voz áspera—. Estás bien.

—¿Más o menos? —susurro de vuelta—. Estoy en la cárcel de la mafia.

—¿En qué? —pregunta—. Espera… ¿cómo me llamas? ¿Dónde te tienen retenida?

—No tenemos tiempo —interrumpo—. Matvey, es Yuri. Es el infiltrado. Está trabajando con Carmine, y ellos… —trago saliva—. Tienen a nuestra hija.

—Lo sé —dice entre dientes—. Te lo juro, April, no dejaré que nadie les haga daño a ninguna de las dos. Ni Carmine, ni… Ni Yuri —escupe, lleno de desdén. Pero puedo oír otros sentimientos enterrados debajo: conmoción, dolor, traición. A veces, incluso el *pakhan* de la Bratva Groza no

tiene más opción que ser humano—. Pagará por lo que ha hecho. Grisha está reuniendo a los *vory* mientras hablamos.

Me congelo. —¿Está qué? No, Matvey, no puedes.

—¿Qué no puedo?

—No dejes que reúna a los *vory*. Yuri y Carmine no están trabajando solos. ¡Alguien más está involucrado! Es…

Consigo soltar mi advertencia. Por una fracción de segundo, pero lo consigo.

Entonces, mi jaula se abre de golpe.

El rostro de Yuri es una máscara de furia mientras avanza a grandes zancadas hacia mí. Me arrebata el teléfono de las manos, sin dejarse engañar ni un segundo por mis esfuerzos por ocultarlo, y lo arroja violentamente al suelo. Luego, por si acaso, lo aplasta con el talón.

—Te dije que no la perdieras de vista —le grita al guardia que regresa.

—Yo… —balbucea, pero Yuri lo interrumpe.

—Dame eso —sin piedad, se quita el vaso de agua de las manos—. ¿Supongo que ibas a usar esto como arma?

Maldita sea. Dio justo en el puto clavo. —Yuri, por favor, hablemos.

—No.

Arroja el vaso a la pared opuesta, pero no le da al guardia por un pelo. Se rompe y los fragmentos salen volando. —¡J-jefe, lo siento! No quise…

—Me importa una mierda —gruñe—. Tenías tus órdenes. Elegiste ignorarlas.

—¡Está enferma! Pidió agua, ella…

—¡Es *peligrosa*! —ruge—. Es diez veces más inteligente que tú. Tal vez más. Así que cuando digo: “No te acerques a ella”, es por una buena razón.

Luego, saca su arma.

—¡Para! —grito—. ¡Él no hizo nada, fui yo! ¡Yo lo engañé!

—Lo sé —responde con voz gélida—. Y si piensas en intentar algo más, no te castigaré a ti… lo castigaré a *él*.

—¿Por qué? —empiezo a sollozar—. ¿Por qué haces todo esto? Somos familia, ¿no?

—¿Familia? —se ríe otra voz—. Me temo que no.

Carmine.

Sale de las sombras, otra vez, una mano aterrizando en el brazo levantado de Yuri. —Tiene los ojos de su madre; ¿lo sabías? Por supuesto, no podía tener los míos. Después de todo, cuando conocí a Irina… Bueno, ella ya tenía un hijo.

Mi cabeza da vueltas. *Esto no puede ser real*. Porque, si lo es, entonces eso implicaría…

—Estás mintiendo —murmuro—. Él está mintiendo, Yuri. No lo escuches, no…

—No lo está —interrumpe Yuri—. Lo verifiqué yo mismo. Carmine no es mi padre. Lo que significa que Matvey no es… —aprieta los dientes, como si fuera doloroso decirlo. Como si fuera doloroso incluso pensarlo—. Nunca fuimos realmente familia, April. Ni tú y yo, ni… él y yo. Nunca.

—Estás equivocado.

Frunce el ceño. —¿Qué?

—Estás equivocado —repito. No me importa cuánto tiemble mi voz… lo diré tantas veces como necesite escucharlo. Hasta mi último puto aliento—. Puede que no sean parientes, pero siguen siendo familia. Todo este tiempo, han sido familia. ¿Crees que eso simplemente desaparece? ¿Crees que no importa?

Duda un segundo.

Pero es todo lo que es… un segundo.

—No importa —dice con voz áspera—. No para él. Porque no soy de su sangre.

Mi corazón se rompe por él. Por los dos, dos hermanos en bandos opuestos de una guerra. —¿Has intentado preguntarle eso?

—No necesito hacerlo. Lo ha dejado claro una y otra vez.

—Ha cambiado —susurro—. No es la misma persona que era.

—Ha cambiado por *ti* —responde con voz ronca—. Nunca cambiará por mí.

Guarda el arma, da media vuelta y desaparece en el túnel.

—Es una lástima que no pudieras convencerlo de que no lo hiciera —observa Carmine en cuanto se va—. Supongo que ese hijo mío hizo demasiado daño. Toda esa charla sobre la “sangre”. Obsesivo, ¿no te parece?

—Solo por tu culpa.

—Tal vez. Pero ahora tengo su sangre. Y, una vez que termine con él, me aseguraré de borrar todo rastro.

Se me cae el alma a los pies. —¿Le harías daño a nuestra hija?

—Ay, no, cariño. No sentirá nada —me dedica una sonrisa cruel y siniestra, llena de dientes de tiburón y promesas incumplidas—. Y tú tampoco.

MATVEY

—Lo sabías.

Grisha no responde de inmediato, solo da una larga calada a su cigarrillo. —Lo sospechaba.

—¿Cuánto tiempo?

—Desde que se llevaron a April del motel —el humo se eleva y se enrosca en espirales—. ¿Cómo sabía dónde encontrarla? ¿Cómo sabía que estaba desaparecida?

Aprieto los puños. Genial. Así que todos se dieron cuenta de que *algo* no cuadraba… todos menos yo. —Debiste haberme dicho.

—No tenía ninguna prueba. Además… —su habitual cara de póquer se transforma en algo raro: una sonrisa—. ¿Me habrías escuchado?

Es la sonrisa más triste que he visto en mi vida.

Maldita sea. Tiene razón. No lo habría escuchado en absoluto. Una palabra de Yuri, una negación, y habría considerado el asunto cerrado. Peor aún, podría haber vuelto mis colmillos contra el que acusó a mi hermano en primer lugar.

Mi hermano.

Si tan solo fuéramos eso.

Un recuerdo surge: Yuri y yo, saliendo furiosos del club de Ipatiy. No… *yo* salí furioso, Yuri corrió para alcanzarme. Me estaba advirtiendo sobre algo, pero no quería oírlo. Que no podía alejar a los *vory* solo porque no eran de sangre. Que estaba mal que los tratara como "perros de ataque glorificados", como lo expresé tan elegantemente.

Me dijo: *"Incluso el perro más leal morderá si lo acorralan"*.

¿Qué le dije a cambio?

Por más que lo intento, no puedo recordarlo.

—¿Quién viene? —le pregunto a Grisha, decidido a sacarme a mi herm… a *Yuri*… de mi cabeza.

—Los hombres de Vlad —responde—. Nuestros *vory* se están reuniendo en el cuartel general ahora mismo. Quieren discutir las implicaciones de actuar contra Carmine antes de prestarte su

apoyo.

—Malditos cobardes —espeto—. Son de la Bratva, no un grupo de accionistas. ¿Por qué demonios no pueden recordarlo?

—Supongo que ahora no tienen a nadie que los mantenga a raya —observa Grisha—. No después de…

Iván.

—Ya veo.

No es una sensación agradable cuando tus errores te alcanzan. Es aún peor cuando lo hacen todos a la vez, uno tras otro. Una avalancha de decisiones equivocadas.

Si no tengo cuidado, serán la tierra de mi tumba.

—Ve con ellos —le digo a Grisha—. Recuérdales lo que significa ser de la Bratva. Por cualquier medio necesario.

—¿Tengo autoridad para hacer eso? —pregunta.

—Ahora la tienes, *brigadir*.

Le estrecho la mano y cierro el trato. Es firme, refrescantemente real. El rostro de Grisha carece de la alegría que suele acompañar a un ascenso, mostrando en cambio la expresión sombría de un soldado en el campo de batalla.

Bien. Necesito hombres que entiendan el deber a mi alrededor.

Deber… y lealtad.

—Ten cuidado —le digo.

Él asiente. —Tú también, *pakhan*.

Lo miro irse, el auto acelerando hacia el tráfico de Nueva York. En cualquier momento, Vlad debería estar aquí con la mitad de mi ejército. La ironía no se me escapa: pasé tanto tiempo sospechando del hombre equivocado, y ahora, aquí estoy, esperando que traiga a la caballería.

Vaya líder que resulté ser.

Veo una larga fila de autos negros. Uno por uno, se agolpan en el callejón junto al almacén y comienzan a escupir hombres de traje. Los hombres de *Vlad*.

Luego, otro auto acelera hacia el callejón, casi chocando con el último. —¡¿Qué significa esto?!

Petra.

Me estabilizo. Con todo lo que ha pasado en las últimas horas, había una pregunta que me vi obligado a dejar para más tarde. Porque no tenía el ancho de banda. Porque había otras prioridades.

¿Petra también está trabajando en mi contra?

—¡Petya! —grita Vlad—. Te dije que te fueras a casa.

Pero ella lo ignora. En cambio, se dirige directamente hacia mí, dando codazos a los hombres de su padre de izquierda a derecha para llegar allí. —Dime que no es verdad —exige—. Dilo.

Me vuelvo hacia Vlad. —¿Qué diablos está haciendo ella aquí?

—Estaba conmigo cuando llamaste.

—¿Y la dejaste escuchar?

—¿Cómo se suponía que iba a saber que ibas a soltar una bomba como esa? —resopla—. Traté de mantenerla alejada, pero ya conoces a las mujeres. Piernas largas, orejas aún más largas.

—¡Deja de hablar como si no estuviera aquí! —grita—. Especialmente tú, Matvey. Nunca me has hecho eso antes. No te atrevas a empezar ahora.

Aprieto la mandíbula. El rostro de Petra es una máscara de angustia, dolor y confusión que se arremolinan en los charcos de sus ojos.

¿Pero es solo eso? ¿Una máscara?

En ese momento, suena mi teléfono.

—Ignóralo —gruñe—. Mírame, Matvey. Dime que escuché mal. Dime que Yuri no… —se traga un sollozo.

Maldita sea. Si está actuando, lo está haciendo muy bien.

Y si no lo está haciendo…

Si no lo está haciendo, no puedo decirle lo que quiere oír.

Así que atiendo el teléfono. —Tienes cinco segundos para decirme quién eres, cómo conseguiste este número y por qué no debería hacer que te maten —gruño.

—¿Solo cinco segundos para todo eso?

La voz al otro lado de la línea me golpea como un puñetazo.

No puede ser. No es posible.

Pero lo es. Porque no hay nadie más a quien esa voz pueda pertenecer. —April —digo con voz áspera—. Estás bien.

—¿Más o menos? —se ríe torpemente. Todo este infierno se está desatando, y ella *se ríe*. Mi mujer siempre fue la soldado más fuerte entre nosotros—. Estoy en la cárcel de la mafia.

—¿En qué? —mil preguntas se agolpan en mi mente—. Espera… ¿cómo me llamas? ¿Dónde te tienen retenida?

—No tenemos tiempo —me interrumpe. De repente, su voz se llena de urgencia—. Matvey, es Yuri. Es el infiltrado. Está trabajando con Carmine, y ellos… Tienen a nuestra hija.

Aprieto los dientes. De alguna manera, April consiguió un teléfono. Se tomó Dios sabe qué

molestias para conseguirlo, para marcar mi número y advertirme…

Y es demasiado tarde.

—Lo sé. Te lo juro, April, no dejaré que nadie les haga daño a ninguna de las dos. Ni Carmine, ni… —mi boca se llena de amargura—. Ni Yuri. Pagará por lo que ha hecho.

—No —susurra Petra. Su rostro se llena del tipo de angustia que no se puede encontrar en la televisión, del tipo que destruye imperios.

—Grisha está reuniendo a los *vory* mientras hablamos —le digo a April, apartando mi mirada de su dolor.

La respuesta de April es lo último que espero. —¿Está qué? —tartamudea—. No, Matvey, no puedes.

Frunzo el ceño. —¿Qué no puedo?

—No dejes que reúna a los *vory* —se apresura a decir—. Yuri y Carmine no están trabajando solos. ¡Alguien más está involucrado!

Sus palabras me convierten en piedra.

Alguien más.

Otra traición.

Las posibilidades pasan por mi mente. ¿De dónde vendrá el próximo beso de Judas?

¿Grisha y su lealtad?

¿Petra y su dolor?

Antes de que pueda continuar, April responde la pregunta por mí. —Es…

Un nombre se le escapa de los labios. Un nombre, y luego la línea se corta brutalmente, el sonido de circuitos aplastados resuena en mi oído.

Ni siquiera puedo estar realmente furioso por eso… el hecho de que la hayan descubierto, que ella debe estar en peligro ahora mismo… porque el nombre que me dio exige mi atención inmediata.

Porque el dueño de ese nombre está justo frente a mí.

Busco mi arma, pero el seguro de otra se quita antes de que pueda sacarla. —Yo no haría eso si fuera tú, hijo.

MATVEY

Sucede en un instante: un segundo, estoy hablando por teléfono con April, y al siguiente…

Al siguiente, Vladimir Solovyov me apunta con una pistola a la cabeza.

—Así que fuiste tú.

—Por supuesto que fui yo —escupe—. No pensarías que te dejaría vivir después de lo que has hecho, ¿verdad?

Blyat'. He sido un tonto hasta el final. Una vez más, la respuesta estaba frente a mí.

¿Por qué taché a Vlad de mi lista de sospechosos? ¿Por qué pensé que no tenía nada que ver con esto? ¿A quién envié para espiarlo en primer lugar?

Yuri.

Una vez más, mi subconsciente me traicionó. Porque, incluso después de que me apuñalara por la espalda…

Una parte de mí todavía confiaba en el hombre que era.

"Incluso el perro más leal morderá si lo acorralan".

¿Por qué diablos no puedo recordar mi respuesta?

—¿Papá…? —murmura Petra—. ¿Qué estás…?

—Quédate atrás —le ladra—. Te dije que este no era lugar para ti.

—¿Estabas planeando esto? —pregunta—. ¿Todo este tiempo has estado planeando esto?

Pero él no se digna a darle una respuesta. —Ve a esperar en el auto —ordena en su lugar.

—¿Has perdido la cabeza? —la sorpresa desaparece de su rostro, abre paso a una expresión mucho más familiar: furia—. ¿Crees que te dejaré hacer esto? ¡¿Que te dejaré matar a tiros a mi esposo?!

—¡Esposo! —resopla—. Crees que soy un idiota, ¿no? Dime, niña: ¿por qué no le dices a todos aquí quién es realmente el padre de tu bastardo?

Sus ojos se abren de par en par. —¿Lo sabías?

—¡Claro que lo sabía! —grita—. ¡Todo el mundo lo sabía! ¡Era jodidamente obvio! —apunta con el arma en mi dirección, para dejar algo en claro—. Este solo tenía ojos para esa perra pecosa, y tú… —una mueca de desprecio estropea su rostro—. Tú, *solnyshka*, ya habías puesto la mira en otro lado. Aunque al menos tuviste la decencia de mantener tu aventura a puertas cerradas.

—Todo este tiempo, me obligaste a guardar ese secreto…

—Ay, por favor. No te obligué a hacer nada. Fuiste demasiado tonta para mantener las piernas cerradas.

—Basta —grazno—. Petra, vete. Puedo manejarlo.

Es mentira. Me he metido en un callejón sin salida y todo el mundo aquí lo sabe. En el momento en que envié a Grisha, mi destino quedó sellado.

Pero eso no significa que el de ella tenga que estarlo.

He odiado a esta mujer. La he querido fuera de mi vida más veces de las que puedo contar, le he guardado rencor por cada sacrificio que he tenido que hacer para mantener viva esta farsa. La he culpado, una y otra vez, por separarnos a April y a mí.

Pero, Dios me ayude, nunca la he querido muerta.

—No.

—Por el amor de Dios, Petra, ¡¿puedes escucharme por una vez?!

—Haz lo que dice —le exige su padre—. O de lo contrario serás la próxima con una pistola en la cabeza.

Su rostro se desmorona. —No lo harías.

—¿Por qué no? No eres buena para mí como heredera. Y ahora, tampoco eres buena como yegua de cría. Tienes suerte de que ese amante tuyo viniera a mí para hacer un trato, de lo contrario te habría matado a tiros hace mucho tiempo. Pero si me pones a prueba ahora…

El rostro de Petra se endurece. Con un solo paso, se coloca entre mí y el arma de su padre. —Entonces, ven a por mí, joder.

—Detente —siseo.

Ella no me mira y responde siseando—: Cállate y déjame salvarte la maldita vida.

—¡Ni hablar! —gruño—. Eres una puta mujer embarazada.

—Y si muero, el hijo de Yuri muere conmigo —declara—. Así que veamos si tiene las pelotas para hacer estallar su alianza.

—Eres una estúpida —murmura Vlad—. Siempre te estás interponiendo en mi camino. Incluso cuando envié a esos asesinos a la casa de esa puta, solo tenías que estar allí y frustrar mi plan.

—¡¿Ese fuiste tú?!

—¿Cuántas veces me vas a hacer decirlo? —con su mano libre, les hace una señal a sus hombres. Lentamente, comienzan a rodearnos—. Por supuesto que fui yo.

—Los secuestradores que se llevaron a April —comprendo—. Uno de ellos era italiano, pero el otro no. Era ruso —mi cara se tuerce en un gruñido—. Todo este tiempo has estado en la cama con Carmine.

—¿Por qué más tu hermano menor vendría a mí? —se ríe entre dientes. —Ah, espera. Supongo que debería dejar de llamarlo así, ¿no?

—¿Qué significa eso? —exige Petra.

—Nada de lo que debas preocuparte, niña.

Ahora estamos completamente rodeados. Armas hostiles apuntando en todas direcciones. —Quítate de una puta vez —le repito—. Yo me encargo de esto.

—Realmente apestas mintiendo, ¿lo sabes?

—Petra.

—¡No! —insiste—. Pase lo que pase, somos familia. No voy a abandonar a mi familia.

Debería decirle que está equivocada. Que no somos familia, no de ninguna manera que importe. Ella no es mi verdadera esposa; no es la novia de mi hermano; y para ese niño dentro de ella, yo no soy nadie.

Entonces, ¿por qué no puedo hacerlo?

—Llévenselos —ordena Vlad.

No nos resistimos. No podemos… si peleo, él le disparará a ella; si ella pelea, él me disparará a mí. Es una situación complicada y, por primera vez en mi vida, me veo obligado a dejar que el enemigo me espose voluntariamente.

Pero hay otra razón por la que permito que esto suceda. Otra razón por la que dejo que un secuaz sin nombre de Vlad me golpee la cabeza con la empuñadura de su arma, pintando mi visión con manchas negras danzantes.

Si no nos están matando, solo pueden estar llevándonos hacia ellas. Y, donde sea que ellas *estén…*

Ahí es donde estará mi familia.

APRIL

—…¡¿En qué demonios estaban pensando?!

Mis oídos se agudizan ante el sonido de gritos en el túnel.

—…De verdad necesitas relajarte, Yuri. No es…

Reconozco las voces: Yuri y Carmine, discutiendo sobre… bueno, algo.

—¡… Incorrecto! ¿Por qué ofrecer el trato de tres días si no íbamos a cumplir…?

¿Trato? No estaba tratando de escuchar, pero demándame: ahora sí me interesa.

—…Conseguir lo que queremos ahora en lugar de más tarde… No es un mal resultado, ¿verdad? Además…

Vaya, alguien debería enseñarle al equipo local una cosa o dos sobre acústica. Si no quieren que el sonido se transmita, no deberían tener reuniones secretas en un maldito túnel, de todos los lugares.

Sin dudarlo, me aprieto más contra los barrotes.

—Le di mi palabra —gruñe Yuri—. Ahora necesito saber: ¿Vlad se volvió rebelde o lo hiciste tú?

—¿Eso importa? —pregunta Carmine.

—Sí. Porque entonces, tendría que preocuparme.

—¿De qué?

—¿De cuánto vale realmente tu palabra?

Maldita sea. Espero que Carmine tenga aloe vera a mano, porque eso fue una quemadura terrible.

Pero, cuando habla a continuación, su voz es gélida: fría, suave y peligrosamente aguda. —¿Vamos a tener un problema, Yuri?

—Dímelo tú. ¿Rompiste el trato o no?

El miedo vuelve a infiltrarse en mi corazón. No por mí, ni siquiera por mi hija: por *Yuri*.

Hablarle a Carmine de esa manera es como una sentencia de muerte.

Pero parece que, cual sea el acuerdo que tengan, es demasiado valioso como para tirarlo a la basura. Así que Carmine deja escapar un largo suspiro y dice, con un tono mucho más tranquilo —: Fue la chica. Ella delató a nuestro último infiltrado. Él tuvo que tomar una decisión en el acto.

¿Yo?

—No te enojes tanto. Tú estabas a cargo de su vigilancia, ¿no? —se burla Carmine—. Si vas a señalar con el dedo a alguien por esto, entonces, adelante, te encontraré un espejo.

Vaya. ¿Suficiente manipulación psicológica?

No puedo evitar la culpa que me invade. No me arrepiento de haber robado ese teléfono… hice lo que tenía que hacer. Pero ahora me pregunto si no desencadené una reacción de consecuencias. No solo para mí, sino también para los demás.

Solo espero que Matvey esté bien.

—¡Tráiganlos!

Me sobresalto. Rápidamente, me alejo de los barrotes lo más que puedo, fingiendo que no acabo de escuchar a escondidas un consejo de guerra de la mafia.

Entonces, aparecen nuevos hombres en la habitación.

—Tírenlos a la celda —dice alguien.

—¿La de la chica?

—¿Ves otra? —espeta el primer hombre—. Vamos, no tenemos todo el día.

Dos hombres se acercan, arrastrando a un tercero entre ellos. Tiene la cabeza colgando hacia adelante, como si lo hubieran golpeado hasta quedar inconsciente, lo que significa que no puedo distinguir su rostro.

Pero no necesito hacerlo. Su traje, su figura, su colonia… reconocería eso en cualquier parte. —¡Matvey!

—¡Quédate atrás! —grita uno de ellos—. Un movimiento en falso y te daré una bala yo mismo.

Y dicen que la caballerosidad está muerta. Aun así, hago lo que me dicen. El pánico que tanto me costó ahuyentar de mi corazón está aumentando de nuevo, a todo volumen.

Ta-tam, ta-tam, ta-jodido-tam.

Cuando arrojan a Matvey adentro, me levanto de un salto y lo agarro. Su peso muerto es casi demasiado. Pero lo que realmente me hace temblar las piernas es ese pensamiento: peso *muerto*.

¿Está…?

Dios, por favor no estés muerto. Por favor, haré lo que sea.

Por favor, por favor, por favor…

Pero entonces lo siento: un latido. Débil y distante, pero ahí. —Gracias a Dios —sollozo en su camisa mientras ambos caemos de rodillas—. Gracias a Dios que estás bien.

Entonces, escucho gritos.

—¡Suéltame! —gruñe una voz muy familiar—. ¡Te cortaré las pelotas y se las daré de comer a tu madre si no me dejas ir en este *maldito* instante!

Nunca pensé que me alegraría tanto de escucharla. —¡Petra!

—¿April? —me llama. Sus ojos se encuentran con los míos, luego, la rabia los enciende de nuevo—. ¿La pusiste en una *celda*? ¡Cómo te atreves…! ¡QUÍTAME TUS MANOS DE ENCIMA! ¡Me comeré tus malditos ojos!

Sí. Esa es la buena Petra.

Al final, todas sus patadas y gritos son inútiles. Los secuaces de Carmine también la arrojan, aunque todos ellos tienen peor aspecto que ella. Regla número uno para cometer un delito: no te metas con una embarazada. Solo no lo hagas.

En cuanto está tras las rejas, se arroja a mi lado. —¿Estás bien?

—Digo… —miro hacia los cuatro hombres que salen cojeando de la habitación—. Mejor que ellos, eso es seguro.

—Bastardos —espeta—. No tenía idea… Yo…

—Lo sé —la tranquilizo rápidamente—. Este no es tu estilo. Di lo que quieras, pero me habrías conseguido una suite.

Sus ojos se dirigen con culpabilidad a Matvey. —¿Está…?

—Solo noqueado —exhalo—. Déjame adivinar: ¿tenían miedo de que se resistiera?

—Sí —sisea—. Malditos cobardes.

Apuesto a que lamentan no haberla dejado a ella *inconsciente tambien*. —Lo siento mucho —murmuro—. Esto debe ser un infierno para ti. Tu papá, y luego…

Aún no puedo decirlo. A pesar de todo lo que he visto, aún no puedo decirlo.

—¿Es cierto? —susurra—. ¿Yuri realmente…?

Por suerte, me ahorro el tener que responder eso.

Porque el hombre responde por mí. —Petra…

Se da vuelta como un rayo. —*Tú.*

—Lo siento —murmura Yuri—. No debían arrastrarte a esto. ¿Estás bien?

—¿Estoy bien? —se ríe histéricamente—. ¿Te parezco jodidamente bien?

—Ya los regañé por…

—¿Es cierto? —lo interrumpe sin piedad—. ¿Traicionaste a tu propio hermano?

Breve y al grano. Algunas cosas nunca cambian.

—Yo…

—Es una pregunta de sí o no, Yuri.

—No es tan simple.

—A mí me parece bastante simple.

—Petya…

—No lo hagas —gruñe—. No te atrevas a llamarme así, joder.

—¡Hice esto por nosotros! —objeta él—. Hice esto por…

—¿Estás aquí para dejarnos ir?

Parpadea—. Yo… no puedo hacer eso. Si cooperas, entonces sí, pero…

—¿Pero no a April?

Silencio.

Petra resopla. —Vete. Sal de mi vista.

—Por favor, solo escucha…

—¡YO TE AMABA!

Es peor que un grito… es un aullido. Como si no quedara nada humano allí. Solo una bestia rota con un corazón sangrante.

—Te amaba —exhala Petra cuando los ecos de su lamento se apagan—. Y me traicionaste. Nos traicionaste a *nosotros*.

—Nos salvé —susurra Yuri, su dolor igual de real.

—No, tú nos mataste. Ahora vete.

—Petra…

—¡VETE! —grita—. O juro que me suicidaré con el primer objeto afilado que encuentre.

Es una amenaza tan buena como la que Yuri usó conmigo. Con nosotros. Tomó a la familia de Matvey como rehén, y ahora…

Ahora, Petra tiene como rehén a la suya.

Con un asentimiento silencioso, Yuri obedece. Se da la vuelta, apretando y aflojando los puños a los costados, y se va por el mismo camino por el que vino.

En el momento en que sus pasos se desvanecen, Petra se desploma contra los barrotes. Respira

hondo una vez, luego otra. —Vale —se gira hacia mí, con los ojos encendidos—. Es hora de salir de aquí, joder.

Por una vez, estamos perfectamente de acuerdo.

MATVEY

Al principio, creo que estoy soñando.

Hay una mano peinando mi cabello. No hay muchas personas a las que les daría ese privilegio, ni en este mundo ni en el siguiente, y ahora mismo, no estoy seguro de en cuál de ellos estoy.

Pero entonces me llega su aroma. No como la nieve y la leña crujiente, sino como las flores. Golpeadas y magulladas, pero aun creciendo obstinadamente de las grietas del cemento.

April.

Sus dedos bordean con cuidado los bordes de mi herida, un bulto desagradable en la parte posterior de mi cabeza. No debo haber sangrado mucho, pero aún puedo sentir un mechón de cabello enmarañado allí, incluso cuando ella hace todo lo posible por evitarlo. Su calor me rodea. Cuando me muevo, mi pómulo roza la parte expuesta de sus rodillas.

Si esto es el cielo, puedes dejarme aquí mismo.

—Tonto —resopla April—. El cielo puede esperar. Todavía te necesito en el planeta Tierra.

Es la única petición que no puedo negar.

Me arrastro hasta la posición vertical, ya extrañando el calor del regazo de April, y examino mi entorno. No hay mucha luz, pero ya me he acostumbrado a la oscuridad. En unos pocos segundos, mis ojos se han adaptado y puedo distinguir el lugar al que me han arrojado.

Una celda fría y húmeda.

—Levántate y despierta, *solnyshko*.

Sí. Definitivamente no es el cielo. —Supongo que nuestros padres no podían darse el lujo de tener celdas separadas —murmuro, con la cabeza palpitando como loca.

—No. Malditos tacaños.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta April, toda preocupada. Finalmente observo su rostro: manchado de hollín, el cabello pegado al sudor de su frente, su maquillaje corrido convirtiéndola en un mapache.

Ella nunca ha sido más hermosa para mí.

—Yo debería preguntarte eso —tomo sus manos entre las mías y las aprieto. Sus dedos están fríos como el hielo, como si hubiera estado aferrándose a las barras de hierro durante horas antes de que me uniera a ella. La culpa me atraviesa al pensarlo: una vez más, he hecho demasiado poco, demasiado tarde—. Si te hicieron algo, te juro…

—No lo hicieron —me asegura rápidamente—. Bueno, excepto darme un feo golpe en la cabeza. Pero eso nos convierte en gemelos, ¿no?

¿Cómo puede hacer bromas en un momento como este? Cualquier otro civil estaría gritando a todo pulmón en esta situación. ¿Secuestrada por la mafia *y* la Bratva? Incluso en los mejores días, no es algo que la gente común pueda manejar. Simplemente no lo es.

Pero April siempre ha sido diferente: una soldado en todo menos en el nombre. Una luchadora. Y hoy, vamos a necesitar eso más que nunca.

La atraigo hacia mis brazos. Una vez que estamos lo suficientemente cerca, le susurro al oído—: ¿Guardias?

—Dos —murmura April en respuesta—. Ambos en la entrada del túnel.

Hm. Son menos de los que esperaba. Supongo que Carmine se siente un poco demasiado confiado, entonces. —¿May?

—La tiene Carmine —dice con voz áspera—. No podemos fallar, Matvey. Si lo hacemos…

No hay forma de saber lo que le hará.

—Lo sé.

Estoy haciendo todo lo que tengo para mantener a raya mi sangre hirviendo. El antiguo yo habría comenzado a golpear los barrotes en el segundo en que se despertó, gritando amenazas para que todos lo oyeran. Habría arrancado las malditas cosas de sus bisagras y luego habría recibido un disparo por sus problemas.

O quizá habría muerto rodeado de los hombres de Vlad, sin nadie de su lado.

Pero ahora, después de todo lo que pasó… finalmente entiendo.

Lo que realmente significa ser un líder.

Hasta ahora, pensé que hacerlo solo era la única manera. Enfadarme, vengarme: ese era mi credo. Como *pakhan* y como hombre.

Pero no es eso. “Enojado” no es igual a “correcto”; “solo” no es igual a “fuerte”. Esa receta para la miseria y una muerte prematura… Ya terminé de seguir sus instrucciones. Ya terminé de luchar por el mero hecho de luchar.

Ahora, finalmente tengo algo por lo que vale la pena luchar. *Alguien* por quien vale la pena luchar. Alguien que luchará conmigo, por mí, a cambio.

Mi familia.

—Vale —digo—. Hagamos un plan.

Una sonrisa florece en el rostro de April. —Sí, *pakhan*.

—Mírate. Finalmente aprendiste a decirlo.

Se mueve el cabello, acicalándose ante el elogio. —Por supuesto que lo hice. Soy tu futura piraña.

—*Pakhansha*.

—Detalles.

Dios, la amo. Es absurdo la frecuencia con la que ese pensamiento me sigue tomando por sorpresa. En las cosas más pequeñas, en los momentos más insignificantes: *La amo. Nunca quiero dejarla ir.*

Una vez que esta pesadilla termine, le pondré un anillo en el dedo. No me importa si tengo que arrastrarla al juzgado en pijama… no voy a esperar un maldito mes. No voy a esperar ni un minuto más.

Pero primero tenemos que salir de aquí.

—Tenemos que hacer algo con las esposas.

—Puede que tenga una solución para eso —murmura April—. Pero necesitaremos una distracción.

—¿Disculpa? —interviene Petra, irritada—. ¿Te importaría informarme?

Ambos nos giramos para mirarla al mismo tiempo. No soy psíquico. Ni siquiera creo en esa mierda. Pero, cuando vuelvo a mirar a April a los ojos, prácticamente puedo ver sus pensamientos.

Porque son exactamente como los míos.

—Eh… —dice Petra, incómoda—. ¿Por qué me miran así?

—Petra… —April habla, su tono una octava más alto—. ¿Qué te parecería otro atraco?



—ESTO ES ESTÚPIDO —murmura Petra.

—No, no lo es —replica April—. Es nuestra única jugada.

—Nunca caerán en la trampa.

—Estás sobreestimando seriamente el coeficiente intelectual de estos tíos.

—Pero…

—Deja de joder —susurro entre dientes desde mi posición en el suelo, tratando de mover mis labios lo menos posible—. ¿Quieres ser *vor*? Esta es tu audición.

—Eso es discriminatorio —refunfuña—. Iba a ser *vor* antes de quedar embarazada. No

necesitaba una audición.

—Me aseguraré de informarle a Recursos Humanos sobre tus quejas.

—Vale, basta de actitud —susurra April—. Empecemos con este espectáculo.

Con un último resoplido, Petra obedece. —¡AAAAAHHHHH! ¡¡¡MI BEBÉ!!!

Hago una mueca. Cuando le dijimos que "gritara como un cerdo destripado", no esperaba *este* nivel de actuación.

Ay, bueno. Cuanto más alto, mejor.

—¡Ayuda! —April corre hacia los barrotes—. ¡Está sangrando!

Abro un ojo justo a tiempo para ver a los guardias intercambiando una mirada. Si fuera yo, les diría que no se acercaran por ningún motivo, especialmente después de que April logró engañar al turno anterior exactamente así.

Pero esta no es April. Esta es una rehén diferente.

Una rehén que le importa a su jefe.

—¡Apúrate! —insiste April—. ¡¿Qué estás esperando?!

—N-nosotros… —tartamudea uno de los guardias. Sus ojos claramente se fijan en mí. Pero así, bañado en oscuridad como estoy, solo puede vislumbrar mi cuerpo.

—¡Está inconsciente; no puede hacer nada! —April suspira con frustración—. Mira, si te preocupas por mí, puedes esposarme a los barrotes. Solo…

—¡AAAHHH! ¡DUELE DEMASIADO! ¡SOLO MÁTAME, POR FAVOR!

—Baja el tono, Cameron Diaz —murmuro entre dientes—. No hay ningún Oscar sobre la mesa para ti.

Me hace un encogimiento de hombros, como si dijera: *Nunca se sabe.*

Luego, procede a imitar una convulsión.

—¡Espósala! —grita el segundo guardia a su colega antes de correr hacia la puerta—. ¡Sacaré a la otra!

April, obediente, saca sus manos ya esposadas. Su guardia manosea torpemente las llaves por un segundo, tratando de averiguar cómo quitarle las esposas y esposarla de nuevo a los barrotes con el menor retraso posible. Le han advertido; cree que debe preocuparse por ella.

Está equivocado.

Debe preocuparse por *mí*.

Mientras el primer guardia está ocupado con April, el segundo se arrodilla al lado de Petra. Tiene su arma desenfundada, aparentemente bajo la noción equivocada de que va a salvarle el culo.

No es así.

—¡*BLYAT*’!

Petra da la señal y yo entro corriendo en acción.

Salgo de entre las sombras y le quito el arma de una patada al guardia. En cuanto lo desarman, Petra deja de gritar y le da un codazo en las costillas y luego en la nuca.

Uno menos, falta otro.

Le robo el arma y miro hacia arriba para ver cómo está April…

—¡AY! ¡PERRA!

…justo a tiempo de verla tirar de cara a su objetivo contra los barrotes.



—Bueno —comenta April—. Eso fue fácil.

—Eso fue horrible —se queja Petra—. Me va a doler la garganta durante días.

—Estoy segura de que la empresa patrocinará tu miel y tu té —digo con seriedad.

Ponemos las esposas a los guardias. Les llevará un tiempo recuperarse, pero nunca se puede ser demasiado precavido.

Hablando de eso…

Me quito los calcetines, los hago una bola y se los meto en la boca al primer tipo. —Eso es por faltarle el respeto a mi prometida, *mudak.*

Si fuera por mí, le daría una patada *y* le dispararía, sin importar los riesgos. Pero ya hicimos demasiado ruido… un disparo convocaría a todo el ejército de Carmine en un instante.

Además, April está aquí y no quiero exponerla a más derramamiento de sangre del que necesita ver.

Petra frunce el ceño. —¿Prometida?

Le tiro la segunda pistola. —Cierto —respondo—. Olvidé decírtelo.

La atrapa en el aire. —¿Decirme qué?

Sonrío. —Quiero el divorcio.

APRIL

En la lista de *Las Tres Cosas Más Sexys Que Matvey Ha Hecho*:

•Desarmar a un guardia con una patada voladora sacada directamente de una película de kung fu;

•Follarme con los dedos en el baño de Mallard, al alcance del oído de la mitad de mi familia;

•Reclamarme en una celda húmeda y sucia.

Verbalmente, claro.

—Eres una astuta *koshka* —Petra me da un puñetazo en el hombro mientras avanzamos por el túnel—. ¡No me dijiste que te habías comprometido!

Me río torpemente. —Todo pasó tan rápido. Además, no estaba segura de cómo… em…

—¿Qué, pensaste que estaría celosa? —se burla—. Por favor. No puedo esperar a deshacerme de esta bola y cadena.

—Esta bola y cadena está justo aquí, ¿sabes? —replica Matvey secamente.

Petra lo ignora. —Además, todo esto ya no tiene sentido. Mi padre lo sabe. Aparentemente, siempre lo ha sabido.

Su voz me dice que está tratando de ser fuerte, pero solo puedo imaginar la traición que debe sentir. —Lo siento —murmuro—. Primero, tu papá, y luego…

No lo digo. No hay necesidad de decirlo. Todos sabemos de quién estamos hablando.

Petra chasquea la lengua con desdén. —Para mí, ese *mudak* está muerto. Puede ser el títere de Carmine por el resto de su miserable vida.

Pongo mi mano sobre su brazo. Está enojada en este momento, y tiene todo el derecho de estarlo. No creo que lo diga en serio… o tal vez sí. ¿Qué sé yo?

Lo único que sé es la expresión que vi en el rostro de Yuri.

—No creo que le hayan contado todo —susurro—. Cuando me desperté, me prometió que no nos harían daño si Matvey se rendía, pero cuando estuve a solas con Carmine…

—¿Estuviste a solas con él? —gruñe Matvey, erizándose al instante—. ¿Ese pedazo de

mierda…?

—No hizo nada —le prometo rápidamente—. Pero no sonó como si tuviera la intención de cumplir esa promesa. Creo que le están mintiendo a Yuri.

—Ese es su propio maldito problema —gruñe Matvey—. Él es el que se unió a Carmine. Puede afrontar las consecuencias.

—Tal vez —concedo—. Pero sigo pensando que es extraño.

—¿Qué es extraño?

—Que él sea el que actúe como si lo hubieran traicionado. La forma en que me habló… —siento una punzada de simpatía en el pecho—. Es como si no pensara que tenía otra opción. Como si fuera él o tú.

Matvey se queda callado. Una vez más, tampoco puedo culparlo. La traición de Yuri… golpeó profundamente. Más profundamente de lo que ninguno de nosotros estaba preparado para soportar.

Pero entonces, ¿por qué se veía tan triste?

Petra frunce los labios, perdida en sus pensamientos. —Dijo algo antes. Cuando lo acusé de haber traicionado a su hermano.

—¿Qué? —pregunta Matvey, irritado.

—Dijo: "No es tan simple" —los ojos de Petra se encuentran con los suyos—. ¿Sabes lo que quiso decir con eso? ¿Tú…?

—Si vas a preguntar, solo pregúntalo.

—¿Le hiciste algo, Matvey?

Aprieta los puños a los costados. —De lo único que soy culpable es de mi sangre.

—¿Qué significa eso?

Pero Matvey no se queda para responder. Simplemente avanza a grandes zancadas.

—Petra —murmuro—, hay algo que deberías saber.



DESPUÉS DE ESCUCHAR MI EXPLICACIÓN, Petra se pasa cinco minutos mirando al vacío. —¿Por eso hizo todo esto? —pregunta finalmente—. ¿Porque descubrió que Matvey no era…?

—Su hermano biológico —agrego. —Sí. Supongo que fue un gran shock.

—Pero eso no cambia nada —replica—. Tienen una historia. Tienen un vínculo. ¿Por qué pensaría que eso no importaba?

—Tal vez no lo pensó —me retuerzo las manos—. Tal vez solo pensó que no le importaría a…

Miro de reojo la espalda de Matvey. No tengo dudas de que nuestras voces llegan lo suficientemente lejos como para que las escuche, pero no dice nada. Solo marcha hacia adelante, como un soldado en el campo de batalla. Probablemente ayuda… concentrarse en el aquí y ahora.

—Hijo de puta —maldice Petra—. ¿Por qué no simplemente me habló?

—¿Porque es un hombre?

Petra solo resopla. —*Blyat'*. ¿Alguna vez piensas en escaparnos juntas?

—¿Quiénes? ¿Nosotras?

—Sí. Criar a nuestros hijos como reinas amazonas.

Reprimo una carcajada. —¿Y si tienes un niño?

—Puede traer nuestras flechas.

Mis ojos se vuelven hacia Matvey. —Eso es tentador —digo—. Pero tengo demasiadas razones para quedarme.

Ella sigue mi mirada. —Parece una, desde donde estoy sentada.

—Sí, bueno, es una importante —dejo que mi pecho se llene de calor—. Tal vez la razón más importante de todas.

—Dios, consigan una habitación.

Me río y alcanzo a Matvey. Cuando deslizo mi mano en la suya, no se aparta. Solo me lanza una mirada de reojo y murmura—: ¿Amazonas? ¿En serio?

—Oye, fue idea de tu esposa.

—¿Vas a enseñarle a May a montar a caballo?

Mi sonrisa vacila. —Si puedo, quiero enseñarle todo.

Me aprieta la mano, firme y seguro, como si quisiera compartir conmigo su fuerza. Decirme, en su lenguaje de hombre de pocas palabras: *Estoy aquí. No iré a ninguna parte*.

Le aprieto de vuelta. Luego, doy un paso hacia la luz al final del túnel.

~

—¿CREES que tomamos un giro equivocado? —pregunta Petra después de cinco minutos de buscar en la habitación vacía.

—No tomamos ningún giro —dice Matvey—. Era un camino recto.

—Tal vez te perdiste algo.

—Tal vez deberías cerrar la maldita boca.

—¿Chicos? —tiemblo—. Tal vez ambos deberían mirar aquí.

Señalo con un dedo tembloroso una sección de la pared frente a nosotros. Es como una película de ciencia ficción: un segundo no había nada allí y al siguiente, aparece el contorno de una puerta.

Y, desde esa puerta…

—Carmine —gruñe Matvey.

Cuando veo el bulto en sus brazos, mi corazón se derrumba. —May.

Petra muestra los dientes. —*Tú.*

No estoy segura de si está gruñendo a Vlad o a Yuri, pero ambos toman sus lugares al lado de Carmine.

—Buen toque, ¿no? —Carmine reflexiona—. Es una habitación impenetrable. Nada entra ni sale sin mi permiso.

—Entonces, eso hace que las celdas sean un poco inútiles —comenta Petra con sequedad.

—Digamos que es una decisión de diseño —se encoge de hombros—. Sabes, te aplaudiría por llegar tan lejos, pero… —señala a la niña en sus brazos. *Mi* niña—. No creo que la pequeña lo apruebe.

Veo el subir y bajar de su pecho, pero algo se siente… extraño. —¿Por qué no se despierta? —pregunto.

—¿Qué quieres decir? —Yuri frunce el ceño—. Siempre está durmiendo, ¿no?

—Así no —ahora puedo oír el pánico filtrándose en mi voz, como una presa que se rompe lentamente—. ¿Qué le diste?

Es solo una corazonada, pero la sonrisa de Carmine lo confirma. —Solo algo para ayudarla a dormir. Después de todo, ¿quién quiere un enfrentamiento final con un bebé llorando como música de fondo?

Lo sabía. Hemos estado separadas durante horas. Incluso si la hubieran alimentado, lo cual dudo mucho, ella igual se despertaría con el sonido de mi voz. Ella igual querría estar conmigo.

—¿Hiciste *qué*? —Yuri se resiste.

Pero su indignación se ve ahogada por el murmullo bajo de Matvey. —Estás muerto —resopla, directamente a Carmine.

—No, hijo —sonríe benévolamente—. Tú lo estás.

Luego, apunta una pistola a la cabeza de May.

Es como si el suelo se desmoronara justo debajo de mis pies. Nunca me he sentido tan débil y tan peligrosa al mismo tiempo. Mis rodillas se doblan, mis piernas tiemblan como si de repente estuvieran hechas de pudín, y sin embargo…

Y sin embargo, podría matarlo con mis propias manos.

—¡¿Qué demonios?! —espeta Yuri—. ¡Baja eso!

—Creo que ya te dije que no me gusta ese tono.

—¡Acabas de apuntarle con un arma a un bebé!

—Le apunté con un arma a un rehén —corrige Carmine con gentileza—. Y, si miraras a tu hermano en lugar de a mí, sabrías por qué es la decisión inteligente —finge hacer una mueca de dolor—. Disculpa. *Ex* hermano.

Tiene razón. Dios me ayude, tiene razón. Aparto la mirada de mi hija y Matvey está… de piedra. Congelado. Una estatua tallada en mármol.

—*Yebanyi podonok* —escupe Petra. No tengo idea de lo que significa, pero me arriesgaré y supongo que no es un cumplido.

—¡Ja! —la risa estruendosa de Carmine llena la habitación—. Tienes una boca muy grande, jovencita. Espero que cambies de opinión y te unas a nuestro lado.

—Sobre mi puto cadáver.

—Petra… —murmura Yuri—. Por favor. No hagas que todo esto sea en vano.

El conflicto cruza los ojos de Petra. Y ¿cómo no? Ahora conoce toda la historia. Entiende lo que lo llevó allí: el camino al infierno y todas sus buenas intenciones.

Pero luego, aprieta la mandíbula y da un paso hacia nosotros. —Ya lo es.

—Déjalas ir —dice Matvey entre dientes—. Es a mí a quien quieres. Deja ir a las chicas y me rendiré.

—No, no lo creo —Carmine chasquea los dedos. Inmediatamente, la habitación se llena de secuaces—. Mátenlos a todos —ordena.

Se acabó.

Realmente se acabó.

Aprieto fuerte la mano de Matvey. —Te amo —susurro.

Adiós, May.

—¡NO!

Es la voz de Yuri. Está de pie entre nosotros y Carmine, tratando inútilmente de proteger a Petra de las armas.

La mano de Carmine se levanta para detener a sus hombres. —¿Qué pasa, Yuri? ¿Cambiaste de opinión?

—No —dice con brusquedad—. Tengo una petición.

—Entonces, escuchémosla.

—Déjamelo a mí.

Carmine levanta una ceja, escéptico. —¿Cómo dices?

—Mi hermano —dice entre dientes—. Mi *falso* hermano. A lo largo de los años, ha sido horrible conmigo. Siempre dándome órdenes, pateándome como a un perro. Tratándome como a un debilucho.

—Yura… —susurra Matvey, pero Yuri no se da vuelta.

—Siempre quise darle una lección —insiste—. Por favor. Déjame demostrar que soy más fuerte.

Por un minuto interminable, me aterra que Carmine no lo permita. Que baje la mano de nuevo y nos bañe con balas, sin siquiera un instante para decir adiós.

Pero entonces, su rostro se ilumina con una sonrisa. —Suena divertido —declara—. Está bien, entonces. Adelante.

—Matvey Groza —dice solemnemente Yuri—, en nombre del código de honor, te desafío a un duelo.

MATVEY

Nunca pensé que terminaríamos aquí. Pero la vida tiene una forma de hacerte pagar. Por errores, orgullo, arrogancia, todo. Cada paso en falso que he dado me ha traído aquí.

A este lugar.

Este momento.

—Las reglas son simples —anuncia Carmine—. Si Yuri gana, él decide el destino de los rehenes. Si Matvey gana, obtiene el mismo honor. Si nadie gana, puedo disparar a quien quiera, donde quiera, tantas veces como quiera. ¿Qué te parece ese incentivo?

La ironía no se me escapa. No hace mucho, maté a Iván en un duelo como este, aunque con reglas mucho más justas.

Pero eso ya no importa. Cualesquiera que sean las maquinaciones que dirigieron mi mano, en última instancia, yo fui quien hundió el cuchillo. Él era mi *vor* más leal… mi amigo más leal… y le pagué con la muerte.

Si este es mi castigo, es el apropiado.

Los hombres de Carmine nos registran. Me quitan el arma que le robé al guardia sin contemplaciones. También a Petra, aunque no tiene nada que ver con el duelo en sí.

No registran a Yuri, pero él les entrega su arma de todos modos.

Carmine le hace un gesto a uno de sus hombres para que se acerque. Él obedece la orden tácita, y saca dos cuchillos de combate de su cinturón.

—Toma —mi padre sonríe mientras nos lanza uno a cada uno—. Jueguen limpio.

Para él todo esto es un juego. Si alguna vez pensé que podría quedar algo allí, una migaja perdida de afecto por el hombre que una vez fue su hijo, esa cara me dice todo lo que necesito saber.

Quienquiera que muera esta noche, él ya ganó.

Yuri espera a que elija mi arma. Su expresión es indescifrable. Si no estuviera furioso con él por todo lo que ha hecho, reconocería el honor en su gesto: estos cuchillos son de Carmine. Uno de ellos podría haber sido fácilmente manipulado. Al darme la primera opción, está asegurando una

pelea justa.

Pero no hay nada honorable en lo que ha hecho.

Y esta pelea será todo menos justa.

Porque yo soy quien entrenó a Yuri. Conozco sus fortalezas, sus debilidades, qué movimientos puede ejecutar con confianza y con cuáles todavía tiene dificultades. Incluso si ha estado entrenando en secreto, no es rival para mí. Y, aunque eso podría ser cierto al revés… porque si conozco su estilo, entonces él conoce muy bien el mío… todavía hay un problema.

Nunca me ha derrotado.

Si no lo supiera, diría que está siendo suicida. La misma sensación de hormigueo que sentí contra Iván se abre paso bajo mi piel. Que esto no tiene sentido… que me estoy perdiendo algo.

Y que, si no lo descubro, me voy a arrepentir por el resto de mi vida.

¿Por qué tuviste que pedir esto? Aprieto los puños hasta que mis nudillos se ponen blancos. *Sabes que no puedes ganar, así que, ¿por qué?*

¿Por qué tengo que ser yo *quien te mate?*

Tomo mi cuchillo. Yuri toma el suyo.

—Debiste haber aceptado el trato —susurra cuando nadie puede oírnos.

—No hago tratos con cobardes —gruño, mi ira todavía dominándome.

Nos separamos en el medio de la habitación, luego caminamos hacia los extremos opuestos. Los hombres Bonaccorsi conforman el perímetro de nuestra arena improvisada, dejando el espacio suficiente para dejar pasar a otras cuatro personas: del lado de Yuri, Carmine y Vlad.

Y del mío…

—No mires—le advierto a April. Pase lo que pase, no quiero que ella vea esto.

Pero ella solo sacude la cabeza, tan terca como el día que la conocí, y fija sus ojos en los míos. —No mueras —susurra.

No tengo oportunidad de decir nada más.

—¡PELEEN!

Tan pronto como el árbitro dispara su arma al aire, Yuri carga.

Nuestros cuchillos chocan. El chirrido del metal resuena en el aire cuando mi espada bloquea la suya. —¡Deja de luchar contra esto! —dice Yuri entre dientes—. Si te entregas, nosotros aún podemos…

—No hay un “nosotros” —escupo—. Y, si te estás meando del miedo, puedes decirlo.

Sus ojos se endurecen. —Vale. Si no vas a salvar a nuestra familia, lo haré yo.

Luego, corta hacia abajo.

El dolor estalla en mis nudillos. Ambos saltamos hacia atrás al mismo tiempo, mi mano tiene el mismo tono rojo que su espada. Es un corte superficial, pero es suficiente para que mi agarre se vuelva resbaladizo si no tengo cuidado.

Lamo la sangre y luego hago rodar el cuchillo en mi palma.

Damos vueltas el uno alrededor del otro, como lobos. Los hombres de Carmine gritan detrás de nosotros, lanzan cánticos de estadio estridentes. Como si esto fuera un maldito partido de fútbol en lugar de un duelo a muerte.

Cuando chocamos de nuevo, es Yuri quien se aparta sangrando. —¿Eso es todo lo que puedes hacer?

Está tratando de provocarme. —Sabes exactamente lo que puedo hacer.

—Entonces ven y hazlo, maldita sea.

Una vez, habría caído en la burla. Pero ahora, escucho, *realmente* escucho, las palabras, y la intención detrás de ellas se vuelve obvia.

Presiona la única ventaja que tiene.

Siempre he tenido la fuerza de mi lado. Soy más grande, más alto, con músculos más gruesos y un golpe más fuerte. Cuando golpeo, los huesos se parten como ramitas.

Pero hay un inconveniente en eso, y surge cuando me enfrento a oponentes como Yuri.

Velocidad.

—¿Por qué la prisa? —me burlo de vuelta—. ¿Tienes un lugar mejor donde estar?

Si caigo en sus trucos, si me permito perder la calma y atacar a ciegas, estaré firmando mi propia sentencia de muerte. Es el único escenario en el que soy vulnerable. Casi me hace preguntarme por qué nunca lo usó contra mí antes. Si lo hubiera hecho, podría haber ganado uno o dos combates de entrenamiento.

Él te respetaba demasiado, susurra la voz en el fondo de mi cabeza. *No importaba lo que pasara, seguías siendo su hermano mayor.*

Y nunca quiso verte caer.

Yuri me saca de mis pensamientos y vuelve a atacarme. Hace una finta hacia la derecha, pero lo veo claro: con un movimiento rápido, golpeo su antebrazo con el codo y lo derribo.

Casi deja caer el cuchillo… casi. —Harás que las maten —gruñe, apenas audible.

—Carmine nunca va a cumplir los términos, Yuri —me abalanzo, pero él se hace a un lado—. Puede que a ti te hayan cegado sus promesas, pero a mí nunca.

—Lo hará —contraataca con un corte dirigido a mi garganta—. Si no tiene nada que ganar y todo que perder, lo hará.

—Es una serpiente —lo esquivo justo a tiempo, ganándome otro corte superficial en el pómulo. Si hubiera subido más alto, me habría sacado el ojo—. Dejó que nuestras madres murieran. ¿De

verdad crees que es una coincidencia? ¿Que donde quiera que vaya, cualesquiera sean los lazos que tenga, todos encuentran un final sangriento?

—Él no las enfermó, Matvey.

—No. Pero sí que no las salvó.

Levanto su pierna y lo dejo tendido de espaldas en el suelo sucio. Grita de dolor, se queda sin aliento.

Podría acabar aquí mismo, pero no lo hago. —Levántate —le ordeno—. No he terminado de hablar contigo.

Hace lo que le digo. —Te arrepentirás de esto —me advierte, mientras se limpia una mancha de sangre en la boca.

Lo miro. El hombre que era mi hermano. El chico que estaba solo, solo él y la nieve y la muerte.

—Lo sé.

Luego, nos volvemos a enfrentar en medio de la arena.

—Piensa —siseo—. Piensa en todo lo que ha hecho —giro mi cuchillo para desarmarlo, pero él lo agarra con fuerza.

—Esto no tiene sentido —dice Yuri—. Lo hecho, hecho está.

—¡Esta es la verdad! No me mató entonces, y se arrepintió de ello. ¿De verdad crees que se detendrá conmigo? ¿Que no limpiará todos los cabos sueltos? April. May…

—Cállate.

—…Petra…

—*Cállate*.

—…*Tú*.

—¡¿QUÉ SE SUPONE QUE DEBO HACER ENTONCES?!

Es el rugido de un animal herido. Es un aullido desesperado y crudo, el último aliento de un lobo solitario.

También es la mejor oportunidad que voy a tener.

Agarro su muñeca, le saco el cuchillo de la mano y presiono mi hoja contra su cuello. —No se muevan —advierto en voz alta a la habitación—. O le cortaré la garganta.

Pero los hombres de Carmine ya han levantado sus armas.

—¿Estás tratando de que las maten? —sisea Yuri. Intenta liberarse, pero mi llave de cabeza es demasiado fuerte.

—Estoy tratando de terminar esto.

Exhala contra el cuchillo. Puedo sentir que la lucha se le va, que cada músculo de su cuerpo cede. No… se *rinde*. —Vale —murmura—. Hazlo, entonces. Mátame.

Es entonces cuando recuerdo.

"Incluso el perro más leal morderá si lo acorralan". La voz de Yuri resuena clara en mis recuerdos, un fantasma de una vida atrás.

Antes, no podía recordar mi respuesta. Pero ahora…

"¿Lo hará?".

Ahora, no puedo escuchar nada más.

"Entonces, tendré que matarlo."

Mi propia voz hace eco en mi cabeza. Altiva, arrogante… el rostro del orgullo mismo.

Cierro los ojos.

Y, finalmente, escucho.

"La sangre es el único vínculo que necesito. El único vínculo en el que podemos confiar".

~

—¿FUE en serio lo que dijiste? Que si la niña no hubiese sido tuya…

—Por supuesto. ¿Quién en su sano juicio se quedaría con alguien que no es nadie para ellos?

—SOLO DIGO, los vory *importan.*

—Ellos no son sangre. Eso *es lo que importa.*

—MATVEY, hay algo que necesito…

—No necesitas decir nada. Estás perdonado. Después de todo, somos sangre.

—Es… ¿por eso me estás perdonando?

—ERES DE MI SANGRE. Nadie más puede decir eso. Nadie más en todo el mundo. ¿Entiendes?

—… Entiendo.

—La sangre es todo para mí.

—Lo siento —murmuro.

Luego, dejo que el cuchillo caiga al suelo.

—¿Motya…? —susurra Yuri, confundido—. ¿Qué estás haciendo?

—Lo correcto.

Me mira como si me hubiera vuelto loco. Tal vez lo haya hecho. O tal vez solo recuerdo lo que es estar cuerdo después de décadas de obsesión.

Sangre.

Qué cosa más estúpida por la que morir.

No quería vengar a mi madre porque era de sangre… quería hacerlo porque la amaba. Porque era importante para mí.

Mi cruzada contra mi padre nunca fue porque él traicionó algún concepto primario abstracto… fue porque la traicionó. Porque me traicionó a mí.

Una familia que solía amarlo.

Familia. Si tan solo hubiera entendido antes lo que realmente significaba esa palabra.

Lanzo una última mirada a April. La mujer que cambió mi vida… la mujer que me cambió a mí.

Si esto tiene que ser un adiós, que me vea irme así. Como un hombre y no como un monstruo. Que vea lo bueno en mí hasta el final.

—¡Bravo! —aplaude Carmine—. Realmente, una actuación sobresaliente. Pero me temo que es hora de bajar el telón.

Lo ignoro. No hay nada que pueda decir que sea de algún valor para mí ahora. Tal vez nunca lo hubo.

En cambio, me vuelvo hacia Yuri. —Cuídalas —susurro—. Cuando me mate, tómalas y corre. Escóndelas en algún lugar seguro. Nunca dejes que las alcance, ¿me oyes?

—No —tartamudea Yuri—. No puedes… no. No así.

—Prométemelo, Yura.

—¡Mátame! Puede que él cumpla con los términos entonces. O… ¡o solo dame el cuchillo! No será honorable, pero…

—No puedo hacer eso. Ya te he vencido.

—Pero, si haces esto, ¡entonces nadie habrá ganado! ¿No lo entiendes? Él decidirá, él…

—Por eso necesito que me lo prometas.

—¿Qué fue eso? —dice Carmine—. Lo siento, ¿pueden hablar más alto? Siento que nos estamos perdiendo el final de la obra. Eso no es muy amable, ¿saben?

—Prométemelo —insisto.

Yuri me mira con los ojos muy abiertos. Finalmente, puedo ver la verdad en ellos: dolor, desamor, culpa. Todas las cosas torcidas y rotas que nunca quise buscar.

Pero fui yo quien las puso allí.

Y ahora, es hora de pagar mis deudas.

—Lo prometo —dice con voz áspera.

Es todo lo que puedo pedir.

—¿Holaaa? —grita Carmine—. ¿Les importaría compartir eso con el resto de la audiencia? En serio, esta es la gran final. ¿Tenemos que poner un micrófono aquí? —golpea el suelo con el pie con impaciencia—. ¿Te importaría contarme, Yuri?

Pongo los ojos en blanco. Este hombre nunca se calla, ¿verdad? —Dije…

—¡SE RINDE!

Todos nos volvemos hacia Yuri. —¿Qué demonios? —susurro.

—Me pediste que las salvara —sisea Yuri—. Así que déjame salvarlas —luego, se vuelve hacia Carmine—. Dice que se rinde. Acepta tu trato.

—¿Mi trato? —Carmine frunce el ceño.

—Sí. Tu trato original.

Finalmente, me doy cuenta de lo que está tramando.

Tienes tres días para entregarte. Si lo haces, no le pasará nada a tu familia. Ese es el trato con el que Yuri vino a verme antes. El trato *original*.

La sala estalla en murmullos: incredulidad, indignación, todo el asunto.

—Ese trato ya no está sobre la mesa, *consigliere* —dice Carmine con un chasquido en la lengua, con un tic en el ojo por una ira apenas reprimida.

—Los tres días no han expirado.

Está insistiendo. Si sigue así, conseguirá que lo maten a él también. —Yuri…

—Es lo que querías, ¿no? —insiste—. Matvey estará muerto. Su Bratva será tuya. ¿De qué te servirán tres chicas muertas?

—Tiene razón —refunfuña Vlad—. Mi hija idiota todavía puede ser útil. Y la enana de Groza… la puta de su madre puede criarla para nosotros, preservar el linaje. Podemos casarla cuando nos convenga.

—¡No! —grita April.

Miro a April a los ojos al borde de la arena. Puedo notar que quiere retorcerle el cuello a Vlad con sus propias manos, y Petra ciertamente no se ve más feliz, pero necesito que lo entiendan. Que dejen de lado sus emociones y me dejen hacer esto.

Si no lo hacen, las matarán. *May* será asesinada.

De esta manera, solo uno de nosotros tiene que morir.

—April… —sus ojos color avellana lucen exactamente como cuando la conocí: grandes, brillantes, hermosos… y llenos de toda la esperanza del mundo—. Confía en mí.

Sin decir palabra, ella asiente.

—Vale —finalmente Carmine concede, aunque no felizmente—. Entonces, supongo que será mejor hacerlo oficial.

Le hace una señal a Yuri. Inmediatamente, me retuerce los brazos detrás de la espalda. No está usando ninguna fuerza en absoluto, pero no necesita hacerlo: lo dejo.

—Matvey Groza… —mi padre sonríe—. Acepto tu rendición.

APRIL

Esto es una pesadilla.

Tiene que serlo. No hay forma de que esto pueda estar pasando. No hay forma de que Matvey…

Va a morir.

Se va a sacrificar por nosotras.

Veo al hombre que amo pasar a mi lado, con las manos retorcidas tras la espalda, y algo dentro de mí se quiebra. Mi razón, mi lógica… todo sale volando por la ventana.

Porque no puedo perderlo.

—Matvey… —susurro entrecortadamente—. ¡Matvey! ¡MATVEY!

Los hombres de Carmine me retienen. Apenas los siento… como una loca, sigo lanzándome hacia adelante y gritando. Gimiendo con un tipo de dolor que ellos no pueden entender.

Hasta hace dos segundos, yo tampoco creía poder hacerlo.

—¿Alguien puede mantener a esa perra callada? —escupe Vlad desde su podio de traidores.

—April —murmura Petra—, tienes que calmarte. No hay nada que podamos hacer. Él tomó su decisión.

Pero sus palabras caen en oídos sordos. —No —sigo cantando una y otra vez—. No, no, Matvey, no puedes… ¡NO PUEDES!

Con un último empujón, me libero de los guardias. Corro como una mujer poseída. Yuri me mira como si me hubiera vuelto loca, pero no fui yo. Fue *él*. —¡¿Cómo pudiste hacer esto?! —grito—. ¡Es tu hermano! ¡Lo estás matando! ¡¿CÓMO PUDISTE HACER ESTO?!

Puedo escuchar la sinfonía de armas haciendo clic a mi alrededor, balas esperando en sus recámaras, listas para derribarme. Pero por una vez, no me importa. Sigo gritando, arañando a Yuri como si fuera lo único que se interpone entre Matvey y yo, aunque sé que no es tan simple. Aunque él no está levantando un solo dedo para defenderse.

Aunque…

Él es quien acaba de salvarte la vida.

Pero, ¿de qué sirve mi vida si Matvey no puede ser parte de ella?

—¡Traidor! —grito, sin darme cuenta de que la mano de Carmine se levanta lentamente para hacer una señal a sus hombres. Nada puede sacarme de mi frenesí… nada, *nada*—. Traidor, traidor, TRAIDOR…

—Déjame a mí.

Excepto esa voz.

Las armas se detienen. La palma de Carmine también, a un movimiento de deletrear mi perdición. —Vale. Pero hazlo rápido.

Luego, le hace un gesto a Yuri para que se haga a un lado.

—April —Matvey se arrodilla conmigo. Ahora tiene las manos libres, pero no hace un solo movimiento para correr. ¿Por qué?—. Gracias. Pero tienes que retirarte ahora.

—No —grazno.

—Sí —insiste, aunque con suavidad. Sin un solo rastro de fuerza en su voz. Es como si, por primera vez, estuviera hablando con una versión de Matvey que está en paz.

El problema es que *yo* no. Estoy en guerra con el mundo. Soy odio y furia y un único deseo egoísta: *Llévame contigo.*

—No puedo.

—Sí, puedes. Lo harás.

—No lo haré…

—Por nuestra hija.

Nuestra hija. Así es. Tengo una hija. Yo…

Levanto la mirada. El bulto en los brazos de Carmine se mueve, trata de luchar contra la poción que le ha dado. Trata de alcanzarme.

Finalmente, la niebla se aclara. —Por nuestra hija —murmuro en respuesta.

—Sí. Ella te necesitará —sigue hablando Matvey en mi oído, bajo y suave—. Ahora más que nunca.

—No es justo —sollozo.

—Nada es justo —dice con voz áspera, mientras recoge una lágrima que cae con el pulgar—, en el amor y en la guerra.

Luego, se pone de pie de nuevo. —Yuri.

Como en los viejos tiempos, Yuri obedece la orden tácita al instante. Asegura las manos de Matvey tras su espalda una vez más y maldice, lo suficientemente bajo para que solo él y yo podamos oír, en un dialecto ruso que no puedo entender.

—Debiste haberme matado —le susurra a Matvey en inglés—. ¿Por qué no me mataste?

Matvey no responde en inglés. Cuando le salen las palabras, lo dice en su idioma nativo. —*Potomu chto ty moy brat.*

Y esta vez, no necesito hablar el idioma para saber lo que significan.

Porque eres mi hermano.

Luego, Carmine lo obliga a arrodillarse. —Jugaste un juego valiente —lo elogia—. Pero, al final, no puedes vencer a la casa.

Entonces, apunta con un arma a la cabeza de Matvey.

Matvey aprieta la mandíbula. En el hueco del brazo libre de Carmine, nuestra hija sigue durmiendo. ¿Lo va a hacer así? ¿Matar a su propio hijo y dejar que su sangre cubra a su hija?

—Monstruo.

Me mira. —Perdón, ¿qué fue eso?

—Dije que eres un monstruo —gruño—. No mereces a tu familia.

—Déjame contarte un secreto —sonríe cruelmente—. No existe tal cosa como "familia". Y todos somos monstruos al final.

—Y una mierda —gruñe Yuri.

—¿Ah?

Sucede en un instante. En un segundo, Carmine está dando su discurso de villano malvado, y al siguiente…

Al siguiente, Yuri le está pateando las piernas.

Matvey reacciona al instante. En el segundo en que Carmine cae, usa ambas manos para bloquear el arma mientras Yuri se lanza para frenar la caída de May.

—Te tengo —exhala mientras atrapa a mi pequeña. Luego, corre a mi lado y me la devuelve.

—Gracias —susurro.

—Cúbrete —me indica Yuri hacia la salida—. Hablaremos más tarde.

—¿Qué hay de Matvey? Espera, ¿qué hay de Pet…?

—¡*IDI NA HUI, PERHOT' PODZALUPNAYA*!

El grito de guerra de Petra me interrumpe. Giro la cabeza mientras corremos y allí está, con un arma robada en cada mano, disparando y dando patadas giratorias para alcanzar la libertad.

Supongo que no hay necesidad de preocuparse por ella. —¿Qué, eh… qué significa eso?

Yuri hace una mueca. —"Vete a la mierda, pito con caspa". Más o menos.

—Perdón, ¿pi-*qué*?

—¡A POR ELLOS! —grita Carmine por encima del caos—. ¡¿A QUÉ DIABLOS ESTÁS ESPERANDO?!

—Pero jefe, no has dado la señal…

—NO TENGO MANOS, ¡POR SI NO TE HAS DADO CUENTA, JODER!

Fiel a su palabra, Carmine sigue enzarzado en una lucha contra Matvey. Sus hombres intentan alcanzarlo, pero Petra es como un ejército de una sola mujer: en cuanto uno de ellos levanta el arma, pierde el arma *y* la mano que la sostiene.

Como dije: nunca te metas con las embarazadas.

—Ve con ella —le insisto, sintiendo el conflicto de Yuri—. Estaré bien. Puedo…

—No tan rápido, *suka*.

Se me congela la sangre. —Vlad.

—No voy a hacer un monólogo —escupe—. Muere, perra.

¡BANG!

Cierro los ojos con fuerza. Es todo lo que tengo tiempo para hacer… eso y rodear con mis brazos a mi bebé. Me preparo para el dolor, pero no llega.

Cuando los abro de nuevo, veo por qué.

Yuri está de pie frente a mí. Está vestido todo de negro, así que no lo veo de inmediato: la razón por la que sigo respirando.

Pero entonces se tambalea.

—¡Yuri! —lo atrapo con mi brazo libre y lo dejo en el suelo, luego le pongo una mano en el pecho.

Se la quito empapada de rojo.

Petra oye mi grito y se da la vuelta. —¡NO!

Por el rabillo del ojo, la veo pasar volando entre la multitud de enemigos, matando a tiros a todo aquel que sea lo bastante estúpido como para interponerse entre ella y su nuevo objetivo.

Su padre.

—Estás muerto, Otets.

Vlad se burla. —Eres una niña estúpida. Tu madre tampoco sabía cuál era su lugar. Debí haberte matado de la misma forma que lo hice con ella.

Petra se permite exactamente un segundo de sorpresa antes de que su rabia vuelva multiplicada por diez. —Puedes intentarlo, viejo.

Luego, saca sus cuchillos y carga.

No puedo prestarle atención a su pelea. Ojalá pudiera: está embarazada y rodeada y luchando contra su *padre*… que, a menos que haya escuchado mal, acaba de admitir haber matado a su madre. La misma madre que Petra creció creyendo que *ella* había matado.

Pero ahora solo hay una manera de que pueda estar ahí para ella.

—Yuri. Mírame.

La mirada de Yuri está borrosa, desenfocada. —Lo siento —dice con voz áspera.

—Nada de eso ahora. Toma, solo… —me quito la chaqueta—. Presiona esto sobre la herida. No te desanimes, ¿vale?

—Lo siento mucho.

—No tienes nada de qué disculparte. Al final hiciste lo correcto. Tú… tú salvaste mi vida, tú… —intento encontrar algo más para tapar la herida, pero hay tanta sangre…—. Yuri. Quédate conmigo.

—L-llama…

¡BANG!

Por un segundo, pienso que es Vlad otra vez, intentando dispararme otra vez. Pero, cuando miro hacia atrás, veo a Petra de pie junto a su cuerpo, con un cuchillo ensangrentado en cada mano. Y sus ojos, abiertos y aterrorizados, miran hacia otro lado.

No…

No puede ser…

—¡MATVEY!

Veo al hombre que amo caer hacia atrás, empujado por la punta del arma de Carmine, todavía humeante por la bala que lo alcanzó.

Una bala que le atravesó el corazón.

APRIL

No.

No, no, no…

—¡Uf! —dice Carmine—. Por un segundo pensé que me había atrapado —le lanza una mirada rápida a Matvey y luego pasa por encima de él.

Quiero matarlo. Nunca me había sentido así antes. Nunca en toda mi vida. Si no tuviera una bebé en mis brazos ahora mismo, estaría retorciendo su cuello con mis propias manos.

—Pero como dije… —da una patada ligera hacia atrás, empujando el brazo flácido de Matvey en el proceso—. No puede vencer a la casa. ¿Verdad, señorita?

Es como ver a un niño regodearse con el torso sin alas de una mariposa. Como si nada pudiera hacerlo más feliz que arrancarle esas alas de inmediato. No porque lo odie… sino porque tiene *curiosidad*. Porque quiere ver qué sucederá.

—Eres un niño —me doy cuenta.

El rostro de Carmine se endurece imperceptiblemente. —¿Cómo dices?

—Eres un niño —repito, levantándome en toda mi altura—. Por eso te fuiste, una y otra vez. Porque no podías manejar la responsabilidad de ser el adulto en la habitación.

—Entiendo que estés molesta…

—No entiendes nada —me río. Es lo último que esperaba hacer en un momento como este, pero aquí estoy: mis labios se curvan en una mitad gruñido, mitad sonrisa. Toda la burla de la que siempre fui el blanco, lista para desbordarse hacia el otro lado—. No fuiste tras Matvey porque él te estaba persiguiendo… fuiste tras él porque él sabía la verdad. Que tú, el gran Don Carmine Bonaccorsi, no eres más que un gran niño.

La sonrisa de Carmine se congela en su rostro. —Interesante elección de palabras para alguien que está en el lado equivocado del barril.

—Entonces, úsalo —digo lentamente, dando otro paso hacia adelante—. Hazme desaparecer. Y demuéstrame que tengo razón, de paso.

Finalmente, ahí está: el conflicto. Un hombre tan grande, acorralado por una miserable costurera.

—No, no —se burla—. No obtendrás la salida fácil, señorita. No después de esta conversación esclarecedora. Y, lamento decirlo, tu hija tampoco.

Si algo podría hacerme congelar, es eso.

En cualquier otra circunstancia, podría haberme obligado a tragarme mis propias palabras. Caer de rodillas y suplicar perdón, misericordia. No porque creyera en nada de eso, sino porque era lo más inteligente que podía hacer. Por mi hija… *nuestra* hija.

Excepto que veo movimiento.

Es un leve tic con el rabillo del ojo. Por un segundo, me pregunto si lo habré imaginado. Sin duda estoy lo suficientemente desesperada.

Pero luego sucede de nuevo.

Y de repente, sé exactamente qué hacer.

—¿Te desquitarías con una bebé? —resoplo—. Vaya. Qué hombre tan grande y malo eres.

—Tenía la impresión de que eras lista. ¿Me he equivocado?

—Y yo tenía la impresión de que tenías una puta mafia a tu disposición. —Doy un paso hacia delante—. Pero supongo que todos los buenos te dejaron.

—Nadie me deja —gruñe.

—Cierto. Tú solo lo haces antes de que ellos puedan hacerlo.

—Sabes, me estoy cansando de esto —dice—. No me malinterpretes… lo siento por ti. Nunca es fácil enamorarse del hombre equivocado. Pero permíteme darte un último consejo. Para tu próxima vida, digamos.

—No puedo esperar —murmuro.

Esboza una sonrisa trastornada. —La próxima vez, asegúrate de elegir el lado ganador.

Luego, amartilla su arma.

Debería tener miedo. No, tacha eso… debería estar aterrorizada. Pero no lo estoy. Todo lo que siento es una extraña especie de calma. —Yo también tengo un consejo.

—¿Ah? —pregunta—. Entonces, escuchémoslo.

—La próxima vez, fíjate si tiene pulso.

Veo que el color desaparece de su rostro. Es inmensamente satisfactorio, poner de rodillas a un gigante.

Todo sucede en cámara lenta.

Lo veo girarse, con los ojos muy abiertos, y encontrarse con la mirada de su hijo. —Pero estás muerto —suelta bruscamente.

—No —responde Matvey con calma, mostrando la solapa hecha jirones de su chaqueta. Su

chaqueta *antibalas*… la que le di para que usara. La que le hice, puntada a puntada con cuidado —. Tú lo estás.

Entonces dispara.

No desvío la mirada. No me preparo. Ni siquiera intento apartarme.

Solo cubro a mi bebé.

La sangre me salpica de la cabeza a los pies. Sangre *carmín*… qué ironía. Dejo que me caiga encima, el asco da paso a algo más fuerte y mucho más embriagador.

Poder.

En el segundo en que el cuerpo cae, Matvey corre a mi lado. —¿Estás bien? —saca un pañuelo de bolsillo, también con un disparo directo en el medio, y comienza a limpiarme.

—¿Yo? Claro —me encojo de hombros—. Soy una futura *pakhansha*. ¿Qué es un poco de sangre?

Sonríe. —Aprendiste a decir eso también.

—Tomó más tiempo del que me hubiera gustado, pero al final lo logramos.

—Dímelo a mí —me agarra la cara y me besa. Estoy asquerosa de pies a cabeza, pero es como si no le importara. Como si yo fuera todo lo que necesita y más.

Por suerte para él, él es todo lo que yo necesito también.

—¡YURI!

Nuestras cabezas se giran hacia atrás al unísono. Petra acaba de dejar caer al último de los secuaces de Carmine al suelo… y corre directamente hacia el fondo de la habitación.

Ay, no. Con todo lo que estaba sucediendo, lo olvidé por completo.

Ambos corremos detrás de Petra. Está arrodillada en un charco de sangre, su ropa color crema prístina manchada sin posibilidad de reparación, sus dedos tiemblan mientras deja caer sus cuchillos al suelo y agarra la cara de Yuri con ambas manos. —Yuri. Despierta.

Nada.

—¡Dije que despiertes! —grita—. ¡No he terminado contigo! ¡Todavía no te he perdonado!

Quiero decirle que hay esperanza, pero no estoy segura de que sea verdad. Intento encontrarle el pulso, pero no soy enfermera, así que no tengo idea de si lo estoy haciendo bien. Todo lo que sé es que no puedo sentir nada bajo mis dedos, nada excepto…

Frío.

Miro la mano de Yuri. Está agarrando su teléfono, algo que no estaba haciendo antes, cuando estaba aquí a su lado. La pantalla está cubierta de sangre, pero parece que había estado tratando de enviarle un mensaje de texto a alguien.

Estaba tratando de salvarnos. Con su último aliento, todavía estaba…

La mirada de Matvey sigue la mía, y puedo notar que ha llegado a la misma conclusión. Su rostro es una complicada maraña de emociones. Emociones fuertes y conflictivas, todas en guerra en los charcos helados de sus ojos.

—Dame eso —dice con voz áspera—. Tenemos que llamar…

¡BOOM!

Una de las paredes se abre de golpe, revelando otra puerta oculta. Y, desde esa puerta…

—Los hombres de Vlad —gruñe Matvey—. Parece que la pelea aún no ha terminado.

—Y una mierda que no —escupe Petra. Intenta ponerse de pie, pero…

—Tranquila —murmuro—. Has estado luchando todo este tiempo. No estás en condiciones.

—Tienes razón. Así que ayúdame a levantarme.

Parpadeo. Es la última petición que esperaba de Petra: *ayúdame*. —Vale.

Ambos la sostenemos, yo a un lado, Matvey al otro. —Petra…

—Llévenme hasta el cadáver de mi padre.

Lo hacemos.

Los traidores Solovyov nos rodean. Miro hacia atrás a Yuri, pero no necesitamos caminar demasiado antes de que Petra nos quite de encima a ambos.

Luego planta su pie sobre el pecho de su padre. —El rey está muerto. Tienen diez segundos para decir “Viva la reina”, o acabarán como él.

—¿Qué está intentando hacer? —susurro.

—Gobernar por consenso —susurra Matvey en respuesta—. Pero no funcionará. No con los hombres de Vlad.

Tiene razón. Me doy cuenta de inmediato: por cada recluta que se pasa a nuestro bando, hay diez que no. Que se burlan y escupen insultos: *suka* aquí, *shlyukha* allá.

Curiosamente, no siento que necesite un diccionario para estos.

—¿Qué vamos a hacer?

Matvey se pone delante de mí. —Pelear.

Es tan injusto. Yuri todavía está acostado allí; las lágrimas de Petra ni siquiera se han secado todavía; y *Matvey*. Escapó de la muerte dos veces por mí hoy. ¿Realmente tendremos la suerte para una tercera vez?

—Yo también quiero un arma —decido.

—De ninguna puta manera.

—Matvey, necesito proteger a May, necesito…

—Entonces ¿sabes cómo disparar una?

—Yo… —hago una pausa. *Maldita sea, ahí me tiene*—. ¿Aprendo rápido?

El último hombre se acerca. Seguimos siendo ridículamente inferiores en número, pero al menos así tenemos una oportunidad de luchar. ¿Verdad?

¿Verdad…?

—Te amo —le susurro a Matvey.

—Yo también te amo.

—No los odio —murmura Petra—. A ninguno de los dos.

Bueno, *ahora* sí que vamos a morir.

Los hombres de Vlad apuntan. Cierro los ojos con fuerza, preparándome para el inevitable final sangriento.

Lo siento, May. Lamento no haber podido ser una buena madre para ti.

Lamento que…

—Buenas noches, caballeros. ¿Quieren dejar esas armas?

Parpadeo.

¿Grisha?

Debo estar alucinando. Esto tiene que ser una reacción de estrés de algún tipo. Una ilusión conjurada por mi subconsciente para hacer que mis últimos momentos sean más soportables.

Pero si lo es, ¿por qué estoy viendo a *Grisha*, de entre todas las personas?

Y, sin embargo, una rápida mirada a la habitación me dice que no es obra de mi imaginación. Ni Grisha, ni ejército que ha traído consigo… ni las cientos de armas que apuntan a los traidores de Solovyov.

Es la caballería.

MATVEY

Después de la gran entrada de Grisha, deshacerse de los traidores es un asunto rápido. —¿Te gustaría hacer los honores, jefe?

De hecho, sí.

—Mátalos a todos.

En menos de un minuto, se acabó. Lena y Julia parecen disfrutar especialmente de enseñarle una lección rápida y brutal a quien se atrevió a faltarle el respeto a su señora.

—¡Yuri! —Petra corre hacia él—. ¿Tú…? ¿Fuiste tú quien…? —ella limpia la sangre de su teléfono.

Ahí está: un mensaje de texto. Para Grisha.

Con nuestra ubicación.

—Idiota —solloza, y ya no hay forma de contener la inundación. No sin nadie con quien luchar —. Estúpido, idiota descuidado, *svoloch*…

—Él recibió esa bala por mí —April tiembla—. Lo siento mucho, Petra, Matvey… Esto es todo…

Pero no la dejo terminar. —Chito. —La acerco más —fue su elección.

Elección. A eso se reduce todo esto, ¿no? No a quiénes somos… sino a quiénes *elegimos* ser.

—Deseo…

—Lo sé. Yo también.

Petra no parece prestar atención a nuestra conversación. Se inclina sobre el pecho de Yuri, ahogando sus gritos en el hueco de su cuello. Un último abrazo, una última vez.

—…caspa…

Espera, ¿qué?

Petra levanta la cabeza de golpe. —¡¿Yuri?!

No hay duda: esa es su voz. Áspera y sin aliento, pero aun así, es *él*.

—Mientras… —tose, la sangre le salpica por todo el frente—. … mientras no me llames… caspa…

—¿Está vivo…? —April sorbe—. ¿No me lo estoy imaginando? ¿En serio está…?

—Ay, Dios mío —exhala Petra—. ¡Alguien! ¡Cualquiera!

—Lo tengo.

Pongo toda mi autoridad de *pakhan* en mi voz. Al oírla, tanto Petra como April se apartan automáticamente.

Luego, me agacho y levanto a Yuri.

—Motya…

—No hables —ordeno.

—Lo s-siento… De verdad, de verdad…

—Dije que te callaras. ¿O la pérdida de sangre te dejó sordo además de estúpido?

Una risa débil. —Siempre eres… tan gilipollas…

Por supuesto que lo soy. ¿De qué otra manera voy a lidiar con esto? —Grisha, llama a una ambulancia. Ya pensaremos en una historia de tapadera más tarde.

—Sí, jefe.

Levanto a mi hermano y lo saco de la habitación. Hay otro túnel, uno que conduce a la superficie. Con April manteniendo el fuerte y Petra atrapada manejando el asunto con sus nuevos hombres, finalmente estamos solos.

Por un rato, ninguno de los dos habla. Eso me deja tiempo para pensar… sobre las últimas veinticuatro horas. Sobre todo. Sobre la traición.

Y sobre la única parte que no cuadra.

—¿Está…? —Yuri tose mientras lo saco—. ¿Petra… está bien…?

—Eliminó a casi cincuenta tíos. Está simplemente genial.

Otro ataque de tos lo sacude, pero aun así logra croar—: ¿Qué hay de April…? ¿Y May…?

—Ambas están bien —se me hace un nudo en la garganta—. Las salvaste.

—No lo hice. Las puse en peligro.

—No, *yo* lo hice. Y también te puse a ti en peligro.

—Motya…

Pero lo interrumpo. —Omitiste algo cuando te me confesaste.

—¿Lo hice?

—Sí. Lo cubriste todo desde el principio hasta el final, pero evitaste deliberadamente una parte.

—¿Qué parte…?

—Esa noche en el bosque. Cuando Carmine secuestró a April.

Se da cuenta. —Yo…

—Querías que te odiara. Entonces, ¿por qué dejar de lado la única parte que estaba garantizada que lo hiciera? —no responde, pero no necesita hacerlo. Ya sé por qué—. Es porque no tuviste nada que ver con eso, ¿no?

—¿Por qué estás…?

—Carmine sabía que la tenías. No podía no saberlo. Pero aun así lo mantuviste alejado durante un mes. Entonces, cuando se le acabó la paciencia, actuó por su cuenta. Y viniste a mí.

Aprieta los labios con fuerza. —Fue lo correcto.

—No para un traidor, no lo fue.

Se queda en silencio por un largo tiempo. —Matvey, yo…

—No lo dije en serio —digo antes de que pueda terminar. Él ya tuvo su momento de confesar… ahora es mi turno—. Toda esa charla sobre la sangre. Estaba arremetiendo. Sentía dolor y lastimé a todos a mi alrededor por eso. Fui demasiado estúpido para verlo.

—Pero te traicioné —susurra.

—Yo te traicioné primero. Debí haber visto lo que estaba pasando contigo.

—No pudiste…

—Sí, claro que pude —porque es la verdad, ¿no? Había señales por todas partes. Y si hubiera sido un poco menos egocéntrico…

Entonces, tal vez podría habernos salvado.

—Lo siento, Yuri. Lamento que me haya llevado tanto tiempo verte.

Sus ojos están húmedos ahora. Cristo, ¿cuándo nos convertimos en un grupo de niñitas? —Igual traicioné a la Bratva —sacude la cabeza—. Traicioné a mi *pakhan*.

—Y serás castigado por eso —declaro. —Así que no te atrevas a dejarme antes de que pueda darte la paliza que mereces.

—¿Es una orden?

Siento que se me contraen las comisuras de mis labios. —No, listillo. Es una petición de tu hermano.

Me devuelve la sonrisa. —Vale —es una sonrisa débil y vacilante, pero ahí está—. Hermano.

MATVEY

24 HORAS DESPUÉS

Me despierto parpadeando con una extraña combinación de olores: gasa antiséptica y croissants.

En concreto, croissants *recién hechos*. Directamente de la panadería francesa de la esquina.

Normalmente, no sería suficiente para despertarme, pero he tenido un fin de semana de locos. —Guárdame uno simple —me quejo.

—Créeme, nadie hará cola para robarlo.

Petra. Qué voz celestial para despertar. —¿Dónde está April?

—*Hwe ah usgar mapé.*

—Vale. Gracias por aclararlo.

Se traga su gigantesco bocado. Grisha no ha estado aquí ni cincuenta segundos y ya se ha comido uno… no, *dos* croissants de chocolate. —Dije que fue a buscar café —aclara. Luego, toma un tercer pastel.

—Basta, chacal. Déjale un poco a mi novia.

Petra arquea una ceja. —Eso depende de cuánto tiempo planee estar fuera.

—¡Estoy aquí! —April entra corriendo, con May a cuestas—. ¿Hay algún bocadito de crema?

—No te dejaría sin uno —Grisha sonríe y me entrega una bolsa de papel aparte. Qué trato preferencial.

Tomo mi desayuno antes de que el Monstruo de las Galletas pueda comérselo también. —¿Cuánto tiempo estuve dormido?

—No mucho —responde April—. Un poco menos de una hora. Deberías descansar un poco más.

—Estoy bien.

—No lo estás. Además, deja de rascarte el brazo.

Frunzo el ceño, pero dejo caer la mano a un costado. —¿No tienes una bebé a quien cuidar?

—De hecho —suspira—, a veces creo que tengo dos.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunto con el ceño fruncido.

—Nada. Nada en absoluto.

—¿En serio? Porque sonó mucho a sarcasmo.

—No sé de qué estás hablando…

—¿Queda algo para mí?

Nuestras cabezas se giran al unísono.

—¡Yuri! —Petra corre hacia la cama—. ¿Cómo te sientes?

Yuri se mueve. Estrecha los ojos hacia las luces fluorescentes del hospital. Entre la cirugía y la recuperación, ha estado fuera todo el día. —Tengo hambre —responde.

—Buen intento —dice ella con seriedad—. Estás a dieta de hospital durante las próximas tres semanas, imbécil.

—Yo también me alegro de verte.

Ella le da un puñetazo en el hombro. Su hombro *bueno*, pero no puedo imaginar que no le duela igual. —Deja de perder el aliento en malditas bromas de todas las cosas. Tu pulmón izquierdo casi colapsa.

—¿Y si no fuera una broma? —su voz se vuelve más baja, más suave—. Me alegro de verte. No pensé que volvería a tener la oportunidad.

—Ay, cállate —gruñe Petra, pero ahora sus ojos brillan—. Y nunca más me asustes de esa manera. ¡Casi pierdes dos pintas de sangre! ¡Ni siquiera me dejaron donar!

—Porque estás embarazada —señala April.

—¿Y qué? ¡Es mi elección!

—Vamos, vamos —intenta apaciguarla Grisha—. Todo salió bien al final, ¿no?

—No gracias a *él* —susurra en dirección a Yuri—. Lo juro, es como si estuviera tratando de convertirme en madre soltera.

—¿Su trato con los pacientes siempre es así? —me susurra April.

—No lo sé —murmuro en respuesta—. Nunca tuve la desgracia.

—Si te disparan, despejaré mi agenda —ofrece Petra.

Mis labios se contraen. La verdad es que *sí* me dispararon, pero no importó. Porque había alguien cuidándome.

Miro mi chaqueta. No he tenido tiempo de cambiarme; todos vinimos directamente aquí. El agujero de bala sigue ahí, parpadeando hacia mí desde la tela especial que creó el equipo de April. Una armadura invisible y cotidiana.

Bueno, cotidiana para mí. Dudo que los dependientes de las tiendas pasen sus días con trajes de

tres piezas, especialmente con estos precios. Pero entiendo que April ha estado pensando en ampliar el alcance. Ya tiene la mente puesta en la próxima gran novedad. Así que, ¿quién sabe lo que puede deparar el futuro?

—Matvey —la voz de Yuri me saca de mis pensamientos—. ¿Podemos hablar?

—No deberías esforzarte ahora. Descansa. Hablaremos más tarde.

—No, yo… —niega con la cabeza—. Necesito decir esto. Siento que no podré dormir hasta que lo haga.

Lo miro. En otro tiempo, no se habría atrevido a contradecir una orden directa mía. Pero este no es el mismo Yuri que vi hace dos días, hace una semana o incluso hace un año. Es otra persona… alguien nuevo. Y este alguien no aceptará un no por respuesta.

—Está bien. Habla.

Hace un pequeño gesto de agradecimiento. —Cuando me enteré de que no éramos… —se queda en silencio. No necesita terminar esa frase, todos sabemos lo que hay al final—. Tuve miedo. Pensé que sería el fin de nosotros. Que si salía a la luz, nosotros… que tú…

—Lo sé —digo—. Lo sé.

—Pero, al final, lo convertí en una profecía autocumplida. Mis miedos, mi culpa… todo se me escapó tan rápido. Quería salir de ahí y no sabía cómo. Así que seguí cavando más hondo.

—Pensaste que era necesario.

—No. Me *dije* a mí mismo que lo era —me mira con los ojos brillantes y abiertos. Por un segundo, es el chico flacucho que encontré en la nieve—. Pero debí haber hablado contigo. Debí haberme arriesgado. Si lo hubiera hecho, entonces tal vez…

Lo peor es que no puedo completar el resto de esa oración, porque simplemente no lo sé. Si me lo hubiera dicho, ¿qué habría hecho?

Sé que no lo habría hecho matar. Sé que probablemente lo habría mantenido en los altos mandos de mi Bratva solo por su valor práctico. Lo que no sé es todo lo demás.

¿Habría seguido pensando en él como un hermano? ¿Como *familia*?

¿Habría confiado en él de nuevo?

No lo sé. Porque la verdad es que Yuri no es el único que salió de ese almacén como un hombre diferente. Y, si soy honesto, yo ya era otra persona cuando entré.

Porque la mujer que amo merecía algo mejor que ese hombre.

Se merecía el mundo.

Y todavía se lo merece.

—¿Podrás perdonarme alguna vez? —pregunta Yuri al final—. ¿Podremos volver a cómo eran las cosas?

Me siento en el borde de la cama. —Me mentiste, Yura.

—Lo sé.

—Durante meses.

—Lo sé. Lo siento.

—Secuestraste a mi mujer y a mi hija y casi les cuestas la vida. Confiaste en la persona equivocada porque no pudiste confiar en mí. Diablos, ni siquiera le confiaste la verdad a Petra.

—Lo siento mucho —dice con voz ronca—. Entiendo que no quieras tener nada que ver conmigo después de esto. Aceptaré cualquier castigo. Yo…

—No he terminado.

Yuri se queda en silencio. Todos en la habitación tienen sus miradas fijas en mí, incluso May.

—Mentiste, secuestraste, engañaste. Hiciste eso a las personas más cercanas a ti.

—Motya…

—Y luego las salvaste.

Parpadea. —¿Qué?

—Las salvaste —repito—. Las cuidaste. Las protegiste de los excesos de Carmine, te aseguraste de que su seguridad fuera parte del trato. Y luego te tragaste una bala por ellas —finalmente dejo que mi expresión se relaje—. Al principio elegiste mal. Pero, cuando tuviste que elegir de nuevo, las elegiste a ellas. Nos elegiste a *nosotros*.

—Pero ¿eso está bien? —protesta Yuri—. ¿No debería pagar por lo que he hecho?

—Por supuesto —respondo—. Con efecto inmediato, ya no eres parte de la Bratva Groza.

Él asiente, como si hubiera esperado esto. —¿Los *vory* votaron?

—Por teléfono. Como dijiste, no puedo seguir ignorándolos. Sus voces importan, me guste o no.

—Pero no solo traicioné a la Bratva. Te traicioné *a ti*. Traicioné a todos.

—Sí. Las traiciones de sangre se pagan con sangre —toco con mi dedo las vendas, justo por debajo de la herida de bala—. Y me parece que ya lo has hecho. Así que estamos bien.

—P-pero… —balbucea Yuri con incredulidad—. Pero yo no soy sangre.

—En realidad…

Me levanto la manga y muestro un trozo de gasa. Todavía me pica muchísimo, pero April tiene razón: si sigo rascándome, seguirá sangrando. —No tenían suficientes bolsas de sangre para tu tipo. Pidieron un donante. Resulta que somos compatibles.

—¿Tú… tú diste tu sangre por mí? —susurra Yuri—. ¿Incluso después de todo lo que he hecho?

—Sí. Y ahora, volvemos a ser sangre. En cierto modo —niego con la cabeza—. No es que

importe.

—¿Qué significa eso?

Aquí estamos. La pregunta del millón: *¿Qué significa "sangre" para mí?* He tenido mucho tiempo para pensar en la respuesta. Antes de que todo esto comenzara, ya había llegado a una nueva. Simplemente no lo sabía todavía.

—No voy a fingir que la sangre no es importante —empiezo—. Lo es. Pero no es la única forma de formar una familia. Estar ahí el uno para el otro, protegerse mutuamente, eso es lo que es realmente una familia. Alguien muy especial me lo demostró.

Me vuelvo hacia April. Sus ojos brillan, una sonrisa llorosa en sus labios. —Te tomó suficiente tiempo —murmura.

Sí. Demasiado tiempo. —He tenido una maestra muy paciente.

Luego tomo su mano en la mía.

—¿Alguna otra pregunta, hermano?

—¿De verdad lo dices en serio? —pregunta con voz temblorosa—. ¿Me aceptarás de vuelta?

—Si todos los demás están de acuerdo.

April es la primera en levantar la mano. —Apoyo la moción —luego May empieza a reír, imitándola como si hubiera hecho algo particularmente gracioso. Sus pequeñas manos se extienden hacia su tío, casi por costumbre, y los ojos de Yuri se ponen un poco más brillantes.

—No tienes que decirlo así, ¿sabes?

—Aguafiestas.

Grisha sacude la cabeza ante nuestras payasadas. —Bueno, veamos. No estoy particularmente emocionado con la forma en que sucedió todo esto. La lealtad no es algo que eliges. Es algo que tienes o no tienes.

Yuri empieza a asentir. —Lo entiendo.

—Y dar la vida por tus camaradas es exactamente lo que significa ser leal —Grisha sonríe—. No eres un gran traidor malo, Yurochka. Eres demasiado bruto.

—¡Gilipollas!

Aquí van de nuevo. Es agradable ver que algunas cosas nunca cambian.

—¿Petra?

Todos los ojos se vuelven hacia ella. Es la que ha estado callada por más tiempo, y también la que está más herida. No puedo ni empezar a imaginar cuál será su respuesta. Si esto ha sido demasiado para ella, lo entendería.

—Tengo una condición —dice al fin.

—Dígala —susurra Yuri.

—Cásate conmigo —ella toma su mano antes de que cualquiera de nosotros pueda superar la sorpresa, incluido Yuri—. Dame la boda de mis sueños. O te juro, Yuri Romanov, que verás a tu hijo crecer exclusivamente a través de postales durante toda tu vida.

Es una propuesta extraña, sin duda.

También es muy del estilo de Petra.

Y, mientras cualquier hombre cuerdo correría en la otra dirección, al diablo con los goteos intravenosos, mi hermano simplemente esboza la sonrisa más grande y estúpida del mundo. —La tercera es la vencida, ¿no?

—Puedes apostar tu trasero a que lo es.

Luego, lo besa. Si es que a eso se le puede llamar beso. Me siento como si estuviera viendo un documental sobre la vida salvaje, sobre leones y gacelas, y Petra sí que no es la gacela.

—Probablemente deberíamos darles algo de espacio —murmura April en mi oído mientras bloquea la vista de May.

—Sí. Y, ya que estamos en eso, buscar un poco de ácido para mis ojos.

—Estoy segura de que el personal del hospital tendrá algo.

Salimos de la habitación. —Grisha —llamo.

—¿Qué? —resopla—. Estaba disfrutando del espectáculo.

—Más bien acumulando material de chantaje.

—Soy solo un ser humano, jefe.

Lo dejamos para montar guardia, *lejos* de la puerta, y salimos al estacionamiento. —Qué raro —reflexiona April—. Aquí es donde me secuestraron la primera vez.

—¿Aquí? —frunzo el ceño.

—Sí. Justo entre esos dos lugares. Había una camioneta negra y solo me tragó.

—Pero escapaste.

—Por supuesto —esboza la sonrisa más descarada del mundo—. Nunca te metas con las embarazadas.

—¿Te arrepientes? —pregunto—. ¿De que te secuestraran ese día?

Es una buena pregunta. Aunque han pasado tantas cosas entre nosotros desde entonces, no puedo olvidar cómo llegamos aquí. En un principio, April no quería tener nada que ver conmigo. Si Carmine no se hubiera interpuesto, tal vez nunca me habría enterado de que tenía una hija.

Tal vez nunca me habría enterado de muchas cosas.

Por un segundo, April no responde. Se limita a mirarme con sus ojos increíblemente abiertos, hasta que una cálida sonrisa se extiende lentamente por sus labios. —No —responde, y puedo oír la verdad en su voz—. Porque entonces nunca me habría colado en tu boda.

—Es una razón extraña.

—¿Lo es? —se ríe—. Me trajo aquí. Me trajo a ti. No creo que necesite una razón mejor que esa.

Encuentra mi mano y entrelaza nuestros dedos. No hay anillo, ninguna promesa material de lo que está por venir, pero hay algo más que solo noto ahora. Magullado, maltratado y ennegrecido por la suciedad, pero está allí.

La cinta que le di.

—Dijiste: “No te metas con las embarazadas” —repito, acercándome—. ¿Eso significa que ahora puedo meterme contigo?

—Eso depende —murmura contra mis labios—. ¿Vas a besarme la mitad de bien que eso?

—April Flowers —digo arrastrando las palabras, su barbilla ya entre mis dedos—. Te besaré hasta mi último aliento.

Sus mejillas se llenan de rojo. —Buena respuesta —susurra—. Ahora, demuéstralo.

Así que lo hago. Pero, cuando la beso esta vez, es diferente a todas las demás.

Porque, por primera vez, la beso a la luz del día.

EPÍLOGO: APRIL

Salgo de la limusina con el atuendo completo para la boda. —¡Lo siento! Creo que caminaré después de todo.

No me quedo para escuchar las disculpas del conductor… solo corro. Como el maldito viento. Lo cual no es una hazaña sencilla, considerando los tacones de aguja de cinco pulgadas que June me puso en los pies, pero he superado peores probabilidades.

Después de todo, ¿qué es una boda más que arruinar?

Dejo atrás el atasco de tráfico y me subo las faldas blancas. Algunos tíos me silban desde la acera, pero no tengo tiempo para decirles lo que pienso. El tráfico de Nueva York ya me ha robado la mitad de mi hora de preparación… no voy a sacrificar más.

Además… si alguna vez hubo un día para correr, es este.

Gracias a Dios que nos peinamos y maquillamos en casa.

Llego al lugar del evento con los tacones en una mano y las faldas en la otra. Mis pies parecen como si hubiera estado caminando sobre brasas y, francamente, la sensación no es tan diferente.

—¡Ahí estás! —me regaña Petra tan pronto como me ve subir corriendo los escalones de piedra —. ¿Por qué tardaste tanto?

—Lo siento —jadeo—. Hubo un retraso de último momento.

—¿Ves, Pollito? —canta June al bulto que lleva en brazos. Un bulto muy *grande*, pero un bulto al fin y al cabo. El tul ciertamente no ayuda—. Tu mamá también es una dormilona total.

—¡No estaba durmiendo! —digo—. Solo olvidé algo, eso es todo. Tuve que volver a casa y agarrarlo.

—¿Qué podría ser tan importante? —susurra Petra, su propio vestido blanco ondeando a su alrededor como un pollo de las praderas enojado.

Me hurgo los bolsillos… porque, si hay una ventaja en diseñar mi propio vestido de novia es que puedo tenerlos, muchas gracias… hasta que encuentro el objeto ofensivo. No es gran cosa: un simple trozo de satén azul. Azul aciano, para ser exactos.

—¿Puedes atármelo a la muñeca? —pregunto.

—¡¿Ahora?!

—¡Lo sé, lo sé! Es solo que no puedo hacerlo sola y ya estamos…

—Permítemelo a mí.

Ah.

Ay, Dios.

Siento que unos dedos ásperos me quitan la cinta. —Pensé que era mala suerte ver a la novia antes de la boda —murmuro.

—Entonces no te des vuelta —responde esa voz ronca—. Dame la mano.

Atónita, obedezco. Mantengo la mirada fija en algún punto distante, en algún lugar entre Petra golpeando su talón y June sonriendo detrás de su mano.

Dama de honor, mi trasero.

La tela me roza la parte interna de la muñeca. Es un toque suave, delicado, casi demasiado ligero para sentirlo. Pero nunca podría ignorar el calor de esa mano, ni en cien vidas. Es la mano que me trajo aquí, la mano que me salvó.

La mano que me tendió la mano cuando nadie más lo hizo.

—Listo —susurra contra mi oído.

Decir que me sonrojo es quedarse corto. Podría detener el tráfico con solo salir de la acera. —Gracias —susurro.

Antes de que suelte mi mano, siento la presión de sus labios en mis nudillos. Solo una vez, lo suficiente para volverme loca.

—Casi lo olvido —dice—. Tengo un regalo para ti.

—¿Para mí? —parpadeo.

—No. Para la otra novia.

Petra frunce el ceño. —¿De qué estás hablando?

Entonces, veo que su mano se extiende entre nosotros. Sigo sin mirarlo… llámame supersticiosa, pero no voy a invitar a más mala suerte… así que me sorprendo aún más cuando veo lo que es.

Una carpeta.

—Es un regalo raro —comenta June mientras Petra toma la carpeta de las manos de Matvey—. O sea, amigo, sin ofender, pero yo habría optado por una joya como mínimo.

—Eso se lo dejo a Yuri —dice—. Esto es solo de mi parte.

Bueno, ahora estoy empezando a ponerme celosa. —¿Dónde está mi regalo especial? —me quejo.

—*Tu* regalo especial no es algo que pueda darte en público.

—¡Qué asco! —dice Petra—. Doble asco, triple asco… ¡solo vayan a una habitación de una vez!

—Que se casen primero —dice June—. Dios sabe que estos dos han pecado lo suficiente.

—¡Jay!

Mientras estoy ocupada discutiendo con mi dama de *des*honor, Petra levanta las cejas. —Ah. Pensé que no iban a estar listos a tiempo para la ceremonia.

—¿Qué son? —insisto.

—Nuestros papeles de divorcio.

Ah.

Ah.

Matvey mencionó que estaba tomando más tiempo de lo esperado. Como ya habíamos reservado todo, pensamos en seguir adelante con la ceremonia de todos modos y formalizar más tarde, pero…

Esto es real. Esto está sucediendo.

—¿Cómo lograste que los abogados aceleraran esto? —Petra pasa las páginas con eficiencia.

—Amenacé a los míos —dice con una risita baja.

—Eso es una mierda —murmura—. Yo también amenacé a los míos. ¿Qué, te están tomando en serio a ti, pero a mí no?

—Matemática simple. *Pakhan* triunfa sobre *vor*. Nada personal.

—Sí, sí, díselo a esos tíos que contrataste.

Me siento exultante. Quiero reír y llorar al mismo tiempo. —Entonces, ¿podemos firmar? —pregunto—. ¿De verdad podemos firmar hoy?

—En cuanto ella firme —confirma.

Echo un vistazo a los papeles. Ya los ha firmado y rubricado él, cada página. —¿Tienes un bolígrafo? —pregunta Petra.

—Aquí mismo.

Una vez que todo está en orden, devuelve la carpeta. —¿Me enviarás una copia?

—Claro. Considéralo tu regalo de luna de miel.

—Maldito cabrón tacaño.

A pesar de las palabras de Petra, este podría ser el divorcio más amistoso que he presenciado. —Entonces, ¿estamos bien? —pregunto, todavía incrédula—. ¿Podemos casarnos? ¿De verdad?

—De verdad —responde Matvey. Me da un beso en la nuca y puedo sentir todo su afecto allí. El

amor que ya nos une más que cualquier contrato.

Pero, aun así, el anillo es bastante bonito.

—Será mejor que vaya a buscar a mi hermano —suspira—. Asegurarme de que no esté respirando en una bolsa de papel.

Petra entrecierra los ojos. —No se estará acobardando, ¿verdad?

—He bloqueado las salidas, por si acaso.

—Vuelve a comprobar las cerraduras.

Pongo los ojos en blanco. *Maldita Bratva*. Algunas cosas nunca cambian. —Entonces, te veo en el altar.

—Te veo en el altar, Srta. Flowers.

Pronuncia esas palabras justo contra mi oído, en voz baja y grave como el pecado. Me recuerda al día en que nos conocimos, cuando aún me decía así. *"Srta. Flowers"*.

Lo lejos que hemos llegado desde aquel probador.

Por otra parte, algunas cosas nunca cambian. Como el calor que me recorre la columna, tan fuerte que apenas puedo respirar. Quiero arrancarme este vestido de un tirón y dejar que me levante del suelo, que me lleve donde nadie pueda vernos. Que me declare su amor de todas las formas que sabe.

Pero primero, tenemos una boda a la que asistir.



Después de que Matvey se va, June me lleva a la sala de preparación. Me retoca el cabello y el maquillaje… no sin maldecir un poco por el daño que hice durante mi loca carrera por la cinta de seda… y me convierte una vez más en mi yo de cuento de hadas. Luego, hace lo mismo con Petra.

—Tengo damas de honor, ¿sabes? —protesta.

—Claro. Y las dos están en la cocina, asegurándose de que no quede ninguna tarta sin probar.

Petra murmura algo sobre veneno, pero June ya ha pasado a su vestido. —Dios, ¿alguien te disparó en el camino hacia aquí?

—Pregúntale a *tu* amiga. Es su diseño.

De hecho, lo es. Una vez que terminó la exhibición de Mallard, aceptaron a regañadientes devolverme mi pieza "Novia a Prueba de Balas". Incluso me preguntaron si estaba interesada en venderla, pero les dije que no. Esta pieza fue hecha con una persona en mente… es simplemente justo que ella pueda usarla en su gran día.

Bueno. *Tercer* gran día.

—Dejando de lado el efecto queso suizo, definitivamente es una buena elección. Ni siquiera pareces embarazada con este vestido.

—Dilo otra vez, te reto.

—¿Qué? ¡Fue un cumplido!

Es cierto: la falda comienza alta y se abulta mucho, así que, incluso si está a punto de estallar, sería difícil saberlo. Especialmente, en su cara.

Hago caso omiso de sus bromas y me miro en el espejo. Mi propio vestido me resulta familiar, pero, al mismo tiempo, no lo es. Tiene el mismo color marfil, el mismo drapeado, la misma forma en mi cuerpo. Pero en la manga izquierda, donde antes había hojas bordadas, algo más ha tomado su lugar.

Flores.

—¡Chicas! —Corey llama a la puerta—. Es hora.

Cierro los ojos y respiro hondo. Inhalo y exhalo, como me enseñó mi abuela. Luego, salgo.

La nave es grande, está muy iluminada, con flores blancas que caen en cascada desde cada pared. Dejo que Petra vaya primero… Estoy demasiado nerviosa para dar el primer paso hacia el altar. Todo sigue pareciendo tan surrealista. Como si fuera a despertar en cualquier momento.

Pero, cuando me pellizco, me duele muchísimo.

Bien. Pasé toda mi vida soñando. Estoy lista para despertar de una vez por todas. Estoy lista para hacer realidad mis sueños.

Doy mi primer paso. Luego otro. Mientras avanzo, veo a todos los que he amado en esta habitación: Corey y Rob, con los ojos húmedos. Charlie, radiante como un niño en Navidad. Elías, mirándome con orgullo, trayendo el recuerdo de mi abuela aquí para mí. A través de nosotros, Maia también está aquí.

Y luego June, guiando a mi hija por sus pequeñas manos, ayudándola a esparcir pétalos de flores por toda la nave. Se tambalea con cada paso, aún no tiene un año, pero está bien. Así es como empezamos todos.

Botones la sigue, mostrando la pajarita más elegante de la habitación.

Y luego, en el altar, el resto de mi familia: Petra, la hermana que nunca pensé que encontraría. Yuri, un hermano más allá de la sangre. Grisha, padrino y amigo fiel. Y en el centro, esperándome…

Matvey.

El amor de mi vida.

—¿Lista? —extiende una mano.

En las buenas y en las malas. En la riqueza y en la pobreza. En la salud y en la enfermedad. Hasta que la muerte nos separe… y que lo intente.

—Lista —respondo.

Luego, tomo su mano en la mía.

~

Admito que no he asistido a muchas bodas en mi vida. Y, aunque estoy segura de que esta ha sido la mejor y más espectacular boda del planeta, no puedo evitar preguntarme una cosa…

¿Cuánto tiempo pasará hasta que sea socialmente aceptable arrastrar a tu nuevo esposo a la cama?

Esposo. Una palabra tan poco familiar.

Me lo pruebo para ver si me queda bien. *Esposo. Es-po-so*. Lo digo en voz baja para mí misma mientras los invitados se divierten a sus anchas. Se derraman ríos de champán y la tarta sigue recibiendo visitas, especialmente, de dos damas de honor rusas corpulentas con trajes iguales.

En el jardín, contemplo la villa en todo su esplendor. Es gigantesca… ni siquiera puedo empezar a imaginar cuánto costó reservarla para una noche. Pero queríamos que nuestros invitados se lo pasaran en grande sin tener que preocuparnos por llegar a casa, sanos y salvos en mitad de la noche, y esta parecía la forma ideal de hacerlo.

También significaba que no tendríamos que esperar a nuestra noche de bodas.

Dios, no puedo creer que esté tan nerviosa. Matvey ha visto todo lo que había que ver… ¿qué sentido tiene ponerse tímida ahora?

Y, sin embargo, las mariposas no dejan de volar.

No ayuda que Matvey nunca haya lucido tan guapo antes. Es injusto, sinceramente: *yo* también debí haber visto todo lo que había que ver. ¿De dónde salió este brillo? ¿Y cómo es posible, en primer lugar? ¡Él ya era el chico más sexy que había visto en mi vida!

Como dije: injusto.

Ya bailamos la mitad de la noche, con nuestras manos vagando de todas las formas apropiadas. Ahora, mientras bebo una copa mientras mi esposo… *es-po-so*; no, sigue siendo raro… entretiene a sus invitados, estoy pensando en todas las otras formas. Las formas no tan apropiadas.

¿Quizás otra hora? Me muerdo el labio inferior, lanzando miradas cautelosas alrededor de la habitación. *¿Quizás hasta que los invitados se duerman? ¿O hasta que Petra arrastre a Yuri hacia los arbustos?*

Por suerte, no tengo que preguntármelo por mucho tiempo. —Ven conmigo.

Casi salto ante la voz repentina detrás de mi oído. —¿Dónde?

—No me importa —gruñe Matvey—. Pero, si no estás en otro lugar en los próximos cincuenta segundos, te tomaré aquí mismo, ahora mismo, delante de todos los invitados.

Trago saliva. Definitivamente es capaz de hacer eso. —P-pero la boda…

—Ya tuvimos nuestra boda. Ahora, ven a ser mi esposa.

Esposa. Maldita sea, tenía que jugar esa carta. Suena demasiado sexy saliendo de su boca… ¿Cómo demonios voy a decir que no?

Entonces, no lo hagas.

Así es. Esta es nuestra noche. Si no hacemos las reglas, ¿quién lo hará?

—Vale —arrastro las palabras—. Pero si *tú* no estás en nuestra habitación en los próximos cincuenta segundos, empezaré sin ti.

Siento su mirada sobre mí, caliente y fundida. La siento a cada paso que doy mientras salgo del jardín. El interior de la villa me recibe en mármol y oro, un lugar digno de la realeza.

¿No es eso lo que eres ahora?, susurra la voz dentro de mí. *¿Una reina coronada?*

Si lo soy, entonces mi rey mejor no me haga esperar.

Camino a grandes zancadas hacia nuestra suite, mi vestido arrastrándose detrás de mí como una alfombra de flores. Tal vez el champán se me haya subido a la cabeza, pero nunca me he sentido más poderosa. Más en control. Como si pudiera enfrentarme al mundo y a todos los que lo habitan.

Y entonces, justo cuando estoy a punto de entrar, mis pies se alejan de mí. —¡Matvey! —protesto.

—No pensaste que te iba a dejar cruzar ese umbral por tu cuenta, ¿verdad?

—¿Sí? ¿No? No lo sé. Estaba pasando un momento genial.

—Ah, entonces te interrumpí, ¿no? —me chupa el lóbulo de la oreja entre los dientes, pero solo por un segundo. Lo suficiente para volverme loca con la promesa de más—. Puedo irme. Dejar que vuelvas.

De ninguna jodida manera. —Eh, el momento ha pasado.

—Lástima. Supongo que tendré que llevarte adentro, entonces.

—¡Ni siquiera es nuestra casa! —me río, demasiado emocionada para hacer otra cosa. Otras personas no llegan a ver esto: el lado juguetón de Matvey. Ese es un privilegio reservado solo para la familia.

Y su lado juguetón en la cama…

Bueno, digamos que ahora tengo eso bajo contrato.

—Entonces, guíame, *esposo*.

Gime contra mí. —Joder, *kalina*.

—¿Qué? ¿Dije algo malo?

Ni siquiera me deja mirar boquiabierta la costosa decoración de la suite. Solo me presiona contra la superficie plana más cercana. —No. Pero, si sigues diciendo eso, no puedo prometer que me atenga a mi plan.

—¿El cual es?

—Adorar cada centímetro de tu cuerpo.

Un escalofrío recorre mi columna vertebral. —Será mejor que te pongas manos a la obra entonces, antes de que cambies de opinión.

Él sonríe, lobuno y hambriento. —Como desees, *moya pakhansha*.

Luego, sella sus labios sobre los míos.

Es un beso profundo y devorador. Me deja varada contra la pared, ahogándome en placer y calor, sin un solo segundo para recuperar el aliento. *Voy a morir*, pienso, impotente, mientras Matvey me roba el oxígeno una y otra vez. *Este beso será mi muerte.*

Pero, cuando nos separamos, simplemente me sumerjo de nuevo en busca de más.

Siento sus manos en mi vestido, luchando contra capas y capas de tul para llegar a mi piel desnuda. Pero este vestido tiene forma de sirena, lo que significa que hay muy poco espacio para maniobrar algo ahí abajo.

—Espera —jadeo—. Déjamelo a mí.

Alcanzo un broche a mi costado. Tratar de conectar mis últimas dos neuronas funcionales lo suficiente para soltarlo es un esfuerzo infernal. Pero, en el segundo que lo hago…

Mis faldas se ensanchan, abiertas y listas.

—*Blyat'* —maldice contra mi cuello—. Lo tenías listo para mí, ¿no?

—En realidad, lo tenía listo para el baile —respiro bajo un asalto de besos—. Pero luego no fue realmente necesa… *¡ah!*

El placer me atraviesa. Con un solo movimiento rápido, Matvey libera mis senos de sus copas y se sumerge entre ellos, mordiendo cada pezón por turno. Su lengua es una cosa caliente y fundida.

—M-Matvey…

—Mía —gruñe contra mi piel—. Solo mía.

Tuya, quiero jadear en respuesta. *Solo tuya.*

Luego, cae de rodillas.

Entiendo lo que está a punto de hacer una fracción de segundo antes de que realmente lo haga. —Matvey, ¡eso es…!

Vergonzoso. Ridículo. Cursi.

Ninguna de esas palabras llega a la mitad de mi garganta.

Porque la verdad es que también es pecaminosamente sexy.

Los dientes de Matvey aprietan la liga de encaje alrededor de mi muslo. Puedo sentir su barba rozándome hasta el fondo, sus caninos raspando la piel sensible de la parte interna de mi muslo.

Cuando emerge con el trozo de encaje en su boca, casi pierdo el control. —¿Qué voy a hacer contigo? —exhalo.

Escupe el encaje. —Esa es la pregunta incorrecta.

—¿Cuál es la correcta?

Sus ojos se oscurecen, encapuchados. Hambriento de un millón de formas diferentes. —¿Qué voy a hacer *yo contigo*?

Luego se sumerge nuevamente debajo de mis faldas.

En la primera lamida de su lengua, me muerdo el labio tan fuerte que me hago sangre. Pero no puedo permitirme nada menos… si no lo hago, todo el mundo me oirá.

Excepto que Matvey parece decidido a lograr precisamente eso. —No te escondas —dice con voz áspera—. Déjame oír tu linda vocecita cantar.

Así que lo hago. Echo la cabeza hacia atrás contra la pared y gimo cuando la lengua de Matvey deletrea la perdición dentro de mí. Con una pierna enganchada alrededor de su cuello y cinco uñas cuidadas clavándose en su cuero cabelludo, me siento como la novia más sucia que haya vivido jamás.

No sé cuánto tiempo sigue: minutos, horas, días. Como si me estuviera comiendo viva.

—Matvey —jadeo. Estoy tan cerca que puedo saborearlo, pero también me asusta. Lo bien que se siente… esta ola ascendente de puro placer. Lo fuerte que golpeará cuando finalmente llegue a su punto máximo y se estrelle—. ¡No puedo…!

—Entonces, no lo hagas.

Eso es todo lo que hace falta. Empujo su boca con fuerza contra mí, sin vergüenza alguna con mi vestido de novia desabrochado, y aguanto hasta el orgasmo.

Cuando Matvey se levanta, envuelvo ambos brazos sobre sus hombros. —A la cama —exijo—. Ahora.

No me hace pedirlo dos veces.

Mis pies pierden terreno firme de nuevo. Me lleva por todo el camino a través de la habitación, hasta la cama gigante con dosel al final. Parece lujosa… digna de un rey.

Y de su reina, me recuerdo.

Me recuesta con cuidado, pero no hay duda del hambre en sus ojos. —Te voy a mantener despierta toda la noche.

Me quita los zapatos y me da un beso reverente en el costado del pie, luego en el tobillo. Con cada beso hacia arriba, tiemblo un poco más. Los labios de Matvey rozan todas las partes más

olvidables de mí, las que incluso yo olvido que tengo: la parte inferior de mi pantorrilla, la hendidura de mi rodilla, la marca de nacimiento debajo de mi ombligo. Lugares que no deberían valer nada en una situación como esta, y sin embargo él los hace sentir tan preciosos.

Me hace sentir *a mí* preciosa.

Y de repente, el mismo hambre se enciende en mí: la necesidad ardiente de *consumir*. De mostrarle a Matvey cuánto lo deseo también.

—Recuéstate —susurro.

Arquea una ceja, pero no protesta. No se pone exactamente como una estrella de mar, pero se quita la ropa y se sienta contra la cabecera, lo más sumiso que jamás podrá ser. Orgullo de *pakhan*, y todo eso.

Pero está bien. No necesito que se someta. Solo lo necesito exactamente donde está.

Me quito el vestido de novia y me subo a su regazo. Ya me ha quitado las bragas sin contemplaciones… no es que esperara algo diferente. De hecho, solo hace que mi trabajo sea más fácil.

—¿Qué es esto? —sonríe.

Cuando lo tomo en la mano, ya está goteando. —Yo siendo una buena esposa.

Entonces, me hundo.

—Joder —maldice cuando meto la punta—. *Joder*.

Honestamente, estoy justo allí con él.

Saboreo el arrastre de su longitud dentro de mí, centímetro a centímetro tortuoso. Lo tomo lentamente, mi mirada fija en los ojos encapuchados de Matvey, decidida a captar cada expresión fugaz.

Si soy suya, entonces él también es mío.

Empiezo a moverme. —Esposo —susurro.

Matvey se traga una maldición. —Dilo otra vez.

—Esposo.

—Otra vez.

Se empuja dentro de mí mientras lo monto, el ritmo es despiadado. —Esposo, esposo, esposo… *¡ahh!*

Sucede en un abrir y cerrar de ojos. Un segundo, soy yo la que está arriba, y al siguiente…

Al siguiente, mi espalda golpea el colchón. —Te lo advertí.

—¡Ma…! —se mete dentro de mí. Esta vez, es tan profundo que ni siquiera puedo respirar—. *Matvey*.

—Te voy a follar hasta que salga el sol —gruñe contra mi punto de pulso—. Hasta que me ruegues que te deje ir.

—Ahh…

—Hasta que estés jodidamente *llena*.

Mis ojos se ponen en blanco. *Acabo* de correrme… ¿por qué siento que podría correrme de nuevo en segundos? —¿Es así?

—Sí.

—¿Vas a poner otro bebé dentro de mí?

Es una broma a medias, pero la mirada que me da Matvey es muy seria. —Sí. Y luego otro.

—Yo…

—Y otro, y otro, hasta que no pase un día sin que estés llena de mis bebés.

Dios, ayúdame. Sé que es solo hablar sucio, y sin embargo…

Y, sin embargo, una parte de mí no quiere nada más. No en el sentido literal de llena de bebés hasta que muera, sino en el único sentido que importa.

May cumplirá un año pronto. Y realmente, siempre he querido una familia grande. Tres hijos al menos, tal vez más. Tal vez no sea tan mala idea empezar de inmediato.

—Vale —susurro.

—¿Sí? —me dice Matvey al oído.

—Sí —tomo su rostro entre mis manos—. Llename con tu bebé.

Cualquier otra cosa que tenga que decir, se la tragan sus labios.

Engancha mi pierna detrás de su hombro y cumple su promesa: me folla hasta que le estoy rogando. Hasta que no puedo notar si todavía estoy corriendo por un orgasmo anterior o si me están llevando al límite una y otra vez.

—¿Lista? —bromea.

—Sí —balbuceo, incoherente—. Pon a tu bebé dentro de mí. Estoy lista, estoy… *¡ahh!*

Me muerde el hombro y se derrama dentro de mí. Puedo sentirlo por todas partes, llenándome tal como prometió, tanto que tengo que apretar mis piernas alrededor de sus caderas para evitar que se desborde. Y, sin embargo, todavía no puedo tener suficiente: de esto, de él. De nosotros.

Así que sigo cantándoselo. Cada vez que empieza a embestirme de nuevo, hundo mis uñas en su cuero cabelludo y gimo: *Estoy lista, estoy lista, estoy lista.*

Estoy lista para tu bebé.

Pero, ¿cuál es la mejor parte?

Esta vez, realmente lo estoy.



Epílogo Extendido: Matvey

Diez Años Después

Mira el Epílogo Extendido de Ruina de Cachemira!